

LA PARUSÍA EN ESPAÑOL

Cardenal Louis Billot sj

Traducción: Bettina Galo con Google
OBRA FINALIZADA CON LAS CITAS Y REFERENCIAS



LA PAROUSIE- La Parusia PREFACIO

Las páginas que presentamos al público son sólo la reproducción de los artículos sobre la Parusia, publicados en los Estudios, durante los años 1917, 1918 y 1919. Al habernos manifestado varios el deseo de tenerlos reunidos en un mismo volumen, pensamos que debíamos acceder a la petición. Además, para acortar y simplificar el trabajo de reedición, hemos conservado su forma original, sin ninguna otra preocupación por ajustarlos mejor al marco y al marco de un libro. Por lo tanto, siempre se presentan en forma de artículos y no habrá modificaciones o añadidos notables. Sin embargo, deseamos que esta modesta obra contribuya a iluminar a algunas almas de buena voluntad, a disipar las dudas que han suscitado las recientes controversias, a resolver una de las principales objeciones de la crítica modernista contra el Evangelio y, finalmente, a arrojar más luz sobre la verdad total y absoluta de nuestras Sagradas Escrituras, tan audazmente negada por la nueva escuela.

Roma, este 2 de octubre de 1919,
en la fiesta de los Santos Ángeles Custodios,
L. Billot SJ.

INTRODUCCIÓN

Hay un punto del Evangelio en el que los críticos modernistas se han centrado particularmente, considerándolo un argumento decisivo para su trabajo de demoler la religión cristiana como una religión trascendente y revelada de Dios.

Este es el punto relacionado con la Segunda Venida de Jesucristo, comúnmente llamado por los escritores del Nuevo Testamento *parousia* [παρουσία] (literalmente: presencia, llegada, venida), de donde se tomó el nombre *parousía*, ahora aceptado en el sentido escatológico, si no en el diccionario de la Academia, al menos en el habitual y lenguaje común de la exégesis bíblica.

Es bien sabido qué lugar central en la economía de la revelación cristiana ocupa la perspectiva de esta segunda venida del Señor, anunciada por Él tan a menudo y tan solemnemente, como aquella que, con el fin y la palingénesis (restauración) del mundo, con la transformación de los cielos y la tierra, con la resurrección de los muertos y el juicio general, deberá conducir a la afirmación del reino de Dios en su consumación final y en su perfección definitiva.

De hecho, basta con abrir un poco el Evangelio, para reconocer de inmediato que la *parusía* es verdaderamente el alfa y la omega, el principio y el fin, la primera y última palabra de la predicación de Jesús; cuál es la clave, el fin, la explicación, la razón de ser, la sanción; que es el acontecimiento supremo al que todo lo demás está vinculado, y sin el cual todo lo demás se derrumba y desaparece.

De ello se desprende que convencer sobre Jesús de la falsedad de un punto tan esencial era al mismo tiempo poner fin a la leyenda de su divinidad, quitándole su trascendencia, devolviéndolo a las filas y reduciéndolo a las proporciones de los demás fundadores de religiones que surgieron a lo largo de los siglos del seno de la humanidad. El modernismo lo entendió de inmediato.

Así, apoyándose en varios textos del Evangelio, interpretados de manera superficial, se dedicó a poner en circulación esta audaz afirmación: que la conciencia de la vocación mesiánica había brotado en Jesús junto con la convicción de que el fin del mundo estaba por llegar; que el reino para cuya organización él mismo dijo que vendría en gloria y majestad, llevado sobre las nubes del cielo, había creído precisamente en la víspera de su institución; mucho más, que fue únicamente en vista de esta próxima e inmediata consumación de todas las cosas, que predicó el completo desapego de la riqueza, exigió a su pueblo un absoluto desprecio por los bienes terrenales, recomendó la pobreza voluntaria, proclamó la excelencia del estado de virginidad, etc.

En resumen, que la idea fija de la catástrofe suprema había obsesionado tanto su mente e influido en toda su enseñanza y conducta que, después de su muerte, fue necesario reelaborar profundamente todo el Evangelio para acomodarlo mejor a un mundo que era duradero, lo que se dijo originalmente de un mundo que se acercaba a su fin. En todo esto, además, los modernistas se limitaron a difundir ideas previamente sacadas a la luz por la crítica racionalista.

Ya en su "Vida de Jesús", Renan había escrito: "*Sus declaraciones (de Jesús) sobre la proximidad de la catástrofe (final) no dejan lugar a la ambigüedad. La generación actual, dijo, no pasará sin que todo esto se haya cumplido (Mt. XXIV, 34). Muchos de los presentes no experimentarán la muerte sin haber visto al Hijo del Hombre venir en su reino (Mt. XVI, 28). Reprocha a los que no creen en él porque no pueden leer el pronóstico del reino futuro. Cuando veas el rojo de la tarde*", dijo, "prevees que todo irá bien; cuando ves el rojo de la mañana, pronosticas la tormenta. ¿Cómo pueden ustedes, que juzgan la aparición de señales del cielo, no reconocer las señales de los tiempos? (Mateo, XVI, 2-4.). Tales declaraciones formales han preocupado a la familia cristiana durante casi setenta años. "Y más abajo:" Si la primera generación cristiana tenía una creencia profunda y constante, esta era que el mundo estaba por terminar (Hechos II, 17; I Cor. XV: 23-24; I Tes. III: 13, IV, 14; II Tes. II: 18; I Tim. VI: 14; II Tim. IV: 1; Jacob. V, 3-8; II Petr. pássim; Apoc ..., I, 1, II, 5, etc.), y que pronto tendría lugar la gran revelación de Cristo. Este anuncio vivo: Es el tiempo que abre y cierra el Apocalipsis, esa llamada que se repite sin cesar: ¡Quien tiene oídos, que oiga! son los gritos de esperanza y la llamada de toda página apostólica. Una expresión siríaca, Maranatha (I Cor., XVI, 22), "¡Viene nuestro Señor!", Se ha convertido en una especie de consigna que los creyentes solían decirse unos a otros para fortalecer su fe y sus esperanzas. El Apocalipsis, escrito en el año 68 de nuestra era, fija el plazo en tres años y medio, XV, 2; XII, 14. (Este es el conjunto de textos en los que los enemigos de nuestra fe basan su tesis de que el Evangelio nació de un error, de una alucinación, de una fe vana, reducido durante algún tiempo a la nada y solemnemente atrasado de los hechos más visibles y evocadores del mundo (Renan, Vida de Jesús, cap. XVII). -

Por otro lado, no se puede negar que estos mismos textos, presentados artificial y hábilmente explotados por ellos, son de tal naturaleza que impresionan, incluso que perturban profundamente a mentes no bien informadas según las modalidades propias de la Escritura en el campo de la profecía en general, y en el campo escatológico en particular.

El propósito de estos artículos que publicamos es, por tanto, arrojar luz, dentro de los modestos recursos del autor, sobre las dificultades que la afirmación modernista habría dejado en la mente de muchos, recordando algunos principios y explicando algunas reglas que es necesario tener bajo los ojos para una comprensión exacta de los pasajes en cuestión. Estos pasajes deben ser sometidos a un examen minucioso, y más particularmente aquel en el que se reúnen y condensan las dificultades de todos los demás. Una vez debidamente aclarado en cada una de sus partes, proporcionará, para todos los demás, los elementos necesarios para la solución.

Este es el discurso que llena el capítulo xxiv de San Mateo, unido a los lugares paralelos de San Marcos de San Marcos y San Lucas, y que, considerado en primer lugar como un todo, se presenta como si tuviera la caída de Jerusalén y el último día del mundo.

ARTÍCULO PRIMERO

LA RUINA DE JERUSALÉN Y EL FIN DEL MUNDO SE PREDICEN JUNTOS, PERO DESDE OTRA PERSPECTIVA EN EL DISCURSO ESCATOLÓGICO. (MAT. XXIV, MARC. XIII, LUC. XXI).

- LA DIFERENCIA ENTRE PROFECÍA E HISTORIA. -Era la tarde del martes anterior a la última Pascua.

Jesús acababa de terminar su predicación pública con una advertencia suprema dada a Jerusalén, asesino de profetas y asesino de los que le eran enviados, y al salir del templo para no volver jamás, la atención de los discípulos se centró en los grandiosos edificios de este magnífico templo.

Este no fue el primer templo construido por Salomón y destruido por los asirios bajo Nabucodonosor. Era el segundo, reconstruido después del cautiverio bajo Zorobabel, pero luego reconstruido por el primer Herodes, quien, para ganarse las gracias de la nación, como leemos en José (Flavio), había emprendido esta gran obra, y la había emprendido con la intención de exceder en magnificencia todo lo visto hasta ese entonces.

De hecho, no se había escatimado ni hombres, ni dinero, ni gastos de ningún tipo: de modo que después de cuarenta y seis años de obra ininterrumpida (Juan II, 20), este templo se había convertido en una de las maravillas, por no decir la maravilla del universo.

Mira, Maestro - dijo uno de los discípulos - ¡mira qué piedras y qué estructura!

Pero Jesús le dijo: "*¿Ves todos estos grandes edificios? No habrá piedra sobre piedra que no sea derribada*».

Entonces, con estos pensamientos graves que esta respuesta debe haber despertado en sus mentes el pequeño grupo, después de pasar primero por el templo y luego por las murallas de la ciudad, cruzó el valle de Cedrón, subió la ladera occidental del Monte de los Olivos y se dirigió hacia Betania para pasar allí la noche.

Pero antes hicieron una parada a la mitad de la colina.

San Marcos dice que cuando Jesús llegó a cierto punto de la montaña, se detuvo y se sentó frente al templo cuya imponente mole se dibujaba en el cielo, que ardía con los últimos rayos del sol poniente.

Por lo que, ahora o nunca era la ocasión para obtener una aclaración de la respuesta anterior, y aquí están los cuatro discípulos más familiares, Pedro, Santiago, Juan y Andrés, ansiosos por hacer la pregunta: ***Díganos, cuándo sucederán estas cosas, ¿Y cuál será la señal de tu venida y el fin del mundo? (Mat.24, 3).***

Ciertamente estas preguntas rebasaron, y mucho, los límites de la predicción de que había dado lugar, al menos asumiendo que se ha reducido a los términos simples en los que nos lo transmitieron los evangelistas.

En cualquier caso, tal ampliación de la pregunta no nos sorprendería, si nosotros pensamos que las ideas que los apóstoles todavía imbuidos de prejuicios judaicos sobre Jerusalén y su templo, eran para ellos más que suficiente para explicar cómo y por qué la ruina de la ciudad santa la vinculaban en su pensamiento al fin del mundo mismo.

La pregunta de los discípulos, por tanto, se refería tanto al tiempo de la destrucción del templo como a los signos precursores de la parusía y la catástrofe suprema.

La respuesta del Maestro también se ocupará de los mismos argumentos, excepto que esta conjunción de eventos, tan independientes entre sí, que se explica fácilmente en la pregunta de los discípulos, ahora se convertirá en un tema de objeción en la respuesta del Maestro.

De hecho, si Jesús une en la misma descripción, si representa en la misma imagen, si presenta el fin de Jerusalén, el fin del mundo y su venida en la misma perspectiva, y si Jesús une en la misma descripción, la misma imagen, la misma perspectiva, el fin de Jerusalén, el fin del mundo y su venida de gloria, ¿no es quizás porque Él también comparte la opinión, o más bien el terror de quiénes lo interrogan? ... ¿Lo mismo sucede con la opinión que acabamos de notar entre los Apóstoles? Y sólo por esto, ¿acaso el modernismo no está suficientemente fundado para atribuírselo a él?

Ésta es al menos la objeción que surge desde el principio, que surge espontáneamente en la mente antes de cualquier examen detallado del texto evangélico, y cuya solución debe servir de base para todas las explicaciones posteriores.

Pero ahora, esta primera solución que, por el alcance que debe tener, es de especial importancia, ¿de dónde la deduciremos?

Sin más que de la naturaleza misma de la clase a la que pertenece la respuesta de Jesús, porque esta respuesta pertenece al dominio reservado de la profecía, y entonces el discurso profético no debe compararse con los demás.

Tiene su propio camino, una fascinación particular que toma prestada la manera en que se ve el futuro desde lo alto de la eternidad divina: un conjunto de condiciones que lo colocan en una categoría absolutamente trascendente, sin nada que se le acerque en la literatura profana, ni siquiera en cualquier otra rama de la literatura sagrada.

Esto es lo que comúnmente se olvida, y esta es también la razón de la dificultad actual.

Quieren aplicar las reglas que gobiernan la narración de eventos pasados con la predicción de eventos futuros.

En otras palabras, la forma y el estilo de la profecía se confunden con la forma y el estilo de la historia, dos géneros tan absolutamente diferentes entre sí que nada más radical o claro podría imaginarse en términos de diferencias.

Ésta es la confusión en la que habían caído en los últimos años los de la amplia escuela, quienes, bajo el pretexto de que la Biblia no es un libro de texto de historia, sino un código de religión, querían que los escritores sagrados se sintieran muy cómodos con los hechos que informaban, hasta el punto de no tener escrúpulos en modificarlos, ampliarlos y ordenarlos artificialmente, en el mejor de los propósitos dogmáticos o morales que proponían.

Esta era una teoría extraña, que chocaba con todo lo que está más profundo en la mente de cualquiera que todavía crea en la inspiración [divina] de la Escritura, pero que afirmaba autorizar la forma en que estos mismos escritores sagrados se habían comportado al respecto.

¿No se reunieron en el mismo punto de vista profético, como si fueran consecutivos eventos que, sin embargo, tuvieron que estar separados por largos intervalos de tiempo? ¿No hablaron de cosas futuras como cosas presentes o ya pasadas y, a la inversa, cosas presentes o pasadas como cosas que continuarán en un futuro sin fin?

Y luego, se preguntó, ¿dónde está la razón por la que tales libertades habrían sido apropiadas en la descripción profética, solo para dejar de ser apropiadas en la narrativa histórica? ¿Cómo se comprometería la verdad de la Escritura si, por ejemplo, se admite que el Levítico nos da como institución mosaica, lo que en realidad habría tenido un origen mucho más tardío, mientras que ya no lo era cuando Isaías llamó a Ciro como ya presente, cuando Jeremías profetizó que Jerusalén sería para siempre el centro de la religión, cuando el ángel predijo que el hijo nacido de María reinaría sobre la casa de Jacob y ocuparía para siempre el trono de su padre David, cuando Jesús mismo mezcló en un mismo diseño las dos catástrofes, la de Jerusalén, que se produciría después de apenas cuarenta años, y la del universo, que solo se produciría al final de los tiempos. Esta es ciertamente una forma inusual de razonar, y nunca parece que se les haya ocurrido a los exegetas serios?

Pero de tantos sofismas acumulados como a nuestro antojo, sólo éste debe ocuparnos aquí, y que consiste en confundir juntos los dos géneros, el profético y el histórico, a pesar de las evidentes diferencias que los distinguen, y que reduciremos a tres puntos principales.

Y, en primer lugar, si comparamos la profecía con la historia, veremos que se diferencian de lo que podríamos llamar el punto de vista.

El punto de vista de la historia es diferente al de la profecía.

El primero se toma del propio plano donde tienen lugar los acontecimientos de este mundo, el otro está fuera de todo lo que se mide con el tiempo.

Ahora bien, ¿quién no sabe que la agrupación y ensamblaje de objetos en la misma porción del campo visual depende esencialmente del punto de observación, y también varía según la variación de ese punto mismo?

Cuando, por ejemplo, los astrónomos reúnen las estrellas de la Osa Mayor, Capricornio o Tauro en la misma constelación y las agrupan respectivamente bajo una denominación común, no quieren decir, supongo, atribuirles a los espacios celestes las mismas relaciones de cercanía y aparente coordinación que tienen en el campo visual del observador terrestre.

Y sin tener que mirar tan lejos, ¿no es evidente que los mismos objetos se presenten de forma diferente, según se miren desde el plano, uno tras otro, a todas las distancias o, por el contrario, en línea recta desde una cumbre alta, y en un ángulo tal que, a pesar de las distancias que los separan, se unen al ojo dentro de los límites de un mismo plano, y se funden en la unidad de un mismo cuadro?

Así es, en proporción, con la perspectiva de la profecía con respecto a la de la historia.

La historia tiene su punto de vista en la llanura; sigue los eventos paso a paso a medida que se desarrollan. Es un cine que, habiendo grabado primero la marcha y la sucesión de hechos, luego los presenta en orden, uno tras otro, sin pasar nunca por las fases intermedias, en muchas imágenes correspondientes y distintas.

Pero la profecía, por el contrario, se encuentra en esos picos altos que dominan todo el tiempo, iluminados como están por el único sol de la presciencia de Dios. Esto hace decir a los teólogos que, a diferencia de la historia, la profecía ve los acontecimientos en el espejo de la eternidad, es decir, en ideas que representan esa duración eterna de Dios, a la luz de la cual los intervalos más largos son un instante, mil años como un solo día, y sobre todo, no olvidemos, todo lo que todavía está en el futuro o ya en el pasado, no es pasado ni futuro, sino indiferente e indistintamente en una relación inmutable del presente al presente.

¿De qué sorprendernos entonces si la descripción profética no está sujeta a las mismas reglas que la narrativa histórica? ¿Por qué saltarnos en ocasiones las etapas que en relación a nosotros marcan el camino del futuro? ¿Y que muchas veces, atravesando todos los acontecimientos intermedios como en un salto, une en un mismo cuadro acontecimientos que, sin embargo, deberían estar separados entre sí por largas series de días, años, incluso siglos?

Todo esto se debe a las condiciones particulares del punto de vista, como se ha dicho, y las razones intrínsecas, por un lado, y las analogías del mundo físico por otro, parecerían coincidir en aportar prueba suficiente. Pero eso no es todo, todavía no es suficiente.

Aquí hay una segunda diferencia entre profecía e historia, que sin duda está estrechamente relacionada con la primera, pero que, sin embargo, es distinta de ella: y que es muy importante tener ante los ojos como complemento necesario a la consideración anterior.

Ya no se toma desde el punto en el que parte la perspectiva, sino desde el objeto en el que termina: desde el objeto, digo, que en la profecía se presenta con un horizonte extendido diferente al de la historia.

De hecho, si la historia sólo conoce los acontecimientos a través de los acontecimientos y en los acontecimientos mismos, los conoce sólo en su individualidad particular, diría yo, en su desnuda materialidad, sin ir nunca más allá, si no quizás con conjeturas, inducciones, opiniones o conjeturas, aclaraciones, perteneciendo, si se quiere, a la filosofía de la historia, pero sin entrar en la perspectiva de la historia misma.

De ello se sigue que el objeto próximo de la historia es también su propio y único objeto; que este objeto se limita necesariamente a hechos desnudos, como sucedieron, *en el mismo orden en que sucedieron; y que, finalmente, en lo que respecta a la conexión de los acontecimientos entre ellos, la historia como tal no conoce más que la conexión pura y simple del orden cronológico.*

Pero la condición del objeto de la profecía es muy diferente ahora. *El objeto de la profecía, como tal, está en el futuro, y el futuro es absolutamente incognoscible en sí mismo.*

El futuro, como ya hemos dicho, sólo puede leerse en la presciencia infinita de Dios, en los planes de su providencia soberana, en las disposiciones de su sabiduría ordenadora, en esas razones eternas que miden toda la evolución de los siglos y que, desde las profundidades divinas en las que están escondidas, se proyectan, por así decirlo, y se reflejan en el espíritu del profeta.

Y si este es el entorno en el que la profecía encuentra y alcanza su objeto, qué maravilloso que la presente incluso en las condiciones adecuadas para este mismo entorno, es decir, ya no en su individualidad desnuda y simple, sino con los pros y los contras que te son dadas por orden del plan providencial'.

Ahora bien, en este orden del plan providencial, en este ordenamiento de Sabiduría infinita en el que toda la economía de las cosas se ordena con maestría y arte incomprensibles, los acontecimientos se mantienen unidos y conectados de una forma distinta a la mera continuidad o simultaneidad cronológica.

En particular, tienen una modalidad de conexión que se buscaría en vano en otra parte, porque proviene solo del poder divino; una modalidad que también pasa a primer plano en el tema que tenemos ante nosotros, porque pertenece esencialmente al género profético del que constituye una categoría especial.

Es el camino que toda Tradición, basada en la Escritura, reconoce entre los hechos pertenecientes a las distintas fases de la religión, desde su primer inicio en el Antiguo Testamento hasta su última consumación en la gloria: un camino de conexión que consiste en una relación entre dos, la figura y la cosa representada, que hace de los sucesos precedentes a los siguientes qué es la sombra para el cuerpo, qué es la silueta para el perfil, qué es la imagen para la realidad, qué es el boceto y el contorno mostrado de antemano, es por el gran trabajo, completo y definido, que vendrá después.

¿No dice San Pablo que lo que le sucedió al pueblo judío les sucedió en forma de imagen? Todavía, ¿que en la ley antigua había una sombra de lo que vendría, pero que la realidad se encuentra en Cristo?

Y nuevamente, que lo Jesucristo fue ayer, ¿lo es hoy y lo será por siempre? ¿por los siglos de los siglos? Sí, claro, hoy y mañana y por los siglos de los siglos, pero también ayer, ¿y cómo?

Por aquellos que lo representaron en el antiguo pueblo de Dios; de las misteriosas representaciones de su venida y de su salvación, de las que están llenos los anales de ese mismo pueblo: representaciones que han sido muy justamente comparadas con aquellos misterios de la pasión y vida de Cristo que nuestros antepasados recitaban en la Edad Media sobre el escenario, aunque, por supuesto, se diferenciaban esencialmente de ellos, en que no eran ni artificiales ni ficticios, sino que formaban parte del tejido de la historia, o más bien constituyeron la historia del propio Israel en sus personajes más ilustres y sus acontecimientos más importantes. (Le Hir, Études bibliques, les Prophètes d'Israël, Sect. 1. art. 2.)

Debemos leer el Libro XII de San Agustín contra Faustum, para ver hasta qué punto estos eventos han sido, de principio a fin, una predicción continua de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, y para tener una idea de lo que acabamos de llamar su interior y exterior en el orden y armonía del plan providencial.

Y si ahora, de la persona misma de Jesucristo, pasamos a las obras de su misericordia o justicia, ¿no es siempre la misma economía la que se nos revela?

Este es el reino de Dios, que tendrá su consumación final sólo en la resurrección de los muertos, en la vida de la era futura; pero ya ha tenido su primer establecimiento en la tierra, principalmente a través de la predicación del Evangelio y desde la fundación de la Iglesia; y este primer asentamiento fue a su vez precedido por una preparación y un borrador de largos siglos de duración.

Ahora, entre este bosquejo distante y la realización lograda en la plenitud del tiempo, ¿no es fácil ver y notar la misma conexión que arriba?

Cuando, por ejemplo, el arca del pacto se fue al desierto a la cabeza de las doce tribus, cubierta por la nube en la que Dios escondió su presencia, cuando se detuvo para detenerse, y el pueblo acampó alrededor de ella en ese perfecto orden, tan bien descrito por Bossuet en su inmortal exordio del sermón sobre la unidad de la Iglesia, cuando Balaam, contemplando este espectáculo desde las alturas de Moab, exclamó con éxtasis: ¡Qué hermosas son tus tiendas, oh hijos de Jacob, qué hermosos son tus pabellones, oh israelitas!

¿No es cierto que Israel ya era el reino de Dios en la imagen? - Y cuando, más tarde, esta misma arca, reconquistada por los filisteos, fue llevada con gran pompa de sacrificios y ceremonias al monte Sión, ¿no era la imagen del Señor tomando posesión de su trono entre los suyos?

Y a ambos lados, la magnificencia de las descripciones, la exuberancia del entusiasmo, la exageración incluso del lirismo profético, nos advierten que la perspectiva del profeta se extendía mucho más allá del hecho material del momento, hacia aquellas realidades, aún distantes de las que estaba la imagen y ¿el anuncio?

En el final, la misma observación se puede hacer sobre las grandes manifestaciones de la justicia, que son las obras sublimes de Dios. El juicio final y solemne contra el mundo y el infierno se pospone para el último día, esto está claro.

Pero el mundo ya está sintiendo su acercamiento en el derrocamiento de su grandeza, y sobre todo en la destrucción de los orgullosos imperios y ciudades enemigas de Dios.

De ahí, por tanto, estas imágenes aparentemente exageradas, que a menudo se encuentran en la descripción de estas catástrofes: el sol y las estrellas se oscurecieron, la tierra se estremeció hasta sus cimientos, las estrellas cayeron del cielo y los cielos se alejaron como un libro.

Estas audaces metáforas están llenas de idoneidad y precisión, a medida que la mirada se extiende hacia la futura ruina del universo, dibujado en proporciones más pequeñas en el de un reino limitado "(Le Hir, *ibid.*).

Esto, por tanto, como objeto de la profecía, precisamente porque es visto por el profeta en el espejo de la eternidad, y contemplado por él en las armonías del plan providencial, a menudo se presenta con una extensión de perspectiva que no está presente en la actualidad. todo en el centro de la historia.

Esto explica la singularidad, a primera vista tan extraña, pero tan frecuente en la Escritura, de la fusión en una misma predicción de hechos, hechos y personajes que no deberían tener conexión entre ellos, ni en base a la cronología, ni en el orden de la cadena Causas y efectos naturales. Que si en la narración histórica el objeto conserva siempre y necesariamente su unidad cercana, y se despliega en un solo plano que encierra un solo horizonte, ocurre, por el contrario, que en el oráculo profético el objeto se bifurca y se divide en dos distintos, uno más distante, donde tiene lugar el evento principal y primario, ocupando como tal el fondo de la perspectiva, el otro más cercano, del cual el evento uno, que podría llamar una escena adelantada, es anterior a la principal según el orden del tiempo, pero ordenada por Dios en las perspectivas de su providencia, para ser la figura, el tipo, el boceto, y por tanto también el preludio vivo.

Esto es lo que observa San Jerónimo sobre una profecía de Daniel (XI-XII), relativa, por proximidad temporal, a Antíoco Epífanes, pero en una perspectiva lejana dirigida al anticristo.

«La costumbre de la Escritura es preceder, con figuras de cosas, la verdad de los acontecimientos futuros. Por eso el Salmo LXXI se titula en Salomonem 1 Para Salomón. , y sin embargo, todo lo que allí se dice no puede estar de acuerdo con Salomón, pero la profecía se cumplirá en Salomón como en la sombra y en la imagen de la verdad, para ser realizada más perfectamente en el Salvador "(Hieron., en Dan, C. XI, Migne , pág .L., XXV, col. 503.).*

Y esto se comprenderá mejor mediante una elegante comparación proporcionada por uno de los principios de la exégesis moderna, del que ya hemos tomado prestadas muchas de las consideraciones anteriores. «Imagínense - dice - dos edificios de tamaño desigual, pero que ofrezcan la misma distribución de habitaciones, patios, pasillos, etc. El más pequeño, más cercano a ti, está situado de tal manera que, si fuera

tan transparente como el cristal, tu ojo captará los contornos y líneas correspondientes al lugar más grande detrás. Si, por el contrario, esta transparencia es velada, irregular e intermitente, necesitarás alguna combinación para completar en tu mente la imagen del gran edificio, de la que no podrías dudar de su existencia ni de su disposición principal.

Lo mismo ocurre con un oráculo con un objeto doble. El objeto próximo a veces parece desvanecerse para dejar brillar con todo su esplendor el hecho más importante y más grande, que ocupa el fondo de la perspectiva; por lo tanto, las primeras líneas son más opacas y ocultan parcialmente las de atrás.

Pero la razón, guiada por la analogía, devuelve fácilmente a cada uno de los objetos lo que el ojo descubre sólo confusamente. »Aquí, de hecho, presentado en una imagen muy precisa, está el orden del discurso escatológico, objeto de este estudio, donde se prevén dos cosas simultáneamente y desde la misma perspectiva, dos ruinas de desigual tamaño: la próxima ruina de Jerusalén, como castigo por el crimen de los deicidas que no quisieron recibir ni reconocer a Cristo, y la ruina suprema, aún escondida en un futuro impenetrable, como castigo por el crimen del mundo apóstata, que, habiéndolo conocido, finalmente lo rechazó.

A todo esto, tal vez se objete que tal forma de mezclar eventos tan diferentes y distantes entre sí solo puede conducir a la confusión y oscuridad en las profecías, cuyo verdadero significado se volverá desde este punto de vista, si no imposible. al menos muy difícil de entender.

Se objetará, pero en vano, y creo que la dificultad, reducida a sus verdaderas proporciones, se resolvería a los ojos de quien poco haya pensado en la condición y la razón de ser de las profecías, en el propósito asignado. a ellos, en los fines que Dios les propone al dictarlos.

Y de hecho, aquí nuevamente, tengamos cuidado de no confundir profecía con historia; no olvidemos las profundas diferencias entre ellos, y consideremos que, además de los que ya han sido expuestos, que ahora se agrega una tercera diferencia, no más que el punto desde el cual comienza la perspectiva, ni el objeto en el que termina, pero desde la cantidad relativamente pequeña de claridad, la cantidad relativamente pequeña de claridad que trae la revelación del futuro. Porque el futuro, por muchas otras razones que es fácil de entender, debe estar siempre cerrado para nosotros en cierta medida: de modo que, si el gran día y la luz plena pertenecen a la historia, a la profecía, que el acontecimiento aún no ha llegado. ven. para aclarar y explicar, siempre será apropiado, siempre será apropiado, de algún lado al menos, el claroscuro y la penumbra.

De hecho, las profecías no se dan a los hombres para satisfacer una vana curiosidad en ellas, sino para propósitos dignos de Dios, que es su único autor.

A veces será para advertirnos de un evento futuro del que debemos estar al tanto: si Dios quiere que nos preparemos para ello, o porque podemos salvarnos de él, y en ambos casos, basta con que el acontecimiento se conozca de antemano en su generalidad, como mucho en sus signos precursores: no es en absoluto necesario que sea conocido en su modo de circunstancias, en sus particularidades.

Sobre todo, será siempre para proporcionarnos una prueba contundente de la credibilidad de la revelación cristiana, así como un argumento perentorio del imperio que Dios ejerce sobre el mundo moral, no menos universal y no menos eficaz que el que ejerce sobre el mundo físico: un imperio en cuya virtud no pasa nada, ni pequeño ni grande, que no está previsto, organizado, querido por él: querido, quiero decir, de diversas formas de la voluntad, según la calidad de los objetos, pero hablando absolutamente, siempre deseados.

Ahora, para lograr esto, basta con que, una vez acaecidos los hechos, se reconozca en la profecía que los precedió el anuncio cierto de ellos, sin que haya sido necesario haberlos visto claramente al principio.

Además, una visión anticipatoria podría en varios casos tener un inconveniente considerable que debilitaría individualmente la fuerza de la prueba: el de dejar la puerta abierta a la sospecha de que el cumplimiento de la predicción fue efecto de voluntades decididas a ajustarse a ella, y por lo tanto, el resultado puro y simple de la industria humana.

En cambio, la mayoría de las veces, las mismas personas en las que se cumplen las profecías, e incluso quienes las cumplen, no comprenden su misterio ni la obra de Dios en ellas.

Y así se prepara una prueba de la divinidad de la profecía, tanto más convincente cuanto más artificial y natural es, Prefacio del Apocalipsis, XVII-XX).

De todas estas consideraciones se desprende que una cierta sombra de misterio debe envolver la mayoría de las profecías. También se sigue, y como consecuencia, que si la escisión del objeto en la forma explicada anteriormente es la causa de alguna oscuridad, la objeción que se pretendería extraer de él, lejos de ser válida, sería enteramente falsa.

Pero lo que debemos observar sobre todo aquí, es que lo que ya es cierto en una tesis general, y aparte de cada caso al que se hace referencia de manera más particular, lo es aún más, tan pronto como surge la cuestión del día del juicio y de la consumación de los siglos; porque entonces, a las razones comunes que se aplican indistintamente a todo velo del futuro, se añaden razones especiales, muy expresamente marcadas en el Evangelio.

De hecho, vemos en el Evangelio, figurado como un elemento moral de primera importancia, así como la certeza absoluta de este futuro regreso, cuando Jesucristo regresará en gloria y majestad para juzgar al mundo, la completa incertidumbre del tiempo, día y hora, en donde tendrá lugar.

Esto es algo que, por designio expreso de Dios, debe permanecer oculto y encerrado en un secreto impenetrable de todas las criaturas, incluso de los Ángeles del cielo: *Nemo scit, neque angeli cœlorum, nisi solus Pater* [Nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, sino solo mi Padre].

Por eso, cuando los discípulos interrogaron a su Maestro diciendo: Dinos cuándo sucederán estas cosas, y cuál es la señal de tu venida y del fin de los tiempos,

confundiendo la ruina de Jerusalén con la del mundo, provocaron una respuesta que sin confirmarlos positivamente en su error, no los distrajo de él, ni les dio una determinación clara de la distancia entre los dos hechos; una respuesta que, basada en lo que estos mismos hechos deben tener en común, más que en sus peculiaridades de desplazamiento, dejaría deliberadamente el campo abierto a todas las conjeturas.

Y tal fue precisamente la respuesta que recibieron de tan admirable destreza y arte, en la que, como ya se ha dicho, Jesús fusionó las dos ruinas en un solo marco, un poco como esos pintores que, después de haber pintado, con colores vivos, quien es el tema principal de su pintura, todavía trazan en él, en una distancia oscura y confusa, otras cosas más alejadas de ese objeto.

O mejor aún, y para hablar con rigor de precisión, a la manera de los profetas del Antiguo Testamento, que trazaron en una predicción otra predicción más profunda, proponiendo el próximo evento figurativo, en unión con el evento figurativo, no importa hasta qué punto en el futuro lo fue, y siempre por razones distintas a cualquier conexión entre el tiempo o época de uno y el tiempo o época del otro.

Es, pues, totalmente erróneo basarse en esta unión de las dos catástrofes en el discurso que, en los sinópticos, cierra la predicación de Jesús, y por tanto es erróneo concluir, con los modernistas, que él las consideraba ambas simultáneas, y que, como consecuencia, convencido de que llegaría el momento en que el templo sería destruido, habría estado igualmente convencido de que el mundo estaba a punto de acabarse.

Las explicaciones anteriores parecen haberlo demostrado suficientemente, incluso de manera sobreabundante, y no hay necesidad de volver a ello. Sin embargo, por todo esto, estamos solo al comienzo de nuestra tarea. De hecho, si no es posible establecer la acusación de error y falsedad sobre la simple conjunción de los dos objetos en una misma predicción, aquí intentaremos hacerlo sobre otra base, al menos aparentemente, más sólida.

Nada es tan brutal como un hecho, como solemos decir, pero nada es tan brutal como una afirmación categórica.

¿Pero este no es el caso? ¿Qué, preguntarán, son tantas las consideraciones necesarias sobre lo que implica o no implica el género profético, si después de tanto deambular no vemos, Quiérase o no, ante una afirmación como la que termina Jesús: *«En verdad os digo que no pasará esta generación, no pasará sin que se cumplan todas estas cosas.»*?

"Todas estas cosas", omnia hæc que es, aparentemente, todas las cosas que acabamos de describir, y no solo la última desolación de Jerusalén, sino también el oscurecimiento del sol, la perturbación de las estrellas, la conmoción de todo el universo y de los poderes celestiales responsables de su conducta, la aparición en el cielo de la señal del Hijo del Hombre, el descenso del mismo Hijo del Hombre en gloria y majestad para convocar a toda la humanidad a su juicio: nuevamente, ¡todo esto debe realizarse antes del fin de la generación contemporánea!

Ahora bien, todo esto está claro, y basta para volcar todo el razonamiento del mundo hecho a priori. Aquí, dice Renan, lo que no deja lugar a malentendidos. Esto es lo que se necesitará analizar en el siguiente artículo.

ARTÍCULO SEGUNDO

"ESTA GENERACIÓN NO PASARÁ HASTA QUE SE HAYAN COMPLETADO TODAS ESTAS COSAS ", en San Mateo (XXIV, 34) y San Marcos (XIII, 30) por un lado; San Lucas por el otro (XXI, 32).

Comenzamos admitiendo audazmente que la palabra generatio hæc, (ἡ γενεά αὐτή - [e ghenèa aute]) significa, en un sentido natural y obvio, el tiempo de los contemporáneos de Jesús, la generación de ese tiempo, en oposición a las que seguirán a ella, y en consecuencia, el período de tiempo que, evaluado en la duración extrema de la vida humana, terminará con el primer siglo de nuestra era. - No parece haber ninguna duda al respecto. Es cierto que varios intérpretes creían que podían salir de la vergüenza dando a la palabra γενεά [ghenea] el sentido de posteridad, descendencia, raza o incluso "toda la vida de la humanidad" en general, o del pueblo judío en particular, así que para traducir: *"Esta generación (es decir, la humanidad, o si lo desea, la raza judía) no terminará hasta que se cumplan todas estas cosas...* De esta forma, la dificultad que está a punto de ocuparnos desaparecería inmediata y radicalmente, y esto no podría ser más claro; pero rápidamente añadimos que desaparecería sólo para dar paso a otro incomparablemente más grave, o, mejor dicho, inextricable en todos los sentidos. - De hecho, tal interpretación del texto evangélico quitaría toda credibilidad y es completamente inadmisibile.

En primer lugar, porque haría que Jesús hablara sin nada que decir. Porque si nos referimos a esta generación, como "toda la humanidad", el significado sería: "En verdad, les digo que el fin del mundo no vendrá hasta que sucedan todas las cosas que he predicho sobre el fin del mundo mismo", que se reduciría a una solemne afirmación de que el fin no llegará antes de que llegue el fin: una tautología absurda y ridícula.

Y si se comprende la raza peculiar del pueblo judío, el significado, idéntico en sustancia, añadiría sólo la seguridad de la duración futura de este pueblo hasta el último día, algo indudablemente extraordinariamente notable y digno de mención, sobre todo en consideración de la muy particular condición en las que se encontraba, pero que no guarda relación alguna con el tema de esta cuestión. -

En segundo lugar, la expresión ἡ γενεά αὐτή (e ghenèa aute) aparece hasta otras dieciséis veces en los Evangelios, tanto en San Mateo, San Marcos y San Lucas, y siempre, constantemente, invariablemente, significa generación favorecida por la presencia, enseñanzas y milagros de Jesús.

Es la generación que es como los niños sentados en el mercado, que claman a sus compañeros: *"Tocábamos la flauta y no bailabas; Te cantamos un lamento y no te golpeaste el pecho. Juan no vino a comer ni a beber, y dicen: "Está poseído por el diablo". Vino el Hijo del Hombre comiendo y bebiendo, y dicen que es un hombre alegre y bebedor de vino»* (Mateo, XI, 16; Lucas, VII, 31). Esta es todavía la generación que pide una señal, y a la que sólo se le dará la señal del profeta Jonás (Mateo, XII, 39; Marcos, VIII, 12; Lucas, XI, 29); la generación que será condenada en el día del juicio por los hombres de Nínive que hicieron penitencia a la voz de

Jonás, así como la reina del sur que vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, mientras esta generación, más que Jonás le fue enviado y más que Salomón (Mateo, XII, 41; Lucas, XI, 31); la generación, finalmente, de la cual la sangre de todos los profetas y de todos los justos fue derramada desde el principio, porque tuvo que completar la medida crucificando al mismo Hijo de Dios y dando muerte a sus Apóstoles y ministros (Mat, XXIII, 36; Lucas, XI, 50): hay muchos personajes que son apropiados para la generación contemporánea de Jesús, y apropiados solo para ella.

Finalmente, no está claro que al decir: "*Esta generación no pasará hasta que todas estas cosas se cumplan*", Jesús quiso responder a la pregunta planteada anteriormente por los discípulos, y planteada en estos términos precisos: "Dinos cuándo sucederán estas cosas, *dic nobis quando hæc erunt?*"

"Y no es aún más evidente que, es decir, ἡ γενεά αὐτῆ - *ghenea aute*. como una "raza humana" o una raza judía hasta el fin de los tiempos, ¿la respuesta ya no sería una respuesta, ya que dejaría el tiempo de los eventos, en todos los puntos y a lo largo de la línea, completamente indeterminado?"

Así que *no rehagamos los textos a nuestro gusto por una causa, sino tomémoslos como son*, con el significado que les da el valor natural de las palabras, las necesidades del contexto, la analogía del paralelismo de pasajes y, por cierto, de uso común en el lenguaje humano.

Jesús, cuando se le preguntó sobre el tiempo de los eventos, dijo: "Esta *generación no pasará hasta que se hayan completado*".

Esto fue para decirles a sus contemporáneos que los verían, que serían testigos de ellos, que incluso, como se desprende de los términos de esta profecía y de varios otros lugares del Evangelio, ellos tendrían un papel muy terrible en ellos.

Y de hecho, si llegamos ahora al evento, encontraremos plena y completa confirmación del sentido natural y evidente de las palabras escuchadas por los Apóstoles en el Monte de los Olivos, en vísperas de la Pasión.

Una cosa es obvia desde el principio, y debe concederse antes de cualquier examen adicional del oráculo del evangelio. Aún no había pasado medio siglo, menos, es decir, cuarenta años, y todo lo que se describe en primer plano en la predicción había recibido de punta a punta, hasta el último detalle, con sorprendente precisión, el cumplimiento más brillante.

Dije, todo lo que es *presentado en primer plano*, porque aquí, como se desprende de la más simple mirada al texto de los tres evangelistas, estamos realmente en una de esas **profecías con un doble objeto** y, por tanto, con un doble plan, del que hablamos en el artículo anterior.

Es imposible equivocarse.

Se anuncian claramente dos grandes desastres, distintos entre sí en la medida de lo posible.

El primero se refiere a Jerusalén, que será invadida por los ejércitos, sitiada, saqueada y pisoteada por los gentiles; el otro, incomparablemente más grande, se refiere al universo, que, sacudido hasta el fondo, estará en convulsiones de agonía, mientras que los hombres se secarán de terror ante lo que sucederá en el mundo (Lucas, XXI, 20, et seq; 25 y siguientes).

El más cercano, cuando los judíos sean puestos a fuego y espada y llevados cautivos entre todas las naciones, ***el otro más lejos, que vendrá sólo después de que se haya predicado el Evangelio por toda la tierra y se hayan cumplido los tiempos de los gentiles*** (Luc. XXI, 24; Mat. XXIV, 14).

Lo que se puede evitar escapando, gracias a las señales dadas de antemano, lo otro que vendrá de repente, que sorprenderá a todos los habitantes de la tierra como una red, sin que sea posible escapar de ella, si no para prepararse con constante vigilancia y perseverante oración (Mat., XXIV, 15; Luc, XXI, 35).

Aquel, finalmente, cuyo tiempo no cae bajo el impenetrable secreto en el que se oculta el tiempo del segundo (Mateo, XXIV, 36), y que, a diferencia del segundo, ocupa realmente lo que hemos llamado el primer plano y por así decirlo, el proscenio del cuadro profético pintado por Nuestro Señor. Veamos, antes que nada, ***non præteribit generatio hæc, donec omnia hæc fiant*** [*Esta generación no pasará hasta que sucedan todas estas cosas*].

Llama la atención la presentación que hizo Bossuet en el Discurso de la historia universal. Nos basta con transcribir aquí (salvo algunas pequeñas adiciones, abreviaturas y transposiciones) los pasajes principales, comenzando por la enumeración de las desgracias relatadas en los años anteriores al asedio de la desafortunada Jerusalén (Bossuet, *Hist. Univ.* II ° parte, c. XXI - XXII).

En primer lugar, Jesús había anunciado epidemias, hambrunas y terremotos, y de hecho las historias atestiguan que estas cosas nunca habían sido más frecuentes y más notables que en estos tiempos.

En los últimos siete años de Nerón, la tierra, se puede decir literalmente, tembló por todos lados. En los años 61 y 62 d.C., los terremotos sacudieron Asia, Acaya y Macedonia; las ciudades de Hierápolis, Laodicea y Colosos se vieron particularmente afectadas (Cornelio Tácito, *Anales de la Historia.*, XIV, 27).

En el 63 pasaron a Italia; la campaña de Nápoles ya ardía con esos terribles incendios que, dieciséis años después, provocaron la primera erupción histórica del Vesubio. Se

manifestaron en temblores subterráneos. Nápoles y Nocera fueron alcanzadas, Pompeya casi arrasada hasta el suelo, Herculano parcialmente destruido: y esto era todavía sólo el preludio de su ruina.

El terror fue universal en Campania; los hombres enloquecieron de terror (Tacitus, Anales de la historia, XV, 22). La tierra pareció temblar por todas partes, y los cristianos recordaron las palabras del Salvador: *Et terræ motus magni erunt per loca*. Se produjeron terremotos por todas partes.

El año 66 vio otro tipo de desgracia. La desdichada Campania fue azotada esta vez por vientos torrenciales que arrasaron las viviendas, los arbustos, los cultivos.

Estas tormentas llegaron a Roma, y en la ciudad misma, sin ninguna alteración visible de la atmósfera, una enfermedad pestilente despobló todas las clases de la sociedad.

Según **Tácito** (Anales de la Historia, XVI, 13) y **Suetonio** (en Ner. 39), las casas estaban llenas de cadáveres, las calles de caravanas fúnebres. Hombres y mujeres, niños y ancianos, esclavos y libres, perecieron por igual. En un solo otoño, el tesoro de Venus Libitina registró treinta mil muertes (De Clinmpagny, Rome et la Judée, t. 1, c, 11).

Con la predicción de desastres naturales, también se cumplió la predicción anunciada de apariciones aterradoras en el cielo y señales extraordinarias: *terroresque de cælo, et signa magna erunt*.

Giuseppe: En el Libro “De Bello Judaico Libri VII, capítulo 12:” (*de Bello jud.*, L. VII, c. 12) y Tácito (Anales de la Hist, v, 13), nos dicen que durante todo un año se vio deslizarse un siniestro meteoro en forma de espada, y (que según José parecería una fábula improbable, si no estuviera garantizado por multitud de oculares testigos), que en ese momento se veían por todo el país poco antes del amanecer, escuadrones de caballeros armados, rompiendo las nubes, corriendo por los aires y llegando a acampar en los alrededores de la capital.

“También es una tradición constante atestiguada en el Talmud, y confirmada por todos los rabinos, que unos cuarenta años antes de la catástrofe, cosas extrañas se veían constantemente en el templo. Cada día aparecían nuevas maravillas, de modo que un famoso rabino gritó un día: “Templo, templo, ¿Qué te mueve y por qué tienes miedo? ¿Qué es más marcado que ese ruido terrible que escucharon los sacerdotes en el santuario el día de Pentecostés, y esta voz que venía de las profundidades de ese lugar santo: “Vámonos de aquí, vámonos de aquí!

Y si este prodigio fue visto solo por los sacerdotes, aquí hubo otro manifiesto a los ojos de todo el pueblo. Cuatro años antes de la declaración de guerra, un granjero llamado Jesús, conocido como Josefo o José, comenzó a gritar: "Una voz salió del este," Una voz salió del oeste ", Una voz salió de los cuatro vientos: Una voz contra Jerusalén y contra el templo, una voz contra los novios, una voz contra todo el

pueblo. Desde entonces no dejó de gritar: "¡Ay de Jerusalén! Y en los días festivos gritaba aún más fuerte. Y ninguna otra palabra salió de su boca; porque los que se compadecían de él, los que lo maldecían y los que lo cuidaban, sólo escuchaban de él esta terrible palabra: "¡Ay de Jerusalén! Fue apresado, interrogado y condenado a ser azotado por los magistrados: a cada golpe y cada solicitud, respondía sin quejarse jamás: "¡Ay de Jerusalén! Fue expulsado como un loco y corrió por todo el país repitiendo su triste predicción una y otra vez.

Durante siete años siguió gritando así, sin detenerse y sin que su voz se debilitara jamás. En el momento del último asedio, se encerró en la ciudad, rodeó incansablemente las murallas y gritó con todas sus fuerzas: ¡Ay del templo, ay de la ciudad, ay de todo el pueblo!»

Finalmente añadió: " ¡Ay de mí! " y al mismo tiempo fue golpeado por una piedra lanzada desde una máquina.»

Esto es con respecto a los presagios de los que se ha dicho: "Habrá apariciones espantosas en el cielo y grandes señales".

En cuanto a los disturbios, los rumores de guerra y el surgimiento de nación contra nación y reino contra reino: "Esto se verificó al pie de la letra en los últimos años de Nerón, cuando el Imperio Romano, tan pacífico después de la victoria de Augusto y bajo la poder de los emperadores, comenzó a temblar, y las ciudades de la Galia, España y todos los reinos que componían el imperio, se agitaron repentinamente: cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano) se levantaron casi simultáneamente contra Nerón y entre ellos; las cohortes del pretorio, los ejércitos de Siria, de Alemania y todos los que estaban esparcidos por Oriente y Occidente, que se enfrentaron y cruzaron el mundo de un extremo al otro, para resolver sus disputas con sangrientas batallas.

En veintidós meses, Italia fue invadida dos veces, Roma tomada dos veces, la segunda con un asalto; guerra en el Rin, guerra en el Danubio, guerra en el Mar Negro, guerra al pie del Atlas, al mismo tiempo en el Tíber; quizás nunca, por tantas causas diferentes, tantas naciones se habían agitado, tantas tierras habían sufrido, tantos hombres habían muerto. Y esto iba a ser sólo "el comienzo de los dolores".

Cúdense, había añadido Jesús, queriendo decir que incluso la Iglesia, siempre afligida desde su primera constitución, habría visto encenderse contra ella la furia del infierno, más violenta que nunca.

Te entregarán a tortura, te harán morir, todos te odian por mi nombre.

Esto se hizo punto por punto, y en particular en Roma, donde Nerón desató la primera de las diez grandes persecuciones de las cuales Tácito describió los horrores, y mató a los príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo.

Pero era sobre los judíos sobre los que iban a caer las mayores calamidades: sobre los judíos que, con su turbulencia y su furor, preparaban su propia ruina, a la que serían

precipitados irremediabilmente por los falsos Cristos y falsos profetas que Jesús había anunciado:

“Se levantarán muchos falsos Cristos y falsos profetas - dijo - y engañarán a mucha gente.

De hecho, tantos nunca han aparecido como en el período posterior a su muerte. "Especialmente en la época de la Guerra de Judea, y durante el reinado de Nerón que la inició, José nos muestra un número infinito de estos impostores que atrajeron a la gente al desierto con prestigiosos secretos vanos y mágicos, prometiéndoles una pronta y milagrosa liberación. ***De hecho, una de las señales más terribles de la ira divina es cuando, como castigo por nuestros pecados anteriores, nos entrega a nuestro sentido réprobo, de modo que seamos sordos a todas las advertencias sabias, ciegos a los caminos de salvación que se muestran a nosotros, dispuestos a creer todo lo que nos pierde, siempre que nos halague y atreviéndonos a emprenderlo todo sin siquiera medir nuestra fuerza con la de nuestros enemigos a quienes enfurecemos.***

Y esto es lo que les tenía que pasar a los judíos, porque, aunque su rebelión había atraído las armas romanas sobre ellos, Tito no los perdería, por el contrario, les ofrecía a menudo perdón, no solo al comienzo de la guerra, sino también cuando no lo hicieron, ya no podían escapar de sus manos.

Ya había construido un muro largo y extenso alrededor de Jerusalén, con torres y reductos tan fuertes como la ciudad misma, cuando les envió a José, uno de sus conciudadanos, uno de sus capitanes, uno de sus sacerdotes, que había sido capturado en esta guerra cuando salía de su país.

¿Y qué no les había dicho para moverlos? ¡Cuántas razones poderosas les había dado para volver a la obediencia! Pero, seducidos por sus falsos profetas, no escucharon nada y se vieron reducidos al límite; el hambre los mató más que la guerra, y las madres se comieron a sus hijos.

Y Tito, por su parte, fue tocado por sus males, y tomó a sus dioses como testigos de que él no era la causa de tantos horrores, y aún así dieron crédito a las falsas predicciones que les prometían el imperio del universo.

Más aún, la ciudad fue tomada, el fuego ya se inició por todos lados, y estos necios todavía siempre creyeron a los falsos profetas que les dijeron que el día de la salvación había llegado, por lo que tendrían que resistir hasta el final y no habría misericordia para ellos."

Pero llegamos ahora a las señales que Jesús dio a su pueblo para sacarlo de las desgracias que azotarían a Jerusalén. "Dios, por supuesto, no siempre da a su pueblo fiel tales señales, y en estos castigos terribles que hacen sentir su poder a naciones enteras, a menudo golpea a los justos con los culpables, ***porque tiene mejores medios para separarlos, que los que aparecen a nuestros sentidos.***

Pero en la desolación de Jerusalén, para que la imagen del juicio final fuera más explícita y la venganza divina más pronunciada sobre los incrédulos, no quería que los

judíos que habían recibido el Evangelio se confundieran con los demás, y Jesús les dio a sus discípulos ciertas señales por las cuales podrían saber cuándo era el momento de dejar esa ciudad reprobada.

Él se basó, como era su costumbre, en profecías antiguas, y mirando hacia atrás al lugar donde la última ruina de Jerusalén se le mostró tan claramente a Daniel: Cuando vean la abominación desoladora que profetizó Daniel, el que lea escuche; cuando lo vean colocado en el lugar santo, o, como dice San Marcos, “Cuando vean la abominación desoladora que profetizó Daniel, el que lea entienda; cuando lo vean colocado en el lugar santo, o, como dice San Marcos, *donde no debería estar*, los que están en Judea huyan a las montañas. San Lucas dice lo mismo en otras palabras: *cuando hayas visto los ejércitos rodeando Jerusalén, debes saber que su desolación está cerca*; que los que estén en Judea se retiren a las montañas.

Uno de los evangelistas explica el otro, y al juntar estos pasajes es fácil para nosotros sentir que esta abominación predicha por Daniel es (al menos en parte) lo mismo que los ejércitos alrededor de Jerusalén, *κυκλομένη υπό στρατοπέδων Ιερουσαλήμ* [*kokalemloumene ueropous strass*].

Así lo entendieron los Santos Padres, y la razón nos convence, porque la palabra *abominación* en el uso de las Escrituras, significa ídolo, y todos saben que los ejércitos romanos llevaban en sus insignias las imágenes de sus dioses y sus Césares, que eran los más respetados de todos sus dioses.

Estas insignias eran objeto de adoración para los soldados, y dado que los ídolos, de acuerdo con las órdenes de Dios, nunca debían aparecer en tierra santa, las insignias romanas estaban prohibidas.

Así vemos en las historias que, mientras los romanos tuvieran algún respeto por los judíos, nunca dejaron que las insignia romana apareciera en Judea.

Permitieron que los estandartes de las legiones entraran en Jerusalén sólo velados; a veces, incluso hacían marchar a sus tropas sin una señal, como cuando Vitelio cruzó Judea para llevar la guerra a Arabia.

Además, según Joseph (Antiq. XVI, 2), llegaron a eximir a los jóvenes del servicio militar, para que no se vieran obligados a seguir acosados y marcados por imágenes idólatras y a sufrir cosas tan contrarias a su ley.

Pero en el momento de la última guerra judía, los romanos no perdonaron a un pueblo al que querían castigar.

Así, cuando Jerusalén fue sitiada, estaba rodeada por tantos ídolos como insignias romanas, y [la *abominación*] nunca apareció donde no se suponía que debía estar, es decir, en la tierra santa y alrededor del templo (Esto se dice sin perjuicio de una interpretación más completa de la que hablaremos más adelante, según la cual los romanos no perdonaron a un pueblo al que querían castigar. Pero sobre todo y ante todo, del lado de los asediados, por los excesos de los Zelotes que, instalados en el templo como en una fortaleza, lo ensuciaron durante cuatro años consecutivos, con crímenes sin precedentes y forzamientos execrables que la pluma se niega a hacer

describir, como se dirá en su lugar). - «Pero, se dirá, ¿es esta la gran señal que Jesús tenía que dar? ¿Era hora de huir cuando Tito sitió Jerusalén y cerró las avenidas con tanta fuerza que no había forma de escapar?

Aquí está la maravilla de la profecía. Jerusalén fue sitiada dos veces en estos tiempos: el primero por Cestio Gallo, gobernador de Siria, en el año 66 dC; el segundo por Tito, cuatro años después. En el último asedio, no había forma de escapar. Tito libró esta guerra con demasiado celo, y el impenetrable cerco que hizo alrededor de la ciudad no dio esperanzas a sus habitantes. Pero no hubo tal cosa en el asedio de Cestio; acampó a cincuenta estadios de Jerusalén; su ejército estaba esparcido por todos lados, pero sin hacer trincheras, y libró la guerra con tal negligencia que perdió la oportunidad de tomar la ciudad, cuyas puertas le fueron abiertas por el terror, la sedición y hasta por su propia inteligencia. Además, Cestio rápidamente levantó el asedio y ordenó una retirada que se convirtió en un desastre para los romanos. Aquí porque durante la tregua de cuatro o cinco meses que transcurrió hasta la invasión del ejército de Vespasiano (es decir, desde el otoño del 66 hasta la primavera del 67), lejos de ser imposible escapar, la historia registra expresamente que muchos se retiraron. «Después de la derrota de Cestio - dice José - (José., 1. II *de Bello jud .*, c. XXV), muchos huyeron de Jerusalén como uno huye de un barco que se hunde.» Entonces Jesús había distinguido muy claramente los dos asedios: uno en el que la ciudad estaría rodeada de trincheras, “*circumdabunt, te inimici tui vallo, et coangustabunt te undique*” (Lucas, XIX, 43); el otro donde habría sido invertido por los ejércitos, *cum videritis circumdari ab exercitu Jerusalem* (Lucas XXI, 20). Fue entonces cuando fue necesario huir y retirarse a las montañas; esta fue la señal que Nuestro Señor había dado a sus seguidores. Y de hecho los cristianos obedecieron la palabra de su Maestro. - Aunque había miles en Jerusalén y Judea, no leemos en José ni en ninguna otra historia de que hubiera algunos en la ciudad cuando fue tomada. Por el contrario, los monumentos antiguos muestran que se retiraron al pequeño pueblo de Pella en un país montañoso cerca del desierto, en las fronteras de Judea y Arabia. El resto es conocido; se conocen los horrores del asedio, del cual Jesús dijo: “Entonces habrá tanta angustia como no la ha habido desde el principio del mundo, ni la habrá jamás.

(1 (I) Nada puede dar una idea de la angustia de aquellos días terribles como el relato que da José en el tercer libro de su Historia Eclesiástica, que se traduce como sigue: “Una mujer llamada María, de la región más allá del Jordán, distinguida tanto por su nacimiento como por su riqueza, se había refugiado en Jerusalén, donde estaba encerrada con el resto de la multitud. Ya los terroristas que sacudieron la ciudad, como Jerusalén, presionados por todos lados por los romanos, fueron desgarrados por dentro por tres facciones hostiles. “E incluso si el odio que estas facciones tenían hacia los romanos llegó al punto de la furia, no fueron menos feroces entre sí. Las batallas de afuera les costaron a los judíos menos sangre que a los de adentro. Un momento después de los asaltos contra el extranjero, los ciudadanos reanudaron su guerra interna; la violencia y el bandolerismo reinaban por todas partes en la ciudad. Mientras tanto, la ciudad languidecía, y todo el equipaje que había podido llevarse consigo en su apresurada retirada había sido saqueado, y la policía le iba robando poco a poco los últimos restos de su fortuna y, en particular, toda la comida que pudiera conseguir.

Esto culminó en la indignación de esta mujer, que, cansada de preparar comida para los demás que no le permitían tocar, y al no tener medios para encontrarla, fue torturada por el hambre hasta el fondo de sus entrañas, y escuchando solo los siniestros consejos de furia y extrema necesidad acabaron por rebelarse contra la naturaleza.

Tomando en la mano a su hijo, que aún estaba amamantando, le dijo: "Pobre niño, ¿para quién o para qué te reservaría en medio de los terribles males que nos agobian? ¡Los males del asedio, los males del hambre, los males de la atroz guerra civil!

Cayendo en manos de los romanos, si tenemos nuestra propia vida, ¿qué podemos esperar sino servidumbre? Pero antes de la esclavitud, he aquí, llegó el hambre, y lo peor de ambos son los hombres facciosos que nos oprimen. Por eso se convierte para mí en un alimento, para nuestros tiranos una furia, para el resto de los hombres su fábula, ¡ya que tú eres lo último que falta aún en las calamidades de los judíos!" Dicho esto, le corta la garganta a su hijo, lo cocina, luego se come la mitad y deja la otra mitad a un lado, cubriéndola con cuidado. Al mismo tiempo, llegaron los policías que, atraídos por el olor del execrable asado, amenazaron de muerte a la mujer si no mostraba de inmediato el plato que había preparado. Y ella respondió que les había reservado una buena mitad y que se la mostraría. Pero ante tal vista, los bandidos retroceden horrorizados. Y la mujer prosiguió: "Este es mi hijo, y este también es mi crimen. Así que cómanlo, amigos, ya que yo me lo comí, y no dé la impresión de que usted es más sensible que una mujer, más tierna que una madre. Si, por escrúpulos religiosos, eres reacio a comerme a mi víctima, entonces, ¡déjame que yo, que ya he consumido la primera mitad, me coma la segunda también!"

Ante estas palabras, los policías se retiraron temblando de horror, sin atreverse a disputar tal plato con una madre. Y la noticia de tan gran crimen se difundió de inmediato por toda la ciudad, donde todos se sintieron congelados de horror, y llamaron bienaventurados a los que la muerte les había llevado antes de que hubieran sido testigos oculares o audífonos de males tan extremos" (Josefo, apud Euseb., Hist. ., 1, III, c. VI - Migne, PG, t. XX, col. 231). -

Sabemos cómo Jerusalén, presionada por todos lados por los romanos, ahora era solo un gran campo cubierto de cadáveres, sin embargo, los líderes de las facciones lucharon allí por el imperio.

¿No era esta una imagen del infierno, donde los condenados se odian entre sí no menos que los demonios que odian a los demonios que son sus enemigos comunes, y donde todo es orgullo, confusión e ira?

»Pero finalmente había llegado el día fatal, el día en que Jerusalén, una vez asaltada, vería el cumplimiento de la profecía de Jesús: *Non relinquetur hic lapis super lapidem qui non destruat*. «Era el día diez de agosto, que, según José, se veía arder el templo de Salomón.

A pesar de la prohibición de Tito, y a pesar de la inclinación natural de los soldados, que era llevarlos a saquear en lugar de derrochar tanta riqueza, un soldado, inspirado

por la inspiración divina, dejó que sus compañeros se subieran a una ventana y prendieran fuego al templo.

Ante esta noticia, Tito salió corriendo, Tito ordenó que la llama incipiente se apagara de inmediato. Pero la orden opuesta había venido de arriba; la llama se apoderó de todas partes en un instante, y en menos de unas pocas horas este magnífico edificio se redujo a cenizas.

Así se consumaba la catástrofe más aterradora de la historia. ¿Qué ciudad ha visto morir a un millón cien mil hombres en cuatro meses y en un solo asedio?

Esto es lo que vieron los judíos en el último sitio de Jerusalén. No es de extrañar, por tanto, que el victorioso Tito no haya recibido las felicitaciones de los pueblos vecinos, ni las coronas que le enviaron para honrar su victoria.

Tantas circunstancias memorables, la ira de Dios tan marcada y su mano tan presente, lo cautivaron profundamente, y esto es lo que le hizo decir que él no era el vencedor, y que solo era un débil instrumento de la venganza divina "(Bossuet, *passim*, ubi supra). -

Estos son los eventos memorables por los cuales todas las predicciones de Jesús sobre la ciudad y el templo se cumplieron con asombrosa precisión.

Comenzados hacia el final del reinado de Nerón, terminaron bajo Tito en el año 70, cuando, sin duda, *ghênea aute se cumplió*. De hecho, muchos de los contemporáneos de Jesús lo habían presenciado y muchos de ellos habían muerto allí. Muchos, digo, y no solo entre los conversos al cristianismo, a quienes una provisión especial de la Providencia había puesto a salvo, sino también, aparentemente, de aquellos que, después del saqueo de la ciudad, fueron reducidos a la servidumbre y llevados cautivos por toda la tierra.

Aún así, no se puede dudar de todas estas cosas porque tienen la notoriedad que les da la gran luz de la historia.

Además, no son el objeto principal de la demostración que se va a dar en este momento, ya que todavía conciernen solo a esa parte de la profecía que hemos llamado por encima de la escena frontal o del primer plano, donde se da la culminación de la dificultad y el debate. -

Entonces ahora debemos llegar a lo que mira al fondo, al fondo de la perspectiva: el sol oscurecido, la luna sin luz, las estrellas cayendo del cielo, el universo entero asombrado, el Hijo del Hombre que viene en su majestad, sus Ángeles reuniendo a sus elegidos de los cuatro vientos, de un extremo al otro del cielo, y el resto que indiscutiblemente se refiere al último día del mundo.

¿Queremos decir, quizás, que la misma generación es también testigo ocular de todo esto? ¿Pretendemos que no ha pasado sin que todo esto haya recibido también su cumplimiento? O, una vez admitido, como debe ser, que sería inútil buscar otro significado razonable para "*generatio hæc*" con respecto a lo establecido, es posible

que tengamos que conceder a la escuela modernista *voluntaria o forzosamente* la validez de la palabra" *generatio hæc* ¿Cuál atribuye como error a Jesucristo?

La respuesta a todas estas preguntas es más simple y obvia de lo que parece; pero antes de entrar en la explicación que lo pondrá en la luz correcta, observemos cuidadosamente las dos formas en que se dice que ocurrió un evento profetizado, al estilo de las Escrituras.

Primero, en sí mismo, es decir, en su propia realidad.

En segundo lugar, antes de realizarse en sí mismo, en un evento precursor, su imagen y su figura.

¿Es cierto que esta segunda vía, al no ser tan literal y material como la primera, no cae tan directamente bajo los sentidos, pero acaso, por todo esto, menos fundamentada en la verdad?

Para nada. Y esto por la razón ya señalada, que la figura como tal ya contiene de alguna manera lo que representa, y le da una especie de existencia anticipada: especialmente si la figura y la cosa representada se unieran primero en la unidad de la misma profecía, y que, en consecuencia, la realización exacta de una sola puede concebirse como infaliblemente ligada a la realización integral y completa de la otra.

No debe sorprendernos ver esta misma forma comúnmente recibida, admitida y asumida por los mismos escritores sagrados, no menos que por sus intérpretes más autorizados.

Isaías, por ejemplo, profetiza el nacimiento de la Virgen y se lo da a Acaz y a toda la casa de David como señal de la protección de Dios contra la conspiración de Phaceo, rey de Samaria, y Rasin, rey de Siria.

«Oíd ahora, casa de David, dice - Dios mismo os dará una señal: he aquí, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se llamará Emmanuel; y comerá crema y miel hasta que sepa deshacerse del mal y escoger el bien; y antes de que el niño sepa deshacerse del mal y elegir el bien, será devastada la tierra de la que los dos reyes te asustan (Isaías, VII, 13-16). »

Sin duda, estamos hablando del Mesías, quien unirá a este hermoso nombre de Emmanuel los otros no menos magníficos, enumerados en el capítulo siguiente, de admirable consejero, Dios fuerte, padre de la eternidad, príncipe de paz (Isaías, IX, 6). ¿Pero qué? Isaías entonces creyó en el cumplimiento inmediato de su oráculo, y por lo tanto en la venida inmediata del Mesías, para calcular la edad del niño maravilloso, en el momento en que Judea sería liberada del ataque de los dos reyes conspiradores, y el país enemigo (Siria y Samaria, Damasco y Efraín) ¿devastados y destruidos?

O quizás deberíamos desviarnos de su significado natural por estas significativas palabras: *Quia antequam sciat puer reprobare malum et eligere bonum, derelinquetur terra quant tu detestaris, a facie duorum regum suorum?* Pero distinguimos el

cumplimiento del oráculo en la persona del verdadero Emmanuel de su cumplimiento previo en la persona del Emmanuel figurado. Porque aquí hay otro niño misterioso que será concebido, que nacerá, que recibirá un nombre simbólico, garantizando a la casa de David la liberación del peligro que amenaza, antes de que llegue el momento del primer balbuceo del bebé. Este es el hijo del que el profeta dice unas líneas más abajo: “Y me acerqué a la profetisa y ella concibió y dio a luz un hijo. Y el Señor me dijo: “Lámalo Mecher-Shalal-Chasch-Baz, porque antes de que el niño pueda gritar: “ ¡Mi padre, mi madre! ...

Las riquezas de Damasco y los despojos de Samaria serán llevados ante el rey de los asirios. *Et dixit Dominus para mí: voca nomen ejus, accelera spolia detraheri. Quia antequam sciât puer vocare patrem suum et matrem suam, auferetur fortitudo Damasci, et spolia Samariæ coram rege Assyriorum* (Isaías VIII, 3-4).

Y en él, en este niño, el oráculo de Emmanuel el primer cumplimiento, signo seguro del segundo, que lo tendría sólo varios siglos después, ya no en la sombra de una figura esta vez, sino en la plenitud de la realidad., “El Mesías que él (Isaías) anuncia en términos tan magníficos, no debe aparecer en persona hasta más tarde, sino que ahora nacerá en la figura; el misterio de su nacimiento tendrá lugar ante todo un pueblo para despertar su fe en la promesa. Así nacerá un hijo de Isaías, y el nombre simbólico que se le dio antes de su concepción marcará la próxima devastación de Damasco y Efraín, o, en un sentido superior, el infierno derrotado y despojado por el Mesías. La madre de este niño se llama profetisa, no porque sea la esposa de un profeta, *Profetas de Israel* , sec. 1, art. 2).

Y sería fácil multiplicar los ejemplos de estas profecías con un doble cumplimiento del que abunda la Escritura (como la profecía de Malaquías (IV, 5) sobre el regreso de Elías, y la del Salmo LXXI, sobre las glorias del reino de Jesús, Jesucristo, ambos que debían realizarse por primera vez, uno en la persona de Juan el Bautista (Mat., IX, 14 y XVII, 12), el otro en la persona de Salomón, " *tamquam in umbra et imagine veritatis*“, según la expresión de San Jerónimo en Dan, c. XI), y estrechamente vinculados como están a la economía ya expuesta de los acontecimientos figurativos, que la Sabiduría divina ha destinado a ser de época en época como tantas representaciones tempranas e implementaciones anticipadas de los misterios de nuestra Religión.

Dicho esto, digo ahora que en la profecía que estamos tratando, todo lo que se refiere al último día del mundo no tuvo dificultad, en la ruina de Jerusalén, y en consecuencia, antes de que pasara la generación contemporánea de Jesús, un primer cumplimiento del tipo del que acabamos de hablar: un cumplimiento en forma de figura, sin duda, o, si se quiere, sólo en efigie, pero suficiente, según la Escritura, para autorizar la expresión, *donec omnia fiant*.

Digo y repito que en esta misma catástrofe, como en un cuadro vivo, y en una grandiosa representación de las cosas, todos los rasgos del oráculo relacionados con la consumación de los siglos, es decir, los signos en el sol, en la luna y en las estrellas - fueron entonces representados por las extraordinarias maravillas que hemos informado de José y Tácito; que la reunión de los elegidos de un extremo a otro de la tierra estuvo marcada por el mantenimiento de los fieles en refugios seguros y separados de la masa de los réprobos, que, encerrados dentro de las murallas de la

ciudad, estaban a punto de convertirse en presa de todos los flagelos unidos; que el temblor, la conmoción de toda la naturaleza fue la figura de este desastre inaudito que, según los testimonios históricos, sumió a Tito en un asombro tan profundo y lo hizo inclinarse ante un agente misterioso, una fuerza superior, un poder irresistible, del que se decía que era un instrumento irresponsable e involuntario.

Y así, si Cristo, en este espantoso "*finimondo*" - *tomando* prestada del idioma italiano una expresión que se adapta muy bien a nuestro tema - no se mostró a los ojos del cuerpo con sus Ángeles en las nubes del cielo en gloria y majestad, su presencia, sin embargo, su intervención, su acción fue tan evidente que fue escuchada y reconocida por los propios paganos, hasta el punto de obligar al emperador romano, en medio de una victoria, a confesar que él no era el vencedor, sino que iban a otro los vítores y las coronas.

Ahora bien, estas sencillas citas ya serían suficientes para solucionar cualquier dificultad. Sí, es verdad: todo tenía que cumplirse, y todo se cumplió de hecho, antes de que pasara la generación de ese tiempo, *generatio hæc*, había pasado: todo, incluida la parte del fin del mundo, de la manera que se ha explicado, y que está en todos los puntos de acuerdo con lo que aquí es ley, es decir, el lenguaje recibido y consagrado en la Escritura.

Por tanto, sólo tendríamos la lección de San Lucas, que lo dice todo, sin añadir nada, sin determinar nada, sin especificar nada: *Amen dico vobis, non præteribit generatio hæc donec omnia fiant* (XXI, 32), y estaríamos autorizados a concluir que Jesús había anunciado que tenían que ocurrir durante la vida de su generación, hechos que serían al menos una imagen y un perfil profético de la catástrofe suprema; de ninguna manera estaríamos justificados al decir que él había predicho esta catástrofe, considerada en sí misma como inminente. -

Pero esta es solo una primera respuesta.

Si no tuviéramos nada más para oponernos a la pretensión modernista, tendríamos que renunciar a la ventaja de reducir al adversario convenciéndolo de la falsedad, ya que es probable que las consideraciones precedentes, por verdaderas y fundamentadas que sean, apenas serían tocadas; además, quedarían completamente fuera de su comprensión, los datos en los que descansan, de tal naturaleza que no podría admitirlos sin negarse o negarse a sí mismo.

Este, por tanto, es el defecto esencial e incurable de la exégesis racionalista que, al no reconocer el carácter trascendente e inigualable de la Escritura, carece de todos los criterios necesarios para penetrar en sus misterios.

Pero en este caso, no hay necesidad de penetrar en los secretos cerrados al profano; basta con seguir la crítica en su propio terreno, para mostrar que está operando sobre textos truncados y, por tanto, distorsionados, algo imperdonable siempre y en todas partes, pero especialmente para aquellos que se jactan de una ciencia tan positiva y hacen tanto alarde de su rigurosa documentación.

Aquí está la lección de San Mateo y San Marcos, que, leída hasta el final, aclara y explica la de San Lucas, y excluye abierta, clara y categóricamente el fin del mundo,

considerado en sí mismo, por el número de eventos anunciados que se llevarán a cabo en el curso de la presente generación.

Pero, repito, debe leerse en su totalidad, sin separar el primer miembro del segundo, al que se opone y del que necesariamente depende, en virtud de la oposición que limita y circunscribe la comprensión del sujeto.

Así leemos en San Matteo: *Amén dico vobis, quia non præteribit gêneraito hæc donec omnia hæc fiant*. Pero esta no es la pausa, este no es el punto donde debemos detenernos, porque las palabras, *cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt*, que siguen inmediatamente, son solo un paréntesis, después de lo cual se sigue inmediatamente la proposición opuesta, determinante del primero: *de die autem illo et hora nemo scit, neque angeli cælorum, nisi solus Pater*.

Lo mismo en San Marco, el mismo contraste, la misma oposición entre esta generación, estas cosas, y este día, esta hora. Esto lo da, palabra por palabra, como una traducción del uno y del otro evangelista: “De cierto os digo que esta generación no terminará hasta que se cumplan todas estas cosas; pero para ese día y esa hora nadie lo conoce, ni siquiera los Ángeles del cielo, ni nadie, ni nadie más que mi Padre.

Si entonces la profecía contrasta, por un lado, esta generación, estas cosas, y por el otro, ese día y esa hora; si, además, marca claramente el tiempo en que se cumplirán estas cosas, y se niega con respecto a ese día, diciendo que nadie sabe cuándo vendrá, ni los Ángeles del cielo, ni el Hijo (como hombre, y de conocimiento comunicable), pero solo el Padre; ***En fin, ese día y esa hora es visiblemente el día y la hora de la Parusía, como lo demuestra demasiado bien el resto del discurso, para que sea necesario, no digo necesitar, demostrar, sino incluso afirmar. es: ¿desde qué frente nos trae este texto, para sustentarnos que las declaraciones de Jesús sobre la proximidad de la catástrofe no dejan lugar a ninguna ambigüedad?***

"Aquí", dice Bossuet excelentemente, "dos tiempos bien marcados, liaec e illa, en griego como en latín, marcan dos tiempos opuestos, uno más cercano, el otro más lejano". Esta generación verá todas estas cosas cumplidas: generatio hæc, omnia hæc, omnia ista. Pero para ese día, para esa hora, de die autem Mo et hora, nadie lo sabe. Como si dijera: Os he hablado de dos cosas, de la ruina de Jerusalén, y de la ruina de todo el universo en el juicio. que debe pasar en la generación en que estamos, y de la cual los hombres que viven deben ser testigos, os señalo el tiempo, y esta generación no pasará hasta que se cumpla.

Esto es para el evento que estamos tocando. Pero en cuanto al día, este día en que vendré a juzgar al mundo, nadie sabe nada al respecto, y no tengo que decírselo a ustedes. Se indica claramente que la caída de Jerusalén estaba cerca, y que la Iglesia debía saberlo. Pero para ese día, ese último día en el que todo el universo estará en confusión y el Hijo del Hombre vendrá en persona, nadie sabe nada al respecto, no sabemos si está lejos o cerca, y el secreto es impenetrable, y a los ángeles del cielo, (Bossuet , Meditaciones sobre el Evangelio, Última semana del Salvador, día 76). Y solo con esta observación, sin siquiera contar ninguna de las razones anteriores, toda la construcción modernista del texto se esfuma: *Amen dico vobis, non præteribit generatio hæc, donec omnia hæc fiant* .

ARTÍCULO TERCERO

Examen del conjunto del texto de San Lucas

El secreto impenetrable en el que el oráculo evangélico encierra el tiempo de la parusía y el juicio bastaría ya para anular por completo la tesis modernista sobre el fin del mundo, tal como la vislumbró directamente Jesús, cuando declaró Amen dico vobis, non præteribit generatio hæc donec omnia hæc fiant.

Además, la enormidad del malentendido aparece de inmediato, desde el principio, y con plena evidencia, precisamente al leer esta misma declaración, como debe ser, en su totalidad y en su verdadero contenido: ***“En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda (el cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán); pero en cuanto al día y hora (de la parusía), nadie sabe nada de eso, ni siquiera los Ángeles que están en el cielo, ni nadie más que mi Padre.”*** (Mateo XXIV, 34-36; Marc., XIII, 30-).

Esto es indudable, "inequívoco", por así decirlo, y más aún esta vez.

¿Quién podría imaginar unir en una misma frase dos cosas tan abiertamente contradictorias como: por un lado, el anuncio del último día que vendrá en la presente generación, y por otro, la solemne y enfática afirmación de que ninguna criatura en el cielo o en la tierra ¿sabe o tiene que saber la hora y el momento?

Se puede objetar que se diga que la hora es incognoscible por la única razón de que, aunque sabíamos con certeza que sería en la segunda mitad de ese siglo, no podíamos saber exactamente el año, el mes y el día, el año, mes y semana?

Esta es una salida lamentable, rechazada no solo por el simple sentido común, por muy complaciente que sea, sino también de la misma carta del texto evangélico.

Por esta razón, de hecho, los eventos relacionados con la ruina de Jerusalén habrían estado idénticamente en la misma condición que el día de la parusía; había tan poco o, si se quiere, tan abundantemente informado sobre el tiempo del primero como sobre el del segundo; de todos ellos con indiferencia, se podría decir con el mismo título y con la misma verdad: nemo scit nisi Pater; finalmente, la oposición entre omnia hæc y de die autem illo et hora cayó de inmediato y quedó completamente vacía de sentido.

Por tanto, somos plenamente capaces de adelantar que la interpretación que los modernistas dan a estas palabras: "La generación actual no pasará sin que se cumplan todas estas cosas", viola las reglas más elementales de la exégesis; que el término "todas estas cosas", omnia hæc, se refería a la ruina de Jerusalén, y no a la ruina del mundo, si sólo esto no es, como se ha dicho, la ruina del mundo, en la medida en que este último debía aparecer en el primero como en su figura, y además, el tiempo de la consumación de los siglos, considerado en sí mismo, estaba clara, formalmente, expresamente reservado y apartado, más allá de cualquier investigación, cualquier pronóstico, cualquier determinación, incluso aproximada, y lo único que se podía saber de él.

Fue precisamente la imposibilidad de saber algo al respecto.

Todo esto hay que decirlo de una vez por todas, para descartar definitivamente, y completamente fuera de discusión, el famoso verso , non præteribit generatio hæc, cuyo verdadero significado parece haber sido claramente explicado, sobradamente probado y sólidamente establecido, de modo que nadie tiene derecho a oponerse ni a retomar la discusión de ninguna manera.

Pero, ¿desaparecen todas las dificultades, por todo esto, de todo el contenido del oráculo evangélico? ¿La objeción que se ha evitado en un punto no se repetirá en otro?

Y si el anuncio de la proximidad de la catástrofe suprema no se establece claramente, como les gustaría a los modernistas, en la declaración final, ¿no tendría un significado equivalente y estaría contenido virtualmente en varios lugares del cuerpo de la profecía misma?

Observamos que esta no es una suposición absolutamente libre. Varias cosas podrían sugerirlo, como ciertas expresiones, ciertos giros de frase, ciertas formas de hablar que se encuentran aquí y allá, inmediato, en los días de extrema tribulación, de los cuales la abominación desoladora predicha por el profeta Daniel iba a ser la señal.

Y así surge ante nosotros una nueva pregunta: una pregunta de cuya solución dependerá la confirmación, o, por el contrario, la negación, de todo lo dicho anteriormente en respuesta a la audaz afirmación de los enemigos de nuestra fe: que basta con decir que es importante y que debe tratarse concienzudamente.

Nosotros, con la ayuda de Dios, podemos iluminarlo con toda la luz deseable, de modo que al final no quede lugar para ninguna duda razonable. Para ello, conviene dividir la obra, es decir, distinguir entre san Lucas y los otros dos sinópticos, haciendo de cada texto objeto de un estudio separado y de un examen en profundidad.

Y para empezar, la tarea más sencilla aquí es el texto de San Lucas, que, para comodidad del lector, transcribimos aquí íntegramente con la anotación de las tres partes que lo dividen, y que es de suma importancia tener en cuenta. - Así leemos en San Lucas, XXI, 10 y siguientes. "Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

- A) Versículos 10-23 : Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá grandes terremotos, plagas y hambrunas en varios lugares, y apariciones espantosas y señales extraordinarias en el cielo. Pero antes de todo esto, te impondrán las manos y te perseguirán, te arrastrarán a sinagogas y cárceles y te llevarán ante reyes y gobernadores por mi Nombre ... Pero cuando veas ejércitos arrasando Jerusalén, debes saber que la desolación está cerca. Entonces los que estén en Judea huyan a los montes, y los que estén en la ciudad salgan de ella, y los que estén en el campo no entren en la ciudad. Porque esos días serán días de castigo, por el cumplimiento de todo lo que está escrito. ¡Ay de las mujeres embarazadas o que estén amamantando en aquellos días, porque habrá gran angustia en la tierra y gran ira sobre este pueblo! Caerán a filo de espada, serán llevados cautivos entre todas las naciones.

- B) versículo 24 . Y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles.

- C) versículos 25-31 . Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y las

naciones se turbarán y se turbarán en la tierra con el sonido del mar y las olas, y los hombres tendrán miedo de lo que sucederá en el mundo. porque los poderes de los cielos serán conmovidos. Entonces se verá al Hijo del Hombre viniendo en una nube con gran poder y gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, enderece y levante la cabeza, porque su liberación está cerca. Mira la higuera y todos los árboles; en cuanto empiezan a brotar, sabes por ti mismo, cuando los veas, que se acerca el verano. Asimismo, cuando veas estas cosas, sepas que el reino de Dios está cerca.. ". -

Así habló Jesús, según la lección del tercer evangelio.

Como vemos, era una imagen abreviada que abarcaba todo el futuro y lo dividía en tres períodos distintos: un primero (versículos 10-23), hasta la próxima caída de Jerusalén inclusive; un segundo [versículo 24], que comprende todos los tiempos entre la caída de Jerusalén y los últimos días del mundo; un tercero [versículos 25-31], que comienza con los precursores de la catástrofe final y termina en el evento supremo, a saber, la parusía.

Y en este cuadro todo ha sido puesto en su lugar según el orden natural de la sucesión de eventos; cada parte se ha separado de las otras sin confusión alguna, de la manera más clara y distinta del mundo; y finalmente, y sobre todo (porque para nosotros ese es el punto clave de la pregunta), se dejó el margen más amplio para la interposición de toda la serie de siglos antes de la llegada del último día.

En verdad, este texto de san Lucas, si se sabe leer, es en sí mismo la más triunfante de las defensas y el más convincente de los testimonios.

Sólo hay dos pequeños pasajes en los que la crítica modernista ha encontrado algo de qué quejarse.

Es en el lugar donde, después de haber descrito los signos de la Parusía, Jesús, sin dejar de dirigirse a los discípulos antes que él, añade: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, mire hacia arriba y levante la cabeza, ya que su liberación se acerca.» Y un poco más abajo: «Cuando veas estas cosas, sepas que el reino de Dios no está lejos.-

Y de hecho, ¿qué les parece, queridos lectores? ¿No crees que tú también podrías ver aquí el equivalente a un anuncio del fin del mundo para el transcurso de la presente generación?

¡Mira, levanta la cabeza cuando veas estas cosas! ¡Estas cosas, esta conmoción de toda la naturaleza, esta agonía del mundo!

Tenían que verlos, y ver con sus propios ojos, los de aquellos a quienes Jesús estaba hablando entonces. Y en este caso, fue mientras todavía estaban vivos, mientras Pedro, Santiago, Juan y Andrés estaban, que lo habían interrogado, y los demás de su compañía, aún estaban vivos, que, en la mente del Maestro, la consumación de los tiempos, la Parusía, el establecimiento definitivo del reino de Dios.

Así, al menos, razonan nuestros modernistas, que no se acusarán de desviarse de la letra, estaba a punto de decir de su más burda materialidad.

Pero toda la tradición cristiana había razonado de manera muy diferente hasta ahora. De lo contrario San Agustín, *Quod tamen cura universæ Ecclesiæ promississe, quæ aliis morientibus, aliis nascentibus, hic usque in sæculi consummationem futura est, quis non intelligat?* (Agosto, Epist. 199, ad Hesychio, N. 49). Dejaré los links a estas citas en la descripción del vídeo en PDF para su acceso completo a ellas.

NOTA MÍA: Que traducido quiere decir algo así como: “Pero ¿quién no comprende que se ha prometido el cuidado de toda la Iglesia, que a unos que mueren, a otros que nacen, se consumará aquí para siempre?”

Y continuo en este ANEXO para una mejor comprensión transcribiendo el numeral 49 de la Carta de San Agustín a Hesychio en la que San Agustín dice puntualmente a Hesychio: **49.** ¿Cómo decir que los apóstoles culminaron la obra de predicación, cuando con toda certeza sabemos que hay pueblos en los que ahora comenzó a predicarse y otros en los que aún no ha comenzado? No se dijo sólo a los apóstoles: *Me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaría y hasta el fin de la tierra* ¹³⁹, como si sólo los entonces presentes hubiesen de cumplir esa misión tan grande, sino como parece que se dijo sólo a ellos: **He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación del siglo** ¹⁴⁰. Pero ¿quién no entenderá que la promesa mira a toda la Iglesia, que ha de durar hasta la consumación del siglo, mientras unos mueren y otros nacen? También les dijo otras cosas que no se referían a ellos y parece que sólo se referían a ellos: *Cuando veáis estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas* ¹⁴¹. ¿A quiénes se refería sino a los que vivan cuando todo eso ocurra? Pues ¿cuánto, más sucederá así, cuando ellos cumplen una gran parte, aunque sus sucesores continúen la misma misión? Cierro el paréntesis y mi nota)

Continua diciendo el Cardenal Billot:

Muy diferente, San León, cuando mostró la audiencia de Jesucristo formada por la universalidad de los fieles de todos los tiempos, escuchando y sintiendo a su Salvador en aquellos que entonces, en los días de su vida mortal, formaban parte de su séquito. (S. Leone M. Serm. 9 de Quadrig. C. 1).

NOTA mía: CITO EL TEXTO donde San León Magno en su Sermón 9 dice casi al final: “Por lo cual, muy amado, puesto que por la inefable gracia de Dios la Iglesia de los fieles gentiles ha conseguido lo que la sinagoga de los judíos carnales no mereció, al decir David: *El Señor ha revelado su salvación, entre las gentes ha revelado su justicia* (Ps., 92, 2); y predicando lo mismo Isaías: *El pueblo que estaba sentado en tinieblas ha visto una gran luz, a los que moraban en la región de sombras mortales les ha nacido un resplandor* (Is., 9,2), y también: *Las gentes que no te conocían, te invocarán, y los pueblos que no tenían noticia de ti, irán hacia ti* (Is., 55, 5), regocijémonos en el día de nuestra salvación y elegidos por el Nuevo Testamento para tomar parte con aquél, a quien dice el Padre por el profeta: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado. Pídeme y te daré las gentes como herencia y por posesión los confines de la tierra* (Ps., 2, 7), gloriémonos en la misericordia del que nos adopta, porque como dice el apóstol: *No habéis recibido espíritu de esclavos en temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción de hijos, con el cual clamamos, Abba, Padre* (Rom., 8, 15). Es por todo digno y conveniente que la voluntad manifestada por el Padre se cumpla por los hijos en adopción, y al decir el Apóstol, *Si padecemos*

juntamente, juntamente seremos glorificados (Rom., 8, 17), sean ahora participantes de las humillaciones de Cristo, los que serán coherederos de la gloria venidera. Honremos en su infancia al Señor, ni tengamos como menoscabo de la divinidad estos comienzos y crecimientos corporales, porque a la naturaleza que no cambia (la naturaleza divina) nada le añade ni le quita nuestra naturaleza, sino que aquél que quiso hacerse como los hombres en la semejanza de la carne, permanece igual al Padre en la unidad de divinidad; con quien el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. FIN DE LA CITA del Sermón 9 de San León Magno en el día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, que comienza titulado así: **Humildad necesaria para comprender el misterio de la vida de Cristo. Alegría en el nacimiento del Salvador. La generación eterna y temporal de Cristo. Nuestra adopción a la vida divina (Dominica infraoctava de Navidad).**

Cierro paréntesis y continua diciendo el cardenal Louis Billot:

No, no, antes del advenimiento de la nueva escuela, ningún cristiano habría pensado que cada palabra que se dijera a los discípulos debería entenderse siempre como si se les dijera a ellos en persona.

Nunca se le hubiera ocurrido a nadie que, en las predicciones sobre el futuro de la Iglesia, la forma de discurso directo más utilizada por Jesús era algo que solo se dirigía a aquellos que en ese momento estaban material y físicamente presentes ante Él. Nunca lo haría.

A nadie se le ha ocurrido cuestionar este principio de tal evidencia natural, que en estos doce de los cuales Él había hecho el núcleo de Su reino, Él consideró, instruyó, amonestó, exhortó y advirtió a todos Sus fieles, vistos claramente por Él a través de todas las edades; y que consecuentemente, cuando veas, cuando te digan, cuando escuches, levanta la cabeza y mira", etc., a través de ellos y en ellos se estaba dirigiendo realmente a los suyos que sabía que serían testigos de los presagios de la catástrofe suprema, cualquiera que fuera el momento de la misma, cercana o lejana, y sobre la cual, como ya se ha dicho, no necesitaba explicarse. -

No, repito, nunca nos hubiéramos atrevido a tocar, antes de nuestros tiempos desafortunados, este abc, estos principios elementales de la exégesis evangélica, cuyo rechazo conduciría nada menos que a la destrucción de los primeros fundamentos de la religión cristiana, para empezar desde la promesa fundamental: *excepción ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*.

Pero es que luego también, tomamos a Jesucristo como lo dan todas las páginas de la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, con su trascendencia sobrehumana, su omnisciencia del futuro no menos que del pasado, su cualidad de Mesías, de padre del siglo futuro, de fundador del reino de Dios por el tiempo y por la eternidad.

Mientras que el modernismo ha cambiado todo eso, y ha creado para nosotros un Cristo que ya no es más que un hombre, solo sabiendo, viendo, diciendo solo lo que un hombre puede ver, saber y decir, y encontrándose cara a cara con los pocos discípulos que había logrado vincular a sí mismo, en la misma relación, o más o menos, como un profesor de la Sorbona o del Gollège de France ante la media docena

de oyentes que frecuentan su supuesto grado, sentado más en el mar en estas lecciones, “que en los sermones de Gassagne o del Abbé Cotin. Pero dejemos a estos ciegos, guías de ciegos, y volvamos al texto de san Lucas, que lejos de anunciar la inminencia de la parusía y la proximidad del fin de los tiempos, por el contrario, abría a la conjetura los más vastos horizontes. el futuro, y dejaba espacio para tantos días, años, siglos y semanas de siglos como uno quisiera imaginar.

El paso que debe estar en el centro de nuestra atención aquí es el que marca el segundo de los tres períodos indicados anteriormente, a medio camino entre el saqueo de Jerusalén y los últimos días del mundo: Y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles.

Este paso es extremadamente notable en muchos aspectos. Es notable, en primer lugar, porque separa en la profecía, con un intervalo claramente delimitado, las dos catástrofes que los discípulos en su interrogatorio habían mezclado y confundido.

Es notable, entonces, porque pinta un cuadro del futuro estado político de Jerusalén después de su caída que la historia ciertamente no podría haber pintado con mayor precisión.

De hecho, Jerusalén pisoteada por los gentiles, es decir, esclavizada por las diversas naciones de gentiles (primero los romanos, luego los persas, luego los árabes, luego los francos, luego los musulmanes de Egipto, luego los turcos), ¿no es acaso el resumen exacto y completo de sus anales, desde Tito hasta la actualidad?

Pero especialmente digno de mención, ya que nos permite saber cuánto tiempo duraría este estado de esclavitud y servidumbre, donec impleantur tempora, nationum: hasta que se cumplan los tiempos de las naciones, es decir, los gentiles, que son, como todos saben, en el lenguaje de las Escrituras, pueblos ajenos a la raza y religión judías.

Todo el contenido del debate está en esta pequeña frase, donde surgen inmediatamente dos preguntas. La primera: ¿Cuáles son estos tiempos de los gentiles, hasta cuyo cumplimiento se habría prolongado el sometimiento de Jerusalén? El segundo: hasta qué duración se podrían estimar?

En otras palabras: su realización, para hablar el lenguaje de la profecía, marcan un final claro y preciso a corto plazo (caer, por ejemplo, dentro de la vida de los contemporáneos de Jesús), ¿o más bien no han dejado abiertas todas las perspectivas sobre una larga serie de siglos antes de la llegada de la catástrofe suprema?

Responder a estas dos preguntas particulares de manera pertinente será por este mismo hecho como resolver la pregunta en su totalidad, y resaltar plenamente lo que el texto de San Lucas ha dado a pensar, creer o conjeturar sobre la duración futura del mundo y sobre el momento de la parusía.

La primera pregunta, por tanto, es ¿qué se entiende por esta expresión, *tempora nationum*, ***los tiempos de los gentiles***? Y la respuesta no puede ser en absoluto dudosa.

Sin duda, los tiempos de los gentiles son los tiempos preparados por Dios para la conversión de los gentiles, para la evangelización de los pueblos paganos, para la

entrada en la Iglesia y para la institución de la Iglesia, para la evangelización de los pueblos paganos, por la entrada de naciones infieles al redil de la Iglesia.

Este significado está claramente indicado, en primer lugar, por el propio texto del evangelista: (akri ou plerotosis kairoi etnon).

Y aquí **San Agustín**, comúnmente acusado de no saber griego, pero que sin embargo sabía lo suficiente para librarse a veces de las dificultades de la exégesis que se le proponían, señalará, en la primera de sus dos cartas a **Hesiquio (Epist 197, n. 2)**, que el término utilizado por San Lucas no tiene equivalente en latín: ni, yo agregaría, tiene un equivalente en nuestro idioma.

De hecho, donde se lee *tempora nationum*, la puerta griega, no *kronoi*, sino *xairoi etnon*. Ahora bien, entre las dos palabras *kronoi* y *kairoi*, que en latín y francés sólo tienen un término correspondiente, hay una diferencia notable. Y la diferencia consiste en que el primero evoca sólo la idea pura y simple del tiempo, mientras que el segundo, como atestiguan todos los léxicos antiguos y modernos, significa un tiempo adecuado, oportuno y viable. Es por eso que esta expresión, ***xairoi etnon*** donde el término ***kairos*** se usa de manera absoluta, sin ningún agregado o determinación de ningún tipo que limite o modifique su significado original y natural, ***solo podría significar tiempos favorables*** para los gentiles.: es decir, los días de bendición, salvación y gracia que finalmente surgirían sobre ellos, y ese ***sería un tiempo de paz y prosperidad, esa era tan celebrada por los oráculos antiguos***, de su llamado a la maravillosa luz de la fe.

¿Quién no recuerda lo que los profetas habían declarado, en los términos más magníficos, de la bendición que se derramaría sobre los gentiles por medio del Mesías?

¿Quién no recuerda, entre otros cien, ese espléndido pasaje de Isaías que la liturgia nos propone cada vez que el año trae la conmemoración de la llegada de los Magos, primicias de los gentiles, a la cuna de Jesucristo?

¿Dónde está la gloria futura de la nueva Jerusalén, es decir, de la Iglesia cristiana, a la que acudirán todas las naciones de la tierra, trayendo sus ofrendas y engendrando innumerables hijos? "Levántate y resplandece, nueva Jerusalén - clamó el profeta - para que brille tu luz y la gloria del Señor se eleve sobre ti. Porque tinieblas cubrieron la tierra y tinieblas sombrías envolvieron a los pueblos, pero sobre ti el Señor se levantará y su gloria resplandecerá sobre ti; Caminarán los pueblos hacia tu luz y tus reyes hacia el resplandor de tu amanecer, alza tus ojos y mira: todos están reunidos, vienen a ti; tus hijos vienen de lejos y tus hijas van en tus brazos. Entonces lo verás y estarás radiante; tu corazón saltará y se ensanchará, porque las riquezas del mar vendrán a ti, los tesoros de las naciones vendrán a ti. Los camellos de Madián y Ephhas te cubrirán en gran número, y todos los camellos de Sabá vendrán, trayendo oro e incienso y recitando las alabanzas del Señor.» (**Isa. LX, 1-6**).

Aquí están, anunciados con muchos siglos de antelación, aquellos tiempos que en San Luca se llaman los tiempos de los gentiles: nombre tomado, como podemos ver, de la nota característica que los distingue, y que tuvo que ser subrayado singularmente por el contraste entre el pueblo judío, que se había negado, con una ceguera inconcebible, a reconocer al Mesías que había venido a ellos, retirándose así de la bendición

prometida a los descendientes de Abraham, y abandonándose a su sentido réprobo hasta el fin de los tiempos, cuando incluso para ello, en el fin del mundo, después de que la multitud de gentiles haya entrado en la Iglesia, sonará la hora favorable, la hora de la reconciliación y el regreso.

Todo esto está en los datos más probados y auténticos de las Escrituras ... "Hay un tiempo para los gentiles, y después de ese tiempo los judíos, a quienes los gentiles hasta ahora han pisoteado, volverán, y después que entre la plenitud de los gentiles, todo Israel, lo que quede de ellos, será salvo." (Rom., XI).

Pero si aún existiera la más mínima duda sobre el significado de la frase: ***donec impleantur tempora nationum***, solo quedaría, para disiparla por completo, hacer referencia al verso paralelo de San Mateo (XXIV, vers.14), que dice que "el Evangelio sería predicado en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y que entonces vendría la consumación". ***Et prædicabitur hoc evangelium reina en el universo orbe, en testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio***. "Así, lo que en San Lucas se llama los tiempos de los gentiles, en San Mateo se llaman los tiempos en que se les habría predicado el Evangelio, es decir, sin dificultad, los tiempos de su llamada a la fe, y de su agregación progresiva a ese redil del cual Jesucristo había dicho: ***"Y tengo otras ovejas que no son de este redil (de la sinagoga), y debo conducir las, y escucharán mi voz, y luego habrá un solo redil y un pastor"*** (Juan X, 16).

Esto resuelve categóricamente la primera de las dos cuestiones planteadas anteriormente.

Sabemos con la mayor certeza qué se entiende por ***tempora nationumque***, en el oráculo evangélico, ***separa la caída de Jerusalén del período anterior a la consumación de los siglos y la parusía***. (Vea arriba, versículos 24 y siguientes). Pero ahora nos queda saber y es lo más importante para nosotros: ***¿Qué duración podrían representar estos mismos tiempos de los gentiles? ¿Representan un intervalo corto de unos pocos años, algo que fácilmente sería aceptado por quienes dicen que las declaraciones de Jesús sobre la proximidad de la catástrofe fueron inequívocas? ¿O, por el contrario, son una larga serie de siglos, como la que ya pasó y la que aún podría pasar en un futuro indefinidamente prolongado?***

Aquí es importante distinguir entre lo que implica el texto en términos de tesis absoluta, y lo que implica en términos de conjeturas, suposiciones e hipótesis, en consideración de las circunstancias o condiciones particulares en las que las diferentes generaciones cristianas se han encontrado posteriormente desde los primeros orígenes hasta la fecha.

En términos absolutos, el tiempo de las naciones representó el tiempo necesario para la predicación del Evangelio, que comenzó en Jerusalén el día del primer Pentecostés, esparcirse gradualmente por todo el planeta, llegar progresivamente a todas las tribus, todas las razas, todos los pueblos de la tierra, y penetrar tan profundamente como para dar lugar a la semilla de la fe en todos los lugares y en todas las ramas de la comunidad cristiana.

Tales son los datos proporcionados por el Evangelio que aún corroboran los oráculos más famosos del Antiguo Testamento. ¿Qué podría ser más categórico a este respecto que el pasaje citado por San Mateo: "Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo para testificar a todas las naciones, y entonces vendrá la consumación.? "En todo el mundo", aquí están la totalidad de lugares; "A todas las naciones" es la totalidad de razas e idiomas.

Pero dado que el texto de San Lucas es en este momento el objeto especial de nuestro estudio, centrémonos más particularmente en lo que el mismo San Lucas relata sobre las palabras de Jesús a sus Apóstoles en las apariciones que siguieron a su resurrección (Lucas, xxiv, 44 ss.; Hechos, I, 4 ss.): "Esto es lo que les dije, mientras aún estaba con ustedes, que todas las cosas que están escritas sobre mí en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos debe hacerse. ...

Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día, y esa penitencia y la remisión de pecados se predicaron en su nombre a todas las naciones en su nombre.

Y añadió: "Empezando por Jerusalén", porque este era el orden que se había establecido, el orden en que la predicación apostólica debía comenzar en Jerusalén y luego pasar a Judea y Samaria, y no detenerse hasta llegar a las fronteras más lejanas de el mundo habitado: *usque ad ultimum terræ* ... -

Esto es lo que dijo en el Monte de los Olivos en el mismo momento de su partida; Fue su última palabra, su suprema recomendación, porque como lo dijo, se levantó del suelo, desapareció en la nube y envió a los dos Ángeles como los conocemos, a testificar por última vez la verdad de su regreso al final de los tiempos para juzgar vivos y muertos.

Pero no estará fuera de lugar insistir un poco en los testimonios que trajo de la ley de Moisés, de los profetas y de los salmos, *scripta in lege Moysis et prophetis et psalmis de me*, para aclarar mejor el significado de sus últimas instrucciones y para resaltar aún más claramente el alcance total de la obra de evangelización que dejó a la Iglesia.

Aquí está la ley de Moisés [el Pentateuco], en la que está escrita la promesa de Dios a Abraham, ... que en su simiente, es decir, en el Mesías que saldría de él, todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Aquí están los Salmos, y especialmente el XXI, donde después de la imagen de la Pasión de Cristo, de sus manos y sus pies traspasados, de sus huesos marcados en la piel por todo el peso de su cuerpo violentamente suspendido, de sus vestidos partidos, de su túnica dada por sorteo, de sus enemigos que se estremecen a su alrededor y se sacian de su sangre, vemos las consecuencias y los frutos de tan gran sacrificio: todos los confines de la tierra se acordarán del Señor y se convertirán a él; todas las familias de los gentiles, extraídas de las tinieblas de la idolatría, se postrarán con adoración ante su rostro y ante el Señor a quien pertenece el imperio y él gobierna todas las naciones.

Estos son los Profetas, y entre ellos Isaías, quien, elevando su vuelo aún más alto que todos los demás, cantó las futuras glorias de la nueva Sión: *"Agrande el espacio de la tienda", exclamó. Que las cortinas de tu casa estén abiertas. No escatime espacio, estire sus cuerdas y sea firme en su fe. Porque penetrarás a diestra y siniestra, y tu descendencia poseerá las naciones y habitará las ciudades desiertas. No tengas miedo, porque no te confundirás. Tu cónyuge es tu Creador y tu Redentor es el Santo de Israel. Será llamado Dios de toda la tierra (Isaías, LIV, 2-5)."*

Este es el anuncio de la toma de posesión del mundo por la Iglesia de Jesucristo, así como la indicación precisa de la forma en que se produciría esta inmensa revolución: no inmediatamente, no con un cambio repentino, no con un milagro que habría estado absolutamente fuera de todo el orden de la presente providencia, pero con una penetración progresiva, similar a la penetración de la levadura de la parábola, *mezclada con las tres medidas de harina que representaban las tres principales razas de la humanidad, semítica, camítica y japética*: una penetración, por tanto, que tendría lugar, con la bendición de la gracia de Dios, por causas secundarias, con la obra de los hombres apostólicos, a través del esfuerzo de los misioneros a lo largo de los siglos y en todos los puntos del planeta.

Esto es lo que representan estas imágenes, tantas veces repetidas en otros lugares, de la ampliación del espacio, del despliegue de las tiendas, del alargamiento de las cuerdas, para preparar un lugar cada vez más grande.

Esto es lo que dicen explícitamente estas palabras: *"Penetrarás a izquierda y derecha, este y oeste, en todas las playas y en todos los horizontes; y la posteridad tomará posesión de las naciones, de las que están en los extremos más remotos, y que por eso los Apóstoles de los primeros tiempos no pudieron alcanzar; y poblará las ciudades desiertas hasta ahora privadas del conocimiento del Dios verdadero y de la Religión verdadera."*

*Y este movimiento de penetración en todas las áreas, en todas las latitudes y climas, cuando se detiene, ¿Cuándo terminará? - Cuando el Redentor de la Iglesia, el Santo de Israel, sea llamado Dios de toda la tierra, es decir, cuando de polo a polo, de China a Perú, de San Lorenzo a Zambeze, de Alaska a Thibet, de de los lagos helados de los Urales a las llanuras abrasadas de la zona tórrida, la religión cristiana será conocida, recibida y practicada entre las innumerables variedades de la gran familia humana, sin distinción de sus diversas constituciones, capacidades intelectuales, usos civiles, instituciones políticas, prejuicios de raza y color de la piel. **Redemptor tuus, Sanctus Israel, Deus omnis terræ vocabitur!***

Tal fue el inmenso campo que se abrió para los Apóstoles cuando Jesucristo, ascendiendo al cielo, los envió a conquistar la bondad.

Concluimos, por tanto, que *"los tiempos de los gentiles"* representó todo el período necesario para lograr esta conquista, un logro que debía lograrse no con milagros como el que golpeó y convirtió a San Pablo en el camino a Damasco, sino con los medios comunes y ordinarios puestos a disposición de los ministros de la Iglesia, con la ayuda de la gracia de Dios.

También añadimos que no tenemos miedo de que nadie nos contradiga si decimos que tal obra no podría haberse realizado en unos pocos años, sino sólo a lo largo de una larga serie de siglos, como la que ya pasó, y que, *a pesar de la intensa labor desarrollada en todas partes del planeta por las misiones católicas, no parece haber llegado todavía a su conclusión.*

Finalmente, concluimos que el texto de San Lucas, una vez enfocado -como debe ser- por la incisión muy poco notada que hemos tratado de resaltar (y Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta el cumplimiento de los tiempos de los gentiles), está en plena, perfecta y completa conformidad con todo el patrón de eventos en la historia, desde el día en que la profecía salió de los labios de Jesús, hasta el tiempo, diecinueve siglos después, adonde hemos llegado hoy.

Todo esto es evidente ahora, todo esto nos queda perfectamente claro, que además de la ventaja de estar en las mejores condiciones del mundo para escuchar el verdadero significado de una profecía que ya se ha cumplido en gran medida, también estamos dotado de todos los conocimientos, tanto geográficos como etnográficos, necesarios para evaluar la duración de los "tiempos de las naciones". Pero este no fue el caso de los antiguos.

Para los antiguos, este conocimiento era absolutamente deficiente. De ahí que les fuera imposible formarse una idea correcta de las proporciones del trabajo que la Iglesia tenía que hacer antes de la hora señalada para la consumación de los tiempos.

Y esta es la razón por la que hemos distinguido más arriba entre el sentido absoluto y objetivo de las palabras de Jesucristo, de las que se reservaba el entendimiento exacto, y el sentido más o menos conjetural al que podían prestarse, gracias al desconocimiento de dónde éramos, y donde hemos permanecido hasta los tiempos modernos, de las verdaderas proporciones del mapa del mundo.

Tomemos, por ejemplo, la primera generación cristiana, en la que aún persiste la extraordinaria impresión que produce el paso por la tierra de Nuestro Señor y el recuerdo reciente de la promesa de su regreso. los cielos nuevos y la tierra nueva donde habita la justicia

Y cuya impaciencia los Apóstoles habían encontrado tan difícil de calmar, porque no podían ver la llegada de esta parusía, tan ardientemente amada y tan singularmente deseada. (II Petr., III 9; I Tes. IV, 12c et seq.)

Para esa generación, el mundo entero estaba contenido dentro de los límites del Imperio Romano. Esto significó para esta generación que, en sus cálculos y conjeturas sobre la proximidad de la parusía, difícilmente podría ser detenido por el pensamiento de que el evangelio tenía que ser predicado en todo el mundo antes de que llegara el fin. Y de hecho, ¿no escribió San Pablo a los colosenses, apenas treinta años después de la Ascensión del Salvador, que la predicación de la verdad evangélica les había llegado, como había llegado a todo el mundo, y que estaba dando frutos y ganando terreno día a día? (Colosenses, I, 6). ¿No los exhortó a permanecer firmes en la esperanza que da el evangelio de que habían oído, que habían oído y que había sido predicado a toda criatura bajo el cielo? (Colosenses, I, 23). Y cuando les dijo a los

romanos su gran deseo de encontrar una oportunidad favorable para ir a ellos, ¿no elogió su fe como famosa en todo el mundo? (Rom., I, 8).

No hace falta decir que estas expresiones, "en todo el mundo", "a todo el mundo", "a toda criatura bajo el cielo", tenían que ser tomadas sólo en un sentido esencialmente relativo, para la universalidad de las regiones o provincias. en comunicación regular con el centro donde la predicación del evangelio había comenzado y desde donde se había extendido.

No hace falta decir, además, que incluso dentro de estos límites aún quedaba un largo camino por recorrer antes de que la penetración pudiera considerarse suficiente para satisfacer los oráculos concernientes a la conversión de la gentileza.

Pero no importa, no lo miramos tan de cerca, y todas las condiciones impuestas a la primera generación cristiana, a la cabeza de la cual ciertamente hay que poner la ausencia del conocimiento geográfico y etnográfico del que hablábamos más arriba, explica cómo ocurrió que allí siempre quedó la puerta más o menos abierta a la idea u opinión, "que el mundo estaba por acabarse, y que la gran revelación de Cristo estaba por tener lugar".

Ahora bien, esta misma observación se aplica, proporcionalmente, a las siguientes edades. Cuando, por ejemplo, San León 1 en el siglo V y San Gregorio a fines del VI, Serm, 8 de ayuno del décimo mes (San León Sermon 8 jejunio decimi mensis, Pág 68)

[link al documento con los Sermones de San León Magno:](https://archive.org/details/sermones-escogidos-san-leon-magno)

<https://archive.org/details/sermones-escogidos-san-leon-magno>

y San Gregorio, hom. 1 en evangel.), como la catástrofe suprema próxima, inminente, no hay duda de que su persuasión estaba condicionada por el estado más que defectuoso de la ciencia geográfica de la época.

Porque si hubieran sabido que, de las cinco partes del mundo, al menos dos y media estaban aún por descubrir, tal vez hubieran pensado en una rápida llegada del fin de las cosas, contra las declaraciones más formales y explícitas de las Escrituras.

Pero San Agustín, en las dos cartas a Hesiquio ya citadas, apenas menciona la existencia de pueblos bárbaros en África central, a los que aún no se les había predicado el Evangelio, según la información recibida, añade, por presos de estas regiones en servicio de los romanos. (San Agustín, Epist. 199, n. 46.).

Tuvieron que pasar mil años antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, descubrimiento que iba a ser el prelude necesario para la instalación, recién completada en nuestros días, de misiones católicas en toda la superficie del planeta.

Ésta es, entonces, la maravilla de la profecía objeto de este estudio: que ahora se nos revela, en tan exacta y completa conformidad con lo que nos han enseñado los acontecimientos del período relativamente tardío de la parusía, y que sin embargo, dio lugar en la antigüedad a tantas conjeturas o persuasiones sobre su inminencia o proximidad. Pero, como ya hemos tenido ocasión de decir, Jesús habló deliberadamente para no cerrar la puerta a hipótesis que sólo podían tener los efectos

más saludables, o como estímulo al fervor, o como llamada a la penitencia, según las palabras de San Pedro: «Vendrá el día del Señor, y en ese día los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos se disolverán y la tierra será consumida con todas las obras que en ella hay. Entonces, pues, como todas estas cosas están destinadas a disolverse, ¿cuál no debería ser la santidad de vuestra conducta y vuestra piedad, aguardando y apresurando la venida del día del Señor, en el cual los cielos ardientes se disolverán y los elementos ardientes se derretirán? Pero estamos esperando, de acuerdo con Su promesa, cielos nuevos y tierra nueva donde mora la justicia. En esta espera, queridos míos, hagan todo lo posible para que él los encuentre sin tacha y en paz (II Pet. III, 10 y siguientes).»

Estas son las observaciones que teníamos que hacer sobre el texto de San Lucas. Estas mismas observaciones son válidas para los otros dos sinópticos, como ya se desprende de lo dicho sobre el verso paralelo de San Mateo: Et prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus, et tunc véniet consummatio.

Salvo que en San Mateo y San Marcos hay una línea omitida por San Lucas, referente a la abominación desoladora predicha por el profeta Daniel, lo que da lugar a una dificultad muy particular y especial. Lo reservamos para el siguiente artículo.

ARTÍCULO CUARTO

Particularidades de San Mateo y San Marcos sobre la Abominación de la Desolación pronosticada por el Profeta Daniel, que poco seguiría la Parusía y el Juicio.

La lección de san Lucas, decíamos en el artículo anterior, tiene esta particularidad, que pasa por completo en silencio un punto que, en los dos primeros Sinópticos, se coloca en gran relieve y ocupa una parte considerable del cuadro.

Este es el punto con respecto a “la abominación desoladora anunciada por el profeta Daniel”.

Y en verdad, este punto, para ser entendido, presuponia mentes versadas en la ciencia de las Escrituras, en el conocimiento de la Ley, en la lectura de los profetas, y del profeta Daniel en particular: tantas cosas ajenas a los gentiles para quien, como todos saben, estaba especialmente destinado el tercer evangelio.

La omisión, por lo tanto, era evidente, o mejor dicho, era la explicación más natural del mundo, pero no obstante era una omisión. Por eso nos resta ahora completar el estudio previamente hecho del texto de San Lucas, examinando el pasaje de San Mateo relativo a este famoso (la Abominación de la Desolación o Abominación Desoladora) *abominatio desolationis*, que, además del privilegio de suscitar la curiosidad de un gran número, tiene todavía más gravemente la especialidad de suscitar dificultades de más de un tipo, que convendría profundizar de una vez por todas, y conseguir, si es posible, aclarar definitivamente.

Empecemos por poner ante los ojos del lector el pasaje en cuestión, después de una breve recapitulación del contexto que le sirve de marco.

Viene inmediatamente después del verso ya mencionado varias veces: ***“Y este evangelio será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá la consumación.”*** Et praedicabitur hoc Evangelium vegni in universo orbe in testimoninm omnibus gentibus et tune veniet consummatio.

Jesús había dicho que habría rumores de guerras y rumores de guerras, que habría pestilencias, hambrunas, etc., que se desatarían violentas persecuciones contra la Iglesia, que vendrían falsos profetas para seducción de muchos, que la caridad de muchos se enfriaría, y que sólo se salvaría el que perseverase hasta el fin.

Luego, después de declarar que el Evangelio sería predicado primero en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y solo entonces tendría lugar la consumación, continuó así: ***"Por tanto, cuando veáis la abominación desoladora, anunciada por el profeta Daniel, establecido en el lugar santo, el que lee, entienda, mientras que los que están en Judea huyan a los montes, y el que está en el techo no vuelva para tomar lo que tiene en su casa, ni el que está en el campo, para ponerse su manto. ¡Ay de las mujeres que estén encintas, y de las que den de mamar en aquellos días! Orad para que vuestra huida no venga en invierno, ni en***

día de reposo, porque entonces habrá una angustia tan grande, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, y que nunca la habrá. Y si aquellos días no se acortaran, nadie escaparía; mas, por causa de los escogidos, estos días serán acortados. Así que si alguien os dice: Cristo está aquí, o: está allí, no le creáis, porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes prodigios y cosas extraordinarias, incluso seduciendo, si fuere posible, a los elegidos ellos mismos. He aquí, os lo he dicho..(statim post tribulationem dierum illorum) que traducido dice: “e inmediatamente después de la tribulación de aquellos días”, el sol se oscurecerá, la luna no dará más su resplandor, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre,y lo demás que sabemos.

Tal es el cuadro de los acontecimientos de los que la Abominación de la Desolación (abominatio desolationis) predicha por el profeta Daniel fue, según el oráculo evangélico, la señal dada.

Vemos allí días de calamidad sin precedentes en la historia, seguidos poco después por el oscurecimiento del sol, las convulsiones del universo, todos los (**detalles** = pródromos) de la parusía y la parusía misma.

Por otra parte, y es aquí donde comienza la dificultad, el tiempo de la citada Abominación de la Desolación (abominatio desolationis) no se deja libre a nuestras conjeturas. Parece estar muy claramente indicado en el mismo libro de Daniel al que nos remite el Evangelio, e indicado como siendo precisamente el tiempo del asedio y caída de Jerusalén.

¿Quién, en verdad, no tiene en mente la famosa profecía de las setenta semanas, expresada hasta después de que Cristo haya sido muerto?, “...vendrá un pueblo dirigido por un capitán poderoso para destruir la ciudad y el santuario, para que entonces haya en el templo la abominación de la desolación, y que la desolación durará allí hasta el fin.”

Así pues, tendríamos aquí dos cosas: **primero**, la parusía anunciada como próxima a los días de extrema tribulación que traería consigo la abominación anunciada por el profeta Daniel;

y en **segundo** lugar, la abominación anunciada por el profeta Daniel, fijada por Daniel, misma en el momento de la toma de Jerusalén por los ejércitos de Tito.

Por lo tanto, la conclusión sería clara, obvia, ineludible, a saber: que, según los datos del Evangelio, **el fin del mundo** debería haber ocurrido **hace dieciocho siglos**, es decir, antes del final de la primera generación cristiana, y aquí estamos, “**da capo**” que traducido es: “**desde el principio o como al principio**”, ante la afirmación modernista que reaparece así más triunfante que nunca.

Es a esta dificultad donde confluyen todas las demás, y donde los lectores estudiosos son más fáciles de atrapar, que este artículo pretende responder, demostrando que todo aquí descansa sobre una supuesta falsificación.

Y como esta supuesta falsificación depende enteramente de las ideas más que incompletas que comúnmente tenemos de los oráculos de Daniel y su contenido, debemos primero recorrer el resto de ella, y buscar cuidadosamente todo lo que se relacione con la dicha Abominación de la Desolación “abominatio desolationis”, que el gran profeta tenía por derecho propio la misión de predecir y anunciar.

Para la mayoría de aquellos a quienes circunstancias especiales no les han llevado a hacer un estudio especial de los profetas del Antiguo Testamento, el nombre Daniel recuerda poco a la memoria, en materia de profecía, más que a las setenta semanas arriba mencionadas.

La gran celebridad de este oráculo, su gran importancia en la cuestión mesiánica, el lugar considerable que ocupa en los libros de texto de teología, exégesis y apologética, todo ello ha hecho que se convierta, para muchos, *en la profecía de Daniel en definitiva*, o al menos, el ORÁCULO PRINCIPAL: oraculum princeps, que deja a todos los demás en la sombra y, por eso mismo, en el olvido.

Además, cuando el Evangelio nos habla de La abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, la mayoría de las veces a nadie se le ocurrirá buscar las aclaraciones necesarias aparte del versículo que citamos más arriba.

Es a este último rasgo de la conocida profecía al que nos referiremos pura y simplemente, sin siquiera sospechar lo más mínimo que en términos de referencias, podría haber mucho más.

Además, en esto sólo seguiremos las indicaciones de la mayoría de los comentaristas de San Mateo, quienes parecen haberse dado la palabra para referir a sus lectores al único pasaje de Daniel IX: 24-27, como si fuera el único lugar en el profeta donde se encuentra la abominación en cuestión.

Sin embargo, esto es un error, y un error manifiesto, porque la verdad, que es muy fácil de comprobar, es que en realidad Daniel predijo la Abominación Desoladora en el lugar santo, para tres períodos muy distintos y muy distantes entre sí:

primero, para el tiempo de la persecución de Antíoco (Daniel VIII: versículo 13, y Daniel XI: versículo 31);

en segundo lugar, para el tiempo del asedio y destrucción de Jerusalén (Daniel IX: versículo 27);

en tercer lugar finalmente, para el tiempo del anticristo, del fin del mundo y de la resurrección de los muertos (Daniel XII: versículo 11).

Repasemos brevemente cada una de estas tres predicciones, señalando las singularidades que las distinguen. De todas las observaciones que se hagan surgirá la luz que necesitamos.

Aquí, en primer lugar, se predice la Abominación de la Desolación (abominatio desolationis) para el tiempo de la persecución de Antíoco. Es, como todos saben, Antíoco Epifanes, esta raíz del pecado, como habla el libro de los Macabeos, quien

fue el primer rey pagano en emprender, no sólo para conquistar la tierra de Israel, sino también para abolir allí mediante la más atroz persecución la religión del Dios verdadero, y que por esto está citado en la Escritura y visto por los Padres como la figura más clara del anticristo, que Daniel ve en el capítulo octavo emergiendo de una de las cuatro dinastías que iban a compartir el imperio de Alejandro. Que se ve a sí mismo elevándose en su impiedad, y elevándose por encima del Dios de los dioses, cuyo culto proscribía, y profana el templo.

Luego: un ángel le pregunta a otro ángel: ¿Hasta cuándo durará? (lo anunciado en) la visión del sacrificio perpetuo, el pecado de la desolación y el abandono del Santuario y del ejército que serán hollados?” ¿Hasta cuándo durará lo que anuncia la visión sobre el sacrificio perpetuo, el pecado de la desolación, así como el abandono del santuario para ser pisoteado? Y se responde: Hasta dos mil trescientos días; después de lo cual el santuario será purificado. (Daniel VIII: 13 y ss.)

Y esta misma profecía se repite con mayor desarrollo en el Capítulo ONCE, donde el ángel que instruye a Daniel, dice entre otras cosas, en una palabra del perseguidor: la abominación desoladora.

AUFEBENT JUDGE SACRIFICIUM, ET DABUNT ABOMINATIONEM IN DESOLATIONEM

que traducido quiere decir: Ellos quitarán el Justo Sacrificio y darán la Abominación en Desolación; y esto, hasta el tiempo prefijo en que, habiéndose producido el castigo la purificación de Israel (el castigo que produjo la purificación de Israel), o hasta el tiempo prefijado en que, habiéndose producido el castigo la purificación de Israel, volverán mejores días de calma, tranquilidad y descanso o se convertirán en mejores días de calma, tranquilidad y descanso. (Daniel XI: 31 y ss.)

Es pues manifiesto que tenemos aquí un primer oráculo de Daniel sobre la abominación desoladora, objeto de nuestra investigación. Sin duda, no es a la que Nuestro Señor podría haber estado apuntando cuando dijo: ***“Cuando, pues, visteis la abominación desoladora, como dijo el profeta Daniel”*** Cum ergo viderais abominationem desolationis quae dicta est a Daniele Propheta, ***ya que, en el tiempo de Nuestro Señor, ya no tenía que realizarse en el futuro, sino que ya había recibido su cumplimiento en el pasado.***

Así que no tendríamos que lidiar con eso de otra manera.

Sin embargo, y precisamente por este logro relatado a lo largo de los dos libros de los Macabeos, nos servirá para establecer, en documentos auténticos, algo que es importante que aclaremos de antemano: a saber, que, al menos en su generalidad, este abominatio desolationis o esta Abominación de la Desolación, en la que muchos parecerían sospechar no sé qué misterios aún sin esclarecer, pero ciertamente muy equivocadamente, como lo demostrará perentoriamente el relato de los Macabeos, del que aquí están los pasajes principales:

"En el año ciento cuarenta y cinco del reino de los griegos, el rey Antíoco publicó un edicto en todo su reino, de modo que todos ya no eran sino un solo pueblo, y que cada uno abandonaba su ley particular... Envió mensajeros a Jerusalén y a las demás

ciudades de Judá, mandando a los judíos que pusieran fin a los holocaustos y sacrificios en el templo, a profanar los sábados y las fiestas, a contaminar el santuario y a los santos, a edificar altares, bosques sagrados y templos a los ídolos, a dejar incircuncisos a sus hijos varones, a contaminarse con toda clase de inmundicias y profanaciones, para que la ley de Dios sea olvidada para siempre y abolidas todas sus prescripciones. Y el que no obedezca las órdenes del rey, será castigado con la muerte... En el día quince del mes de Casleu...

(NOTA MÍA para entender a qué hace referencia el cardenal Billot al señalar: MES DE CASLEU y según encuentro hace mención al Mes de Noviembre, aquí al 15 de Noviembre para nosotros.

Noveno mes de los hebreos, siguiendo el orden de lo sagrado, y el tercero siguiendo el orden civil y político; corresponde aproximadamente a noviembre; tiene treinta días completos.cierro paréntesis y sigue el cardenal Billot diciendo):

En el día quince del mes de Casleu un ídolo abominable desolador fue levantado sobre el altar de las ofrendas quemadas, y semejantes en todas las ciudades de alrededor de Judá. Ofrecieron incienso y sacrificios ante las puertas de las casas y en las calles. Si encontraban los libros de la ley en alguna parte, los quemaban después de romperlos. Aquel en cuya casa se halló un libro del pacto, y cualquiera que mostró apego a la ley, fue muerto por edicto del rey.»

Así leemos en el primer capítulo del primer libro de los Macabeos, versículos 43 y siguientes. A lo que habría que añadir los otros detalles que se dan en el libro segundo, donde se dice: "Poco después de las matanzas con que comenzó la persecución, el rey Antíoco envió a un anciano de Atenas para obligar a los judíos a abandonar el culto de sus padres, y profanar el templo de Jerusalén, y dedicarlo a Júpiter Olímpico... La invasión de estos males fue sumamente dolorosa de sobrellevar para todo el pueblo, pues el templo se llenó de orgías y desenfrenos; los gentiles disolutos comerciaban con cortesanías incluso en los atrios santos, que convertían en lugares de prostitución... Ya no era posible celebrar los sábados ni las fiestas, ni simplemente confesarse judío. Una amarga necesidad llevó a los judíos a los sacrificios que se hacían cada mes, el día del nacimiento del rey. En las fiestas de las Bacanales, se les obligaba a recorrer las calles, coronados de hiedra en honor a Baco. Se emitió un edicto para que se tomaran las mismas medidas en las ciudades griegas vecinas, con órdenes de ejecutar a quienes se negaran a adoptar las costumbres paganas. Solo había escenas de desolación en todas partes. (II Macabaeos VI: 1 y ss.).

He aquí, pues, la "abominación" que Daniel había predicho para el tiempo de la persecución de Antíoco, y que los libros de los Macabeos ponen ante nuestros ojos.

Como vemos, no falta nada en la tabla, que aporta todos los datos necesarios para que uno pueda formarse una idea adecuada y completa de la misma.

Era en sustancia, con la proscripción absoluta del culto de Dios, y en particular del sacrificio perpetuo que es su elemento principal, la profanación de la tierra santa y del templo, ***por la sustitución de un culto sacrilego e idólatra***, así como por la conversión del santuario mismo en un lugar de prostitución y libertinaje.

Y esto sucedió alrededor del año 160 a. C., pero duró apenas tres o cuatro años, al cabo de los cuales, cesada la persecución, el templo fue purificado y el culto divino restituido a sus condiciones originales: ver 1Macabesos VI: 36 y ss ; 2 Macabeos X:1 y ss)

Pero atravesemos ahora un espacio de unos dos siglos y medio, y lleguemos a la ABOMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN (abominatio desolationis) señalada para el tiempo de las últimas desgracias de Jerusalén.

La predicción se encuentra en el conocido oráculo del que hablábamos más arriba, el que anunciaba el advenimiento y la muerte del Mesías, la conclusión de la nueva alianza, la abrogación de la antigua, la reprobación de la Sinagoga y las catástrofes que habían de seguir: después de nueve semanas (de años), el ángel le había dicho al profeta, Cristo morirá, y el pueblo que le niega ya no será el pueblo de Dios. Y vendrá un pueblo dirigido por un capitán y destruirá la ciudad y el santuario, y hasta el fin habrá guerra y destrucción decretada. Por él (el Cristo) concluirá el nuevo pacto con muchos por una semana (la última de las setenta), y a la mitad de la semana cesarán las hostias y los sacrificios.

Y habrá en el templo el dominio de la Desolación, y hasta el fin de los finales durará la Desolación. (Daniel IX: 24-27)

Y HABRÁ EN EL TEMPLO EL DOMINIO DE LA DESOLACIÓN, Y HASTA EL FIN DE LOS FINALES DURARÁ LA DESOLACIÓN. (Daniel 9, 24-27)

Entonces, según los términos de este otro oráculo, algo iba a suceder en el tiempo de la caída de Jerusalén, algo similar a lo que sucedió en el tiempo del impío Antíoco. Como en el tiempo de Antíoco, profanación del lugar santo, desolación del santuario, violación sacrílega de todo lo que era más sagrado en el templo: pero ahora, en condiciones muy diferentes a las anteriores, y con un conjunto de circunstancias que darán esta segunda aparición de la Abominación de la Desolación (abominatio desolationis) en el escenario de la historia, un color único y un carácter muy particular.

Y notemos primero que el templo cuya desolación se anuncia aquí, ya no era, como en los días de Antíoco, el templo del verdadero Dios y de la verdadera religión, todavía en plena posesión de su prerrogativa. Hacía ya unos cuarenta años que había perdido su gloria.

La había perdido, digo, en el mismo momento en que, en medio de la consternación de toda la naturaleza, el gran velo que cerraba la entrada al Lugar Santísimo se rasgó de arriba abajo, como señal de que, en la sangre de Cristo que acababa de expirar en el Calvario, el Antiguo Testamento había llegado a su fin, esa ley figurativa dio paso a la verdad figurativa, que el estatuto mosaico fue abrogado para siempre, con sus ritos, sus sacramentos, su sacerdocio, su altar y sus ceremonias.

A partir de entonces, estas mismas ceremonias habían dejado de existir en la ley, y el templo no era más que una reliquia. Que si los sacrificios y otras observancias legales hubieran continuado sin embargo allí legítimamente celebrándose, no hubiera estado ya en vigor de una ley ya caducada y obsoleta, sino únicamente por la reverencia debida a Dios, de quien derivaban su origen: reverencia que exigía que fueran tratados,

no como los ritos de las falsas religiones, que cuanto antes y sin la menor demora deben ser abolidos y exterminados, sino, según la bella comparación de San Agustín, como un hombre muerto de calidad a quien uno no se apresura a enterrar inmediatamente en el suelo, sino que uno lo mantiene por algún tiempo todavía en la casa, en espera de que se le den sus últimos deberes.

Así debió ser, así fue con las observancias y ceremonias de la antigua ley, durante los pocos años que transcurrieron entre el sacrificio del Calvario y el comienzo de la guerra de Judea: era la muerte religiosamente guardada en el depósito de cadáveres hasta el momento fijado para el funeral y entierro.

Excepto que, tras los nuevos y atroces crímenes de la Sinagoga, el funeral y el entierro se volverían trágicos, y terminar en desastre. Y en efecto, al mismo tiempo que los ejércitos romanos hacían su aparición en el suelo de Palestina, la abominación desoladora tomó posesión del templo, y se estableció allí como residencia permanente.

Más aún, iba a reinar allí como señora, e iría más allá de todos los límites, hasta provocar finalmente la implacable venganza del cielo, y terminaría de atraer, sobre el mismo templo, la furiosa tempestad que se llevó hasta los últimos restos, hasta la última piedra, y el mismo golpe aniquiló para siempre toda la economía de la que era asiento, centro y símbolo.

¿Y en qué diremos que consistió, esta vez, la Abominación de la Desolación (abominatio desolationis)? La respuesta obviamente pertenece a la historia, y con la historia en la mano debemos decir que consistió ni más ni menos en las insólitas profanaciones de las que, durante casi cuatro años consecutivos, antes y durante el asedio, el templo fue escenario, por el hecho de los llamados Zelotes, últimos representantes de la Sinagoga, de sus pontífices y de su sanedrín.

Porque era en el templo, en sus atrios, en su santuario, y aun en el Lugar Santísimo, donde se habían atrincherado como en su última fortaleza; fue allí donde, agitados por todas las furias del infierno, cometieron crímenes tales como José no duda en escribir que si los romanos, ejecutores de la venganza divina, se hubieran demorado más, la tierra se habría abierto para tragar el templo con la ciudad, o de lo contrario los fuegos que una vez cayeron sobre la Pentápolis volverían a descender del cielo para devorar una raza mil veces más malvado, más criminal y más impío que el que se habían llevado en los días de Sodoma y Gomorra (1). Nota: 1.

1) Pienso que si los romanos hubieran tardado en venir contra los hombres tan dañinos de nuestra nación, o la ciudad hubiera sido tragada por una brecha en la tierra, o destruida por una inundación, o hubiera sufrido fuegos de relámpagos, como Sodoma. Pues no tomó descendencia mucho más impía por ser aquella de la que había soportado castigos (De Bello Jitd., 1. Vi, c. 16).

De todo esto se desprende muy claramente que la abominación desoladora predicha por Daniel para el tiempo del sitio, contrasta singularmente con la precedente en este punto capital, que ya no fue, aquélla, obra de un perseguidor, sino del acto de los mismos ministros del santuario profanado, custodios natos de su santidad y majestad. Y de esta diferencia se siguen todas las demás.

Que si ya no vemos este tiempo, como bajo Antíoco, la abolición por el tirano del culto y observancia de la ley de Moisés, y mucho menos la introducción de ídolos que los mismos fanáticos ellos mismos tenían en abominación y horror, no vemos plazo fijado para el cese de tan grande devastación, ni perspectiva abierta a ningún tipo de restauración.

Ya no leemos como antes: hasta dos mil trescientos días, y el templo será purificado (Daniel, VIII, 14), ni: levantarán la abominación de la desolación..., pero el pueblo, conociendo a su Dios, se mantendrá firme y actuará... hasta el tiempo prefijo para que sean probados, purificados y emblanquecidos. (Daniel xi, 31-35)

Ya no era una persecución que Dios había querido o permitido para probar y purificar a su pueblo; fue sólo el último estallido de furor con que la Sinagoga agonizante terminó de traer sobre sí una maldición irremediable, y una desolación que nada había de consolar, como estaba escrito: Et erit in templo abominatio desolationis, et usque ad consummationem et finem perseverabit desolationis (Y habrá una abominación desoladora en el templo, y la desolación continuará hasta la consumación y el fin).

Pero es hora de llegar finalmente a la abominación desoladora indicada arriba en el tercer y último lugar: a lo que debe ver al final de los tiempos bajo el reinado del anticristo, y que encontramos predicho en el capítulo doce de Daniel, como se dirá.

Al comienzo de este capítulo, la palabra está con el ángel que termina de explicarle al profeta las visiones recibidas anteriormente sobre el reino de la tierra y el reino de Dios.

Ya, retomando, para desarrollarla más, la visión del carnero y el macho cabrío, del cuerno grande y el pequeño, que figuran en el capítulo octavo, en el undécimo había esbozado sumariamente la historia futura del imperio persa primero, la de los griegos luego, luego se había extendido muy larga y muy concretamente sobre el reinado de Antíoco Epífanes: haciendo del personaje y de sus acciones y gestos, un cuadro en el que toda la antigüedad cristiana reconocía una doble finalidad profética, quien, bajo la apariencia del impío rey de Siria, luego apuntó al hombre despechado, el impío por excelencia que será el anticristo del fin de los tiempos, y en la persecución del tiempo de los Macabeos, trazó el patrón de la formidable persecución que al final de su carrera la Iglesia de Dios tendrá que soportar (1).

(1) *Nostri haec omnia de antichristo Prophetari arbitrantur, qui ultimo tempore futurus est. . . Cumque multa quae postea lecturi et exposituri suraus, super Àntiochi persona convenient, typum eum volunt antichristi habere, et quae in illo ex parte praecesserint, in antichristo ex toto esse complenda, etc.* (San Jerónimo, en Dan, c. xi.)

Que traducido dice: (1) La nuestra asume que todas estas cosas están profetizadas acerca del Anticristo, que será en el último tiempo. . . Y cuando en la persona de Antíoco confluyen muchas cosas que estoy seguro se leerán y expondrán más adelante, quieren que sea figura del anticristo, y que lo que en él ha precedido en parte, se cumpla plenamente en el anticristo, etc. (Fin a la cita de San Jerónimo)

Y he aquí, ahora, pasando de repente, según la costumbre de los profetas, de la figura a la cosa figurativa, y cruzando como un lazo todos los intermediarios, el ángel

transporta a Daniel a ese futuro lejano que, en el cuadro anterior, ocupaba aún vagamente el fondo de la perspectiva. Aquí baja el telón sobre Antíoco y su tiempo, para levantarlo sobre un nuevo escenario, escenario que todo indica que es el de la crisis suprema que precederá a la consumación de los tiempos, la resurrección de los muertos, el juicio general, la recompensa de los buenos, el castigo de los malos, en fin, la restauración de todas las cosas para la eternidad.

En efecto, retomando la palabra, el ángel prosiguió en estos términos: en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran jefe, que ata a los hijos de tu pueblo, y vendrá un tiempo como nunca antes hubo desde el principio del mundo hasta esta hora. Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que se halle escrito en el libro. Y la multitud de los que duermen en el polvo despertará, unos para vida eterna, otros para afrenta de que serán cubiertos para siempre. Y los que habrán tenido el conocimiento de Dios (que habrán vivido fieles a su ley), resplandecerán como el esplendor del firmamento, y los que guían a la multitud a la justicia serán como estrellas por los siglos de los siglos. Y tú, Daniel, guarda bien estas palabras y sella este libro hasta el tiempo del fin. Entonces muchos lo escudriñarán, y el conocimiento se multiplicará.

Se trata ciertamente de un comienzo que no deja lugar a posibles ambigüedades, y si, como observa San Jerónimo, quienes pretenden relacionar las últimas páginas de Daniel sólo con Antíoco, han podido salir del lío hasta ahora tan bien como mal, y sustentan de tal manera su sentimiento, *¿aún podrán leerlo en este capítulo, donde se describe la resurrección de los muertos a la vida o al oprobio eterno, y nos dirán con alguna probabilidad que leyeron bajo Antíoco los que resplandecían como el esplendor del firmamento, o como estrellas por eternidades perpetuas (1)?*

NOTA (1) Hicenus Porphyry se sostuvo de cualquier manera, e impuso tanto a los incultos de los nuestros como a los incultos de los suyos; ¿Qué va a decir de este capítulo, en el que se describe la resurrección de los muertos, unos resucitados para vida eterna y otros para perpetua afrenta? Tampoco puedo decir que los que estaban bajo Antíoco resplandecieran como el resplandor del firmamento, y otros como las estrellas por los siglos de los siglos. (Hieron, en Daniel capítulo XII. P.L. l. XXV, col. 575) Fin de la cita de la nota o llamada (1).

Por lo tanto, observemos cuidadosamente este ensamblaje en el mismo marco de todas las características más destacadas de la escatología clásica, incluida la futura conversión de los restos de Israel, que tantos otros oráculos nos anuncian como inevitable en la última hora del mundo. . .

Pero notemos sobre todo lo que más destaca la profecía: esta persecución final de la que la de Antíoco habrá sido sólo una débil imagen, donde el arcángel Miguel vendrá en persona a luchar contra Satanás y el anticristo su secuaz; que se distinguirá por este rasgo característico entre todos, un tiempo de angustia que nunca ha tenido igual en todo el resto de la historia, "tempus quale non fuit ex Quo gentes esse coeperunt usque ad illud!"

Nota mía: Que traducido dice algo así como: "¿No hubo tal tiempo desde que las naciones comenzaron a existir hasta eso!". (cierto mi comentario y traducción).

Y es también sobre esta formidable persecución que se dirige la atención del profeta, quien pregunta: ¿Cuándo terminarán estas cosas prodigiosas?

Y se le responde: *En un tiempo, dos tiempos, y medio tiempo; y cuando la fuerza del pueblo santo se quebrante por completo, entonces todo se consumará.*

Pero Daniel afirma que oyó sin entender; desea detalles más explícitos, y entonces se le da la última respuesta con la que cierra todo el libro: la respuesta en la que se menciona expresamente la abominación desoladora que el mundo verá bajo el reinado del anticristo, al mismo tiempo como el término bienaventurado se muestra arriba que este tiempo, pasado el tiempo de la terrible prueba, resultará en desolación.

Allí, Daniel, dijo el ángel, porque estas palabras están grabadas y selladas hasta el tiempo final. Muchos serán limpiados, emblanquecidos y probados por el fuego; los impíos actuarán impíamente, y ninguno de ellos entenderá, pero los que tienen el conocimiento de la piedad entenderán.

ET DEPUIS LE TEMPS OU SERA SUPPRIMÉ LE SACRIFICE PERPÉTUEL, ET DRESSÉE L'ABOMINATION DE LA DESOLATION, IL Y AURA MILLE DEUX CENT QUATRE-VINGT-DIX JOURS.,

“Desde el tiempo en que será quitado el sacrificio perpetuo y entronizada la abominación desoladora, pasarán mil doscientos noventa días.”

¡Feliz el que espera y llega a mil trescientos treinta y cinco días! Tú, ve a tu fin y descansa, y estarás de pie para tu herencia hasta el fin de los días.

Tal es el oráculo que cierra la serie de predicciones de Daniel sobre la Abominación de la Desolación (“abominatio desolationis”), y, comparándolo con los precedentes, cualquier lector atento habrá de estar de acuerdo en que se distingue notablemente de él, por estar envuelto en un velo más denso de sombra y misterio. Ya, por el mero hecho de no haber recibido todavía su cumplimiento, se nos presentaría en las condiciones que son las condiciones comunes de toda profecía que el acontecimiento no ha venido a dilucidar, y por así decir, a descifrar.

Porque el futuro está y permanecerá siempre más o menos cerrado para nosotros, y las mismas cosas que Dios nos ha revelado acerca de él suelen suceder de manera muy diferente a lo que hemos imaginado o habríamos imaginado: lo que hace decir a san Ireneo que las profecías, antes de cumplirse, son enigmas cuya clave se nos escapa.

Omnis enim prophetia priusquam habeat effectum, aenigmata et ambiguitates sunt hominibus. Cum autem evenerit quod prophetatum est, tunc prophetiae habent liquidam et certam expositionem. (Iren., Cont. haer., 1. IV, c. xxvi, P. G., t. vu, col, 1052.)

Que traducido dice: “Cada profecía antes de que tenga su efecto es un misterio y una ambigüedad para los hombres. Pero cuando se ha cumplido lo profetizado, entonces las profecías tienen una explicación clara y cierta. (Iren., Cont. haer., 1. IV, c. xxvi, P. G., t. vu, col, 1052.)”

Fin de la cita de San Irineo mencionada por el Cardenal Billot, y continúa el Cardenal:

Pero aquí, a esta razón general se añade otra muy particular, y es que el mismo oráculo lleva consigo el testimonio más expreso de su propia oscuridad. En todas partes se trata de palabras cerradas, de predicciones selladas (versículos 4, 9);

El mismo Daniel declara que no comprende: *Escuché y no entendí (audivi et non intellexi)*, y si pide más información, el ángel responde que el sello del misterio no puede ser levantado hasta el momento del cumplimiento, *hasta un tiempo predeterminado (usque ad praefinitam time)*.

Además, en el momento mismo del cumplimiento, el impío no comprenderá (*neque inteligente omnes impii*); sólo los doctos comprenderán (*porro docti inteligente*): los doctos, es decir, los fieles instruidos en la ciencia de la piedad, que entonces encontrarán en esta comprensión, en medio de sus pruebas, aliento y esperanza. Y todo esto hay que recordarlo, todo esto hay que anotarlo con cuidado, en vista de la confrontación que pronto tendremos que hacer del oráculo de Daniel con el pasaje del Evangelio, objeto de nuestro estudio.

Sin embargo, cualquiera que sea el velo de misterio que dicho oráculo deba permanecer envuelto hasta el tiempo del fin, hay ciertas generalidades que el texto se ilumina a sí mismo, o que además revela la analogía de los lugares paralelos.

Así, por ejemplo, sabemos que la crisis, anunciada en este capítulo doce de Daniel, será especialmente dispuesta por Dios como medio de purificación para la última generación cristiana: esta generación que debe ver todos los detalles (pródromos) de la inmensa catástrofe, y percibir los primeros toques de trompeta que despiertan a los muertos desde el fondo de sus tumbas: para que, refinada como el oro en el horno, libre de todo apego a un mundo al borde del colapso, se encuentre lista para llevar ante el Señor que regresa buscar a los suyos para conducirlos a su reino eterno.

Y esto es lo que nos dan a oír estas palabras del versículo décimo:

"Serán escogidos y blanqueados, y muchos serán probados como fuego." (Eligentur et dealbabuntur, et quasi ignis probados multi).

Sabemos, además, que en el tiempo de la terrible persecución, será proscrito todo ejercicio de la verdadera religión, que en consecuencia dejará de celebrarse el culto a Dios, al menos pública y ostensiblemente a la luz del día, frente al sol.

Leemos en el verso undécimo: *desde el momento en que fue quitado el sacrificio perpetuo (A tempore cum ablatum fuerit iuez sacrificium).*

Es la repetición de lo leído anteriormente (Daniel viii, 13 y Daniel xi, 31) a propósito de la persecución de Antíoco, con esta notable diferencia, sin embargo, de que ya no se habla ni del templo ni del santuario, ni de cualquier cosa que pudiera haber recordado un pasado lejano y haberse ido para siempre.

El sacrificio perpetuo de que aquí se trata es, pues, el sacrificio de la nueva alianza, que sucedió al que, según la ley de Moisés, se ofrecía tarde y mañana en el templo de Jerusalén, y al que mil veces más justa razón le da el nombre de juez sacrificium, ofreciéndole que esté de acuerdo con la ley de su institución, sin tregua de día ni de noche, desde la salida hasta la puesta del sol, en todas las playas y bajo todos los cielos.

Es, en una palabra, el sacrificio de nuestros altares, que entonces, en estos días terribles, será en todas partes proscrito, en todas partes prohibido, y salvo lo que se pueda hacer y se hará a la sombra subterránea de las catacumbas, por todas partes interrumpido.

Sabemos, en tercer lugar, que al mismo tiempo se erigirá la abominación desoladora: "A tempore cum ablatum fuerit juez sacrificium, et posita fuerit abominatio in desolationem".

Pero ¿cuál será la abominación de la desolación para esta ley?

Evidentemente algo análogo a lo que apareció en la persecución de Antíoco, cuando el templo de Jerusalén fue dedicado a Júpiter Olímpico y profanado con toda clase de impurezas y profanaciones, como se ha dicho más arriba.

Algo análogo, decimos, teniendo en cuenta la diferencia de tiempos y lugares, y la desproporción de una persecución local, como la del tiempo de los Macabeos, a la persecución mundial que será la del anticristo. Pero aún así, ¿qué? Algún nuevo monstruo de idolatría establecido en nuestros templos, que se han convertido en templos del dios-humanidad, del dios-razón, del dios inmanente en el mundo, triunfante al fin, después de tantos esfuerzos de libre pensamiento, del Dios trascendente de la revelación cristiana?

¿Algún misterio luciferino extraído de las oscuras cuevas de los conventos masónicos e instalados a pleno sol, en lugar de los tabernáculos volcados de Nuestro Señor Jesucristo?

¿Alguna adoración impura a los ídolos de carne y hueso, como la que ya se vio, en los peores días de nuestra gran revolución?

Tantas hipótesis que una fácil imaginación construida sobre los datos del pasado puede sugerirnos. Pero, ¿cuál es el dato del pasado para las conjeturas del futuro?

*Es con gran sentido que Bossuet escribió: "Tiemblo al poner mis manos sobre el futuro (1) (Bossuet, l'Apocalypse, xx, 14.). "Lo más seguro será, pues, dejar de lado cualquier determinación particular, para ceñirse pura y simplemente a la palabra de la Escritura, **donde anuncia la manifestación del gran anticristo, del anticristo por excelencia**, que se levantará contra todo lo que se llama Dios y sea honrado con adoración, incluso sentándose en el santuario de Dios, y presentándose como si fuera Dios (2). (2) II Tes., II, 4.*

Esto es lo más autorizado que se puede decir sobre la abominación de la desolación de los últimos días, sin que sea necesario preocuparse más por el cómo de la cosa. Y

todo lo que puede agregarse con certeza es que en su apariencia el impío, el hombre de pecado, el hijo de perdición será por el poder de Satanás, acompañado de toda clase de señales y prodigios engañosos, con todas las tentaciones de iniquidad". Que además nos prometen demasiado bien el progreso cada vez más alarmante de la magia, la nigromancia, el espiritismo, el luciferismo, la teosofía y, en una palabra, de todas las llamadas ciencias ocultas, se llamen como se llamen y bajo cualquier máscara que se oculten (1).

En cuanto al resto, digámoslo una vez más, es un secreto del futuro, en el que, queramos o no, estamos obligados a admitir que no vemos nada.

Pero qué oscuridad aún más profunda en el final del oráculo de Daniel donde, después de haber hecho mención de los mil doscientos noventa días que se cuentan desde la interrupción del sacrificio perpetuo y la instalación de la abominatio desolationis, se dice: ¡Bendito el que espera y llega hasta mil trescientos treinta y cinco días!

No es, por supuesto, que también aquí todo sea tinieblas y (oscuridad), pues es bien claro que se trata de la espera tan recomendada ya que, en las Escrituras del Nuevo Testamento, "de la esperanza bienaventurada y del advenimiento de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (2)": *que en consecuencia, como dice expresamente San Jerónimo en su comentario al presente versículo de Daniel, el fin de los 1335 días en efecto, marca la hora de la parusía, "cuando el Señor y Salvador regrese en su majestad".*

Eso, digo, parece suficientemente claro, con tal de que uno se refiera a lo que dijo el ángel un poco más arriba. de la resurrección de los muertos y las recompensas eternas de los justos.

¡Pero qué sombras ahora, mezcladas con esta luz!

¿Qué son específicamente los 1290 días antes mencionados?

¿Cuáles son especialmente los 45 que se le suman para completar la suma de 1335, y cuál es la razón para distinguirlos de los demás?

¿Marcarían el intervalo que separará la derrota del anticristo de la llegada del juez de vivos y muertos?

¿Y en este caso, este número de 45, como el de 1290 con el que se suma, sería un número preciso, para ser tomado en el sentido propio y natural de la letra?, ¿o no más bien uno de esos números místicos de los que tantos ejemplos nos ofrecen los libros de los profetas?

Tantos misterios que permanecen impenetrables hasta que el acontecimiento aporta algo para descifrar el enigma; tantos sellos que sólo se levantarán en el tiempo del fin, y sólo se levantarán para los buenos, para los fieles servidores de Jesucristo, para los que, según la bella expresión del apóstol, "aman su venida", qui diligunt adveutum efus.

Porque para los demás, como ya se ha dicho, no entenderán, sino que, rebeldes a todas las advertencias como lo fueron las de la generación de Noé, serán sorprendidos por la catástrofe que les caerá inesperadamente en el mismo momento en que dirán: paz y seguridad.

Cum dixerint pax et securitas, tunc repentinus eis superveniet interims, sicut dolor in utero habenti, et non effugient (1) *1 Tesalonicenses V: 3*

que dice así: “Cuando digan: “Paz y seguridad”, entonces vendrá sobre ellos de repente la ruina, como los dolores del parto a la que está encinta; y no escaparán.”
1 Tesalonicenses V: 3

Ver referencias: ((1) II Tesalonicenses II: 9, 10.

(2) Tito, II, 13; I Corintios 1, 17; Filipenses III, 20 ; I Tesalonicenses 1,10; Hebreos IX, 28; II Pedro III, 12, etc.

Hasta aquí hemos destacado y, en la medida de lo posible, comentado y explicado los diversos oráculos de Daniel sobre la abominación de la desolación.

Fue la investigación preliminar, motivada por las dificultades que presentaba el pasaje de San Mateo, XXIV, 15 ss, y en particular por la cuestión de saber a qué apuntaba exactamente la profecía evangélica, donde se dice: Cuando veréis la abominación desoladora anunciada por el profeta Daniel, establecida en un lugar santo* para que el que lee* entienda, etc.

Ahora bien, después de las explicaciones anteriores, la respuesta de la que depende la solución buscada, será muy fácil; lo daremos a modo de conclusión, en una presentación sencilla y rápida.

Y primero, no tendremos dificultad en reconocer que Jesús, al referirse a la profecía de Daniel, se estaba refiriendo al oráculo del capítulo noveno, concerniente al tiempo y eventos del asedio.

Esto está perentoriamente demostrado por el consejo sobre la huida a las montañas, dado a los que estarían en Judea, tan pronto como vieron en el templo la abominación desoladora: la cual, según resulta de la comparación de los diferentes textos de San Mateo y San Lucas, comenzarían a aparecer al mismo tiempo que comenzaría el cerco de Jerusalén por los ejércitos romanos.

Todo esto es adquirido tanto por la exégesis como por la historia, admitido sin discusión por la universalidad de los intérpretes, y tendremos cuidado de no contradecirlo.

Pero lo que parece más evidente, si cabe, y más cierto aún, es que el oráculo de Daniel al que se refería principalmente era el del capítulo duodécimo, el mismo que interpretamos por última vez, sobre el tiempo del anticristo y la gran persecución que vendrá bajo su reinado.

Y aquí podría señalar, en primer lugar, que no hay nada en el texto evangélico que restrinja la amplitud de esta expresión “La Abominación de la Desolación de la que

habla el Profeta Daniel”..., *abominationem desolationis quae dicta est a Daniele Prophet*, a la única abominación prevista para el tiempo del asedio o (la hora del asedio); absolutamente nada que determine su alcance en Daniel IX:27, excluyendo Daniel, XII:11.

Entonces pude notar que Nuestro Señor no dice: Cuando veáis la abominación anunciada por Daniel, establecida en el templo, sino: *establecida en el lugar santo, in loco sancto*, que es una expresión más general, que desborda el horizonte judío, y transporta el pensamiento más allá del templo de Jerusalén, y los acontecimientos de los que iba a ser el teatro. Podría, digo, traer estas consideraciones que no carecen de valor, y serían útiles ponerlas en línea, en ausencia de otras pruebas; pero no insisto en ello, y prefiero apoyarme en dos argumentos mucho más perentorios.

El primero se lee del inciso: “*¡El que lee, oiga (entienda)! Qui legit, intelligat*”, *inmediatamente añadido a las palabras: “Cuando veas la abominación anunciada por el profeta Daniel”*. De hecho, este inciso contiene una alusión obvia a lo que se ha señalado anteriormente, de la oscuridad del oráculo del capítulo doce.

Además, responde directamente al pasaje donde se dice que los impíos no la entenderían, que sólo los fieles recibirían de ella inteligencia: *Neque intelligent omnes impii, porro docti intelligent*.

Así que el que lee oiga, que el que lee entienda. Es una indicación tácita, pero tanto más significativa, del lugar preciso del profeta al que nos referimos.

Hasta aquí el primer argumento. Pero el segundo será aún más decisivo. Proviene de letras que se leen un poco más abajo en el texto de San Mateo: Habrá entonces una angustia tan grande, que no la ha habido desde el principio del mundo, y que no habrá, nunca la habrá. Esto es palabra por palabra lo que dice, Daniel XII, 1: Et veniet tempus quale non fuit ex quo gentes esse coeperunt usque ad, ilud. Nota mía: Que traducido quiere decir: Y vendrá un tiempo cual no ha sido desde que comenzaron a existir las naciones hasta ese tiempo.

De todo esto se sigue que, en el pasaje de San Mateo que ha sido objeto del presente estudio, Nuestro Señor se refirió a los dos oráculos de Daniel antes mencionados, y unió en una mismo cuadro profético los acontecimientos correspondientes, los del asedio, y los de la persecución del anticristo.

Es que estos acontecimientos, por muy distantes que hayan de estar unos de otros en el orden del tiempo, representaban situaciones enteramente análogas, que por sí mismas se prestaban a ser presentadas y dispuestas en una única perspectiva: el futuro próximo y lejano.

Por un lado, la crisis que marca el fin de la religión judaica, que da paso a la del Nuevo Testamento; por el otro, la crisis que señala el fin de la religión de la tierra, que será abolida para dar paso a la de la eternidad. que da paso a la del Nuevo Testamento;

De un lado o del otro, días como nunca vimos, que nunca deberíamos ver semejantes en este mundo: pero, días de venganza en el tiempo del asedio, (Lucas, xxi, 22),

porque nunca veremos, jamás veremos venganza semejante a la que entonces se ejerció contra Jerusalén; días de persecución en el tiempo del anticristo, (Mat., xxiv, 29), porque nunca veremos, nunca veremos persecución comparable a aquella donde Satanás, más desatado que nunca, ejercerá su seducción sin límites por medios inauditos hasta entonces.

Finalmente, por ambos lados, el finimondo (pandemonio) o fin del mundo, al final de los días de tribulación, statim post tribulationem diertim illorum.

Pero después de la tribulación de los días del asedio, el finimondo en imagen y figura, de la que ya hablamos en un artículo anterior.

Después de la tribulación de los días del anticristo, el verdadero finimondo, donde aparecerá con toda verdad la señal del Hijo del hombre, a quien todas las tribus de la tierra verán venir con gran poder y majestad.

Con estas simples observaciones vuelven a esfumarse los razonamientos de los modernistas, que sin embargo no lo sostienen por dicho.

Se quedan con el más invencible de todos los argumentos, o al menos el que ellos consideran tal, y que debemos examinar antes de abandonar el discurso escatológico que nos ha ocupado hasta ahora, y pasar a otros lugares de la Escritura que desvían, según la palabra de San Pedro (II Pedro:16), para su propia perdición, y también, ¡ay! para los que los escuchan.

ARTÍCULO QUINTO

ARGUMENTO PERENTORIO DE LOS MODERNISTAS: «MIRAR Y ORAR, PORQUE NO SABES CUÁNDO SERÁ LA HORA. LO QUE YO TE DIGO, SE LO DIGO A TODOS, VELAD» (Marc., XIII, 33-37).

Después de haber examinado por separado el texto de San Lucas, por un lado, y por otro, el de San Mateo y San Marcos, en la parte que pertenece a estos dos evangelistas, debemos considerar ahora las exhortaciones a la vigilancia que, en los tres sinópticos, indistintamente, siguen al oráculo escatológico, y son como la conclusión práctica, o, si se quiere, la lección moral que Jesús extrae de él.

Porque incluso si no son una parte integral del oráculo en sí, estas recomendaciones son, sin embargo, en relación con la profecía misma, un elemento de interpretación de primordial importancia. Además, forman la base de las principales y más fuertes y evidentes razones dadas por nuestros adversarios.

Los modernistas, de hecho, se preguntan si fueron realmente los que estaban material y físicamente presentes en sus personas, presentes en carne y hueso, a quienes iban dirigidas las recomendaciones de Jesús que leemos en San Mateo: *«Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá vuestro Señor. Y sabed que si el padre de la familia supiera cuándo vendría el ladrón, estaría al acecho y no permitiría que entraran en su casa. Por tanto, estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora inesperada»* (Mateo XXIV, 42-44).

Y en San Marcos: *«Cuidado, velad y rezad, porque no sabéis cuándo llegará el momento. Así, un hombre, al salir de su casa para emprender un viaje, asigna su tarea a cada uno de sus sirvientes y ordena al portero que vigile. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo, o a la mañana; no sea que venga de repente y te encuentre dormido. Y lo que te digo se lo digo a todos, velad»* (Marcos, XIII, 33-37).

Y en San Lucas: *«Cuidaos, que vuestro corazón no se cargue con la crápula, la borrachera y las preocupaciones de esta vida, y que ese día caiga repentinamente sobre vosotros; porque vendrá como una red sobre todos los habitantes de la faz de toda la tierra. Por tanto, velad y orad incesantemente, para que sedáis dignos de escapar de todos estos males que están por venir y de presentaros ante el Hijo del Hombre.»* (Luc. XXI, 34-36).

Sí o no, una vez más: estas recomendaciones iban dirigidas a Pedro, Santiago, Juan, Andrés y los demás que, en vísperas de la Pasión, rodearon a Jesús en el Monte de los Olivos y escucharon la respuesta a las preguntas que ellos mismos habían planteado, o ... ¿no estaban dirigidos a ellos?

Y creen que nos mantienen aquí en un dilema desesperado. De hecho, si decimos que las exhortaciones a la vigilancia, a la oración, a la preparación continua y exacta para

la posible llegada de la parusía en el momento más inesperado, sólo conciernen a los hombres del futuro, tenemos contra nosotros la explícita y formal declaración del mismo Jesús, que en San Marcos concluyó con estas palabras: ***Quod autem vobis dico, omnibus dico***, estén atentos: palabras que, si tienen un significado, solo pueden tener esto: ***Y lo que les digo a ustedes que me escuchan, también les digo a todos: vigilen.***

Si, por el contrario, no tenemos ninguna dificultad en reconocer que estas exhortaciones se referían, antes que todas las demás, a aquellos a quienes Jesús personalmente tenía presentes ante él; entonces aquí viene la consecuencia, que es en el pensamiento y la opinión del mismo Jesús, la parusía, aunque incierta sobre su momento preciso, no tuvo, sin embargo, que llegar dentro de los límites de su vida.

Porque de lo contrario, si los hubiera visto durante la última hora del mundo acostados durante siglos en sus tumbas y volviendo al polvo del que todos venimos, podría haberles aconsejado que estuvieran atentos, para evitar que su Señor, viniendo inesperadamente, los encuentre dormidos?

Tal vez los hubiera comparado, como vemos en otro lugar de San Lucas (XII, 35 ss.), a los sirvientes que esperan que su amo regrese de la boda, para que cuando venga y llame a la puerta, abrir inmediatamente?

¿Habría puesto lámparas encendidas en sus manos y en sus lomos el cinturón que marca la condición de trabajador en el pleno ejercicio de su actividad?

¿Es esta la actitud correcta de los muertos en sus tumbas?, a todo esto podemos agregar que, para que estas recomendaciones hayan tenido su razón de ser y su utilidad para la generación contemporánea (y la misma razón se aplicará a las siguientes), no fue en absoluto necesario para que ocurra en la parusía, sino de hecho, durante la vida de esta misma generación; para estar alerta, y tener, según la intención de Jesús, algo que los instruya en el ferviente ejercicio de las buenas obras, representadas aquí por las metáforas de las lámparas encendidas en las manos y el cinturón que aprieta el lomo, bastaba con que sólo tuvieran la aprehensión de ello; que, además, para inspirar esta aprehensión, fueron suficientes las advertencias tan solemnemente dadas, y con una insistencia tan particular en toda la incertidumbre del día y la hora (Mateo, XXIV, 36), de los tiempos y momentos (Hechos I, 7); y que así, gracias a esta incertidumbre, siempre presente, ya sea como estímulo o como amenaza, las exhortaciones a la vigilancia continua, a la preparación exacta y cuidadosa, deben tener siempre el mismo alcance, siempre la misma actualidad, siempre el mismo retener a todos los fieles de todos los tiempos, y a los de las primeras generaciones como a los de la última, por muy remoto que sea el punto de duración señalado en los consejos de Dios para el fin del mundo y la venida del Juez de los vivos y los muertos.

Sí, todo esto se dirá, como otras cosas, con la misma fuerza, la misma verosimilitud y el mismo ingenio. Se dirá, pero ¿quién lo creerá? Porque, después de todo, uno tendría que estar muy firmemente arraigado en la región de las abstracciones donde la mente se ejercita sobre entidades puramente metafísicas, para imaginar que la posibilidad de

algo que se conoce podría suceder en mil o dos mil años, también, como en cien, entre veinte, diez o cincuenta, nunca tendrá ninguna acción, ninguna influencia, ningún control sobre los verdaderos hombres de carne y hueso.

Que si la incertidumbre del día y la hora tuvo realmente el efecto de mantenerlos pendientes sobre la primera generación cristiana, fue precisamente por la persuasión, o al menos, por la viva aprehensión en que se encontraban del prójimo, por su inminente llegada.

El mismo fenómeno, y por la misma razón, ocurrió en el momento del colapso del Imperio Romano, y más particularmente aún, a medida que se acerca el año 1000.

Pero, dejando de lado las circunstancias muy especiales que luego ayudaron a levantar el ánimo sobre la proximidad de la catástrofe, la incertidumbre del momento de la parusía, confesemos francamente, nunca, en tiempos ordinarios, influyó en nada ni en nadie, ni en los creyentes ni en los incrédulos: aquí podemos apelar, con toda confianza, a la experiencia constante.

Los creyentes y los no creyentes pueden dormir tranquilos, sin temor a que la maquinaria mundial se arruine repentinamente, o que estemos preocupados por los "tiempos y momentos" para los cuales el Padre ha reservado el secreto; sin pensarlo nunca, al margen de las conjeturas puramente platónicas que a veces nos gusta hacer sobre el futuro; sobre todo, sin hacer de la posible proximidad del fin de los siglos un motivo especial, ni para modificar nuestra vida ni para avanzar en unión con Dios y desprendemos de los bienes terrenales.

De hecho, la incertidumbre del día y la hora puede tener una influencia práctica en nosotros solo si se combina con un pronóstico razonado de una fecha próxima. Porque solo entonces nos sentimos impactados por la posibilidad del propio plazo y, en consecuencia, tenemos prisa por descartar las posibilidades que, sin una atención constante, daría lugar a la incertidumbre.

De lo contrario, no nos damos cuenta, y con razón: no más de lo que nos preocupamos, al salir de la casa, de la idea de que una teja, cayendo de un techo, pueda, mientras caminamos por la calle, caer sobre nosotros y aplastarnos.

Como entonces, suponiendo que en sus mentes la parusía no llegaría hasta después de una larga serie de siglos, ¿Jesús podría haber hecho de la incertidumbre del día y la hora uno de los fundamentos del Evangelio, uno de sus pilares, un estímulo de primera importancia para todos los fieles sin excepción, de época en época y de generación en generación?

Dije, para todos los fieles sin distinción, comenzando por los que lo escucharon en el Monte de los Olivos dos días antes de la última Pascua, como él dejó claro, repitémoslo nuevamente, al final de su exhortación: *Quod autem vobis dico, omnibus dico, estén atentos?*

En una palabra, ¿quién no ve que fue en vano instarlos a estar atentos por el preciso motivo de que no sabían la hora de su regreso, ya que la hora de este regreso estaba prevista por él, como si se perdiera en un futuro lejano, trascendente e inaccesible.?

¿Quiénes, en cambio, no entenderían que hacerles personalmente las recomendaciones urgentes que hemos visto equivalía a advertirles de que la parusía los encontraría aún vivos, aún capaces de encontrarse con su Maestro, de abrirse a él, de recibirlo, y al mismo tiempo significar para ellos que los otros a quienes se dirigían las mismas recomendaciones y advertencias eran y sólo podían ser para sus contemporáneos?

Esto es lo que todos se dirán a sí mismos cuando lean el Evangelio. Y si todo esto no puede ser refutado con alguna apariencia de irracionalidad, si todo esto es de lo más puro, de lo más elemental, del más simple sentido común, si todo esto finalmente salta a los ojos de quien, por si acaso no los ha cerrado, entonces debemos terminar aceptando como conclusión, una de dos cosas: o Jesús engañó en el día y la hora de la parusía, o se engañó a sí mismo.

La primera hipótesis está ciertamente fuera de discusión. Luego queda el segundo, puesto que estamos justificados al considerarlo ahora más allá de toda discusión y, por lo mismo, tan bien y debidamente probado, definitivamente adquirido por la crítica. Este es el razonamiento de los modernistas que buscan aquí su fuerza.

No creemos que hayamos ocultado de ninguna manera sus observaciones, o debilitado su posición, o debilitado la fuerza de su evidencia. Era nuestro deber como reporteros, presentar el ataque con todas las ventajas que puede pretender, y lo hicimos fielmente, sin embargo, seamos sinceros de inmediato, que los aspectos engañosos de los argumentos esgrimidos nos hayan hecho perder la fe en llevar al lector la respuesta satisfactoria que sin duda esperaba de nosotros.

Sin embargo, dado que las razones que acabamos de exponer son en sustancia excesivamente antiguas, antiguas no digo cómo el mundo, pero como la propia exégesis evangélica, se nos permite, antes de presentar modestamente nuestras reflexiones, transcribir aquí la solución que se ha dado por ellos, hace unos quince siglos, de lo que Bossuet en alguna parte llama, la gran luz del siglo IV.

Comencemos, por tanto, a escuchar a san Agustín en la carta ya citada a Hesiquio, a la que se refiere en el libro XX de la Ciudad de Dios, De fine sæculi, en otras palabras: del fin del mundo.

Todo podría relatarse en esta espléndida exposición de los oráculos escatológicos del Nuevo Testamento. Al menos estemos satisfechos con el pasaje esencial, que trata más directamente de la dificultad actual y que colocaremos aquí ante los ojos del lector.

“Lo que el último día del mundo da motivo para temer, por cuanto sorprenderá al malvado como un ladrón, cada uno de nosotros debe temerlo en el último día de nuestra vida, y por el mismo motivo. Porque en el estado en que cada uno se encontrará en el último día de su vida, en ese mismo estado se encontrará el último día del mundo, y como muere en esto, será juzgado en aquello. Esto es lo que está escrito en el Evangelio de San Marcos: "Velad, pues, porque no sabéis cuándo volverá el dueño de la casa, ya sea al atardecer, a medianoche, al canto del gallo, o al amanecer, para que no venga de repente y os encuentre dormidos. Y lo que te digo, se lo digo a todos, mantente despierto".

De hecho, ¿quiénes son estos "todos" a los que dijo esto, si no todos sus fieles, todos los miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia, en una palabra, todos los cristianos?

No solo se lo dijo a quienes lo escuchaban en ese momento; también nos lo dijo a los que vinieron después de ellos, como lo dijo a los que vendrán después de nosotros hasta el día de su última venida.

¿Pero cómo? ¿Puede ser que el día del último advenimiento los encuentre a todos vivos en esta tierra, o podría ser que las palabras: "Mira, no sea que el Señor venga de repente y te encuentre dormido", estaban destinadas a los muertos que yacen en sus tumbas? ¿Por qué, entonces, decirles a todos lo que obviamente solo podría ser adecuado para aquellos que estuvieron presentes el último día?

Por qué, de nuevo, por qué, si no por qué, como contemporáneos del último día, ¿debería todo estar realmente como se dice?

Porque entonces el último día (de la parusía y del juicio) llegará verdaderamente para cada uno, cuando llegue el momento de dejar este mundo, ***en el estado ahora fijo e inmutable en el que será juzgado ese día.***

Por tanto, todo cristiano debe estar alerta para que la venida del Señor no lo encuentre desprevenido; y sin preparación se encontrará en el día del Señor, quien se encontrará sin preparación en el último día de su vida.

(Pero estas palabras fuertes deben entenderse en su forma original, que una traducción imperfecta sólo podría debilitar y disminuir:

"In quo unumquemque invenerit suus novissimus dies, in hoc eum coraprehendet mundi novissimus dies, quoniam qualis in die isto quisque moritur, talis in die illo judicabitur. Ad hoc pertinente quod in evangelio secundum Marcum ita scriptum est: Vigilate ergo, quia nescitis when Dominus domus veniet, sero, an média nocte, an galli cantu, an mane ne eum venerit repente inveniât vos dormientes. Quod autem vobis digo, omnibus digo, cuidado. Quibus enim omnibus dicit, nisi electis et dilectis suis ad corpus ejus pertinententibus, quod est Ecclesia? Non solum ergo illis dixit quibus tunc audientibus loquebatur, sed etiam illis qui fuerunt post illos ante nos, et

ad nos ipsos, et qui erunt post nos usque ad ejus novissimum adventum. Numquid autem omnes inventurus est dies ille in hac vita, aut quisquam dicturus est quod ad defunctos etiam pertineat quod ait: Vigilate ne cum repente venerit, inveniât vos dormientes? ¿Cur itaquo omnibus dicit, quod ad eos solos pertinente qui tunc erunt, nisi quia eo modo ad omnes pertinentet, quo modo dixi? Tunc enim unicuique veniet dies ille, cum venerit ei dies ut talæis hunc exeat, qualis judicandus est illo die. Ac per hoc, para velar por débet omnis christianus, ne imparatum inveniatur eum Domini adventus. Learnatum autem inveniet ille muere, quem imparatum invenerit suæ vitæ hujus ultimus muere. »-

Que traducido quiere decir: "En quien el último día encuentre a cada uno, en éste le alcanzará el último día del mundo, porque como cada uno muere en aquel día, así será juzgado en aquel día. A propósito de esto está escrito en el Evangelio según a Marcos: Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor la casa, si tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o a la mañana, no sea que venga de repente y os encuentre durmiendo. Pero lo que os digo, lo digo a todos: cuidado. ¿La iglesia? No sólo lo dijo a aquellos a quienes entonces escuchaba, sino también a los que fueron después de ellos antes que nosotros, y a nosotros mismos, y ¿quién lo hará? estará detrás de nosotros hasta su última venida. Pero, ¿hallará ese día a todos en esta vida, o alguien va a decir que lo que dice también se aplica a los muertos? Mirad que cuando venga de repente os encuentre durmiendo? ¿Por qué dice a a todos de esta manera que se aplica sólo a los que serán entonces, a menos que se aplique a todos de la misma manera, como dije? Porque entonces llegará a cada uno el día en que le llegue el día de salir tal como será juzgado en aquel día. Y con esto todo cristiano debe estar preparado para tapar su puerta, no sea que la venida del Señor lo encuentre desprevenido. Y encontrará instruida aquella mujer a quien la última mujer de su vida encuentra desprevenida.» San Agustín en su Epístola 199, n. 2 y 3). -

Y esta es una clara resolución de la dificultad, si la hubo. Esto es lo que todos aprendimos de rodillas de nuestras madres, lo que todos recibimos en la enseñanza del catecismo, lo que se nos dio desde que entramos en la vida "como lámpara para guiar nuestros pasos, y como luz para iluminar nuestros pasos y camino ", como una verdad para estar constantemente frente a los ojos, y una advertencia para no perder nunca de vista, como esa filacteria o memorial que los judíos colocaban en sus frentes, sujetaban a sus brazos y colgaban a las puertas de la sus hogares, ***es decir: que el camino del hombre termina con su existencia terrena; que absolutamente toda su eternidad depende de su existencia terrena; ... Que así como Jahel clavó a Sísara en el lugar y en la misma posición en que se durmió, así la muerte nos fija para siempre en el estado moral en el que nos encuentra, sin dejarnos ninguna posibilidad de cambiar jamás; que en la corte de Jesucristo la instrucción será solamente sobre lo que uno ha hecho en el cuerpo, bueno o malo; que en el preciso momento en que el alma se separa del cuerpo se produce el juicio particular, del cual el último será sólo una repetición o una confirmación solemne; que en este sentido todo nos sucede a cada uno de nosotros, en lo que se refiere a la salvación del alma, como si se pudiera eliminar todo el intervalo entre el último día de la vida y el día de la parusía; como si uno coincidiera puntual y matemáticamente con el otro, como si estuviéramos atrapados por la muerte, para luego ser arrojado***

incontinentemente a los pies del Juez, ante el Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad, como nos describe el Evangelio.

Esto es lo que siempre se ha creído en la Iglesia, lo que enseñan formalmente las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, que nadie jamás, digo "nunca" refutó, sino que solo trató de refutar con todos los recursos de la crítica, y aún más, en la reciente escuela modernista, que ha retomado la herencia de todos ellos, y perfeccionó los procesos de demolición.

Ahora bien, de todo esto, es más claro y evidente que la misma condición de vigilancia y preparación cuidadosa para la parusía se estableció para todos los hombres sin distinción, para los que estuvieron ayer, para los que están hoy y para los que estarán allí mañana; que las mismas recomendaciones eran válidas para todos, se imponían las mismas precauciones a todos; que en los oídos de todos, finalmente, la grave advertencia tenía que resonar con la misma vivacidad: ***Velad, pues, y rezad sin cesar, para que seáis dignos de escapar de todos estos males que están por venir, y de aparecer ante el Hijo del hombre.***

Es igualmente evidente que la parusía, como nos la da la revelación del Nuevo Testamento, se nos presenta bajo dos aspectos muy diferentes, que debemos tener constantemente ante nuestros ojos, de lo contrario estaremos completamente confundidos en nuestra lectura del Evangelio y de los escritos apostólicos: en primer lugar, en su realidad futura, en el juicio general, y en segundo lugar, en su anticipación diaria en la muerte de cada hombre en particular.

Diem Domini, diem intelligent iudicii sive diem exitus uniuscujusque de corpore; quod enim in die iudicii futurum est omnibus, hoc in singulis die mors impletur (Hierom. En Joel, II, 1 - PL t. XXV, col. 965).

Pero todas estas distinciones no son de buen gusto para nuestros adversarios; ni siquiera por su comprensión. Quizás se recuerde que en el momento de la fase más aguda de la crisis modernista, hace unos quince años, un obispo habiendo dado en una "Vida de Nuestro Señor Jesucristo", sobre los textos que estamos tratando, con la explicación tradicional que tenemos que acabo de mencionar, extrajo de uno de los hombres del partido modernista, que entonces era el más escuchado, esta verde respuesta: Que Su Grandeza tenía el derecho, cuando predicaba en su catedral, de interpretar los citados textos de preparación a la muerte, que es decir, sacar la mejor explicación que contienen hoy; pero eso era obvio para cualquier hombre sin prejuicios, que Cristo no había tenido a la vista esta lección puramente moral; que había hablado del advenimiento mesiánico venidero, que los discípulos no podrían haberlo entendido de otra manera, y que el historiador tenía que entenderlo así.

Pero Dios lo perdone, el historiador, el exegeta, el crítico que emitió tal sentencia..., no conocía su Evangelio.

Abro el Evangelio de San Lucas en el capítulo duodécimo, versículo 15 y siguientes, y leo: "*Jesús dijo al pueblo: Cuidado con toda avaricia, porque incluso en la abundancia, la vida de un hombre no depende de los bienes que posee* . Luego les contó esta parábola: EL RICO INSENSATO. "15: Y les dijo: "Mirad: preservaos de toda avaricia; porque, la vida del hombre no consiste en la abundancia de lo que posee". 16 Y les dijo una parábola: "Había un rico, cuyas tierras habían producido mucho. 17 Y se hizo esta reflexión: "¿Qué voy a hacer? porque no tengo dónde recoger mis cosechas". 18 Y dijo: "He aquí lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré unos mayores; allí amontonaré todo mi trigo y mis bienes. 19 Y diré a mi alma: Alma mía, tienes cuantiosos bienes en reserva para un gran número de años; reposa, come, bebe, haz fiesta". 20 Mas Dios le dijo: "¡Insensato! esta misma noche te van a pedir el alma, y lo que tú has allegado, ¿para quién será?" 21 Así ocurre con todo aquel que atesora para sí mismo, y no es rico ante Dios".

Ciertamente, esta vez se nos concederá que "Su Grandeza", aunque no predicaba en su catedral, no sólo estaba en la ley, sino también en la absoluta necesidad de interpretar este texto, de muerte y preparación para la muerte: una preparación que el hombre rico de la parábola había descuidado, y de repente se le dijo: ¡Esta misma noche! tu alma...! Aquí no se menciona el fin del mundo, ni la aparición del Hijo del Hombre en las nubes del cielo, ni las asambleas generales que seguirán a la última resurrección. Es una escena cotidiana que Jesús pone ante nuestros ojos, el caso demasiado frecuente, ay, de los que se ven atrapados en medio de sus cálculos de fortuna o ensanchamiento de fortuna, a cien leguas de pensar en la cuenta que tendrá que hacer y rendir cuando comparezca frente a él, a Dios.

No hay duda, sin posibilidad de una apariencia de disputa.

Ahora, habiendo establecido esto, escuchemos el resto del discurso: Jesús dijo entonces a sus discípulos.

"Por eso les digo (IDEO SAY VOBIS): no te preocupes por tu vida, ni por lo que vas a comer, ni por tu cuerpo, como lo vestirás ... Hazte bolsas que el tiempo no se gaste y tesoros que nunca fallarán, donde los ladrones no tienen acceso y donde las polillas no las devoran; porque donde está tu tesoro, también estará tu corazón. Cíñase en sus caderas, y en sus manos tenga lámparas encendidas. Sé como los hombres que esperan el regreso de su señor de la fiesta de bodas, de modo que cuando él venga y llame a la puerta, inmediatamente le abran la puerta. Bienaventurados los siervos a quienes el amo encuentra para vigilar cuando regrese. Les digo la verdad, se ceñirá, los sentará a la mesa y vendrá a servirles. Que venga a la segunda guardia, que venga a la tercera, si los encuentra así, ¡bienaventurados esos sirvientes! Pero sepa que si el padre de la familia supiera a qué hora llegará el ladrón, estaría alerta y no permitiría que entraran en su casa. Y tú también debes estar preparado, porque el Hijo del Hombre vendrá en una hora que no crees.

Y todo esto, repetimos, se lee, no siguiendo el oráculo escatológico del capítulo veintiuno, sino siguiendo la instrucción sobre el desprendimiento de bienes de la tierra

del capítulo duodécimo, como una moraleja de la parábola del rico a quien la muerte sorprendió en el momento en que sólo pensaba en extender sus dominios, en agrandar sus graneros, en vivir en paz y en comer bien.

Ahora bien, ¿significa esto que la parusía no está en juego aquí? Obviamente no.

Porque ¿qué es esta venida, o más bien este regreso (versículo 36) del Hijo del Hombre, que los cristianos deben esperar en una vigilia continua y laboriosa, si no es este otro advenimiento con el que están llenas todas las páginas del Nuevo Testamento, ¿Cuándo volverá el Hijo del Hombre en la gloria de su Padre para devolver a cada uno según sus obras?

Sin duda, es la parusía de la que Jesús se propone hablar, y de hecho habla, pero *la parusía considerada bajo el segundo aspecto* que hemos mencionado anteriormente, la parusía considerada en las secretas y cotidianas anticipaciones que tiene a la muerte de cada uno de nosotros, esperando que estalle y se produzca en el gran sol de esta última escena del mundo, que será el cierre de los tiempos y la inauguración del reino de Dios por la eternidad.

Y este segundo aspecto, para disgusto de los modernistas, se presenta aquí, no como un dispositivo inventado, a falta de algo mejor, por teólogos desesperados (estos desafortunados teólogos que, sin embargo, no son culpables de todas las fechorías de las que son acusados), pero como información de primer orden, y también de primera mano, inmediata, directa y más auténtica para el mundo, proporcionada por el Evangelio.

Y será inútil decir que la exhortación a estar alerta ante la venida del Hijo del hombre, la comparación del ladrón que llega secretamente del padre de familia, la advertencia de estar preparados ante la incertidumbre de la hora, la apología que sigue, del administrador fiel a quien el maestro recompensa a su llegada estableciéndolo en todas sus posesiones y del infiel a quien castiga haciéndolo lacerar con golpes (Lucas, XII, 35-46), también son encontrados en San Mateo, en el mismo orden, y casi en los mismos términos, pero colocados después del oráculo del fin del mundo, después de la descripción del glorioso advenimiento de Cristo, después del símil del diluvio que cubrió a toda la humanidad, excepto Noé con su familia (Mateo XXIV, 42-51); que por otro lado los evangelistas no siempre se ciñen al orden cronológico, que a veces llevan las palabras de Jesús de un lugar a otro, y adjuntan a un discurso pronunciado en una circunstancia determinada, lo que, sin embargo, fue dicho por él en una circunstancia completamente diferente; y así San Lucas muy bien podría haber adjuntado a la parábola del rico terrateniente tomado por la muerte cuando menos lo esperaba, la lección realmente dada en el único discurso escatológico sobre el juicio general y la consumación de los siglos.

Todo esto, digo, no servirá de nada, porque, en primer lugar, la transposición atribuida a San Lucas es una suposición completamente gratuita, que no sólo no se sostiene, sino que, por el contrario, más bien contribuiría a derribar, y que, en segundo lugar,

incluso admitiendo esta misma transposición, no modificaría en modo alguno la fuerza de nuestro argumento, ni la legitimidad de nuestra conclusión.

Digo primero que la transposición atribuida a San Lucas es una suposición puramente gratuita, una hipótesis que nada sustenta, que nada siquiera indica o favorece. Ciertamente nada en el contexto donde, ante la brusquedad de los golpes de la muerte que arrebatan a los ricos de sus riquezas, Jesús aprovecha para recomendar la desconexión del corazón respecto de los bienes de la tierra; luego, de allí, se pasa a la necesidad de hacer un tesoro en los cielos, éste inadmisibile y absolutamente indestructible; de ahí finalmente a las precauciones que debemos tomar ante la llegada del místico ladrón que, después de habernos despojado de todo lo que poseíamos aquí abajo, volverá a pedirnos cuentas exactas de la gestión de los trabajos que nos había encomendado a nosotros.

No hay rastro de conexión ni soldadura; Aquí todo es de una sola vez, limpio y franco. Y entonces, ¿no estamos ante uno de los Evangelistas que, desde el principio de su libro, se tomó la molestia de advertirnos que se proponía escribir por orden, es decir, según el orden de sucesión y secuencia de los acontecimientos (1), la historia de vida, acciones, enseñanzas, muerte y resurrección de Jesús?

Por otra parte, ¿no vemos que en más de un lugar del Evangelio el orden de los hechos o de las palabras, seguramente invertido por san Mateo, es restablecido por san Lucas, que en todas partes se muestra ansioso de poner en evidencia la Secuencia natural y regular de la historia?

Por tanto, si hubiera habido transposición de un lugar a otro, del pasaje que nos ocupa, sería mucho más racional y más conforme con los datos que tenemos en otros lugares, atribuirlo más bien a San Mateo, quien habría insertado entre las recomendaciones del discurso escatológico, palabras dichas en realidad en una circunstancia diferente, precisamente la que nos indica el tercer evangelio.

Además, apresurémonos a añadir que no hay absolutamente ninguna razón para sospechar aquí ninguna transposición, ni de un lado ni del otro, y esto por la sencilla razón de que nada se opone a que Jesús repita por segunda vez, hablando de su última venida, el consejo dado anteriormente sobre los ricos, cuya trama de bienaventuranza fue bruscamente cortada por la repentina llegada de la muerte. “¿Qué impide -DIJO CON RAZÓN SAN AGUSTÍN- a Jesús repetir en un lugar ciertas cosas que ya había dicho en otro lugar, o volver a hacer lo que ya había hecho antes?

Quid enim prohiberet, Christum coartada quædam repetere quæ jam antea dixerat, aut iterum quædam facere quæ antea jam fecerat que traducido quiere decir: **Porque ¿qué impediría a Cristo repetir algo que ya había dicho antes, o volver a hacer algo que ya había hecho antes?**

(Dice San Agustín, en La Concordancia de los Evangelios, 1.II n 45, edición Migne, Padres Latinos, t. XXXIV. Col 1092).

“No hay nadie, imagino, que no se adhiera a este principio que es un principio de puro y simple sentido común.”

Pero la solidez de nuestra tesis no depende en modo alguno de todas estas consideraciones. Dejémoslos, si se quiere, por el momento, y admitamos que la exhortación a la vigilancia, ilustrada por el símil del ladrón, y la disculpa del mayordomo fiel recompensado, del infiel castigado, se hizo sólo una vez; que fue hecho precisamente en el discurso a los apóstoles en el Monte de los Olivos, en vísperas de la última Pascua; que San Lucas ha separado de él para agregarlo a las lecciones de la muerte, en la parábola de los ricos antes mencionada.

Admitámoslo, digo, y sin más pruebas. ¿Qué sucederá ahora? Si no me equivoco, sólo una cosa, a saber: Que San Lucas, a falta del vínculo cronológico, habría considerado el único vínculo lógico, el único vínculo, la única comparación, la única conexión de las cosas; que, por tanto, en su idea, como en la idea de aquellos de quienes había recibido el Evangelio, "que habían sido desde el principio testigos oculares y ministros de la Palabra (1)(Lucas, I, 2)", los textos sobre la preparación para la parusía se referían en realidad a la preparación para la muerte; que estos textos miraban tan bien esta preparación, que se podía encontrar un lugar para ellos, indiferentemente, ya sea después de la insinuación del día desconocido en que el Hijo del Hombre regresará sobre las nubes del cielo con poder y majestad, o después del día, también incierto, donde a cada uno de nosotros se le dirá: He aquí, se te exige tu alma; que así lo entendieron los discípulos, que así a su vez debería entenderlo el historiador; que, por tanto, no estamos aquí en presencia de una adaptación imaginada posteriormente para derivar de dichos textos, "la mejor aplicación que hoy encierran", sino, más bien, en presencia del primer sentido, nativo, original, en el sentido que confirma de la forma más expresa, el doble aspecto de la parusía que señalamos anteriormente (***1- La parusía en su realidad del último día, y la parusía en sus anticipaciones diarias.***), como dando cielo al evangelio y a los escritos apostólicos, con respecto al artículo capital de nuestra ley: sino en presencia del primer significado, nativo, original, ***Et iterum venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos*** .

Solo veo una cosa que puede oponerse razonablemente a lo que se acaba de decir. El pasaje de San Lucas en cuestión termina con estas palabras: *Y tú también debes estar preparado, porque en una hora que no esperas, vendrá el Hijo del Hombre.*

¿Pero que? alguien dirá, pero ¿la muerte siempre llega cuando no se espera? ¿Siempre como un ladrón que se esconde, se disfraza, sorprende?

No, sin duda, y si vemos en todo momento esos golpes inesperados que justifican demasiado bien el símil evangélico del ladrón que trabaja bajo las sombras de la noche, también vemos otros casos, y más ordinarios y más frecuentes, donde las cosas no suceden de manera tan silenciosa; donde la muerte es un visitante que no teme a la luz del día, un visitante que se da a conocer, que presenta su carnet, que finalmente llega en las condiciones habituales que conllevan las relaciones sociales.

¿Cómo entonces, entonces, si la venida del Hijo del Hombre de que se habla aquí es la venida de la muerte para cada uno de nosotros, es posible que se nos diga de una manera tan absoluta: *¡Llegará en una hora inesperada !*

Pero el texto del Evangelio, bien interpretado, responderá a esta dificultad.

Observo, de hecho, que mientras en la Vulgata la venida del Maestro, la razón de la preparación recomendada con tanta urgencia, se expresa en *tiempo futuro*, **¿A qué hora crees el hijo del hombre vendrá?: qua hora non putatis, Filius hominis veniet**, en el griego, en cambio (que es, como todos saben, el original), se expresa constantemente en la actualidad, tanto en San Lucas como en los pasajes paralelos de San Matteo y San Marco. (*Ghineste oti e ora ou dokeite: Te conviertes en lo que la hora te llame*, , o *Uios a antropou erketai - ἐρχεται: El Hijo del Hombre viene - Lucas, XII, 40*).

Lo mismo, Matth. XXIV, 42 y 44. Lo mismo, Marcos, XIII, 35. En todas *partes: LLEGA: ERGETEI ἐρχεται, érchetai, tiempo presente, en ninguna parte: ESTÁ VINIENDO: ἐλεύσεται - eleusetai - tiempo futuro.*

Palabra por palabra: ***Velad, estad preparados, porque a la hora que no pensáis, el Hijo del hombre es , porque no sabéis a qué hora es tu amo.***

Y esto no deja de ser importante, hay que señalarlo; para que no se diga que en el Nuevo Testamento el tiempo presente a veces se usa para el futuro.

Ciertamente, no lo contradigo, mucho menos porque no se trata de una peculiaridad del Nuevo Testamento, sino de una generalización más o menos común a todos los idiomas y a toda la literatura.

Pero no creo que me contradiga si digo que el tiempo presente, aunque a veces se toma para el futuro, se toma más a menudo por el tiempo presente, y que esta es la forma en que debe tomarse, cuando el contexto no lo hace persuadir positivamente a la inversa.

Pero aquí parecería más bien, por la indicación del contexto, que el tiempo presente se pone a propósito, en el sentido en que se usa comúnmente para expresar una acción o forma habitual de hacer. Como cuando el centurión le dijo a Nuestro Señor: "*Tengo soldados bajo mi mando, y le digo a uno: 'Ve', y él va, y a otro: 'Ven', y viene, y a mi criado, 'Haz esto', y lo hace .*

Como cuando respondes a alguien que pregunta por los hábitos de un hombre: *sale al mediodía y viene por la noche; o llega a tal o cual hora, y a veces a tal o cual hora.* Y así, parece, deberíamos escuchar el Evangelio que dice: "***En una hora imprevista, el Hijo del Hombre viene***" .

“Esto no quiere decir que siempre se produzca de esta manera, sino que también a menudo se produce de esta manera. Y dado que, además, es imposible saber quién vendrá y quién no vendrá por este camino, todos, sin excepción, deben considerarlo capaz de venir por este camino. De ahí la advertencia: ***Et vos estâte parati, quia qua hora non putatis Filius hominis venu. Et encore : Quod autem vobis dico, omnibus dico, vigilate.*** Y de nuevo: ***Que traducido dice:*** Y estad preparados, porque ¿a qué hora pensáis que vendrá el Hijo del Hombre? Y otra vez: Pero lo que les digo a ustedes, se lo digo a todos, VIGILAD!.”

ARTÍCULO SEXTO

LAS PARÁBOLAS QUE HACEN EL EPÍLOGO DEL DISCURSO ESCATOLÓGICO. Y los TEXTOS CONSIDERADOS EN CONTRARIO POR LOS MODERNISTAS

Nuestra exégesis del discurso de Jesús sobre el fin del mundo y la parusía no estaría completa si pasáramos por alto en silencio las dos parábolas de “Las diez vírgenes” y la de “Los talentos”, que en Mateo (capítulo XXV, versículos del 1 al 30) sirven de guía. De hecho, es bastante evidente que estas parábolas se relacionan con el contenido del capítulo XXIV, y que no son más que una dramatización, bajo imágenes y figuras apropiadas, de lo que el oráculo escatológico anunció que sucederá en el futuro.

Nos ofrecen, por tanto, un medio seguro de comprobar la interpretación del propio oráculo y, al mismo tiempo, nos proporcionan un medio para hacer una contraprueba de la veracidad de las conclusiones a las que hemos llegado hasta ahora.

Primero, aquí está la parábola de las diez vírgenes.

El material está tomado de la celebración de la boda, como se practicaba en Palestina en tiempos de Nuestro Señor, y como todavía se practica hoy en todo Oriente.

Cuando la esposa, a causa de su matrimonio, tenía que pasar de una localidad a otra, las jóvenes de la localidad que ella dejaba, le hacían una procesión de honor y la conducían con pompa ante el novio, quien, por su parte, salía al encuentro de la novia, para conducirla a su casa e introducirla primero en el salón de la fiesta donde finalizaba la solemnidad nupcial.

(En la Referencia de la Nota (1) de la página 160 del original en francés el Cardenal Billot nos trae el recuerdo de que: “Tenemos un ejemplo en el primer libro de Macabeos IX,17ss que nos dice: "Vinieron a anunciar a Jonatán y a su hermano Simón, que los hijos de Jambri estaban celebrando unas bodas solemnes, y que traían desde Madaba, con gran pompa, a la novia, hija de uno de los poderosos príncipes de Canaán...alzando los ojos, observaron, y he aquí, se oyó un gran ruido, y apareció una numerosa procesión. El esposo, acompañado de sus hermanos y amigos, avanzó a su encuentro, con panderetas, instrumentos musicales y considerable parafernalia. Sólo que esta vez la fiesta quedó terriblemente perturbada, y ya sabes cómo las nupcias se transformaron en luto, y los alegres sonidos de su música en lamentos.)

Y luego continua este análisis diciendo:

Además, era durante las primeras horas de la noche cuando habitualmente se desarrollaba toda la ceremonia. De ahí, las antorchas, los faroles, las lámparas encendidas, en manos de las paraninfas (madrinas de la novia). De ahí también la metáfora del rechazo a las tinieblas exteriores, de ser “arrojado fuera a las tinieblas de la noche”, o, lo que es lo mismo, de ser expulsado, sacado fuera del salón de la fiesta a la noche exterior, que tan a menudo se emplea en el Evangelio para significar la condenación del alma, excluidos de este banquete celestial que ilumina la gloria de

Dios, y del que el Cordero es la lámpara, como dice san Juan en su Apocalipsis (capítulo XXI: versículo 23).

El misterio del reino: es pues bajo la semejanza de una de aquellas solemnidades nupciales que se veían diariamente en los pueblos de Judea y Galilea, que se nos describirá el misterio del reino de los cielos, respecto de la parusía.

El esposo esperado es Jesucristo, Jesucristo en su segunda venida; teniendo Jesucristo que regresar, como él mismo había anunciado, para sacar a todos los muertos del fondo de sus sepulcros. **En la referencia de la Nota (1) de la página 161** se nos dice en Juan, V: versículos 28 “No os asombre esto, porque vendrá el tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz.” Y luego continúa el cardenal Billot diciendo: y después de la resurrección general, una vez cumplido el juicio universal, para traer a su esposa, la Iglesia triunfante, en adelante sin mancha o arruga o contaminación de cualquier clase, en las nupcias eternas.

Las diez vírgenes que van al encuentro del esposo (*Ver Referencia de la Nota (2) de la página 161*) se dice. **Nótese que, mientras en la Vulgata leemos: delante del esposo y la mujer, en griego se lee pura y simplemente: delante del esposo)** son la universalidad de los fieles, que por el mismo hecho de profesar el cristianismo, también profesan creer en la segunda venida de Cristo: creer, digo, y, en consecuencia, a esperarlo. Ahora bien, esperar a alguien, *¿qué otra cosa es salir a su encuentro en espíritu y en pensamiento?*

Lo que hace decir a San Agustín: *¿Quid est ire obviam sponso? Orde ire, exspectare ejus adventum que traducido diría: ¿Qué es ir al encuentro del esposo y esperar su venida?*

Nos dice el Cardenal Billot en la Referencia de la Nota (1) de la página 162 se nos dice citando a San Agustín en el Sermón 93 n° 6: “Ahora bien, a veces dicen en su interior los hombres: «Ved que llega ya el día del juicio, tan grandes son las calamidades que suceden, tan grandes y frecuentes son las tribulaciones; ved que se ha cumplido casi todo lo dicho por los profetas; el día del juicio ya está a las puertas». Quienes esto dicen y lo dicen con fe, con tales pensamientos van como al encuentro del esposo. Pero he aquí que a una guerra sucede otra; a una tribulación, otra; a un terremoto, otro; a una hambruna, otra; un pueblo se levanta contra otro y aún no llega el esposo. En consecuencia, mientras se espera su llegada, se quedan dormidos todos los que dicen: «He aquí que ya llega, y el día del juicio nos encuentra aquí». Decir esto es quedarse dormido. Por tanto, esté atento a su sueño y permanezca en la caridad hasta el momento del sueño. Que el sueño le encuentre a la espera. Suponte que se durmió. ¿Acaso el que duerme no se aprestará a levantarse?¹³. Se durmieron, pues, todas, tanto las sabias como las necias.”
fin de la cita de San Agustín.

Y continua el Cardenal Billot diciendo: y de donde se desprende claramente que hacer profesión de cristianismo es por ello presentarse como quien va delante de Cristo inmortal, nuestro gran Dios y Salvador, autor y consumidor de nuestra fe, en su glorioso regreso del fin de los tiempos.

Sin embargo, vemos que entre los que se llaman cristianos, muchos no ajustan su conducta al credo que profesan. De ahí la distinción entre las vírgenes prudentes y las vírgenes insensatas.

Las cinco insensatas tomaron sus lámparas y no llevaron aceite consigo, pero las prudentes llevaron aceite en sus vasijas junto con sus lámparas. Esto significa que las insensatas descuidaron hacer los preparativos necesarios, mientras que las sabias se preocuparon de proveerse, en cualquier caso, de todo lo que el ceremonial de la fiesta pudiera requerir.

Y sin perdernos aquí en el detalle casi infinito de las múltiples aplicaciones que incluye el texto evangélico, digamos de manera general que mientras **las lámparas simbolizan la ley**, el aceite del que se vieron privadas las vírgenes insensatas, representan la caridad y el bien, obras sin las cuales la lámpara mística de la fe es como una lámpara que humea, se carboniza y se apaga.

Pero ahora hay algo más.

El cortejo, que salió al anochecer, tuvo que parar y detenerse, porque el novio tardó en llegar. Llegó tarde; además, tuvo que esperar hasta medianoche.

Es cierto que se trató de un retraso bastante extraordinario, teniendo en cuenta los usos y costumbres de la época; mejor dicho, un retraso que, en cualquier caso, excede toda medida.

Además, no es de extrañar que durante tan larga espera, las diez vírgenes terminaran durmiendo una tras otra: **todas** se adormecieron, dice el Evangelio, y se durmieron.

Dormitaverunt omnes y dormierunt. Ellos durmieron, y **todos** durmieron.

Esta característica es digna de mención. Es necesario, en particular, señalar este **omnes: todos**, es decir, **tanto los sabios como los necios**. Lo que inmediatamente lleva a la conclusión de que aquí el sueño no se toma en mala parte, por el sueño de la negligencia y la pereza, como cuando se dijo en San Marcos, XIII, 36: "Mirad, no sea que el dueño de la casa os encuentre durmiendo".

No, ya no es el sueño del olvido del deber, ya no es el sueño del pecado, ya no es el sueño de la negligencia lo que esta vez se significa. Esto no puede ser, dice muy bien San Agustín, ya que, entre el número de vírgenes que durmieron, estaban también las sabias, las que se dan como modelos, que representan a las elegidas, ante las cuales, finalmente, iban a abrirse las puertas de el banquete nupcial, figura del banquete de gloria eterna, al que sólo se es admitido con la condición de haber perseverado hasta el fin, como está escrito: el que persevere hasta el fin, ése será salvo.

Pero hay otro sueño del que nadie escapa ni puede escapar, es el sueño de la muerte.

De hecho, ¿quién no sabe que la muerte se presenta constantemente como un sueño en las escrituras del Nuevo Testamento? ... ¿Que a los muertos se les llama comúnmente durmientes, y a los que mueren, como a los que duermen?

(Mateo XXVII, versículo 52;
 Juan, XI, versículo 11;
 I Corintios VII, versículo 39;
 I Corintios XV, versículos 6, 18 y 20;
 I Tesalonicenses IV, versículos 12 a 14, etc.)

El sueño que toman las diez vírgenes que fueron ante el esposo representa la muerte, la muerte que coloca a las generaciones cristianas en el sepulcro una tras otra, hasta que llega la hora tardía de la parusía y la resurrección (Omnes dormitaverunt, id est mortuæ sunt, quia sanctorum mors somnus appellatur que traducido dice: (Todos se durmieron, es decir, murieron, porque la muerte de los santos se llama sueño). (San Jerónimo, en Mateo capítulo XXV, versículo 5). -

Subindicat mortem esse somnum. Dormierunt. ***(Señala que la muerte es un sueño. Durmieron)***. (San Juan Crisóstomo, Homilía N° 78 sobre el Evangelio de San Mateo, N° 1.- Link al Pdf en Archive.org : <https://archive.org/details/homilia-no-78-de-las-homilias-sobre-el-evangelio-de-san-mateo-de-san-juan-crisostomo>).

Finalmente, en medio de la noche, de repente sonó un grito: He aquí, viene el Esposo; ve a conocerlo! Este es el grito del que dijo el Apóstol: “A la señal dada, a la voz del Arcángel, al sonido de la divina trompeta, el Señor mismo descenderá del cielo y los muertos resucitarán.» (I Tesalonicenses capítulo IV, versículo 15).

Entonces las diez vírgenes se despertaron, se levantaron y comenzaron a preparar y encender sus lámparas para formar una procesión de honor para seguir a quien, después de tantas horas, finalmente estaba llegando. Pero las mujeres insensatas ven morir las suyas por falta de aceite.

En su angustia, se dirigen al sabio que se niega, porque en ese momento cada uno responderá por sí mismo y no podrá dar lo superfluo a los demás. «No tenemos suficiente para nosotros y para ti» - responden - «sino ve a los que lo venden y cómpralo tú mismo.» Una ironía punzante que expresa la irremediable herida en la que serán arrojados todos aquellos que no aprovechen la vida presente para asegurar la eternidad.

Y conocemos el resto.

Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les dijo: “De cierto os digo que no os conozco”. Y esta es la moraleja de la parábola: ***Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora.***

Siempre es la misma recomendación de estar alerta, la que suena a estribillo serio en las supremas advertencias de Jesús. Si esta ley no fuera así, a muchos podría parecerles bastante desproporcionada, viniendo, como hemos observado, tras el ejemplo de aquellas vírgenes que en vez de vigilar, todas dormían, incluidas las sabias, cuando se dio la señal de la llegada del novio.

De hecho, no hay salida a la dificultad de la exégesis modernista, que sólo puede ofrecer las contradicciones más groseras y absurdas del Evangelio.

Pero la contradicción desaparece en cuanto nos referimos a lo que hemos dicho antes, y sobre todo a estos dos puntos capitales: en primer lugar, que es el sueño de la muerte, del que aquí estamos hablando; y, en segundo lugar, que el Evangelio suele considerar la hora de la parusía todavía en la incógnita impenetrable del futuro, como resonante en la anticipación de cada uno en particular, a la hora, igualmente incognoscible de antemano, en la que la muerte, agarrándola, fijada en el estado, ya sea de gracia o de condenación, en el que lo encontrará el día del Juicio Final.

En estos dos puntos, de hecho, una vez que las leyes están bien establecidas, hay plena armonía, perfecta correspondencia entre la semejanza propuesta y la lección que se extrae de ella.

De hecho, a partir de este momento, parece que la vigilancia recomendada en la moral de la parábola se refiere al tiempo que precede a la venida del Hijo del Hombre, considerado, no tanto en su realidad como la última hora del mundo, como en el de la última hora de cada individuo: absolutamente como, en la parábola misma, la previsión requerida de las diez vírgenes no murió en el momento inmediatamente anterior a la llegada del arrepentimiento, sino en el que precedió al momento en que el sueño, atrapándolos uno tras otro, se los llevó al mismo tiempo, como procedieron, con todas las fuerzas para hacer más preparativos, todos los medios para compensar lo que faltaba, todas las oportunidades para añadir algo a las provisiones que habían preparado antes de acostarse.

Por tanto, no es en un sentido acomodativo, sino en el sentido propio, literal y natural, al que se adhiere san Crisóstomo en la Homilía LXXVIII sobre San Mateo, cuando, de acuerdo con toda la Tradición, explica la palabra al final: pero a lo que precedió al momento en que dormían, atraparlos uno tras otro, al mismo tiempo los privó, a medida que avanzaban, de todo poder para hacer más preparativos, todos los medios para compensar lo que faltaba, todas las posibilidades de agregar algo a las provisiones que habían hecho antes de irse a dormir.

Por tanto, no es a un sentido acomodaticio, sino al sentido propio, literal y natural, al que se adhiere san Crisóstomo en la Homilía LXXVIII sobre San Mateo, cuando, de acuerdo con toda la Tradición, explica la palabra al final: supervisó itaque, quia nescitis diem neque horam que traducido quiere decir: por tanto, porque no sabes ni el día ni la hora diciendo: ***"Mira la frecuencia con la que termina con estas palabras, demostrando que es útil para nosotros no darnos cuenta del día de nuestra partida de esta vida."*** : κρησίμην δεικνύς τήν ἄγνοιαν τῆς ἐξόδου τῆς ἐντεῦθεν .. . [kresimen deiknus ten agnoian tes ezodou tes enteuden] "(PG t. LVII, col. 713).

Ésta, por tanto, es la primera de las dos parábolas que siguen, en San Mateo, al discurso escatológico, y que describen el reino de los cielos en la tierra, en su relación con la segunda venida de Jesucristo.

Para que se entienda bien, esto necesitaba una aclaración, por la que tuvimos que detenernos un poco en ello.

En cuanto al segundo, el de los talentos, es demasiado obvio y demasiado transparente en sí mismo, al menos en su sentido general, y desde el punto de vista que aquí nos interesa, para requerir una explicación detallada.

Vemos, de hecho, que el hombre que sale de viaje es el mismo Jesús, que pronto ascendería al cielo; que los sirvientes son los mismos que antes estaban representados por las diez vírgenes; que los talentos que se les confían son los dones de la naturaleza y la gracia, dados a cada uno para ser utilizados; que el regreso del maestro es el regreso de Jesús al final de los siglos, y la cuenta del uso de los talentos recibidos es lo que se nos pedirá, para que sirva de base al juicio en el que seremos recompensados según nuestras obras.

Además, la parábola de los talentos se refiere al mismo objeto que el primero, y la única diferencia es que el primero, insistiendo en la incertidumbre del día y la hora, concluía con la necesidad de vigilancia, mientras que el segundo, insistiendo en el rigor del relato de rendir, concluye con la necesidad de trabajo, esfuerzo y actividad constante.

Todas estas cosas son evidentes y no adolecen de ninguna dificultad, y sólo queda aclarar adecuadamente lo que contienen las dos parábolas que son particularmente adecuadas para destruir la necia pretensión de los modernistas de que, en la mente de Jesús, la supremacía de la catástrofe estaba cerca, o que vendría inminentemente, o que debería suceder en el transcurso de la generación contemporánea.

Y en ese sentido, me viene a la mente de forma espontánea el versículo antes mencionado de la parábola de los votos de Jesús. *moram autem faciente sponso que traducido quiere decir: y el novio que se demora..*

El novio tardó en llegar; incluso se retrasó, observamos, de una manera que podría llamarse "exorbitante", ya que hacer esperar una fiesta de bodas hasta la medianoche es algo que no se ve, que no se ha visto, que probablemente nunca se verá.

Fue a medianoche cuando comenzó la tercera vigilia, y la tercera vigilia, lejos de ser considerada el momento posible para el inicio de una fiesta nupcial, fue por el contrario considerada como la hora extrema para el regreso.

Así lo atestigua lo que se dice del amo que los sirvientes esperan a su regreso de la boda: *et si venerit in secunda eve, et si in tertia eve venerit, et ita invenerit, etc. (El segundo guardia era desde las nueve de la tarde hasta la medianoche, el tercero desde la medianoche hasta las tres de la mañana).*

Por otro lado, no creo que se trate de un rasgo puramente auxiliar, añadido sin ninguna intención de significado, como simple adorno al relato de la parábola.

No sólo nada autoriza tal suposición, sino que todo lo contrario ayuda a excluirla, ya que si hay algo que se evidencia es que la circunstancia de tan extraordinariamente prolongada demora es aquí la principal circunstancia; es lo que manda a todo lo demás, al que se le da mayor énfasis, y del que depende todo lo propio, original y característico de la historia.

Por tanto, es necesario reconocer, nos guste o no, una característica que pertenece a la sustancia misma del relato de la parábola y, en consecuencia, a la figura del misterio a

representar, formalmente tomado como tal; en consecuencia, es necesario buscar su significado y significación.

Pero la tarea será fácil, porque desde el momento en que el esperado novio representa a Jesucristo en su parusía, no hace falta decir que el retraso considerable en la llegada del novio representa un retraso proporcional en la llegada de esta misma parusía.

De modo que ya no se habla de la inminencia o la proximidad del glorioso advenimiento. Por el contrario, la parábola lo presenta como una demora, y una demora, debe notarse, tan considerable en relación con la duración del mundo como la del novio en relación con la duración de una ceremonia nupcial.

¿Y creemos que es un asunto trivial?

Parece más bien que la proporción bien establecida solo puede dar un período de tiempo medido por una serie larga, no diría días, ni de años, sino de siglos.

Incluso San Crisóstomo, con estas palabras, *moram autem faciente sponso*, dice: «Aquí nuevamente muestra un intervalo de tiempo considerable, disuadiendo a sus discípulos de la idea de que su reino estaba por llegar, ya que estaban en esta esperanza, y esta es la razón por la que a menudo se alejan de él. (Hom. 78, en Mat. N. 1.).

Y San Jerónimo comentando el mismo pasaje, "El novio tardó en llegar, porque no es un corto espacio de tiempo que se extiende desde la primera a la segunda venida del Señor (*Moram autem faciente sponso, darmitaverunt omnes et dormierunt. Non enim parum temporis inter priorem et secundum adventum Domini prætergreditur* en Mat., XXV, 5, PL XXVI, col. 184.) ". Que traducido dice: **Y cuando el esposo se hubo demorado, todas se retiraron y durmieron. Porque entre la primera y la segunda venida del Señor transcurre no poco tiempo.**

Pero hay más. La característica de la demora del novio nos resultará mucho más sorprendente y significativa si la comparamos con lo que leemos un poco antes (Mateo, XXIV, 48), de los dos sirvientes, uno de los cuales fue encontrado, al regreso del amo, cumpliendo fielmente los deberes de su oficio, el otro, por el contrario, golpeando a sus compañeros, comiendo y bebiendo con personas adictas al vino.

De hecho, hablando de este último, Jesús pone en su boca la razón de su vida desordenada y disoluta: Mi maestro tarda en llegar, *moram facit dominus meus* come que traducido dice: **Mi señor se retrasa.** Esta razón es notable y no se ha puesto aquí por casualidad.

Era la razón de un incrédulo al que no le importaba en absoluto la parusía, pero cuya incredulidad estaba envuelta por la observación irónica de su demora.

De hecho, esta parusía, que el fervor de la primera época aguardaba como si estuviera cerca, no llegaría en el poco tiempo que se suponía.

De ahí las desilusiones contra las que los Apóstoles tuvieron que guardar la fe de los fieles; de ahí también la idea de la demora que no podía dejar de captar el humor burlón de los incrédulos.

Como de las que habla San Pedro en su segunda epístola (III, 3-5): "Sepan que en los últimos días vendrán burladores que vivirán conforme a sus pasiones, diciendo: **¿Dónde está la promesa de su venida?**

Porque desde que murieron nuestros padres, todas las cosas continúan como estaban desde el principio de la creación . Y todo esto, junto con el resto, que es fácil de imaginar, estaba incluido en la ironía de esta palabra: *moram facit dominus meuscome*: **Mi señor se retrasa!**

Pero de los desengaños de algunos, así como de las burlas de otros, Jesús se mostró plenamente consciente en su discurso escatológico, y también se reveló en pleno dominio del conocimiento del futuro; me refiero a todo el futuro, tanto el más cercano como el más remoto, y el tiempo del juicio así como el estado de los espíritus en la mañana de su ascensión al cielo..

Por eso denunció de antemano el móvil del malvado sirviente, con lo que debió ser el fundamento de su pretexto, y al denunciarlo ya dio a entender que la parusía efectivamente se retrasaría frente al ansia y espera de la primera generación, pero no en el ahora marcado en sus consejos; que la supuesta demora habría tenido lugar sólo en la ejecución de las disposiciones eternas de su providencia, y que el retroceso del glorioso advenimiento en épocas lejanas habría sido el puro y simple cumplimiento de un plan previamente formado y deseado, y, como tal, predicho y anunciado por Él.

Este es el significado de *moram facit dominus meuscome*: **Mi señor se retrasa**, como proféticamente colocado por Jesús en la boca del siervo incrédulo.

Este es el mismo significado y el mismo alcance que *moram autem faciente sponso*, que recibe así una nueva luz y un nuevo énfasis de la comparación, que es muy importante señalar. Sin embargo, eso no es todo todavía.

Aquí está ahora la Parábola de los Talentos que completará el punto en cuestión. Y hablando de esta segunda parábola, en primer lugar podríamos observar que es muy similar a la de las Minas [o marcos de plata], que San Lucas informa como propuesta unos días antes o antes del Domingo de Ramos, y que nos presenta acompañándola, o más bien haciéndola preceder de esta información (XIX, 11): "Él (Jesús) añadió una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y la gente pensaba que pronto aparecería el reino de Dios.

Esto es para indicarnos la opinión falsa que la parábola anterior tenía la intención de refutar y destruir. Y, de hecho, Jesús fue presentado en la figura de un hombre de alto linaje que va a un país lejano para ser investido con la realeza; quien, habiendo llamado a diez de sus siervos, les dio diez minas, diciendo: "Úsalas hasta que regrese"; y cuando regresó, después de haber recibido la investidura de su reino, a pesar de la oposición de sus conciudadanos que lo odiaban y habían enviado diputados a seguirlo para decir: "No queremos que este hombre reine sobre nosotros" Llamó a los diez sirvientes para averiguar qué ganancia había obtenido cada uno de ellos.

Y todo ello para revertir el prejuicio popular antes mencionado. No, el reino de Dios, el que tenían a la vista, el que anhelaban, el reino de gloria y triunfo, no estaba por venir. Era necesario que Jesús primero fuera al cielo y luego regresara, y que mientras tanto se pusieran en su lugar todos los recursos de salvación, tanto individuales como sociales, que Él hubiera dejado en nuestras manos.

Así, no se trataba de unos días, a juzgar a priori, según cálculos basados en la simple naturaleza de las cosas, el intervalo entre la salida y el regreso no podía ser de duración mediocre.

Pero lo que la parábola de las minas llevó a adivinar, mucho más tarde, se dice, el amo que se había ido al extranjero regresó y pidió a sus siervos que le explicaran los talentos que les había confiado.

Post multum vero temporis, venit dominus servorum Moram, et posuit rationem cum eis.

Obviamente, también este *post multum temporis*, *μετά πολύν χρόνον* [*meta polun cronon*], no se colocó allí sin ningún motivo. Por otro lado, no vemos muy bien la razón, si nos colocamos exclusivamente desde el punto de vista de la lección moral que Nuestro Señor quiso dar.

De hecho, desde el punto de vista de la lección moral, bastaba decir que el amo volvía de su viaje, que a su regreso pidió cuenta, y que luego regresó a cada uno de los sirvientes según las instrucciones el trabajo realizado y la actividad prodigada por él. Además, si el regreso se produjo mucho después de la partida, después de uno, dos, diez o cincuenta años, era lo más indiferente del mundo y lo menos digno de mención.

Por tanto, no deberíamos encontrar el significado del *post multum temporis* en el aspecto profético y figurativo de la parábola, y reconocer que si la partida y el regreso del Maestro representaron la ascensión y la parusía del Señor, el largo tiempo transcurrido antes del regreso también representó un período de tiempo proporcional, que debería separar la gran escena en el Monte de los Olivos cuarenta días después de la resurrección, de la escena aún mayor en el valle de Josafat al final de los tiempos.

Absolutamente todo sugeriría esto, y así lo entendió muy acertadamente San Jerónimo en su comentario a San Mateo: Mucho tiempo después, dijo, el señor de estos siervos regresó... (para indicar que) grande es el tiempo entre la ascensión del Salvador y su segunda venida. *Grande tempus est inter ascensionem Salvatoris et secundum ejus adventum (1),» (PL, vol. XXVI, col. 187)»*

He aquí, pues, tres de los rasgos más marcados, donde se revela el pensamiento de Jesús sobre la duración del mundo; tres características que se suceden rápidamente para dar a la tesis modernista la negación más absoluta. Mi amo tarda en venir, le dice Jesús al mal siervo. Qué tarde llegó el novio, dijo poco después, hablando de sí mismo en la parábola de las vírgenes.

Después de mucho tiempo, el maestro regresó, dijo unas líneas más abajo, en la parábola de los talentos.

Esto nos recuerda el famoso pasaje del Salmo XXI, que prometía a la Iglesia de Jesucristo una amplia difusión entre todos los pueblos de la tierra, lo que San Agustín solía oponer a los donatistas, quienes, reducidos como estaban a un pequeño cantón de África, sin embargo, tenían la pretensión de ser la verdadera Iglesia. ¿Creéis, dijo a este respecto, un día de Viernes Santo, que escucharon, cuando su lector leyó esa mañana, desde lo alto del ambón, este anuncio profético de los frutos de la redención: ¿Se acordarán los confines de la tierra y se convertirán al Señor?

Pero ten paciencia, todavía es sólo un verso. Vamos, probablemente estabas pensando en otra cosa. o estabas charlando con el vecino; Por tanto, prestad atención ahora, porque he aquí que repite y llama a los oídos de los sordos: Y todas las familias de las naciones se inclinarán ante él. ¿Aún no te has enterado? Volvamos entonces a la acusación por tercera vez: El imperio pertenece al Señor y él gobernará sobre todas las naciones. Acordaos de estos tres versículos, hermanos míos, ver Referencia de la nota (1)de la página 176 de la obra en original en francés que el cardenal Billot cita al Libro de las: (Enarraciones, Salmo XXI, versículos 28-29, Padres Latinos, tomo XXXVI, col. 179).

Así diré, a mi vez, de los tres incisos citados, relativos a lo que se ha llamado la “*mora finis*”: Mi amo tarda en llegar, - el novio tardó en llegar, - después de mucho tiempo, el maestro ¡regresó! ¿Cuál es el espíritu hosco y prejuicioso, cuya insistencia tal, en la misma página donde se trata ex professo la cuestión del segundo advenimiento de Jesucristo, no derribaría los prejuicios y forzaría la entrada?

A menos que afirmemos que la parusía todavía se habría retrasado, que ella todavía habría venido después de un largo retraso, después de un tiempo considerable, llegando, según si los modernistas quieren encontrar la predicción en el Evangelio, ¡Incluso durante la generación que vio nacer y morir a Jesús!

Por supuesto, estas razones parecen convincentes. Pero surge una dificultad de inmediato. Surgirá de nuevo la cuestión de cómo conciliar lo que se acaba de decir con la opinión, tan difundida en el siglo I, de un rápido regreso del Señor, y la objeción viene a ponerse en los labios. ¿No leyeron el Evangelio los primeros cristianos?

¿O tal vez no pudieron entenderlo, los que lo habían recibido de manos de los Apóstoles, y estaban cerca de la fuente original de la que brota toda la tradición cristiana?

Y lo que vemos allí, o creemos que vemos allí, inculcados con tanta insistencia, ¡no lo habrían visto! De hecho, ¿qué estoy diciendo? Habrían visto todo lo contrario, como atestiguan muchos documentos de la época apostólica, a los que ya hemos mencionado anteriormente.

Y se afligieron por aquellos de su propio número que se durmieron en su último sueño, como si estos queridos muertos hubieran sido privados de participar, como ardientemente habían deseado, en la gloria y el triunfo del día del Señor; y San Pablo se vio obligado a consolarlos, asegurándoles que la participación en este triunfo no sería privilegio exclusivo de aquellos que el gran día encontraría aún vivos en la tierra;

(I Tes.IV, 13-18): y para refrescar la memoria tomamos esta cita del Evangelio de la Biblia Comentada por Monseñor Juan Straubinger que trata de la RESURRECCIÓN DE ENTRE LOS MUERTOS.

Y dice: “No queremos, hermanos, que estéis en ignorancia acerca de los que duermen, para que no os contristéis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también (creemos que) Dios llevará con Jesús a los que durmieron en Él. Pues esto os decimos con palabras del Señor: que nosotros, los vivientes que quedemos hasta la Parusía del Señor, no nos adelantaremos a los que durmieron. Porque el mismo Señor, dada la señal, descenderá del cielo, a la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Después, nosotros los vivientes que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en nubes hacia el aire al encuentro del Señor; y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.”

Fin de la cita de 1 Tesalonicenses 4: 13-18.

Ellos también estaban preocupados por la demora, y San Pedro tuvo que fortalecerlos con esta consideración, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día; que, además, Jesús no demoró el cumplimiento de su promesa, sino que fue paciente, no queriendo que nadie pecara, sino que todos llegaran al arrepentimiento; (II Pedro III, 8-9): “A vosotros, empero, carísimos, no se os escape una cosa, a saber, que para el Señor un día es como mil años y mil años son como un día. No es moroso el Señor en la promesa, antes bien –lo que algunos pretenden ser tardanza– tiene Él paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen al arrepentimiento.” Fin de la cita de II Pedro III: 8-9.”

Por lo tanto, no se sabía nada sobre **moram faciente sponso**, ni del *post multum temporis venit dominus servorum illorum* que traducido quiere decir: **Después de mucho tiempo, el señor de aquellos sirvientes llegó después de que el novio se había demorado.**, ni de ninguna de las características que mencionamos anteriormente, de una naturaleza para llevar la idea de la demora a las mentes más rebeldes.

Ésta es la razón más plausible que nos pueden dar y, sin embargo, no creemos que vayamos más allá de los límites de la moderación más completa diciendo que no vale absolutamente nada.

Es inútil, en primer lugar, porque aquí se aplica el principio tan a menudo invocado con respecto a las profecías, que, en general, se comprenden correctamente sólo después de que el evento ha proporcionado la clave.

En vano, entonces, se argumentará que los cristianos de la época apostólica, estando más cerca de las fuentes de la revelación, también estaban en mejor posición que la nuestra para leer e interpretar las profecías del Evangelio.

Es todo lo contrario, todo lo contrario de la verdad.

De hecho, podríamos decir, por ejemplo, que las profecías de Daniel sobre los reyes de Siria y Egipto (Dan, XI, 2 ss.: sobre el Rey Persa vencido por el Griego), rechazadas como apócrifas por los racionalistas, solo por la sorprendente precisión

con la que ahora vemos todos los eventos de sus reinos, que estas profecías, digo , eran más comprensibles para los contemporáneos del mismo Daniel, que para nosotros, que tan fácilmente los desciframos con la ayuda de los documentos proporcionados por los libros de los Macabeos y otros monumentos de la historia.

De nada vale, entonces y sobre todo, porque la predicción del largo tiempo que había de transcurrir hasta la segunda venida del Señor, no se presenta en ninguna parte ex professo, ni en términos explícitos y formales, sino sólo de forma accidental, y como si por casualidad, en líneas dispersas, que a primera vista parecen haber caído aquí y allá por casualidad del discurso, y tanto más indigna de atención, ya que están como perdidos en las sombras de las parábolas y escondidos bajo los velos de la alegoría.

¿Qué es de extrañar, entonces, que pasaron desapercibidos para la primera generación, cuyas preocupaciones eran muy diferentes?

Qué maravilla, además, que cuando los acontecimientos habían desmentido alguna vez las esperanzas de algunos, las alarmas de otros y las expectativas de la mayoría, y así obligaron a las mentes a detenerse en la idea de una parusía que aún estaba lejos, lo que era escapó a los lectores desinformados de épocas anteriores se descubrió en un estudio más profundo del evangelio.

Y esto es precisamente lo que Jesús tenía en mente; fue en vista de este resultado que midió sus palabras y, si se me permite la expresión, midió luces y sombras en su respuesta a la pregunta de los Apóstoles: "Cuéntanos cuándo sucederán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y el fin del mundo?"

Sin duda, el día del juicio final permanecería completamente oculto en cuanto a su fecha exacta ni se sabría de antemano si estaba cerca o lejos.

Sin embargo, esto no pudo evitar que se insertaran discretamente en la moratoria concedida al mundo algunos indicios proféticos: indicios que, sacados a la luz con el tiempo, habrían servido para tranquilizar la fe de épocas posteriores, que de otro modo se habrían desanimado por un tiempo indefinido de espera prolongado, no respaldado por datos de divulgación concordantes.

Los encontramos, como acabamos de decir, con su ración de sombra para las primeras veces, y de luz para las siguientes, en las dos parábolas en las que representó, bajo imágenes sencillas y populares, todo el misterio de su parusía.

Esto ya ha sido suficientemente demostrado, sin necesidad de volver a él.

Sólo ahora añadiré, a modo de epílogo, que la parábola de las diez vírgenes, independientemente de la indicación que de la circunstancia explicada anteriormente, contiene otra, aún más velada y misteriosa, pero también tanto más significativa porque surge del cuadro completo de la narración alegórica, y siempre, cada vez más, en una dirección diametralmente opuesta al sentido y la idea modernistas.

Y de hecho, es evidente que cuando Jesús dijo que el reino de los cielos sería como (similar erit) diez vírgenes que, tomando sus lámparas, fueron al encuentro del novio: bajo el nombre de "reino de los cielos", se refería al reino de Dios que había

venido a fundar en la tierra, el reino a cuyo establecimiento había dedicado los tres años de su predicación, el reino que iba a ser constituido por la multitud del pueblo cristiano, desde la primera publicación del Evangelio hasta la consumación de los siglos.

Por tanto, son a todos los fieles del futuro a los que nos presenta la parábola. Pero ¿por qué ahora, bajo la imagen de estas vírgenes que, una tras otra, se duermen durante las largas horas de espera del novio que llega tarde?

¿Quería decir que estos fieles del futuro también se dormirán, pero con el sueño de la muerte, antes de que llegue el día de la parusía? ... y que dormirán en sus tumbas cuando suene el grito: "¡He aquí que viene el novio!"

Quizás. Sin embargo, es necesaria una restricción y, por muy fundado que sea el sentido que acabamos de exponer, siempre será necesario excluir a quienes serán sorprendidos por el último día del mundo, así como la catástrofe del diluvio sorprendió a los hombres de la época de Noé. (Mateo XXIV, 37ss.; Lucas, XXI, 35.)

Todavía hay un problema por resolver, si estos cristianos de la última generación también tendrán que pagar su tributo a la muerte.

Varios Padres, basados en varios pasajes de la Escritura, tienen una opinión negativa y piensan que serán una excepción al derecho común, pasando inmediatamente del estado de mortalidad actual a la vida incorruptible del siglo venidero (entre estos, San Juan Crisóstomo en su homilía 48 ° al primero de los Corintios, n, 2 y San Jerónimo en su carta 59 ° a Marcela. N°3.)

Subimos la Carta de San Jerónimo Número 59 a Marcela en su punto número 3, citada por el Cardenal Louis Billot sobre este tema de la Parusía en su artículo Sexto que viene tratando y analizando.

Transcribimos el texto completo de la Carta N° 59 a Marcela de San Jerónimo:
Carta a Marcela de San Jerónimo: Carta Número 59 del Epistolario, número 3, página 580 del link que dejo a continuación del Archivo en PDF en Archive.org:
<https://ia800308.us.archive.org/3/items/SANJERONIMOEpistolarioI/SAN%20JERONIMO%20Epistolario%20I.pdf>

Y dice así: Me has preguntado en tercer lugar sobre lo que dice el Apóstol, que a la venida del Señor y Salvador algunos serán arrebatados vivos al encuentro sobre las nubes, de modo que no se les adelanten los que durmieron en Cristo y quieres saber si le saldrán al encuentro en sus propios cuerpos, sin antes morir, siendo así que Nuestro Señor murió, y también Enoch y Elías, según el Apocalipsis de Juan, se dice que han de morir, para que de ese modo no haya nadie que no haya gustado la muerte. Del contenido mismo del texto cabe deducir que los santos que a la venida del Señor sean sorprendidos en sus cuerpos, con ellos le saldrán al encuentro; pero de tal forma que lo sin gloria, corruptible y mortal se transforme en gloria, incorrupción e inmortalidad, de suerte que sus cuerpos vivos adquieran la misma condición con la que han de resucitar los que antes murieron. De ahí que el Apóstol diga en otro lugar: “*Por lo cual no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida*”, es decir para que el cuerpo no sea abandonado por el alma,

sino que por el alma que habita en el cuerpo se haga glorioso el que antes carecía de gloria. Respecto de Enoch y Elías, de quienes el Apocalipsis refiere que han de venir y que morirán, no es este el momento de hablar de ellos, ya que, según creo, todo este libro debe ser interpretado espiritualmente, pues de lo contrario, si nos atenemos a una interpretación carnal, habrá que dar fe a las fábulas judaicas de que Jerusalén volverá a edificarse y se ofrecerán víctimas en el templo, y que por decadencia del culto espiritual prevalecerán las ceremonias carnales.

FIN DE LA CARTA A MARCELA DE SAN JERÓNIMO.

CARTA Número 59 del Epistolario que encontramos en la Página 580 del mismo.

No importa por el momento, porque sea cual sea el caso de esta opinión, rechazada por cierto, y con razón, parece, por el mayor número de teólogos ("Es una opinión más común y más cierta - dice Santo Tomás - que todos morirán, y resucitará de entre los muertos, y esto por tres razones, etc.»- Suplemento de la Suma, Questión 79, respuesta "a". 1), una cosa es absolutamente cierta, a saber, que si pasan por la muerte, la atravesarán como si no la atravesaran, porque la atravesarán sin quedarse allí, sin detenerse, en un pasaje listo y rápido de la vida a la muerte, y de la muerte a la resurrección (San Agustín, 1. II Retracciones, C. 33, dice: *De vita ista in mortem et de morte in aeternam vitam celerrima commutatione*). -

Y esto es lo que, en todo caso, los pondrá en una categoría completamente diferente a los otros muertos que descienden al sepulcro para quedarse dormidos hasta que llegue la hora del despertar general. Esto también es suficiente para explicar cómo y por qué San Pablo, cuando habla de la venida del Señor en su primera Epístola a los Tesalonicenses (IV, 12-18), los distingue de los durmientes (vs.12), de los que durmieron en Jesús (versículo 13); además, constantemente los designa como vivos, en oposición a los que llama muertos (versículos 15, 17), de acuerdo con el artículo del Credo donde se dice que Jesús está sentado a la diestra de su Padre, desde donde él vendrá a juzgar vivos et mortuos ("Esta distinción entre los vivos y los muertos no se refiere al momento mismo del juicio, cuando todos estarán vivos; ni a todo el tiempo que precede al juicio, porque todos habrán estado por un tiempo vivos y por un tiempo muertos; pero se refiere al tiempo definido que precederá inmediatamente a la primera aparición de los signos del juicio». Santo Tomás, loc. cit. ad 1).

Aquí, por tanto, estamos en presencia de dos categorías distintas. Por un lado, los fieles que tienen que dormirse, es decir, morir antes del día de la parusía, y por otro, los que el día supremo se encontrarán vivos en la tierra: el primero, que nos presenta la parábola, bajo la figura de las diez vírgenes dormidas; la segunda, de la que la parábola no dice nada, que pasa en silencio y la ignora por completo.

Y de inmediato surge una pregunta: ¿dónde estaba la generalidad en la mente de Jesús? la masa, el gran número? ¿Me refiero a la gran cantidad de fieles que componen el reino de los dos que aquí se cuestionan? ¿Del lado del primero o del lado del segundo? Pero no es necesario formular la respuesta. Evidentemente, Jesús vio la generalidad en la categoría que describía su parábola.

(1) En cuanto al otro que dejó en la sombra, el de sus contemporáneos del último día, de aquellos de quienes San Pablo, en el pasaje citado anteriormente, habla sólo como

un remanente, un resto, el cardenal Louis Billot nos refiere a la Nota (1) citada en la página 186 de la obra original en francés que dice: (Nos qui residuosissimus..., qui relinquitur “*los que nos hemos quedado... los que quedamos atrás*”, dice, en I Tes IV, 14-16, hablando en la persona de aquellos a quienes el último día encontrará todavía vivos. (*Nos qui residui sumus..., qui relinquitur que traducido quiere decir: **nosotros que nos quedamos atrás, los que nos hemos quedado... los que quedamos atrás.***

Aquí qui relinquitur (los que quedamos atrás). , περιλειπόμενοι [perileipomenoi], dice, I Tesalonicenses IV, 14-16 hablando en la persona de aquellos a quienes encontrarán aún con vida el último día), claramente no vio más que una categoría excepcional, una ínfima minoría que, por este motivo, no entraba en el panorama general del reino de los cielos que la parábola tenía a la vista.

Ahora bien, supongamos con los modernistas que Jesús creía que la parusía estaba a punto de hacerse realidad.

Se le habría ocurrido exactamente lo contrario: la generalidad, el gran número, del lado de los fieles que la parusía iba a encontrar vivos; la excepción, el pequeño número, entre aquellos a quienes la muerte ya ha puesto en la tumba

Por tanto, no es de éstos, sino de aquellos que habría tomado el símil de ese reino de los cielos del que dijo: (Traducido del latín: *El reino de los cielos será semejante a las diez vírgenes que, tomando las lámparas, salieron al encuentro del esposo. Similar erit regnum cælorum decem virginibus quæ, accepta lampadibus, exierunt obviant sponso, y si la característica de la demora del novio ya no tenía ninguna razón de ser, como ya se ha dicho, la de la somnolencia y el sueño que sobrecoge a las diez vírgenes, se vuelve más incoherente y aún más incomprensible.*

Por todos lados, por tanto, no vemos más que negaciones solemnes dadas por el Evangelio a la idea modernista, **y es un hecho que, habiendo llegado al final de nuestro estudio del discurso** en el que se trata ex profeso toda la cuestión de la parusía y en profundidad, podemos ver que no hay una sola de sus interpretaciones que resista escrutinio, ni uno de los textos de los que abusan que no los condene, ni uno solo de sus rasgos que no se vuelva en contra de ellos; es la plena verificación de la palabra del salmista: Et infirmatæ sunt contra eos linguæ eorum que traducido quiere decir: *Y su lengua es débil contra ellos.*

Pero, ¿acaso podrán, con respecto al error del punto principal, contraatacar con pasajes tomados de otras partes del Evangelio? Mucho menos aún, porque para ellos ya no son ni siquiera ad rem, conducen a falsedades, están fuera del tema, no tienen relación con la pregunta. Tal es el pasaje que leemos en San Matteo, XVI, 28 (“*En verdad, os digo, algunos de los que están aquí no gustarán la muerte sin que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su Reino*”), en San Marco, VIII, 39 (38y 39 *Porque quien se avergonzare de Mí y de mis palabras delante de esta raza adúltera y pecadora, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando vuelva en la gloria de su Padre, escoltado por los santos ángeles*”), y en San Lucas, IX, 27 *Os digo, en verdad, algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte sin que hayan visto antes el reino de Dios*”), donde Jesús dice: “Les digo la verdad, muchos de los aquí presentes no probarán la muerte sin haber visto al Hijo del Hombre venir en su

reinado. Es cierto que a primera vista, tan separado del cuerpo narrativo, este texto parecería establecer la tesis de los adversarios en términos explícitos y formales. Pero espere ... Volvamos al contexto, y veremos con plena evidencia que estamos tratando aquí, no con la parusía en sí, pero con un ejemplo de la gloria de la parusía, que Jesús propuso dar a tres de sus discípulos en su transfiguración.

«Y después de seis días - continúa San Mateo - Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, los condujo a un monte alto y se transfiguró frente a ellos. Lo mismo se dice en San Marcos; lo mismo se dice en San Lucas, que es aún más explícito: y unos ocho días después de haber dicho estas palabras (las del texto en cuestión), Jesús se llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, etc.

Factum est autem post hæc verba fere dies octo (*San Mateo y San Marcos dicen seis días*; San Lucas dice: unos ocho días después. Los dos primeros incluyen sólo los días intermedios, mientras que el tercero incluye el día de la promesa y el día de cumplimiento.)

Era imposible enfatizar más claramente la conexión entre la promesa anterior y la visión de los tres apóstoles en el monte Tabor. Porque Jesús había dicho: «El que quiera salvar su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. ¿Y qué beneficio tiene el hombre si gana el mundo entero y pierde su alma?

Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras. Por tanto, apeló al glorioso advenimiento en el que presidirá la distribución de recompensas y castigos eternos.

¡Pero esta gloria de su Padre, en la que dijo que regresaría, aparecería solo en la vida futura, en el momento de la resurrección general! Y mientras tanto, ¿Quién testificará? ¿Quién lo hará creíble especialmente para aquellos a quienes el escándalo de la cruz perturbaría tan profundamente?

Por eso Jesús se comprometió de inmediato a dar ejemplo a los testigos privilegiados en la vida presente: una promesa que cumplió en esta maravillosa transfiguración, de la que San Pedro, al final de su carrera, en la víspera misma de su martirio, trajo de vuelta el recuerdo conmovido en las recomendaciones supremas que dejó a la Iglesia (II Petr., I, 16): “No es no Sobre la fe de fábulas ingeniosamente imaginadas, escribió, que os hemos dado a conocer el poder y el advenimiento (la parusía) de Nuestro Señor Jesucristo, sino como testigos oculares de su majestad: cuando recibió honra y gloria de Dios Padre, y con gloria magnífica se oyó una voz: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. Y oímos esta voz del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo.

Y de todo esto resulta claramente, que el texto invocado por los adversarios: “*hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en Su Reino* (sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem donec videant Filium hominis venientem in Regno sua), no es en modo alguno **ad rem**, que es falso, que es totalmente inconsistente y está fuera del punto en discusión.

Con mayor razón lo mismo debe decirse de lo que Renan llevó al extremo, para mostrar que las afirmaciones de Jesús sobre la proximidad de la catástrofe final no dejaban lugar a malentendidos: cuando ves rojo por la noche, predices que hará buen tiempo; cuando ves el rojo sombreado de la mañana, se anuncia la tormenta.

¿Cómo es que ustedes que juzgan la apariencia del cielo no conocen los signos de los tiempos?

En efecto, sería imposible para nosotros que hemos recibido el entendimiento de las Escrituras de la Iglesia, ver en esta respuesta del Salvador a quienes, para tentarlo, le pidieron que les mostrara una señal del cielo, cualquier alusión, incluso remota aunque sólo sea aparente, a la llegada de los tiempos marcados por el fin del mundo.

Podemos ver, sin dificultad, que Jesús reprocha a los judíos no saber reconocer las señales dadas en las profecías para esta venida del Mesías, que se cumplirá en gran pobreza y humildad para la redención de los hombres y la expiación del pecado.

Pero nunca se nos habría ocurrido que pudiéramos desvirtuar este texto en el sentido del último advenimiento, que, éste, será reconocido por sí mismo, sin necesidad de señales de ningún tipo. Y si os dicen: he aquí está en el desierto, he aquí está en los lugares apartados de la casa, no lo creas.

Ya no es el momento de que Él venga de esta manera, en una casa particular, una ciudad oscura, un desierto, sino que de repente aparecerá con un brillo sorprendente, como un relámpago que se ve yendo rápidamente de este a oeste, de lado a lado, aparte del cielo, así aparecerá el Hijo del Hombre en toda la tierra.

La causa del malentendido de los racionalistas reside, por tanto, enteramente en lo que han postulado en principio, que el advenimiento mesiánico y la parusía son una y la misma cosa: lo que significa que relacionan indistintamente con esta última todo lo que, en el Evangelio, es dicho de este. No hace falta decir que tienen cuidado de no probar el principio en sí, prefiriendo, en lugar de intentar tal hazaña, asumirlo como una verdad primaria que no requiere demostración.

No los seguiremos en este terreno y les dejaremos en posesión de su seguridad imperturbable; si aún no es así, rogaremos al Padre de las luces que les quite el velo que se extiende sobre sus corazones, para que finalmente reconozcan este advenimiento de gracia y de misericordia, que los protegería del futuro advenimiento de la justicia, siguiendo el deseo de la Iglesia en las solemnidades de Navidad: Ut quem redemptorem laeti suscipimus, venientem quoque Judicem securi videamus, que traducido este último texto del cardenal Louis Billot puede querer decir algo así: ***“para que recibamos con alegría al Redentor veamos al Justo Juez que viene”*** o en otra traducción: ***“Como redentor recibimos con alegría, veamos también al Juez que viene.”***

ARTÍCULO SÉPTIMO

PARUSÍA EN LAS EPÍSTOLAS DE LOS APÓSTOLES. TEXTOS PARENÉTICOS.

Era bastante natural que después de atribuir al mismo Jesucristo el error que hemos visto con respecto a la proximidad del fin del mundo, el racionalismo moderno también lo imputara a los Apóstoles de Jesucristo.

Porque si el error del Maestro es por regla general, y esto por la propia naturaleza de las cosas, el error de sus discípulos, cuánto más en el caso muy particular de un error que involucra todo el trabajo que Él les habría dejado, como confidentes de su pensamiento, el cuidado de seguir tras Él.

Este fue el error de Jesús, según los modernistas, ya que para ellos el Evangelio fue originalmente una obra de reforma a promover dentro del judaísmo, en vista del inminente colapso del mundo actual, que sería seguido por el establecimiento del Reino de Dios en un mundo completamente nuevo, bajo la presidencia de Cristo en su parusía.

Por lo tanto, en un punto tan característico y fundamental, cualquier desacuerdo entre el Maestro y los discípulos no era probable que fuera sostenible, y por lo tanto era bueno que los Apóstoles estuvieran a su vez convencidos, de buena gana o no, de que tenían exactamente las mismas opiniones correctas, mismas ideas, misma creencia, digamos la misma palabra, *los mismos sueños quiméricos y las mismas ilusiones*. Aquí, entonces, nos encontramos ante una serie de textos extraídos de sus discursos y de sus escritos. Ya no es el Evangelio lo que se cuestiona aquí, son los Hechos, las Epístolas y sobre todo el Apocalipsis. De ahí un nuevo conjunto de argumentos y razones, a los que se dedicarán este y los siguientes artículos.

Pero antes de entrar en los detalles de la discusión, conviene colocar ante los ojos del lector los pasajes en los que se alude expresamente a la cuestión del tiempo de la parusía y, como dicen, se trata *ex professo*.

De hecho, no es en estos lugares donde generalmente se busca la expresión correcta y exacta del pensamiento de los autores sobre un punto dado, y en consecuencia la norma de interpretación, al menos negativa, por lo que, en el resto de sus escritos, podría ser equívoco o ambiguo.

Por lo tanto, nada es más apropiado que hacer un inventario de ellos desde el principio, aunque solo sea como una primera indicación de la mentalidad de los escritores y una indicación general del significado de su pensamiento.

Ahora bien, los pasajes en los que el pensamiento apostólico se ha expresado de manera pertinente y categórica sobre el período de la parusía son tres, y solo tres.

El primero se encuentra en Primera de Tesalonicenses, capítulo V, 1-3: En cuanto a los tiempos y momentos, dice San Pablo, no es necesario que os escriba sobre ellos. Porque vosotros mismos sabéis muy bien que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Cuando los hombres dicen: "¡Paz y seguridad!" Entonces caerá sobre ellos una ruina repentina, como el dolor a la mujer que está a punto de dar a luz, y no escaparán de ella. Pero vosotros, hermanos míos, no estáis en tinieblas, para que este día os alcance como ladrón... Así que, no durmamos como los demás hombres, sino velemos y seamos sobrios, etc.

El segundo es sobre la Segunda a los mismos Tesalonicenses, capítulo II, 1-9:" Respecto al advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, escribe el apóstol, os rogamos que no os dejéis conmocionar ni alarmar vuestros sentimientos, ni por alguna profecía, ni por por alguna palabra o carta que se suponía vendría de nosotros, como si el día del Señor fuera inminente. Que nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá aquel día hasta que haya venido primero la apostasía, y haya aparecido el hombre de pecado, el hijo de perdición, el adversario que se exaltará sobre todo, lo que se llama Dios, o honrado con adoración,... ¿No os acordáis que os dije estas cosas, cuando todavía estaba entre vosotros? Y ahora sabes lo que retiene, porque ya esta en desarrollo el misterio de la iniquidad, esperando hasta que el que retiene se haya ido. Y entonces se revelarán los malvados, a quienes el Señor Jesús exterminará con el aliento de su boca, y destruirá con el esplendor de su venida.

Finalmente, el tercer pasaje está en la Segunda Epístola de San Pedro capítulo III, versículos 8 a14, donde leemos: "Pero vosotros, queridos míos, no debéis ignorar una cosa, y es que un día respecto de Dios es como mil años, y mil años como un día. No retarda, pues, el Señor su promesa, como algunos juzgan, sino que espera con mucha paciencia por amor de vosotros venir como juez, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento. Por lo demás, el día del Señor vendrá como ladrón, En aquel día los cielos pasarán con estrépito, los elementos ardientes se disolverán, y la tierra se consumirá con las obras que contiene... Puesto que todas estas cosas están destinadas a disolverse, ¿Qué no debéis ser, en una vida enteramente santa y dedicada a la piedad, apresurándonos hacia el esperado advenimiento del día de Dios, en el que los cielos en llamas se disolverán y los elementos en llamas se derretirán? Pero nosotros esperamos, según su promesa, nuevos cielos y una nueva tierra donde habite la justicia. En esta espera, haz todo lo posible para que él te encuentre sin mancha, e irreprochable en paz.

Y aquí está todo el resumen de las indicaciones dadas por los apóstoles, en lugares donde abordan expresamente la cuestión que entonces agitaba tantas mentes y suscitaba tantas conversaciones.

Me imagino que nos resultará muy difícil encontrar allí algún rastro de lo que Renan se atrevió a presentarnos como la creencia más "profunda" y "constante" de la primera generación cristiana. ¿Hay siquiera una palabra, hay una insinuación, hay alguna alusión que delate la persuasión de un pronto regreso de Cristo sobre las nubes del cielo, o tal vez no sería todo lo contrario?

San Pablo recuerda que Jesús, al dejar la tierra, había dicho a su pueblo: “No os corresponde a vosotros saber los tiempos ni los momentos, que el Padre ha fijado por su propia autoridad”, e inspirándose en este pasaje, refiriéndose a esta advertencia, reanudando el discurso, para que nadie se equivoque, en los mismos términos, comienza declarando a sus Tesalonicenses, que respecto a los tiempos y momentos, no tiene necesidad de escribirles. ¿Y por qué? Por la razón de que ya estaban informados de todo lo que se podía saber al respecto: que la hora de la parusía sería la hora del ladrón nocturno, que no es posible predecir de antemano; que, además, no tendría sentido querer penetrar secretos cuyo conocimiento ha sido negado a los mortales, y que, en consecuencia, en lugar de tratar inútilmente de satisfacer una curiosidad vana, teníamos que recordar no dejarnos sorprender desprevenidos, preparándonos con una vida santa al juicio de Dios, cuando viniera: “No durmamos, pues, como los demás, sino velemos y seamos sobrios, teniendo por armadura la fe y la caridad, y como yelmo la esperanza de la salvación”.

Este es absolutamente todo el significado, todo el alcance, toda la conclusión del primer pasaje. Sin embargo, como los rumores sobre la inminencia de la catástrofe seguían difundiéndose, San Pablo volvió a la carga en un segunda epístola, y añade aún más a lo que había dicho en la primera. Esta vez, corrige expresamente el error, quiere que no agreguemos ningún tipo de credibilidad a los rumores tan imprudentemente puestos en circulación, anunciando además, que antes de que llegue la parusía, tendrían que ocurrir acontecimientos, en cuyo curso y secuencia sólo se explica, es cierto, por escrito, de la manera más enigmática, pero que, en cualquier caso, parecía requerir, para desarrollarse, un período de tiempo bastante considerable.

Porque esta apostasía de la que habla, esta deserción general de la fe de Jesucristo, esta elaboración de la obra de iniquidad cuyo florecimiento fue retrasada por un impedimento misterioso, este advenimiento del "malvado", es decir, sin dificultad, del gran y principal anticristo del que tantos otros serían precursores, ver [Referencia a la Nota \(1\) en la página 198](#) de la Obra en francés citada por el Cardenal Billot que hace mención a la Primera de Juan capítulo II, versículo 18; todo esto obviamente no era de esas cosas que suceden en un abrir y cerrar de ojos, que comienzan, que se desarrollan, que evolucionan de un día para otro.

Cualquiera que sea la verdadera interpretación del famoso ""κατέχων" [katechon]", lo que une, lo que impide, que se lee en el versículo 6, o de la otra expresión "κατακτέχων" [o kathecon)" el que sostiene, o el que obtiene, o el que ocupa, que vuelve al siguiente versículo ([Ver Referencia de la Nota 2 en la página 198](#) de la obra original en francés que cita el cardenal Louis Billot a Bossuet en “Advertencia a los Protestantes sobre su supuesto cumplimiento de las profecías, número 45 y ss que dice así: (45) XLV. — Predicción de San Pablo, II Tesalonicenses II. No dejemos a los protestantes ninguna de las profecías que han profanado, y salvemos aún de sus manos la de San Pablo, II Tes., II.

Pero antes que nada, hay que volver a ponerlo ante los ojos del lector, y aquí está traducido palabra por palabra del griego, destacando también en particular la versión de Ginebra y la del Ministro Jurieu, en las palabras que son importantes: (Nota mía: Pierre Jurieu, nacido en el Mer el 24 de diciembre de 1637 y fallecido en Rotterdam el

11 de diciembre de 1713, es un prolífico pastor, teólogo, escritor y panfletista calvinista francés).

1. Os convocamos, hermanos míos, por la venida de Nuestro Señor Jesucristo y por nuestro reencuentro con él.
2. Que no os dejéis conmocionar ligeramente en vuestros sentimientos, y que no os engañéis creyendo, ya sea por alguna profecía, o por algún discurso, o por alguna carta que se supone que viene de nosotros, que el El día del Señor esté cerca de llegar:
3. Que nadie os engañe en ninguna manera; porque ese día no llegará hasta que haya llegado antes la revuelta, y hasta que hayamos visto aparecer a este hombre de pecado, a este hijo de perdición.
4. El enemigo (aquel que se opondrá a Dios) y se elevará por encima de todo lo que se llama Dios, o es adorado, hasta sentarse como un dios en el templo de Dios, deseando incluso pasar por Dios.
5. ¿No os acordáis que os dije estas cosas cuando estaba entre vosotros?
6. Tú conoces bien el impedimento (lo que le impide venir, lo que le frena), para que aparezca en su tiempo.
7. Porque el misterio de la iniquidad ya comienza (se forma ahora, comienza): sólo el que tiene (todavía tiene), (el que tiene, todavía tiene); o el que ahora reciba, volverá a recibir. El que ocupa, ocupará, hasta que sea destruido (abolido).
8. Y entonces será descubierto el malvado, a quien el Señor Jesús destruirá (no creará) (destruirá) con el aliento de su boca, y a quien abolirá con el resplandor de su presencia (por su presencia brillante), o, por la gloria de su venida (en lugar de gloria, claridad).
9. Este villano, digo, el cual ha de venir con el poder de Satanás con toda clase de milagros, señales y prodigios engañosos;
10. Y con todas las ilusiones que pueden conducir a la iniquidad los que perecen.
11. Por eso Dios les enviaré una eficiencia de error, para que crean la mentira:

Para que sean condenados todos los que no creyeron en la verdad y consintieron en la iniquidad. Tales son las palabras de San Pablo, directamente opuestas al sistema de los protestantes respecto del Papa: la razón es que, según su propia interpretación, San Pablo hace aparecer al hombre de pecado, al malvado, al enemigo de Dios, y en una palabra el Anticristo, en dos coyunturas; una: a la vez que el que sostiene, será destruido”, versículos 7, 8; la otra: al acercarse el día del Señor, versos 2, 8: y ambas circunstancias, según su propia explicación, son inconsistentes con lo que dicen del Papa. Fin de la cita a Bossuet del Cardenal Billot), **sigue siendo cierto que la hipótesis de una venida inmediata o inminente del Señor fue claramente descartada por el apóstol, y que, si ya fue explicada con bastante claridad a sus corresponsales directos, mucho más lo mismo ocurre con nosotros, ya que tantos acontecimientos ahora**

cumplidos nos han permitido penetrar mejor el significado de su profecía y medir su alcance. Link a la cita de Bossuet:

https://www.bibliotheque-monastique.ch/bibliotheque/bibliotheque/bossuet/volume003/002.htm#_Toc17322150

Y Sigue el Cardenal Billot diciendo: Y aquí escuchamos finalmente a San Pedro: San Pedro que no sólo abunda, sino que abunda en el mismo sentido, declarando hacer suyo todo lo dicho por aquel a quien llama un poco más abajo, su amado hermano Pablo.

Él también está a mil millas de fijar, aunque sea aproximadamente, cualquier medida de tiempo. También Él se atiene pura y simplemente a lo único que nos es útil saber, que es que: como todos, sin excepción, deben ver el día del Señor que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, *ver en la nota (1) de la página 199 del original en francés la cita del Cardenal Billot a II Timoteo capítulo IV, versículo 1*, todos sin excepción también, tengan o no que morir antes de su llegada, están obligados a prepararse a ella sin demora, mediante el ejercicio de buenas obras y un esfuerzo constante por purificarse del amor a las cosas corruptibles, destinadas a desaparecer para siempre.

Pero lo que se destaca especialmente es que la cuestión del retraso de Dios en el cumplimiento de su promesa sería en cualquier caso una cuestión completamente sin sentido, porque Dios no ha fijado ninguna fecha, y que además, ante él ninguna duración es larga, o mejor dicho, ningún tiempo dura; *que un día es como mil años, que mil años son como un día*, y que así, la demora, por muy prolongada que pueda imaginarse en las edades venideras, seguiría siendo llamada por su verdadero nombre, no demora, *sino ciertamente un designio de misericordia y salvación por parte de Él “Quien no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan a la penitencia”*.

Tal es el fondo y los fundamentos del Pensamiento Apostólico. Nada más, nada menos, y busco, en medio de todo esto, la llamada mentalidad que se nos representaba confinada y circunscrita dentro de la idea fija de una parusía a punto de estallar, y un mundo a punto de terminar.

Por lo tanto, ya podemos concluir que, en todos los pasajes donde los apóstoles plantean la cuestión del tiempo de la parusía, como objeto propio, directo y categórico del discurso, no hay ningún signo, ningún rastro, ningún vestigio de la persuasión que les atribuye el racionalismo contemporáneo, sino más bien, en la medida en que lo permitía la reserva en la que el propio Jesús pretendía mantenerse, todos los indicios de una persuasión diametralmente contraria.

También, no es ahí donde gira el libre pensamiento. Estos pasajes, sin duda los más importantes de todos, e incluso en cierto sentido los únicos verdaderamente convincentes, ella ni siquiera los discute, los deja en la sombra, quiere ignorarlos, recurrir exclusivamente a textos, de los cuales lo menos que podemos decir es que no vienen al caso y que todas las indicaciones que cree encontrar a corto plazo el último día del mundo, sólo se ven a través del prisma de razonamientos contruidos sobre suposiciones falsas, provenientes, en su mayor parte, de la ignorancia del lenguaje

específico de las Escrituras y de su manera de considerar las cosas. Examinaremos ahora estos textos detenidamente y, para mayor orden y claridad, los reduciremos a unas pocas categorías principales.

La primera categoría incluirá textos que podríamos llamar parenéticos, textos de exhortación a la práctica de todas las virtudes cristianas, en vista de la llegada del Señor que está cerca.

A continuación se muestran los principales ejemplos.

Es tiempo, decía San Pablo a los romanos, de despertarnos del sueño, resultado y consecuencia de la disminución de nuestro primer fervor. Porque ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche es tarde y el día se acerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz (Romanos XIII, 11-12).

Y a los filipenses: estad siempre alegres en el Señor, repito, estad alegres. Que vuestra mansedumbre sea conocida de todos los hombres, porque el Señor está cerca. No te preocupes por nada; sino en toda circunstancia presentad vuestras necesidades a Dios con oración y súplica, con acción de gracias (Fil. IV, 4-6).

Y a los hebreos: Os es necesaria la perseverancia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis lo que os ha sido prometido. Un poco más, bueno, un poco de tiempo, y el que ha de venir vendrá, no tardará (Heb., x, 36-37).

Y Santiago a su vez; Tened paciencia, hermanos míos, hasta la venida del Señor. El labrador, con la esperanza del precioso fruto de la tierra, espera pacientemente hasta recibir la lluvia del otoño y la primavera. Tened también vosotros paciencia y fortaleced vuestro corazón, porque la venida del Señor está cerca. No os quejéis unos contra otros, para que no seáis juzgados: he aquí, el juez está a la puerta (Santiago V, 7-9).

Éstos, digo, son los textos de la primera categoría. Sin duda podríamos ampliar aún más la lista, pero sin utilidad ni beneficio; porque el resto sólo consistiría en repeticiones o variantes relativas más a las palabras, y que no modifican en nada, ni en el fondo ni en la forma, la dificultad que se presenta, que consiste enteramente en declaraciones como estas: Dominus prope est, adhuc modicum aliquantum, ecce iudex ante januam assistit, que traducido dice “El Señor está cerca, dentro de poco, he aquí el juez está delante de la puerta”, y si existen otras de igual fuerza y alcance.

Pero, ¿aún no se ha encontrado la solución a esta dificultad o no podemos decir que ya la tenemos? De hecho, tenemos aquí una implementación pura y simple de las instrucciones dadas por Jesús a sus discípulos, en las páginas que fueron objeto de nuestro estudio anterior.

Evidentemente, las exhortaciones apostólicas a velar, a perseverar, a tener paciencia, a renunciar a las concupiscencias mundanas, a estar siempre preparados para la venida del Señor, acompañando su atención y diligencia con la oración, son sólo una aplicación, apropiada a los fieles desde la primera hora, de las exhortaciones que se leen en San Mateo, San Marcos y San Lucas, como conclusión del discurso escatológico.

De lo cual se deduce muy claramente, si no me equivoco, que para introducirnos en el sentido legítimo y verdadero del pensamiento de los apóstoles, deben servir ahora, sin necesidad de nuevas demostraciones, todos los puntos anteriormente destacados, para la exacta comprensión de las palabras de Jesús; y en particular, el principal, el más llamativo, el más importante de todos, que se refiere al doble aspecto bajo el cual el Evangelio contempla la parusía: por un lado, en su realidad deslumbrante del gran día de Dios, cuando llegue la última hora del mundo, y del otro, en sus secretas anticipaciones de cada día, cuando llegue la última hora de cada hombre individualmente.

Toda la cuestión se reduce, pues, a saber bajo cuál de estos dos aspectos se aborda la parusía en los textos antes citados. ¿Está bajo el primero? Entonces sí, la dificultad persiste. ¿Está bajo el segundo? Entonces la particularidad desaparece por sí sola y desaparece por completo. Sin embargo, la respuesta no podía ser dudosa. Dependerá de las observaciones que pongamos ante los ojos del lector.

Observemos, pues, ante todo, el contenido de los pasajes en los que encontramos el indicio de una parusía próxima, a corto plazo, en vísperas de ocurrir. ¿Podrían ser estos pasajes los que nos representan el escenario, el aparato, el gran escenario del juicio universal? De nada. Son sólo textos donde la parusía se presenta como procedente del Señor o del Juez, sin mayor precisión ni determinación, sin añadidos de ningún tipo, sin mención directa o indirecta de gloria, poder y majestad en el que ella estallará el último día del mundo.

Sólo leemos que el Señor está cerca, que el que ha de venir no tardará, que el juez ya está a la puerta: de lo cual se deduce la conclusión práctica, que hay motivo para entrar en sentimientos, y notificar los preparativos. que supone esta llegada. No es, por tanto, como tantos otros lugares de los escritos apostólicos, donde se describe el advenimiento glorioso, adventus gloriae (Tito II, 13), de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, como tal; donde la parusía se convierte en la revelación, la aparición de Jesucristo y su gloria.

Como en San Pablo, por ejemplo, cuando habla a los Tesalonicenses, del día en que el Señor Jesús aparecerá del cielo, con los mensajeros de su poder, en medio de una llama de fuego, para hacer justicia a los que no obedecen el Evangelio (II Tesalonicenses I; 7), y más abajo, desde el día en que vendrá para ser glorificado en sus santos y reconocido como admirable en todos aquellos que creyeron [II Tesalonicenses I, 10); y en otros lugares, de la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo que aparecerá, en su tiempo, el bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y el Señor de señores. (I Timoteo VI,15) y nuevamente, en la Primera Carta a

los Corintios, I, 7, y en el de los Colosenses, III, 4, y en el segundo a los Tesalonicenses, II, 8, y en la Primera de San Pedro, IV, 13, etc.

Ciertamente, aquí hay tantos textos que nunca se nos ocurriría aplicar a ningún otro día que no sea el de los grandes fundamentos de la Consumación de los Siglos, y si fuera en textos de este tenor, que se encontraran los anuncios de la próxima venida que son objeto de la presente dificultad, sería necesario reconocer que no es en la distinción antes mencionada de los dos aspectos de la parusía donde encontraríamos la solución, al menos adecuada y suficiente.

Pero no; Por mucho que busquemos en las cartas de los apóstoles, desde la primera página hasta la última, nunca podremos producir un solo ejemplo. Que si San Pablo, hablando de la aparición de la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, al mismo tiempo menciona el tiempo en que se realizará, sólo será para insinuar nuevamente, el secreto impenetrable donde Dios quería que ella permaneciera escondida: hasta la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo, dice en el texto citado anteriormente que aparecerá en su tiempo, el Señor de señores. "En su tiempo" es todo lo que probablemente el apóstol sepa al respecto; en cualquier caso, eso es todo lo que nos hará saber al respecto. Y en otros lugares, respecto del advenimiento del anticristo que el Señor Jesús aniquilará por el esplendor de su advenimiento, usará la misma manera de hablar, que escapa a todo cálculo, y escapa a toda evaluación: Y ahora sabéis lo que lo detiene, para que se manifieste a su tiempo, (II Tes, II, 6.)

Por lo tanto, cualquiera que sea el modo en que tomemos los pasajes de los escritos apostólicos donde la parusía se da como inminente (ya sea absoluta o comparativamente, ya sea en sí mismos o en los múltiples contrastes que resaltan más su significado), todo nos dice, todo nos advierte que esta es la venida del Señor que se realiza secreta e invisiblemente, como la muerte cosecha las almas humanas, y que sobre cada una de ellas se pronuncia la sentencia irrevocable y definitiva, después de lo cual sólo queda la publicación, la revelación, reservada a la parusía visible y brillante del fin de los tiempos (I Cor., iv, 5); de esta venida del Señor que el Evangelio de San Lucas previamente trajo ante nuestros ojos, en este capítulo duodécimo, donde, independientemente de cualquier alusión a la catástrofe mundial, se nos ordenaba estar constantemente esperando el regreso de nuestro maestro, para que en cuanto llegue, en forma de muerte, y llame a la puerta con los golpes que anuncian la proximidad de la muerte, se la abramos inmediatamente, y le abrimos para ser entonces, si estamos vigilantes, puestos en posesión de su reino, de su eterna felicidad, de sus inestimables riquezas de esta venida del Señor, finalmente, que siempre podemos, y con plena confianza, anunciar como muy cercana, sin pretender penetrar el gran secreto cerrado a todas las criaturas, e incluso a los ángeles del cielo, cuyo secreto está escrito: "De aquel día y hora (cuando el Hijo del Hombre vendrá con majestad y poder para juzgar al mundo), nadie lo sabe sino el Padre".

Y con qué precisión, con qué naturalidad, sobre todo, esta misma venida del Señor, la muy cercana, la que ya estaba a la vista y no podía demorar más, no fue presentada por los apóstoles a aquellos cuyo espíritu querían ¡reavivar el ardor o levantar el coraje! A aquellos primeros creyentes, en su mayor parte avanzados en vida, que habían sufrido y todavía sufrían por la fe (Filipenses I, 29-30; Hebreos X: 32-37;

Santiago I:2), que se acercaron a la corona, quienes, tentados a debilitarse o eran requeridos a desertar de las asambleas cristianas (Hebreos X,25), sólo necesitaba un poco de perseverancia para cosechar el fruto de tanto dolor y trabajo.

“Recuerda aquellos primeros días en los que, después de tu conversión, soportasteis una gran batalla de sufrimiento, unas veces expuestos como espectáculo al oprobio y a las tribulaciones, otras veces tomando parte en los males de los que así eran tratados. De hecho, simpatizaste con los prisioneros y aceptaste el saqueo de tus bienes, sabiendo que tenías mejores riquezas y que durarían para siempre. Así que no renuncies a tu confianza, hay una gran recompensa asociada a ella. Porque os es necesaria la perseverancia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis lo que os ha sido prometido. Un poco más, muy poco tiempo, y el que ha de venir vendrá, no tardará. Mi justo (dice la Escritura) vivirá por la fe, pero si se aparta, mi alma no se agrada de él. Pero no somos de los que se apartan por la pérdida, sino de los que guardan la fe para salvar su alma (1)” *(ver la referencia a la nota 1 citada por el cardenal Billot en Hebreos X: 32-39)*”.

Pregunto, ¿no es esto lo que el partidario más decidido de una duración indefinida en el mundo podría decir todavía hoy, sin borrar una sola palabra, a aquellos que vería en las condiciones en que se encontraban los hebreos a quienes un día exhortó San Pablo? ¿Y estos son los textos donde la sabiduría modernista ve la inquietante idea de que los tiempos habían llegado, que el mundo estaba a punto de terminar! ¿Quién podría imaginarlo?

Pero, si fuera necesario confirmar lo que acabamos de decir, con nuevas pruebas, las encontraríamos en abundancia en cada una de las páginas donde los apóstoles, con sus recomendaciones, sus opiniones, sus consejos, sus instrucciones prácticas, demostraron, incluso hasta el punto de evidencia, que la idea que tenían del futuro era en todos los sentidos consistente con la que nosotros mismos tenemos de él, incluso hoy.

Escuchemos a san Pablo que acaba de decir que el Señor estaba cerca y que el que había de venir no podía demorar. Escuchémoslo, digo, ahora exhortamos a los fieles a vivir en reposo, a ocuparse de sus propios asuntos (I Tesalonicenses IV, 11 que dice así: “...y que ambicionéis la tranquilidad, ocupándoos de lo vuestro y trabajando con vuestras manos, según os lo hemos recomendado,...”) , a trabajar en paz, a comer el pan ganado concienzudamente (II Tesalonicenses III, 12 que dice ...”A los tales les ordenamos y exhortamos en el Señor Jesucristo que, trabajando tranquilamente, coman su propio pan”), para hacer oraciones, súplicas, intercesiones, por los reyes y por los constituidos en dignidad ...para que podamos pasar una vida tranquila y pacífica con toda piedad y honestidad (I Tim., II, 1).

Entonces, *¿este es el lenguaje de quienes se creen en vísperas del colapso de la máquina mundial y ya escuchan los primeros signos de la terrible tormenta en la que el universo está a punto de hundirse?*

Pero, por el amor de Dios, notemos cómo la perspectiva del Apóstol se abrió solo a un estado de cosas absolutamente normal, dejando espacio para una vida tranquila y regular, con la única condición de mantener el orden social por los responsables del poder público, por lo que recomendó rezar precisamente con este propósito.

Escuchemos a Santiago que, no contento con anunciar que se acercaba la venida del Señor, también mostró al juez ya en el umbral de la puerta: ***excepción judex ante januam assistit!***

Y ahora, en el curso de sus recomendaciones, se ve conducido a corregir la presunción de aquellos cristianos que, sin ninguna consideración por la incertidumbre del mañana, proyectaban adelanto y fortuna, comportándose en todo como si el futuro les perteneciera y que fueran maestros para disponer de él como quisieran.

Ciertamente, para llevar a estos temerarios a la realidad de las cosas, era correcto poner ante sus ojos la visión de la inminente catástrofe mundial, y mostrarles que la última base de tantos cálculos inútiles pronto se desvanecería, ya que no habría más un futuro terrenal para ellos ni para nadie.

¿Qué argumento podría ser más concluyente que este? ¿Qué razón podría ser más apropiada, si hay que creer en la exégesis modernista, en la mentalidad de la primera generación cristiana?

Y en cambio, vemos una advertencia pura y simple sobre la brevedad de la vida, su fragilidad, su falta de consistencia, su duración efímera y esencialmente aleatoria, todo aquello que nada tiene que ver con el fin del mundo, y que ha permanecido y permanecerá para siempre en los clichés de la predicación evangélica: ustedes que dicen: *"Hoy o mañana iremos a esta o aquella ciudad, nos quedaremos un año allí, haremos negocios y ganaremos, ¡ustedes que no saben lo que pasará mañana! De hecho, ¿cuál es tu vida? Un vapor que aparece por un momento y luego se desvanece. En lugar de decir: ... si el Señor quiere o si estamos vivos haremos esto o aquello. Pero ahora estás presumiendo de tu vanidad.*» (Santiago capítulo IV, versículos 13 a 16).

Seguramente no hay nada aquí que prepare ni remotamente los terrores que la historia, o quizás más precisamente la leyenda, atribuye al año mil.

La vida, un vapor que aparece por un rato y luego se desvanece! Esto, pues, es todo lo que sabe Santiago sobre el futuro, cuando reprocha la presunción de quienes hacen planes para el futuro, como si fueran los dueños del futuro. Y este, puedo añadir, es el límite del horizonte de los demás, cuando apelan a la brevedad del tiempo como motivo para desprenderse del mundo, de sus bienes, de sus placeres, incluso de sus goces más legítimos, para unirnos a Aquel que es el único que permanece eternamente. Es la corta vida de la que oyen hablar, no la proximidad de la catástrofe suprema. -

Así, por ejemplo, es para san Pablo, en este pasaje de la Primera a los Corintios (VII, 25-35), sobre el que se ha ejercitado abundantemente la fecunda imaginación de los historiadores de la nueva escuela, y que, por esta razón, aquí requiere una pequeña explicación.

Citamos aquí el pasaje de la 1ª de Corintios VII: versículos 25 al 35:

VENTAJAS DE LA VIRGINIDAD. 25 Respecto de las vírgenes, no tengo precepto del Señor; pero doy mi parecer, como quien ha alcanzado la misericordia del Señor para ser fiel. 26 Juzgo, pues, que en vista de la inminente tribulación, es bueno para el hombre quedar como está. 27 ¿Estás atado a mujer? No busques desatarte. ¿Estás desatado de mujer? No busques mujer. 28 Si te casares, no pecas; y si la doncella se casare no peca. Pero estos tales sufrirán en su carne tribulaciones, que yo quiero ahorraros. 29 Lo que quiero decir, hermanos, es esto: el tiempo es limitado; resta, pues, que los que tienen mujeres vivan como si no las tuviesen; 30 y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, tomó si no se regocijasen; y los que compran, como si no poseyesen; 31 y los que usan del mundo, como si no usasen, porque la apariencia de este mundo pasa. 32 Mi deseo es que viváis sin preocupaciones. El que no es casado anda solícito en las cosas del Señor, por cómo agradar al Señor; 33 mas el que es casado, anda solícito en las cosas del mundo (buscando), cómo agradar a su mujer, y está dividido. 34 La mujer sin marido y la doncella piensan en las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y espíritu; mas la casada piensa en las cosas del mundo (buscando), cómo agradar a su marido. 35 Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os une mejor al Señor, sin distracción.” Fin de la cita que hemos querido dejar asentada para refrescar la memoria, la que fue tomada por la que viene traduciendo este texto del Cardenal Louis Billot, de la Biblia Comentada por Monseñor Juan Straubinger.

Continúa ahora diciendo el Cardenal Louis Billot:

El Apóstol responde a las preguntas que se le han planteado sobre el tema de la virginidad y comienza afirmando categóricamente que la virginidad no es un precepto, sino un consejo puro y simple; que es un camino superior y más perfecto, que, como ya había insinuado (vers. 2 y siguientes), no puede en ningún caso ser el camino común, sino sólo el de una élite, es decir, de unos pocos ("Para evitar toda desvergüenza, cada hombre tenga su propia esposa, y cada mujer su propio esposo, etc. (Versículo 2 y siguientes).

Sin embargo, está más ansioso por comprometerlo con aquellos a quienes Dios hubiera concedido el don de una vocación tan excelente ("*Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra.*" - versículo 7), y la primera razón por la que trata de atraerlas es la exención de las preocupaciones, anhelos y dificultades de todo tipo que el vínculo del matrimonio trae consigo: "***Acerca de la virginidad no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo, como quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito. Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad***

presente, quedarse el hombre así. ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a mujer? No la busques. Mas, si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca."

Ésta, digo, es la primera razón que da el Apóstol. Consiste en liberarse de las muchas vergüenzas, dolores, tribulaciones y preocupaciones que suelen acompañar a la vida matrimonial. y que hizo decir a san Francisco de Sales que... si Dios hubiera instituido un noviciado para el matrimonio, como lo hizo para la vida religiosa, serían muy pocos los novicios que quisieran hacer profesión.

El cardenal Billot expresa en Griego (En: διὰ τὴν ἐνεστῶσαν ἀνάγκην, [dia ten anestosan anaghketen] **lo que la Vulgata traduce al decir: propter instantem necessitatem como "Por necesidad urgente" que se cita en** I Corintios VII versículo 26 que dice: "Juzgo, pues, que en vista de la inminente tribulación, es bueno para el hombre quedar como está", y que se correlaciona con la (θλίψιν δὲ τῆ σαρκὶ ἔξουσιν, [tlipsin de te sarki exousin]) **tribulationem carnis hahehant (que traducido dice la tribulación de la carne)** del versículo 28 ("Si te casares, no pecas; y si la doncella se casare no peca. Pero estos tales sufrirán en su carne tribulaciones, que yo quiero ahorraros."), ver el libro de San Juan Crisostomo Virginitad, n. 43-58,

Dejamos el link al Tratado sobre la Virginitad de San Juan Crisóstomo: <https://es.scribd.com/document/517676137/95-Juan-Crisostomo-La-Virginidad#>

Continua diciendo el cardenal Louis Billot: El santo Doctor se detiene extensamente en las tribulaciones de la vida matrimonial, poniendo gran énfasis en las condiciones impuestas al matrimonio en la Nueva Ley, las mismas que llevaron a los discípulos a decir, Mat. XXIX, 10: "*Si esta es la condición de un hombre hacia una mujer, es mejor no casarse* . "A lo que Jesús respondió:"*No todo el mundo entiende esta palabra, solo aquellos a quienes se les dio. Porque hay eunucos que son por nacimiento...; y hay eunucos que son eunucos por mano de hombres; y hay eunucos que se han hecho eunucos para el reino de los cielos. Quién puede entender, entienda.* »

No es necesario subrayar el perfecto paralelismo entre el Evangelio y san Pablo. En ambos lados, la exención de la esclavitud del matrimonio sirve como punto de partida para llevar a las razones de un orden completamente superior, que recomiendan el estado de virginitad como más perfecto.

Sin embargo, esta razón, que en sí misma es todavía de orden temporal y humano, es también solo una razón para el primer compromiso; simplemente prepara el camino, o si lo desea, presenta el señuelo como una forma de impulsar a la naturaleza, y ahora tenemos que escalar más alto.

San Pablo continúa: Pero esto es lo que digo, hermanos. El tiempo es corto. ¿Este momento? Sin duda, el tiempo (καιρός - kairos) que se nos da para preparar nuestra eternidad; el tiempo del cual, en el segundo a los Corintios, dice (VI, 2): "Ahora es el buen momento, ahora son los días de salvación "; y a los Gálatas (VI, 10): "Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien"; y a los Efesios (V, 16): "Usemos el tiempo, porque los días son malos", el mundo está pasando", no le dice al futuro: pasará, o pasará pronto (παράξει -paràxei), como si se refiriera a una catástrofe por venir, que según él se lo habría llevado todo, dice: pasar (παράγει -paraghei) al presente, como indicando la condición propia de la figura del mundo, que está siempre en el acto de pasar.

Pasa, de hecho, y pasa incesantemente, como pasan las orillas del río para los que se dejan llevar por la corriente (la corriente de la vida), y que pronto habrán alcanzado el abismo del que no hay retorno.

Y del hecho de que el tiempo de la vida es corto, del hecho de que la figura del mundo está desapareciendo, el Apóstol saca la conclusión de que, si hay razón para utilizar el mundo y los legítimos placeres que puede ofrecernos, en al menos esto debe ser con moderación, y sin poner ni agredir el corazón; además, hay un camino mejor e incomparablemente mejor, que es precisamente en la bendita libertad antes señalada, donde, liberados de las obligaciones y preocupaciones del matrimonio, podemos entregarnos enteramente a Aquel que es el que no pasa y no cambia, es decir, a Dios y a las cosas de su servicio. -

Pero escuchemos con atención el resto de las palabras del Apóstol: «Esto digo, hermanos míos. El tiempo es corto; Por tanto, sean los que tienen mujer como si no tuvieran, y los que lloran como si no las tuvieran, y los que se regocijan como si no se regocijan, y los que compran como si no tuvieran, y los que usan el mundo como si no lo hicieran, porque la figura de este mundo pasa. Y en cuanto a mí, desearía que estuvieras despreocupado. Los solteros se preocupan por las cosas del Señor; trata de agradar al Señor para agradar al Señor; pero el casado se preocupa por las cosas del mundo, trata de complacer a su esposa y está dividido. Del mismo modo, la esposa: la soltera y la virgen están atentas a las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y espíritu; pero la mujer casada está atenta a las cosas del mundo, tratando de agradar a su marido. Ahora, digo esto por su propio bien, de no echar una red sobre ustedes, para que puedan estar unidos a Dios sin contiendas ni divisiones.»-

Este es el pensamiento de San Pablo sobre la virginidad.¿Podría haber algo más claro? En definitiva, la virginidad es buena, hay que recomendarla, y esto por dos motivos: primero, por las vergüenzas que trae consigo el estado matrimonial, y segundo, por la excelencia de una condición en la que, liberado de la solitud de la vida, que es tan corta y que se nos escapa en cada momento, podemos con plena libertad ocuparnos de los asuntos de la salvación, servir a Dios y cumplir nuestra oración.

Estas razones, como podemos ver, no tienen conexión, ni siquiera aparente, con la hipótesis de un inminente fin del mundo; porque, ya sea que asumamos que el mundo está a punto de acabarse o que le demos miles de años para que dure, invariablemente conservan la misma fuerza, el mismo peso, el mismo valor.

Sin embargo, el modernismo no se rinde. Con una sola voz predica y proclama que los consejos evangélicos sobre la continencia voluntaria y la pobreza proceden directamente de la previsión de un fin inminente de los tiempos, de esa preocupación constante, por no decir obsesión, que pesaría sobre el pensamiento de Jesucristo y de los apóstoles como una pesadilla.

Es asombroso, leí en la historia reciente de la Iglesia, que no deja de tener una gran reputación por el aprendizaje y la ciencia, y precisamente en el capítulo que trata de la organización y vida de las primeras comunidades cristianas según las cartas de San Pablo, esta frase sorprendente: ***"La virginidad absoluta fue alabada, e incluso recomendada, ante la inminencia del último día". (Louis Duchesne, Histoire ancienne de l'Église (París, 1906) tom. I, cap. 4, página 47).***

Ciertamente, no somos más afirmativos, y sin embargo, dada la inminencia del último día, ¿dónde os habría visto el historiador? ¿En qué documento auténtico lo habría descubierto? Si San Pablo hubiera guardado silencio sobre las razones que le llevaron a recomendar la continencia, tal vez podríamos dar como excusa que el autor, deseando dar explicaciones plausibles sobre un punto de importancia, se creería autorizado a compensarse a sí mismo, con sus propias ideas, el silencio del apóstol.

Pero no; se explicó San Pablo, y de la manera más clara, categórica e inteligible del mundo, ***instantem necessitatem (necesidad urgente)*** del versículo 26, que obviamente conduce a la ***tribulatio carnis (tribulación de la carne)*** del siguiente versículo; viendo entonces, y sobre todo, la gran conveniencia de lo que facilitó el ***præbet sine impedimento Dominum obsecrandi*** que traducido dice: ***Él provee sin obstáculos para suplicar al Señor [verso. 35, 1 Corintios VII: Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os une mejor al Señor, sin distracción.].***

En lugar de eso, escribe sin pestañear, sin brillos, ni explicaciones, ni comentarios: ***"ante la inminencia del último día"***. Pero en verdad, es un abuso demasiado, de la sencillez del lector, si no se percibe, es para darle una razón demasiado buena para concluir que, mientras el oficio del historiador no consista en sustituir sus propias fantasías por el de la autoridad de los documentos, un libro así hecho, carecerá siempre de las garantías que exige la dignidad y seriedad de la historia.

Por tanto, lo que hemos dicho hasta ahora parecería más que suficiente para establecer el verdadero significado de los pasajes en los que los Apóstoles dan como próxima la venida del Señor, y para mostrar claramente cuán diferente es este significado del que les dieron los Apóstoles. Exégesis protestante y modernista.

Sin embargo, para no omitir nada que pueda ayudar a iluminar la religión del lector sobre un punto de tanta importancia, agregamos, en confirmación de las conclusiones anteriores, algunas nuevas consideraciones, que ahora serán proporcionadas principalmente por las epístolas de San Pedro.

En el **capítulo cuarto de la primera**, el Príncipe de los Apóstoles recomienda a los cristianos que había evangelizado, que durante el poco tiempo que les queda en esta vida mortal, no vivan más según las concupiscencias de los hombres, sino según a la voluntad de Dios. «**Ya es bastante el tiempo que habéis pasado obrando conforme al querer de los gentiles, viviendo en desenfrenos, liviandades, crápulas, orgías, embriagueces y en cultos ilícitos a los ídolos. A este propósito, se extrañan de que no corráis con ellos hacia ese libertinaje desbordado, y prorrumpen en injurias. Darán cuenta a quien está pronto para juzgar a vivos y muertos. ...**».

Y el Apóstol muestra, al mismo tiempo, con el hecho del descenso a los infiernos (también conocido como Seol, la morada de los muertos) que la soberanía de Cristo también se extiende a los muertos; y que sobre ellos, **y ya ahora, sin tener que esperar el día de la última resurrección, se ejerce su juicio.**

(Ver Referencia en la Nota (1) de la página 220 dónde el cardenal Louis Billot cita la Primera de Pedro capítulo IV versículo 6 que dice: *Pues para eso fue predicado el Evangelio también a los muertos, a fin de que, condenados en la carne, según (es propio de) los hombres, vivan según Dios en el Espíritu.*

Ved el versículo 6 donde dice: *Propter hoc enim et mortuis evangelizatum est que traducido quiere decir: "Por esta razón el evangelio fue predicado incluso a los muertos"*, para ser comparado con el versículo 19 del capítulo anterior: ***Su qui in prisión eraprítibus veniens prædicavit*** que traducido dice así: Quien, saliendo de la cárcel, predicó a los cautivos. que dice así: **verso 19 del Capítulo 3 de la Primera de Pedro:** "en el cual fue también a predicar a los espíritus encarcelados).

Ahora - continuó - el fin de todo está cerca : omnium autem finis Appropinquavit .

¿Y qué significa esto ... " *el fin de todo* "? Sin duda: o el fin de cada hombre en particular, o mejor aún, el fin de todos los que estaban en cuestión, tanto los paganos que blasfemaron como los que querían retomar sus antiguos desórdenes; para ellos toda muerte estaba cercana, y con la muerte, el juicio donde los muertos son juzgados (2)

En la referencia de la Nota (2) de la página 220 del original en francés de la Parusía, el cardenal Louis Billot hace las siguientes reflexiones y consideraciones:

(Es incorrecto traducir la expresión del griego "Πάντων δὲ τὸ τέλος ἤγγικεν" - que en latín es: ***omnium autem finis Appropinquavit*** **con: *el fin de todas las cosas está cerca, como si Πάντων [pánton] que significa DE TODOS MODOS) fuera aquí el***

genitivo del neutro "Πάντα" (Pánta) que significa: SIEMPRE, y no en cambio - como lo indica el contexto y todo el resto del razonamiento - el genitivo del masculino " Πάντες "[Pantes] que traducido significa TODOS: por tanto, debería traducirse: "el fin de todos está cerca ", es decir, de todos los mencionados en los cuatro versículos anteriores, es decir, los paganos blasfemos y los cristianos convertidos).

De aquí sigue, finalmente, de forma bastante natural, la exhortación a preparar lo que llena el resto del capítulo, y que se divide en dos partes. En primer lugar (**1 de Pedro IV: versículos 7-11**), la recomendación de las virtudes que constituyen la base común e invariable de la vida cristiana en general: *...Sed prudentes y sobrios para dedicaros a la oración, y sobre todo, tengáis caridad ardiente unos con otros ... Ponga cada uno el don que ha recibido de Dios al servicio del prójimo, etc..*

Después (**1 de Pedro IV: versículos 12-19**) están las advertencias especiales dadas en vista de las circunstancias particulares por las que atravesaba la Iglesia, y es aquí, como es natural, donde buscaremos la información más confiable y autorizada sobre las ideas de la Iglesia. Futuro cercano que preocupó al Apóstol.

Nota: se agregan los pasajes completos citados de la Primera de Pedro en su Capítulo IV de los versículos arriba citados para disponer de una rápida lectura, usaremos para ello la Biblia comentada por Monseñor Juan Straubinger:

1 Pedro IV: 7 al 11: E L JUICIO ESTÁ CERCA. 7 El fin de todas las cosas está cerca; sed, pues, prudentes y sobrios para poder dedicaros a la oración. 8 Ante todo, conservad asidua la mutua caridad, porque la caridad cubre multitud de pecados. 9 Ejerced la hospitalidad entre vosotros sin murmurar. 10 Sirva cada uno a los demás con el don que haya recibido, como buenos dispensadores de la gracia multiforme de Dios. 11 Si alguno habla, sea conforme a las palabras de Dios; si alguno ejerce un ministerio, sea por la virtud que Dios le dispensa, a fin de que el glorificado en todo sea Dios por Jesucristo, a quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

1 Pedro IV: 12 al 19: FRUTOS DE LA PERSECUCIÓN. 12 Carísimos, no os sorprendáis, como si os sucediera cosa extraordinaria, del fuego que arde entre vosotros para prueba vuestra; 13 antes bien alegraos, en cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la aparición de su gloria saltéis de gozo. 14 Dichosos de vosotros si sois infamados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. 15 Ninguno de vosotros padezca, pues, como homicida o ladrón o malhechor, o por entrometerse en cosas extrañas; 16 pero si es por cristiano, no se avergüence; antes bien, glorifique a Dios en este nombre. 17 Porque es ya el tiempo en que comienza el juicio por la casa de Dios. Y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al Evangelio de Dios? 18 Y si "el justo apenas se salva, ¿qué será del impío y pecador?" 19 Así, pues, los que sufren conforme a la voluntad de Dios, confíen sus almas al fiel Creador, practicando el bien.

Fin de la Cita de los pasajes de la Biblia a que hiciera referencia el Cardenal Louis Billot de la Primera de Pedro capítulo IV sobre este tema de la Cercanía de la Parusía: muerte física de cada uno o el Evento Final que trae la Gloria de Nuestro Señor Jesucristo.

Continuamos ahora con el Cardenal Louis Billot que dice:

Pero, ¿qué encontraremos allí? Nada en absoluto que vaya en la dirección de las conclusiones de la nueva escuela. Solo se ha puesto en perspectiva una cosa, y no la conflagración general que precederá a la llegada del Juez, ni el temblor de los poderes del cielo que aterrorizará a todos los habitantes de la tierra, ni el estallido que acompañará a la disolución de la máquina del mundo, sino simplemente la persecución que ya había comenzado a caer sobre la Iglesia, y que tuvo que ser practicada casi incesantemente durante unos tres siglos.

Carísimos, -continuó- cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien alegraos de ser participantes de la pasión de Cristo , para que cuando se descubra su gloria, os gocéis también con él llenos de júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo , seréis bienaventurados; porque la honra, la gloria y la virtud de Dios, y su Espíritu mismo reposa sobre vosotros. Pero jamás venga el caso en que alguno de vosotros padezca por homicida o ladrón, o maldiciente, o codiciador de lo ajeno; mas si padeciere por ser cristiano, no se avergüence, antes alabe a Dios por tal causa pues tiempo es de que comience el juicio por la casa de Dios. "-

La misma observación se puede hacer sobre la segunda Epístola, que fue, como todos saben, el testamento del Apóstol: la epístola en la que, después de anunciar su inminente fin, dirigió a los fieles sus últimas recomendaciones, diciendo que creía que era su deber, mientras estaba en esta vida mortal, mantenerlos despiertos con sus advertencias, y asegurarse de que después de su muerte siempre los recordarían (*Segunda de Pedro Capítulo I, versículos 13 al 15*) que dice así: 13 Porque creo de mi deber, mientras estoy en esta tienda de campaña, despertaros con amonestaciones, 14 ya que sé que pronto vendrá el despojamiento de mi tienda, como me lo hizo saber el mismo Señor Nuestro Jesucristo. 15 Procuraré, sin embargo, que, aun después de mi partida, tengáis siempre cómo traeros a la memoria estas cosas."

Ahora, estas advertencias que llenan todo el cuerpo de la carta, desde la segunda mitad del primer capítulo incluyendo el epílogo, ¿de qué trataban? Siempre y solo, sobre los peligros que amenazaban a la Iglesia, y esta vez, sobre la persecución que es la más terrible de todas, que vendría de los falsos maestros y predicadores de herejías.

Proteger a los cristianos que había engendrado para Jesucristo de la seducción de las muchas herejías que estaban a punto de surgir fue el único propósito de la suprema despedida de San Pedro en el momento de su partida.

Y si, al final, menciona la parusía, no es para sugerir que sea inminente, sino para denunciar y desacreditar de antemano a los burladores que, debido a la supuesta demora del Señor en el cumplimiento de su promesa, habían argumentado contra la verdad de la promesa misma, como ya se ha dicho.

Y ahora, pregunto, *¿cómo puede uno imaginarse que, despidiéndose de aquellos que pensaba que estaban a punto de ser sorprendidos vivos por la terrible catástrofe, hubiera pasado por alto la singularidad de una situación tan trágica?*

Sobre todo, qué apariencia de que hubiera querido, en esta circunstancia, ocultar sus pensamientos sobre la proximidad del acontecimiento, recurriendo a la ingeniosa consideración de los mil años que ante Dios equivalen al día que pasó ayer? Se trata, pues, de una negación nueva y manifiesta, que se suma a tantas otras, que en las más variadas formas, todas las páginas del Nuevo Testamento se oponen a la tesis modernista.

Pero hay una última consideración que domina a todas las demás y que sería suficiente por sí sola para poner en su lugar las palabras de los adversarios. Esto se debe a que, lejos de tocar la muerte del mundo, las epístolas apostólicas más bien tocaron su renovación: esta magnífica renovación que le trajo el Evangelio y la gracia de Jesucristo. Vemos allí, de hecho, el amanecer de la restauración de todas las cosas en Cristo, y no sólo de las que se refieren a la vida futura, sino también de las que son de la tierra y del buen orden de la vida presente.

Restauración de la sociedad política. (Ver Referencia de la nota (1) citada por el cardenal Billot en *la página 224 del Original en Francés sobre la Restauración Política dada por el Cardenal Billot que dice así:*

(1) "Estad, pues, sujetos a toda institución política a causa del Señor, ya sea al rey como soberano, o a los gobernadores como delegados por él para hacer justicia a los malhechores y aprobar a los buenos. Porque es la voluntad de Dios, que con vuestra conducta cerraréis la boca de los necios que no os conocen. Compórtense como hombres libres, no como hombres que hacen de la libertad un manto para cubrir su malicia, sino como servidores de Dios. Honrad a todos, amad a todos los hermanos, honrad al rey". (1 Pedro II 13-17). "Que cada alma esté sujeta a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de Dios, y las que existen fueron instituidas por él. Por tanto, quien resiste a la autoridad, resista el orden que Dios ha establecido, y los que resisten traerán sobre sí mismos condenación. . Porque a los magistrados no se les debe temer por las buenas obras, sino por las malas. ¿No quieres temer a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, porque el príncipe es para ti ministro de Dios para el bien. Pero si haces el mal, teme, porque no en vano lleva la espada, siendo ministro de Dios para vengarse del que hace el mal y castigarlo. Por tanto, es necesario ser sumisos, no sólo por miedo al castigo, sino también por razones de conciencia. Por eso también pagáis los impuestos, porque los magistrados son los ministros de Dios, establecidos para este oficio. Pagad, pues, a todos lo que les corresponde: a quien el impuesto, el impuesto; a quien homenaje, homenaje; a quien temen, temen; a quien honor, honor. (Romanos III, 1-7).

Y continua el cardenal Billot diciendo: Sobre la Restauración de la sociedad conyugal: Ver la Referencia citada en la Nota (1) de la página 225 del original de la Obra “La Parusía” en francés, que dice así:

(1) “Vosotras, mujeres, también estad sujetas a vuestros maridos, para que si alguno no obedece la predicación, sea ganado sin la predicación por la conducta de sus mujeres, con solo ver tu vida casta y llena de respeto. Que vuestro adorno no sea el exterior: cabellos trenzados artísticamente, adornos de oro o arreglos de vestidos; sino adornad al hombre escondido del corazón, con la pureza incorruptible de un espíritu manso y pacífico: tal es la verdadera riqueza delante de Dios. Vosotros, por vuestra parte, maridos, comportaos sabiamente con vuestras mujeres, como con los seres más débiles, tratándolas con honor porque son con vosotros herederos de la gracia que da la vida”. (1 Pedro III, 1-7). “Que las esposas estén sujetas a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia. . . Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia. y se entregó por ella para santificarla...” (Efesios V: 22-33)). Fin de la cita de la Nota (1) de la página 225.

Y sigue diciendo el cardenal Louis Billot:

Restauraciones de la sociedad doméstica en todas sus partes y en todas sus dependencias. Vemos la Referencia de la Nota (2) de la página 225 y 226 citada por el cardenal Louis Billot que dice así: cita (2)

(2) “Ustedes, siervos, sométanse a sus amos con todo respeto, no sólo a los buenos y amables, sino también a los difíciles. Porque es cosa agradable a Dios que por él suframos castigos infligidos injustamente... A esto fuisteis llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos modelo, para que sigáis sus huellas...” (1 Pedro II: 18-23), — “Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre. . . Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino criadlos corrigiéndolos y amonestándolos según el Señor. Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne con reverencia, temor y sencillez de corazón, como a Cristo, no sólo sirviendo ante sus ojos, como para agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de buen corazón la voluntad de Dios. , aseguran que cada uno, sea esclavo o libre, será recompensado por el Señor por lo que ha hecho bien.

Y vosotros, maestros, haced lo mismo con ellos, y dejad allí las amenazas, sabiendo que su Señor y el vuestro está en el cielo, y que no hace acepción de personas.

Ver (Efesios VI, 1 a 9). Y ver las referencias citadas en Colosenses: capítulo III, versículos 18 a 25 y capítulo IV: versículo 1, etc., etc.

También en la Referencia de la nota (1) de la página 226 en la cita a Santiago capítulo II, versículos 1-17, y capítulo V 1-6; y en la Primera de Juan capítulo III, versículos 11 al 24, etc. Citas del Cardenal Louis Billot de la Nota (2) citada en las páginas 225 y 226.

Continua el Cardenal Louis Billot ya casi finalizando este Artículo Sexto en la que hace referencia a la Restauración finalmente de toda la sociedad humana, en las diferentes clases que la componen, y de los deberes recíprocos de justicia y caridad que las vinculan entre sí llevándonos en la Referencia de la Nota (1) citada en la página 226. (Ver: Santiago capítulo II: versículos 1-17, y Santiago capítulo V: versículos 1-6; también 1 Juan III:11-24, etc) Referencia citada por el Cardenal a pie de página 227 del libro original en frances.

Y leemos en Santiago II: 1-17 Que dice así: “CÓMO MIRA DIOS LA ACEPCIÓN DE PERSONAS.

1 Hermanos míos, no mezcléis con acepción de personas la fe en Jesucristo, nuestro Señor de la gloria. 2 Si, por ejemplo, en vuestra asamblea entra un hombre con anillo de oro, en traje lujoso, y entra asimismo un pobre en traje sucio, 3 y vosotros tenéis miramiento con el que lleva el traje lujoso y le decís: “Siéntate tú en este lugar honroso”; y al pobre le decís: “Tú estate allí de pie” o “siéntate al pie de mi escabel”, 4 ¿no hacéis entonces distinción entre vosotros y venís a ser jueces de inicuos pensamientos? 5 Escuchad, queridos hermanos: ¿No ha escogido Dios a los que son pobres para el mundo, (a fin de hacerlos) ricos en fe y herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? 6 ¡Y vosotros despreciáis al pobre! ¿No son los ricos los que os oprimen y os arrastran ante los tribunales? 7 ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso nombre que ha sido invocado sobre vosotros? 8 Si en verdad cumplís la Ley regia, conforme a la Escritura: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, bien obráis; 9 pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado y sois convictos como transgresores por esa Ley. 10 Porque si uno guarda toda la Ley, pero tropieza en un solo (mandamiento), se ha hecho reo de todos. 11 Pues Aquel que dijo: “No cometerás adulterio”, dijo también: “No matarás”. Por lo cual, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la Ley. 12 Hablad, pues, y obrad como quienes han de ser juzgados según la Ley de libertad. 13 Porque el Juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia. La misericordia se ufana contra el juicio. 14 ¿De qué sirve, hermanos míos, que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura la fe de ese tal puede salvarle? 15 Si un hermano o hermana están desnudos y carecen del diario sustento, 16 y uno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, mas no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿qué aprovecha aquello? 17 Así también la fe, si no tiene obras, es muerta como tal.”

Santiago V: 1-6 que dice: ¡AY DE LOS RICOS! 1 Y ahora a vosotros, ricos: Llorad y plañíos por las calamidades que os tocan. 2 La riqueza vuestra es podrida, vuestros vestidos están roídos de polilla; 3 vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido y su moho será testimonio contra vosotros, y devorará vuestra carne como un fuego. Habéis atesorado en los días del fin. 4 He aquí que ya clama el jornal sustraído por vosotros a los trabajadores que segaron vuestros campos, y el clamor de los segadores ha penetrado en los oídos del Señor de los ejércitos. 5 Sobre la tierra os regalasteis y os entregasteis a los placeres: ¡habéis cebado vuestros corazones en día de matanza! 6 Habéis condenado, habéis matado al justo, sin que éste se os opusiera.”

Y para finalizar las referencias citadas más arriba leemos en 1 Juan III:11-24 que dice: 11 Porque éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos

unos a otros. 12 No como Caín, que siendo del Maligno mató a su hermano. Y ¿por qué le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas. 13 No os extrañéis, hermanos, de que el mundo os odie. 14 Nosotros conocemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama se queda en la muerte. Todo el que odia a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene permanente en sí vida eterna. 16 En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros; así nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. 17 Quien tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano padecer necesidad y le cierra sus entrañas ¿de qué manera permanece el amor de Dios en él? 18 Hijitos, no amemos de palabra, y con la lengua, sino de obra y en verdad. 19 En esto conoceremos que somos de la verdad, y podremos tener seguridad en nuestro corazón delante de Él, 20 cualquiera sea el reproche que nos haga nuestro corazón, porque Dios es más grande que nuestro corazón y lo sabe todo. 21 Y si el corazón no nos reprocha, carísimos, tenemos plena seguridad delante de Dios; 22 y cuanto pedimos lo recibimos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es agradable en su presencia. 23 Y su mandamiento es éste: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros, como Él nos mandó. 24 Quien guarda sus mandamientos habita en Dios y Dios en él; y en esto conocemos que Él mora en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.”

Meditemos en estas páginas maravillosas, y digamos que estaban dominadas por la idea de que el mundo se iba a acabar, quienes los escribieron, quienes con tanta visión de futuro sentaron las bases para la reconstrucción de todo el orden social, tanto público como privado, ¡Quién con mano tan segura estableció allí los principios de aquella admirable civilización cristiana que los siglos venideros verían surgir sobre las ruinas de la bárbara civilización del paganismo!

Ya sea que afirmemos esto, o que nos atrevamos a apoyarlo, será sólo un insulto a la razón, un desafío al sentido común, la más impertinente de las paradojas o, si se prefiere, la más paradójica de las impertinencias que aún figuran en la larga lista de las aberraciones humanas.

Y sin embargo, alguien dirá aquí, todas las razones dadas hasta ahora no suprimirán los numerosos pasajes donde los apóstoles declaran expresamente que habíamos llegado, en su tiempo, a los últimos días, a la última hora del mundo, al final, para el consumo de siglos. A lo que responderemos que, sin duda, no las suprimen, pero que ya están procediendo, garantes de una explicación plena y satisfactoria; que, además, estos pasajes constituyen una nueva categoría de textos que requieren explicaciones específicas, que deben reservarse para el artículo siguiente.

ARTÍCULO OCTAVO

La Parusia dans les épîtres des apôtres. Les derniers jours. La dernière heure, le déclin des siècles.

La Parusia en las epístolas de los apóstoles. Los últimos días. La última hora, la decadencia de los siglos.

Bossuet, en el libro IV de su Historia de las Variaciones (Histoire des Variations), da un bello ejemplo de cómo, al leer la Escritura y los Padres, se confunden quienes se comprometen en ella sin suficiente preparación teológica, ignorantes de las reglas de la hermenéutica sagrada y sus principios fundamentales, desdeñando cualquier dirección proveniente de la tradición o del magisterio de la Iglesia, y en una palabra, con los únicos recursos de sus finas mentes y su común crítica literaria.

El ejemplo nos lo ofrece la persona de Melanchthon, que fue en su tiempo el humanista más renombrado de Alemania y, además, representa todo lo que había de más o menos respetable entre los grandes líderes de la Reforma.

Este Melanchthon, a quien no se podía negar sin injusticia una cierta dosis de sinceridad y de celo por la religión, había comenzado ante todo por sostener firmemente la realidad de la presencia de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía.

Incluso había compuesto un libro sobre el "Sentimiento de los Santos Padres sobre la Cena", en el que había recopilado muchos pasajes muy expresamente a favor de la verdad del dogma católico.

Sólo que, más tarde, se dio cuenta de que, entre el gran número de textos citados, varios habían sido atribuidos falsamente a quienes no eran sus autores, y este desagradable descubrimiento había sido la causa de su "primera decepción", todavía no era nada.

Pronto surgió otro motivo de bochorno, más grave y más fundamental, que Bossuet explica en estos términos: "Lo que más le avergonzó fue encontrar en los antiguos muchos lugares donde llamaban figura a la Eucaristía.

Recogió los pasajes y quedó asombrado, él dijo, ver una gran diversidad allí. Teólogo débil, quien no sugirió que el estado de fe ni el de esta vida no nos permitían disfrutar abiertamente de Jesucristo; para que se entregara en forma extraña, uniendo necesariamente la verdad con la figura, y la presencia real con un signo externo que nos la recubría.

De aquí surge en los Padres esa aparente diversidad que asombró a Melanchthon. Lo mismo le habría parecido si hubiera prestado atención al misterio de la encarnación y a la divinidad del Hijo de Dios antes de que las disputas de los herejes obligaran a los Padres a hablar de ello con mayor precisión.

Y en general, siempre que sea necesario convenir dos verdades que parecen contrarias, como en el misterio de la Trinidad y en el de la Encarnación, ser igual y estar debajo

(igual al Padre, y debajo de él), y en el sacramento de la Eucaristía, estar presente y estar en figura (sustancialmente presente, pero bajo especies extrañas: naturalmente, utilizamos un lenguaje que parece confuso, a menos que tengamos, por así decirlo, la clave de la Iglesia y la comprensión plena de todo el misterio...

Melanchthon no sabía tanto... Gran humanista, pero sólo humanista, apenas había podido aprender la antigüedad eclesiástica. con su maestro Lutero, y se sintió atormentado de manera extraña por las contradicciones que creía ver en los Santos Padres.

Ésta fue, según Bossuet, la historia de las dudas primero, luego de los malentendidos y, finalmente, de las palinodias o retractaciones públicas de Melanchthon sobre el dogma de la eucaristía. Ahora bien, la historia es de anotar, es de recordar, porque no es un caso aislado, ni un accidente fortuito; es, por el contrario, un caso que se repite con la constancia y regularidad de una ley, dondequiera que la interpretación de las Escrituras se deja, como aquí, a las únicas fuentes de la literatura y la mente privada.

Se repite, en particular sobre el punto preciso de la parusía, entre nuestros modernistas actuales, a quienes vemos desconcertados, del mismo modo y en las mismas condiciones, por las contradicciones que creen encontrar en los escritos de los apóstoles.

Y de hecho, ¿no leemos en San Pablo, por ejemplo, por no hablar de los demás, a veces que la parusía estaba cerca, que estaba a las puertas, que no podía tardar más, ¿Y a veces que no se dé crédito a los rumores difundidos sobre la inminencia de su venida?

Ninguno de ellos tenía que suceder, digo, y por la buena razón de que antes de su llegada, muchos acontecimientos, y de los más considerables, debían realizarse.

¿Y cómo armonizar cosas que parecen tan contrarias? ¿Estar cerca y estar lejos? ¿Todavía en lo desconocido del futuro, y ya a la vista, y a punto de lograrlo?

Habrà, por tanto, una doble explicación. Quien utilice "la llave de la Iglesia", la clave que da "la plena comprensión de todo el misterio" tal como lo prevé la Escritura, reconocerá fácilmente ambos puntos de vista, que hemos explicado detalladamente en artículos anteriores. Dirán que la parusía según san Pablo, por muy lejos que esté en relación con la universalidad del mundo, no podía dejar de ser tiempo muy cercano en relación con cada hombre en particular, y con aquellos en particular, que en su mayor parte han llegado al final de la carrera, a quienes el apóstol exhortaba y tenía directamente en vista. Y esta explicación, tan natural y tan sencilla, siempre que se haya comprendido el principio en el que se basa, tiene la doble ventaja de dar, por una parte, plena satisfacción al espíritu y, por otra, hablar de ello de acuerdo con los datos generales de la fe, que no adolece en los libros inspirados de error de ningún tipo.

Pero cuán diferente será la solución de quienes, sin preocuparse por la llave de la que es guardiana la Iglesia, sin tener en cuenta la regla de la tradición, sin haberse molestado nunca en saber que existe un glosario propio de los escritores sagrados, permanecen, como Melanchthon, ¡"sólo humanistas"!

No podrán decir otra cosa que: ... que las primeras generaciones cristianas estaban obsesionadas con la idea de que el mundo estaba a punto de acabarse, y que, a pesar de ciertos rasgos dispersos que nos muestran a San Pablo liberado por momentos de esta obsesión (Duchesne, *Histoire ancienne de l'Eglise*, tom. 1, cap. 4, página 41 - edición de 1900), hay que admitir que pesó en la mente de los mismos Apóstoles, y también en la redacción de sus cartas, que todo cristiano está obligado a reverenciar tal como está escrito bajo el dictado o la inspiración del Espíritu de Dios.

Y esta es su explicación: una explicación que es abiertamente contraria a la fe católica, pero a la que su ignorancia los conduce inevitablemente a los idiotismos de la Escritura, y de la forma adecuada de alterar las cosas. Lo mismo debe decirse ahora de las conclusiones que extraen de otra clase de textos, que la continuación de nuestro tema nos lleva a examinar; me refiero a aquellos en los que los apóstoles comúnmente **llaman al tiempo** en que vivieron, los "*últimos días*" (Hechos II, 16 ss ..; II Tim III, 1; Pedro III, 3, etc.), "*la última hora*" (I Juan, II 18), o "*el fin y la decadencia de los siglos*" (I Cor x. Hebr., IX, 26).

Ciertamente, si hay un punto en el que la Escritura tiene una forma de hablar totalmente propia, es el de la cronología del mundo. Para convencerse de ello bastaría con abrirla desde la primera página, donde se narra la formación del universo en seis periodos distintos llamados los seis días.

Es cierto que bibliotecas enteras podrían llenarse de los diferentes y contradictorios puntos de vista que se han expresado a lo largo de los siglos con respecto a los días del Génesis.

¿Qué no se dijo, qué no se escribió? Sin embargo, parece que hoy, después de tantos descubrimientos en las entrañas de la tierra, donde se conservan intactos los registros auténticos del proceso de creación (al menos desde el momento en que se inició la individualización de la tierra con su separación de la masa primitiva), apenas es posible mantener la más mínima duda sobre su verdadero significado.

Dejemos, pues, a un lado la interpretación de San Agustín: interpretación a la que sólo lo llevó una versión errónea de un texto del Eclesiástico (Eclesiástico XVIII, 1 - San Agustín leyó con la Vulgata: ***Qui vivit in aeternum creavit omnia simul***, *Aquel que vive eternamente creó todo al mismo tiempo*. En cambio, el griego dice: lo ha creado todo, [κοινή = *koine*], ***communiter***, es decir, todo sin excepción, y también, y principalmente, como él mismo explica en varias ocasiones, para la necesidad de escapar de las dificultades de carácter físico, para lo cual no veía, en el estado de las ciencias naturales de su tiempo, ningún tipo de solución (Ver a San Agustín (2) En la Referencia citada en "De Genesi ad litteram o Interpretación Literal del Génesis en el libro 1, capítulo 19 que dice así:

CAPITULO XIX

Nada se debe afirmar temerariamente en los lugares oscuros de la divina Escritura

38. Recapacitemos sobre lo que se escribió: *dijo Dios hágase la luz y la luz fue hecha*. Una cosa es hacer notar que fue hecha la luz corporal, y otra que fue hecha la luz espiritual. No duda nuestra fe que exista la luz espiritual en la creatura espiritual. Que exista una luz corporal celeste sobre el cielo o debajo del cielo a la cual hubiere podido suceder la noche, tampoco es contra la fe, mientras no se refute con evidencia clarísima. Si esto llegara a suceder, diremos que no lo afirmaba la divina Escritura, sino que lo creía la humana ignorancia. Pero si lo demostrara un contundente argumento, aún sería incierto si quiso en estas palabras de los libros santos decir esto el escritor sagrado, o si intentó decir otra cosa no menos cierta. Si el contexto del discurso probara que no quiso decir esto el autor, no será falso otro sentido el cual quiso él fuese entendido, aunque deseó se conociera el verdadero y más útil. Pero si el contexto de la Escritura no se opone a que haya querido decir esto el escritor, aún nos falta indagar si puede tener algún otro. Por lo tanto, si hubiéremos podido encontrar algún otro sentido, sería incierto cuál de los dos quiso expresar el autor; es conveniente creer que uno y otro quiso exponer, si ambos se apoyan en fundamentos ciertos.

39. Acontece, pues, muchas veces que un infiel conoce por la razón y la experiencia algunas cosas de la tierra, del cielo, de los demás elementos de este mundo, del movimiento y del giro, y también de la magnitud y distancia de los astros, de los eclipses del sol y de la luna, de los círculos de los años y de los tiempos, de la naturaleza de los animales, de los frutos, de las piedras y de todas las restantes cosas de idéntico género; en estas circunstancias es demasiado vergonzoso y perjudicial, y por todos los medios digno de ser evitado, que un cristiano hable de estas cosas como fundamentado en las divinas Escrituras, pues al oírle el infiel delirar de tal modo que, como se dice vulgarmente, yerre de medio a medio, apenas podrá contener la risa. No está el mal en que se ría del hombre que yerra, sino en creer los infieles que nuestros autores defienden tales errores, y, por lo tanto, cuando trabajamos por la salud espiritual de sus almas, con gran ruina de ellas, ellos nos critican y rechazan como indoctos. Cuando los infieles, en las cosas que perfectamente ellos conocen, han hallado en error a alguno de los cristianos, afirmando éstos que extrajeron su vana sentencia de los libros divinos, ¿de qué modo van a creer a nuestros libros cuando tratan de la resurrección de los muertos y de la esperanza de la vida eterna y del reino del cielo? Juzgarán que fueron escritos falazmente, pues pudieron comprobar por su propia experiencia o por la evidencia de sus razones, el error de estas sentencias. Cuando estos cristianos, para defender lo que afirmaron con ligereza inaudita y falsedad evidente, intentan por todos los medios aducir los libros divinos para probar por ellos su aserto, o citan también de memoria lo que juzgan vale para su testimonio, y sueltan al aire muchas palabras, no entendiendo ni lo que dicen ni a qué vienen, no puede ponderarse en su punto cuánta sea la molestia y tristeza que causan estos temerarios y presuntuosos a los prudentes hermanos, si alguna vez han sido refutados y convencidos de su viciosa y falsa opinión por aquellos que no conceden autoridad a los libros divinos¹⁹. Fin de la cita anterior de San Agustín en la Interpretación Literal del Génesis Libro 1, capítulo 19.

Y luego sigue el cardenal Louis Billot citando a San Agustín en el Libro IV del mismo libro en el capítulo 28 que dice así:

De Gen. ad litt , liv. 1, c. 19; liv. IV, c. 28, et alibi passum

Y en el Libro IV, capítulo. 28, et alibi passim que traducido dice: y en otros lugares aquí y allá).

Citamos el capítulo 28 del Libro IV del texto citado en El de Genesi ad litteram o Interpretación Literal del Génesis : CAPITULO XXVIII

Link al PDF DE TODA LA OBRA DE San Agustín sobre la Interpretación Literal del Génesis.

https://www.augustinus.it/spagnolo/genesi_lettera/index2.htm

La interpretación dada sobre la luz espiritual no debe juzgarse como impropia y figurada

45. No crea alguno que lo que dije de la luz espiritual y de la creación del día espiritual y de la creatura angélica y de la contemplación que ésta tiene en el Verbo de Dios, y del conocimiento por el que percibe a la creatura en sí misma, y de la forma de dirigir este conocimiento a la gloria de la Verdad inconmutable donde primeramente veía la razón causal de la cosa que debía ser hecha, la que, conocida, inmediatamente era hecha, no conviene de una manera propia o literal, sino sólo como figurada y alegórica para el buen entendimiento del día, la tarde y la mañana. Ciertamente que esta mañana, tarde y día, se efectúan de un modo distinto a lo que observamos habitualmente formado por esta luz cotidiana y temporal; sin embargo, no entendemos esto como propio y aquello como figurado. Porque donde existe mejor y más verdadera luz es más verdadero el día. ¿Por qué entonces no será más verdadera aquella tarde y más verdadera la mañana aquella? Si en estos días la luz sufre cierta decadencia al estar el sol junto al ocaso, a la que llamamos tarde, y damos el nombre de mañana al colocarse de nuevo en el oriente, ¿por qué también no diremos que allí es tarde cuando del conocimiento del Creador declina la mirada a la misma creatura, y la mañana cuando se remonta del conocimiento de la creatura a la gloria del Creador? A Jesucristo no se le llama del mismo modo luz como se le dice piedra, le llamamos luz²⁷ con propiedad, piedra figuradamente²⁸. Luego el que no quiera admitir la sentencia que según nuestro modo de pensar pudimos entender e indagar, sino que quiera investigar otra para la enumeración de los días, la cual pueda entenderse en esta creación de los seres mejor, pero en sentido propio o literal, no profética o figuradamente, la busque y ojalá la encuentre con la ayuda de Dios. Puede suceder que yo también encuentre otra tal vez más congruente para explicar estas palabras de la divina Escritura, pues no sostengo ésta de tal forma que defienda que no puede encontrarse otra que deba anteponerse a ella. Si afirmo que la sagrada Escritura no quiso insinuarnos al descanso de Dios como si hubiera tenido lugar después de un quebranto y fatiga debido al trabajo. Fin de la cita mencionada por el Cardenal Louis Billot.

Continúa el Cardenal Billot diciendo:

Ni siquiera estamos hablando de la invención de algunos modernos, para quienes la semana del Génesis habría sido solo una semana común y vulgar, durante los seis días de los cuales Dios presentaría al Adán recién creado, en tantas imágenes distintas, que es, en seis grandes visiones imaginarias la historia del origen de las cosas.

Ciertamente extraña idea, que aún permitiría decir que Dios reveló en seis días la creación del cielo y de la tierra, pero nada más, que en seis días los hizo como formalmente dicen las Escrituras en muchos lugares diferentes (1) (Exodo capítulo XX versículo 11, Exodo capítulo XXXI versículo 17).

No nos dejemos avergonzar más por la vieja opinión clásica que consideraba que estos días de la creación eran días de veinticuatro horas: opinión negada y demostrada como insostenible, y menos aún, si cabe, por las excavaciones realizadas en las entrañas de la tierra, que por las sorprendentes particularidades del texto de Moisés.

Digo: las peculiaridades del texto de Moisés, entre las cuales hay una que, más que todas las demás, debería llamar nuestra atención aquí. Es porque los días de que se habla son visiblemente días que, lejos de estar regulados por el curso uniforme del sol o de cualquier otro astro, no tienen otra medida de su duración que la duración misma de las obras a las que corresponden, y de los cuales se distinguen; que comienzan con una obra inicial, para terminar con esta misma obra final; que se desarrollan y se suceden a medida que se desarrollan y suceden las grandes fases de la obra de formación del mundo, y así, se dan por días de condición muy diferente a los que componen nuestras semanas, nuestros meses y nuestros años (2) (Dixitque Deus: Deus dijo: Fiat... .fiat...et factum est ita...et factum est dies unus, dies secundus, dies tertius, etc. Que traducido dice: **que así sea...y fue así...y fue un día, el segundo día, el tercer día, etc.**)

Por tanto, quedan por considerar las grandes épocas cósmicas, que la Escritura, es cierto, nos describe sólo en sus rasgos más generales y destacados; pero aun así, hay que reconocer, en todas las cosas al menos capaces de pasar por nuestro control, que concuerdan de manera maravillosa con los datos más ciertos de nuestras ciencias modernas, y especialmente de la geología.

De hecho, una vez dejado de lado el trabajo de los dos primeros días, que es ajeno a la geología propiamente dicha, "que incluye sólo el tiempo que va desde que la tierra comenzó a asentarse en el fondo de los mares y pudo nacer la vida y desarrollarse en su corteza suficientemente enfriada, Ver referencia de la Cita (1) en la página 236 del original en francés que dice: "(A. de Lapparent, *tratado de Geología, Morfología de la Tierra*), no hay nada en la descripción de Moisés que no esté respaldado de la manera más clara, no por hipótesis o conjeturas, sino por las conclusiones mejor fundamentadas de esta ciencia: si se trata de la primera formación de los mares y lo seco, o es decir, de los continentes, con los que comienza el trabajo del tercer día, o de la maravillosa vegetación que se produjo en ese momento en las tierras recién emergidas, y que nos valió esos inmensos depósitos de carbón en los que la industria moderna ha fundado el principio de su fuerza motriz; así es la nueva distribución de calor y luz que tuvo lugar el cuarto día, con la organización definitiva de nuestro actual sistema solar, y con la que comenzó la diferencia de climas; o, finalmente y sobre todo, del orden según el cual la vida animal se apoderó gradualmente de nuestro planeta, con la creación primero de los animales acuáticos, luego de las bestias terrestres y finalmente del hombre, ver referencia de la cita (1) de la página 237 del original en francés que dice: (cf. de Lapparent, *tratado de Geología, Morfología de la Tierra*, op. cit., passim).

Tales son, pues, los días del Génesis: épocas de inmensa duración, divididas entre sí según los diferentes progresos con los que agradó a Dios llevar al mundo del estado informe y caótico en que lo hizo en la primera creación, al mundo estado de belleza y perfección en el que lo vemos en la actualidad.

Porque "divididos entre ellos según los distintos avances con los que agradó a Dios llevar al mundo del estado informe y caótico en el que lo hizo en la primera creación, al estado de belleza y perfección en que lo vemos hoy.

Porque "*el que podía hacer todas las cosas, que podía con un solo decreto de su voluntad crear y arreglar todas las cosas, y con un solo trazo de su mano, por así decirlo, poner el boceto y terminar en su cuadro, al mismo tiempo para dibujarla, diseñarla y perfeccionarla, sin embargo quiso... hacer y marcar el boceto de su obra, antes de mostrar su perfección; y después de haberlo hecho como fondo del mundo, quiso decorarlo con seis progresiones diferentes que quería llamar seis días*" (Bossuet, *Elevazioni, tercera semana, V*). ¡Seis días!

¡Seis días! Ciertamente, nadie negará que hay una manera de hablar que no es la del habla ordinaria; que las convenciones aceptadas no incluyen, sobre todo, lo que se refiere al estilo unificado de la narración simple; del cual se buscaría en vano otro ejemplo en la literatura profana, y que al hablar hay que reconocerlo como perteneciente al propio glosario de la Escritura, a los ojos del cual, "mil años son como el día de ayer cuando pasa, y como una vigilia de la noche (Ver referencia de la Nota 1 página 238 en que se cita el Salmo LXXXIX, 4)."

Ahora bien, lo que ahora hay que considerar bien es que esta forma tan particular de distinguir épocas a través de la duración del tiempo geológico se extendió luego a los tiempos de nuestra historia, en lo que respecta a la continuación de la religión, desde su primer comienzo después de la caída original, hasta su término final para la consumación de los siglos.

Veo, dice San Agustín, en el texto de tus divinas Escrituras, como seis edades laboriosas que se distinguen entre sí por ciertas líneas de demarcación, y tienen una similitud con los seis días en los que se dice que Dios hizo el cielo y la tierra. (Ver la Referencia de la Nota 2. Pag: 238 de la edición original en Francés citando a San Agustín, Génesis contra Manichaeos, libro 1 capítulo 23.

A continuación Se deja el link para poder consultar el texto citado..
https://www.augustinus.it/spagnolo/genesi_dcm/genesi_dcm_1_libro.htm

Y en otro lugar: "En el principio hizo Dios los cielos y la tierra, y desde entonces hasta el presente inclusive, hay seis edades, como sabéis por haber oído decir muchas veces: desde Adán hasta el diluvio, desde el diluvio hasta Abraham, y como continúa y distingue San Mateo en su Evangelio, desde Abraham hasta David, de David a su regreso de la deportación a Bahylon, desde el regreso de la deportación a Babilonia hasta el primer advenimiento de Jesucristo, de allí hasta el fin del mundo (1) Ver

Referencia de la Nota 1 página 239 del libro original en francés donde se cita a San Agustín en Juan 7 Tratado 9 número 6; y Ver Referencia Contra Faustum, Libro XII c.8; y Contra Adimantum, c. 7, etc.

Es ante todo la era patriarcal. Vemos allí el comienzo de la revelación en sus dos artículos fundamentales, tocando el fin sobrenatural, por un lado, y la providencia que allí nos conduce, por el otro (Ver Referencia de la Nota 1 citada en la página 240 del original en Hebreos XI:6).; luego, una vez que el pecado hubo derribado la primera economía, surgió la promesa de resucitar por el Redentor (Ver referencia de la Nota 2 de la página 240 del libro original de La Parusía Génesis III: 15).

Así pues, la fe en este Redentor venidero, unida a la observancia de la simple ley natural, formaba toda la base de la religión, que, por lo demás, no tenía otra forma social que la familia, ni otro gobierno que el antiguo gobierno de la humanidad, donde cada padre de familia era príncipe en su casa.

Este estado de cosas duró hasta el diluvio. Después del diluvio fue instituido y puesto nuevamente en vigor, con las pocas adiciones que exigían las nuevas condiciones de la humanidad renaciente.

Excepto que estas mismas condiciones siempre iban a empeorar, porque a medida que uno se alejaba del origen de las cosas, los hombres desdibujaban las ideas que habían recibido de sus antepasados; los niños rebeldes o con malos estudios ya no querían creer en sus abuelos decrepitos a quienes apenas conocían después de tantas generaciones. Por otra parte, un nuevo mal, el mal de la idolatría había surgido y ya amenazaba con infectar al mundo entero.

Fue entonces cuando con la vocación de Abraham se inauguró una nueva y memorable fase de la religión, tras las dos anteriores, pre y posdiluviana, del período patriarcal (ver referencia de la nota 1 citada por el Cardenal Billot en la página 241 del libro original en francés que hace mención a: (1) Bossuet en su Discurso sobre La Historia Universal, en la Segunda Época: IIe , c. 1 , passim. Dejamos el link a esta gran Obra de Bossuet en español para el que quiera pueda profundizar en estos dichos del Cardenal Billot acerca de las distintas edades o épocas citadas aquí por él sobre la Iglesia:

link al libro editado en 1852 aunque subido en 2015

<https://archive.org/details/bossuet-jacques-benigne.-discurso-sobre-la-historia-universal-2015>

Es que en la persona de Abraham hay que ver el pueblo del que él era linaje, el pueblo que Dios quiso reservarse separándolo de los demás, para conservar su cocción y prepararnos para la venida del Redentor.

He aquí sus primeros comienzos bajo las tiendas de Mambre, Socot y Siquem, luego su emigración a Egipto, su prodigiosa multiplicación, su liberación de la servidumbre,

sus peregrinaciones en el desierto, su entrada en la tierra prometida, sus largas guerras contra los palestinos, pueblos, seguido finalmente por la posesión pacífica y tranquila del país que Dios le había asignado como su hogar.

Todo esto para llenar la tercera edad. Y esta tercera edad estará marcada por tres grandes hechos característicos, entre otros: primero, por la renovación varias veces repetida de la promesa depositada inmediatamente después de la caída en la cuna del mundo; luego, por la institución de la circuncisión como señal y sello del pacto celebrado por Dios con los descendientes de Abraham, del cual saldría el Mesías prometido; finalmente y sobre todo, por la promulgación de la ley de Moisés, cuyas múltiples observancias, todas ellas figurativas del Cristo venidero, iban a ser injertadas para los judíos sobre la base invariable y siempre persistente de la ley primitiva.

Y así, a la religión patriarcal sucedió la religión mosaica, que sin embargo, todavía en su primera etapa, no llegó a su pleno y regular ejercicio hasta el comienzo de la cuarta edad que se abre con el advenimiento de David.

De hecho, durante todo el período de los Jueces y el reinado de Saúl que le siguió, el servicio de adoración sólo había tenido una instalación temporal. El templo, que Deuteronomio (capítulo XII, versículo 5 y ss.) designaba como centro y foco de la religión de Israel, todavía faltaba, y fue David quien primero, después de haber establecido su trono y completado la pacificación de toda la tierra, decidió su construcción, designó su reemplazo, recogió los materiales, dejando luego a su hijo Salomón la tarea de ejecutar lo que él mismo sólo había preparado. La fundación del templo fue, por tanto, un acontecimiento significativo. Marcó el comienzo del funcionamiento regular de la institución mosaica y, por tanto, incluso el punto de partida de una nueva era, que sin embargo se distinguirá de las anteriores por una época más notable y aún más claramente marcado. Porque al mismo tiempo que el culto a la antigua ley alcanzaba el punto de su pleno desarrollo, también se elevaba en el horizonte de Israel el pleno sol de la profecía mesiánica.

La cuarta edad será por excelencia la era de los profetas "a Samuel et deinceps que traducido quiere decir: desde Samuel en adelante, (Ver la referencia de la Nota 1 del cardenal Billot en la página 243 del libro original en francés acerca del libro de los Hechos capítulo III: versículo 24): grandes profetas, digo, cuya sucesión se desarrolla a lo largo de un período de más de quinientos años, con anuncios admirables en los que emergen y se determinan cada vez más los rasgos del Mesías esperado. Es David, es Isaías, es Miqueas, es Joel, es Oseas, es Jeremías, es Ezequiel, es Daniel y los demás. ¡Y qué nombres son esos! ¡Qué magníficos oráculos! ¡Qué aumento continuo de las luces de la revelación!

¡Qué marcha progresiva hacia esa plenitud de tiempos en que, cumplidas todas las promesas, la religión alcanzará finalmente su apogeo! Sin embargo, aún no hemos llegado allí.

Queda, para separarnos de ella, toda la quinta edad, que incluirá los tiempos del segundo templo construido por Zorobabel después del regreso del cautiverio.

Este es el período de espera.

Destacan en particular tres cosas: el cierre de la profecía del Antiguo Testamento (Malaquías IV, 4-6); la última señal dada de la llegada relativamente cercana del Desiderato hace ya cuarenta siglos (Ageo 2: 7 a 10; Zacarías IX, 9; Malaquías III:1); finalmente, la difusión de los judíos en las principales partes del mundo, en el Alto Asia, en Asia Menor, en Egipto, en Grecia, y hasta el mismo centro del imperio de Roma, para difundir allí las Escrituras, para hacer resplandecer el nombre y la gloria del Dios de Israel entre los gentiles, para poner allí los primeros cimientos y como primer manual para su futura conversión al Mesías venidero. (Página 243 del original en francés)

Finalmente, Jesucristo aparece en el tiempo predicho por los profetas, para cumplir todo lo que los profetas habían predicho. Predica su doctrina celestial, funda su Iglesia, instituye sus sacramentos, se ofrece en la cruz, víctima propiciatoria por todos nuestros pecados, resucita, asciende al cielo abriéndonos en virtud de su sangre las puertas de la vida eterna. Apenas ascendido al cielo, promulga su ley por medio de sus apóstoles; por medio de ellos también lo establece en todo el mundo, y he aquí ahora la sexta edad. Es la de la revelación ya cerrada, de la realización de todas las figuras, de la última fase de la religión en la tierra, después de la cual ninguna otra vendrá, ninguna otra podría siquiera venir. Porque la ley evangélica, también llamada ley de gracia, trajo, con la plenitud de las riquezas de la redención, el don de todo lo que las leyes precedentes representaban de esperanzas y contenían de promesas. En consecuencia, los reemplazó a todos y los abrogó a todos, para no ser derogado más tarde a su vez, y también reemplazado por una mejor economía, sino para durar a perpetuidad, sin recortes, adiciones o modificaciones hasta que llegue el día del Señor para cerrar toda la serie de los tiempos, e inaugurar la culminación de todas las cosas para las glorias de la bendita eternidad.

Esto es lo que San Pablo muestra y desarrolla tan magníficamente en la espléndida epístola a los Hebreos, que conviene relatar aquí y comentar de principio a fin (1). Esto es lo que cualquiera que haya practicado nuestras santas letras reconocerá inmediatamente como el carácter propio de la nueva ley y la diferencia esencial que la distingue de todas las instituciones de épocas anteriores.

Esto es finalmente lo que es una clave para que entendamos con claridad el verdadero significado de estas expresiones, "los últimos días", "la última hora", "el fin o la consumación de los siglos", al estilo de los escritores sagrados.

En realidad, no se trataba de expresiones utilizadas para significar un breve intervalo de tiempo hasta el desastre supremo, sino más bien para designar, según lo que acabamos de exponer, el último y definitivo estado de la religión aquí, y, en consecuencia, también a partir de aquí el punto de vista que es el de la Escritura, la última edad de la humanidad: pero notémoslo bien, la última edad de la cual nada por

todo eso determinó la duración, que, corta o larga, siempre permaneció oculta en el secreto impenetrable en que agradó a Dios limitarlo.

Lo que Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, explica por la comparación de la vejez, que es la última edad de la vida humana, y se distingue precisamente por esta particularidad, que no es como la niñez, ni la juventud, ni la edad madura, entendidas dentro de límites precisos; pero no tiene término prefijo, ni límites definidos, ni medida determinada que se le pueda asignar de antemano. Y así, diremos, es, en definitiva, de estos “últimos días”, de esta “última hora”, de este “fin de los tiempos” que tantas veces se menciona en los escritos apostólicos. Es en vano querer ver en ella una indicación que no existe en absoluto, ya que siempre será cierto decir también de la vejez que es la última hora y la última fase de nuestra vida; lo que no impide, sin embargo, que a veces no sólo iguale, sino que incluso supere en duración, a cada una de las edades que la habían precedido (1).

Ver referencia de la Nota 1 citada aquí en la página 246 del libro en original en francés que dice: «*Dicendum quod ex hoc quod dicitur, novissima hora est, vel ex similibus locutionibus quæ in Scriptura leguntur non potest aliqua quantitas temporis sciri. Non enim est dictum ad significandum aliquam brevera horam temporis, sed ad significandum novissima ætas quæ quantum espacial duret, non est definitum, eum etiam nec senio quod est ultima ætas hominis, sit aliquis certus terminus definitus*”, S. Thom, Suppl, q. 88, a. 3 a 3).

Y que traducido del latín quiere decir algo así como: Hay que decir que por lo dicho, es la última hora, o por expresiones similares que se leen en la Biblia, no se puede saber cantidad de tiempo. Porque no se dijo que significara una hora más corta, sino que significara la última edad, que, en cuanto dura la distancia, no está determinada, ni siquiera es viejo, que es la última edad del hombre. que haya un cierto término definido" S. Thomas, Supl., q. 88, a. 3 n 3.

Ésta es, entonces, la sólida explicación que nos proporciona la tradición patrística con respecto a la dificultad actual. Y esta explicación, ya tan bien fundada por sí misma, recibirá ahora una nueva y más completa confirmación, de la tradición de la Sinagoga: de la Sinagoga, digo, de la que nadie, imagino, pensará en desafiar la autoridad, como se refiere al significado que debe atribuirse a las expresiones utilizadas entre los antiguos profetas.

Ahora bien, es algo aceptado y aceptado sin discusión por toda la exégesis rabínica, que en el lenguaje de los profetas, la fórmula “los últimos días” designa pura y simplemente los tiempos del Mesías y de su ley. "Está en la tradición de los antiguos hebreos, observa Rosenmüller con la habilidad que conocemos de él, que por la fórmula ***novissimi dies que traducido quiere decir algo así como: Los últimos días***, se denominan a los tiempos mesiánicos (1).

¿Y qué se entiende por ***tiempos mesiánicos?*** Sin duda, como el propio nombre lo indica, ***toda la época desde la venida del Mesías hasta la consumación de los siglos***, es decir, ***desde la primera hasta la segunda venida del Señor***. ¿Queremos más? Y

bien ! he aquí lo que será aún más concluyente: es que este mismo significado, como hemos visto, es el que surge invariablemente de dicha fórmula o de sus equivalentes, en todos los pasajes de los escritos apostólicos que nuestros adversarios los modernistas nos oponen.

Cuando San Pedro, por ejemplo, en el discurso inaugural dirigido a la multitud que se apresuraba a las puertas del cenáculo después del prodigio del primer Pentecostés, comenzaba diciendo: Lo que veis es lo anunciado por el profeta Joel: En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, etc., ¿cuál pensamos que podría ser el significado de estas palabras entonces, en los últimos días? ¿Hubo quizás en las circunstancias del momento, en el evento que acababa de ocurrir, en la mentalidad actual de los apóstoles o de la multitud reunida ante ellos, algo que motivó una declaración sobre los últimos días?

¿Entendidos en el sentido en que los toma la objeción? Absolutamente nada. ¿Y quién entonces sólo podría soñar con el inminente fin del mundo? Sin duda, las preocupaciones estaban en otra parte. Se centraron únicamente en la cuestión que había quedado pendiente por el reciente drama del Calvario y que se había visto aún más acentuada por las cosas extraordinarias de las que el cenáculo se había convertido en teatro.

Esta cuestión es la que vino a resolver San Pedro ante Jerusalén, su pueblo, sus príncipes y su Sanedrín, proclamando en voz muy alta estas dos cosas: primero, que los tiempos mesiánicos habían llegado, como lo demuestra el cumplimiento actual de la profecía de Joel sobre el derramamiento del Espíritu Santo en los últimos días (versículos 14-21), y en segundo lugar, que el Mesías era aquel Jesús de Nazaret poco antes atado a la cruz y muerto por mano de los impíos, como lo atestigua el brillante milagro de su resurrección (versículos 22 - 36). Este es todo el discurso del príncipe de los apóstoles en esta solemne promulgación de la nueva ley; donde es evidente que los últimos días por él mencionados no tuvieron otro significado que el que hemos declarado, establecido y explicado anteriormente.

Ahora se puede sacar la misma conclusión del examen de textos similares que aparecen en las epístolas canónicas. Cuando San Pablo en la Epístola a los Hebreos mostró la diferencia entre el sumo sacerdote de los judíos que entraba al santuario cada año con sangre de machos cabríos y de becerros, con la cual era imposible expiar los pecados, y Cristo que vino sólo una vez al final de los siglos, para abolir finalmente el pecado por su propio sacrificio (Heb., ix, 26): ¿qué podría entonces designar con esta expresión, sino la edad mesiánica antes mencionada, considerada ahora como un resultado necesario y resultante de la épocas que la habían precedido, anunciado, preparado y prefigurado?

En efecto, como dice inmediatamente después, al comienzo del capítulo siguiente (Heb., x, 1), las épocas precedentes sólo habían tenido sombras de los bienes venideros, *umbrant enim habens lex fulurorum bonorum, non ipsam imagine rerum*; y sólo en la era mesiánica, a través de Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo, las sombras tomaron forma, las figuras se convirtieron en realidades.

En este sentido, por tanto, esta misma época fue de hecho, y literalmente, la consumación de todas las demás.

Fue su realización, su complemento, su término: su término, digo, cualquiera que haya sido la extensión de su duración, ya sea restringido al corto espacio de una o dos generaciones, o por el contrario prolongado a través de una serie indefinida de siglos.

Esta es indiscutiblemente la doctrina de San Pablo, la más auténtica, la más establecida; este es el tema que desarrolla extensamente y en términos generales, de un extremo al otro de la epístola a los Hebreos en particular.

¿Y cómo entonces negarse a reconocer el verdadero significado de la expresión incriminada, precisamente en un lugar donde se contraponen expresamente, por un lado, la figura del sumo sacerdote de la antigua ley referida anteriormente, y, por el otro, la realización de la figura en Jesucristo?

Si lo pensamos bien, nos fijamos bien, nos remitimos al contexto inmediato, así como al argumento general de la carta en su conjunto, y tendremos que convenir en que el significado arriba indicado es el único posible, el único, coincidiendo con el tema y la secuencia del discurso, sin que se vea el menor lugar para la cuestión de la proximidad de la parusía, incluso aquí considerada completamente fuera de lugar.

Tal es también el significado de un pasaje análogo del capítulo décimo del primero a los Corintios (x, 11), donde el apóstol, después de haber relatado las particularidades del éxodo de Egipto y la estancia de los antiguos israelitas en el desierto, dice que “todas estas cosas les habían sucedido en figura, y había sido escrito para nuestra instrucción, a nosotros que hemos llegado al fin de los siglos: *in quos fines saeculorum* (τὰ τέλη τῶν αἰώνων - *ta tele ton aionon*) *devenerunt*”.

Donde vemos exactamente la misma oposición entre el tiempo de las figuras bajo Moisés, y el de su cumplimiento bajo Jesucristo; de modo que es todavía la era mesiánica, concebida como el final y la culminación de las épocas antiguas que la fórmula “τὰ τέλη τῶν αἰώνων” designa, apenas diferente, por otra parte, en cuanto a la forma, de la empleada por San Pablo en el pasaje anterior.

Y cuando a su vez San Juan escribe, en su primera epístola (II, 18): *Es la última hora*; como aprendieron que el anticristo debe venir, ya hay varios anticristos; por esto sabemos que es la última hora: él también seguirá y siempre designará esta misma época mesiánica, aunque ahora con otra peculiaridad propia.

De hecho, si, como dice un poco más adelante (III, 8), es para destruir las obras del diablo por lo que apareció el Hijo de Dios, no hace falta decir que esto no podría haber sucedido sin que el diablo se llevara su lugar, o en su persona o por medio de sus suppositi, como un antagonista declarado de aquellos que vinieron a despojarlo de su imperio.

Entonces, en cuanto a los tiempos mesiánicos, hay un nuevo carácter marcado aquí por San Juan, que estos serán los tiempos de los anti-mesías, es decir, de los anticristos, y no solo del anticristo por excelencia, anunciado en el acercamiento de la catástrofe final, pero también de los anticristos precursores, los anticristos y heresiarcas, los líderes de sectas, los corifeos de la impiedad, que han venido y vendrán ante la lucha suprema y definitiva. -

San Juan, por tanto, no tiene una concepción diferente a la de San Pablo y San Pedro, y si los tres están de acuerdo en hablar de la última época del mundo como una época ya presente en su tiempo, siempre y en todas partes, conviene recordar, en virtud de este principio, que para ellos la última edad, es la edad que hemos dicho, que con otro nombre se llama la edad de la "ley cristiana", o, lo que es equivalente a lo mismo, de la ley evangélica bajo la cual tenemos el honor y la felicidad de vivir.

Pero ahora se presenta una última dificultad. Se nos opone algo que bastaría para hacer inútil todo lo dicho hasta ahora. Es que, cualquiera que sea el nombre que se le denomine, esta última edad fue positivamente reducida por San Pablo a la duración pura y simple de la primera generación cristiana, y eso en tres pasajes formales, explícitos y categóricos, a saber: en el primero a los Tesalonicenses (IV, 13-18), y en otros dos lugares paralelos (I Corintios, XV, 51-52, y II Corintios V, 3), donde el apóstol, hablando de los vivos que el último día todavía encontrará en la tierra, testificó bastante, por el uso constante de la primera persona del plural, que se consideraba personalmente contado, él y aquellos a quienes escribía.

“No queremos que ignoréis a los que se han quedado dormidos”, escribió a los Tesalonicenses, para que no os entristezcáis como otros que no tienen esperanza.

Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, también debemos creer que Dios traerá con Jesús a los que durmieron en él. En verdad, os declaramos esto según la palabra del Señor: Nosotros, los vivientes, los que quedamos para la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque a la señal dada, a la voz del Arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, el Señor mismo descenderá del cielo, y los que están muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los vivos, los que quedamos atrás, seremos llevados con ellos al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con él para siempre. Así que consolaos unos a otros con estas palabras”.

Así habló San Pablo, aparentemente por la firme convicción en la que estaba, de que en su vida, que en la vida de los fieles a quienes instruía, llegaría el gran día de Dios.

De lo contrario, ¿qué habría querido decir con estas precisas palabras del versículo 15: *Nos qui vivimus, qui resúdui sumus in adventum Domini*, que repite de nuevo en el versículo 17, como para subrayar su alcance y fijar mejor la atención de sus lectores? *Nosotros los vivos, dijo.* ¿Y quién, nosotros, sino el propio Pablo, con aquellos a quienes iba dirigida su carta?

En esto se basan los adversarios, en esto ven una prueba decisiva, un argumento incontestable.

Pero para nosotros (¿qué hace falta decir?), vemos en ello algo muy diferente, y damos por sentado que a los ojos de cualquiera si queréis pensarlo y mirarlo detenidamente, todo aquí se reduce a una forma sencilla de hablar que el contexto saca a la luz plenamente, y no sin aportar, además, una nueva y muy positiva confirmación de todas nuestras conclusiones anteriores, así como antes de terminar, Intentaremos mostrarlo.

Notemos primero cuál fue el error que San Pablo se propuso corregir. Fue el error de quienes, aún nuevos en la doctrina de la fe, se les había persuadido de que los muertos, ya acostados en sus tumbas, no participarían en la gloria del día del Señor, sino que solo los vivos oírían lo que se lee en el Evangelio, que el Hijo del hombre, llegando sobre las nubes del cielo, enviaría a sus Ángeles a reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de un extremo al otro del cielo, para hacerlos partícipes de su triunfo (Mateo, XXIV, 31).

Y en esta falsa persuasión, se afligieron excesivamente por sus muertos; los lloraban, bien como temiendo que no se levantarán en absoluto, o al menos que perdieran esa manifestación deslumbrante de Cristo en su parusía, objeto, como sabemos, de las aspiraciones más ardientes de los primeros cristianos.

San Pablo los instruye y los tranquiliza completamente en ambos puntos. La gloriosa resurrección de los que se durmieron en la fe y el amor de Jesús es una consecuencia necesaria de la resurrección del mismo Jesús; *por tanto, no hay razón para llorar por ellos como si no fueran a levantarse, en bendita inmortalidad, del polvo de sus tumbas: esto es lo primero. La segunda cosa es que los que estén vivos en el último día, y que estén reservados para la venida del Señor, no tendrán ventaja sobre los demás en cuanto a participación en el triunfo de la parusía..*

Porque los "durmientes" despertarán de su sueño a la vida inmortal, mientras que los vivos, por su parte, entrarán en ella con un cambio rápido que no implica ninguna pausa duradera en la muerte, y todos juntos, todo al mismo tiempo, ambos, vivos y dormidos, serán conducidos al encuentro del Señor, de quien nunca se separarán.

Esta, digo, es la enseñanza precisa con la que San Pablo luchó y destruyó la falsa idea que sus neófitos tenían sobre los muertos, y no necesitamos entrar aquí en desarrollos que serían ajenos a nuestro tema.

Pero debemos detenernos en lo único que es importante para la solución que buscamos, es decir, la forma en que la Epístola designa a cada una de las dos categorías que acaba de exponer como una parte igual en el triunfo de Cristo en su última venida.

Primero, aquí están los muertos, y quiénes son estos muertos? Evidentemente, aquí no podemos hablar de todos los muertos, me refiero a todos los que yacen indiscriminadamente en las tumbas a la llegada del Hijo del Hombre.

De hecho, entre ellos, los que están reservados para lo que el Evangelio llama la "resurrección para condenación".

Mientras que aquí solo aquellos que serán resucitados a la vida, y a la vida de gloria eterna, ahora están en cuestión.

Por tanto, es fácil entender por qué, hablando de estos muertos, San Pablo nunca dice los muertos "tout court", sino más bien, *los muertos en Cristo* [v. 16 "οἱ νεκροὶ ἐν Χριστῷ" - *oi necroi en Cristo*], *o los que durmieron en Jesús* , [v. 14 "κοιμηθέντας διὰ τοῦ Ἰησοῦ" - *koimetentas dia tou Iesou*]; *con esto designa a los únicos elegidos, los únicos predestinados.*

Además, esto es bastante claro en sí mismo y no necesita explicaciones, y si lo llamamos a la atención particular del lector es porque ahora servirá para aclarar lo que se dice de la segunda categoría, la de los vivos, donde toda la dificultad radica.

Los vivos que estarán en la tierra a la llegada del gran día y que, en compañía de los vivos de quienes acabamos de hablar, compartirán su gloria, son designados por la siguiente fórmula en el versículo 15, repetida nuevamente en el 17: ἡμεῖς οἱ ζῶντες οἱ περιλειπόμενοι εἰς τὴν παρουσίαν τοῦ κυρίου - [*emeis oi zontes oi perileipomenoi eis diez parousian tou kuriou*] cuya traducción sería: *nosotros los vivos los que quedamos en presencia del señor*, palabra por palabra, nosotros, los vivos, los que quedamos atrás para la venida del Señor.

Examinemos todos los términos cuidadosamente, y para mayor claridad, en el siguiente orden: primero - οἱ ζῶντες [*oi zontes*] que traducido quiere decir: *los vivos*; segundo, ἡμεῖς [*emeis*] *nosotros*; tercero, οἱ περιλειπόμενοι [*oi perileipomenoi*] *los restantes*.

Y de este examen, quizás surja un sentido muy diferente de aquel en el que triunfan nuestros modernistas, y que a primera vista podríamos haber asumido nosotros mismos. *Oi zontes* [*o zontes*] principalmente: *los vivos*, los del último día, esto es comprensible; pero cuáles? ¿Quizás la universalidad de quienes poblarán el mundo cuando comiencen a aparecer los signos del juicio? Obviamente no, porque en ese número, ¡cuántos pecadores impenitentes, cuántos incrédulos, cuántos réprobos, que, lejos de ser transportados a la gloria para encontrarse con el Señor, serán dejados en perdición en medio de la destrucción universal!

“Y como sucedió en los días de Noé, dice Nuestro Señor en el evangelio, así sucederá en la venida del Hijo del Hombre. Los hombres comían y bebían, se casaban y casaban a sus hijas hasta el día en que Noé entró en el arca, y el diluvio los sorprendió.

Entonces, de dos hombres que estarán en el campo, uno será tomado, el otro dejado; de dos mujeres que estarán moliendo en el molino, una será llevada y la otra dejada.

Tal es la separación que se hará de los vivos con los vivos, en esta última hora del mundo! Así como entonces no podía tratarse de la universalidad de los muertos, así ahora no puede tratarse de la universalidad de los vivos y en consecuencia era necesario un determinante lo que limita la comprensión del término

Así como antes no podía ser la universalidad de los muertos, ahora no puede ser la universalidad de los vivos y, por lo tanto, se necesitaba un determinante que limitara la comprensión del término οἱ ζῶντες [*oi zontes*] a los justos, solo a los fieles, solo a los amigos de Jesús ¿Y dónde encontraremos este determinante?

Precisamente en el término incriminado, en este pronombre de primera persona del plural unido aquí por el apóstol que dice: ἡμεῖς οἱ ζῶντες [**emeis oi zontes**] - **Nosotros, los vivos** , en el mismo sentido que usó al hablar de los muertos, “οἱ νεκροὶ ἐν Χριστῷ "[**oi necroi en Cristo**] **los muertos en Cristo**, o *los que durmieron en Jesús*, " κοιμηθέντας διὰ τοῦ Ἰησοῦ "- **koimetentas dia tou Iesou**].

Y, en efecto, ¿quién no sabe que dicho pronombre de primera persona del plural se utiliza habitualmente en el lenguaje cotidiano para designar confusamente, y sin otra determinación particular, los de la clase, de la categoría a la que pertenece el hablante, sobre todo si a la misma clase, a la misma categoría pertenecen, junto con él, aquellos a quienes o ante quienes habla?

Ciertamente, si yo, un francés, dijera que acabamos de ganar una segunda batalla del Marne, nadie pensaría que yo personalmente he estado entre los que la ganaron (estas líneas fueron escritas en octubre de 1918).

Y si, hablando ante un numeroso público, añadiera que, con toda probabilidad, estaremos en Berlín en un futuro más o menos próximo, nadie en el público creería que estaban personalmente incluidos en la amplitud del nosotros colectivo que yo habría utilizado.

En verdad, sería muy inútil, para algo tan simple, multiplicar los ejemplos. que vienen por sí solos a la memoria, y no queda más que aplicarlos al caso que nos ocupa. Porque, ¿no sería tal vez, en el sentido recién indicado, que San Pablo tomaría ahora este *nosotros*, “ἡμεῖς”, que causa tanta dificultad a algunos?

¿No es la categoría, la clase de los fieles como tales, lo que tenía en mente aquí, más que el Ticio, el Cayo, el Sempronio que la compuso en el momento en que escribió? En definitiva, para designar a los vivos que el último día verá unirse al ejército triunfante de los gloriosos resucitados, elevados en el aire al encuentro del Señor, dijo el apóstol, hablando a sus fervientes neófitos, nosotros, los vivos, ἡμεῖς οἱ ζῶντες - *emeis oi zontes*.

¿No es como si hubiera dicho, sin mayor precisión ni determinación de personas, los nuestros entonces vivos? Los nuestros, es decir los de nuestra arista, nuestro partido, nuestra comunión, los creyentes, los amigos de Jesús y su venida, a diferencia de aquellos que el segundo a los mismos Tesalonicenses presenta (I, 8-10) como no conociendo a Dios, no obedecer el Evangelio y tener, por tanto, en el día de la parusía, que sufrir la pena de perdición eterna, lejos del rostro del Señor y del resplandor de su poder?

Sí, sin la menor duda posible, éste es efectivamente el significado que transmite el tenor de la carta, y que todo el contexto confirma nuevamente de la manera más expresa. En cuanto al contexto, no podemos, sin exponernos a fatigosas repeticiones, examinar aquí sus rincones. Entonces no lo haremos.

Hay, sin embargo, un punto que no puede pasarse en absoluto en silencio y que, en conclusión, debe señalarse brevemente a la atención del lector. Este es el rasgo con el que el apóstol terminó de designar a los últimos fieles que la última hora del mundo encontraría vivos en la tierra: **oi perileipomenoi ei sten parousian tou kuriou** que traducido quiere decir algo así como: **los restantes están en la presencia del Señor**.

Porque, cuán significativo es este rasgo, cuán bien viene a nuestro caso y qué nueva confirmación aporta a nuestras afirmaciones anteriores, al destruir cada vez más profundamente las declaraciones de los adversarios, y es que, con estas palabras, nosotros, los vivos, san Pablo se habría apuntado personalmente a sí mismo, ¡junto con aquellos a quienes iba dirigida su carta!

Toda la observación se refiere al participio περιλειπόμενοι [*perileipomenoi*] del verbo λείπω [*leipo=estoy perdido*] λείπομαι (*leipomai=estoy perdido*) que dondequiera que se utilice, dondequiera que entre, ya sea como radical o como componente, da la idea de un resto, de un resto débil desprendido de la masa.

Así, por ejemplo, en la Epístola a los Romanos (IX, 27), San Pablo, citando a Isaías, escribe: Cuando el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, sólo un pequeño remanente se salvará, τὸ ὑπόλειμμα-σωθήσεται (a upoleimma sotesetai).(τὸ ὑπόλειμμα sothísetai) (a ypoleimma sothísetai) cuya traducción sería algo así como: el resto se guarda (se guarda un resto).

Y más abajo (XI, 5), comparando el pequeño número de judíos convertidos al Evangelio, con los siete mil hombres que no habían doblado la rodilla ante Baal: También hoy, dice, queda un remanente según una elección de gracia, λείμμα κατ' ἐκλογὴν χάριτος, leimma kat'ecloghen karitos.

Pero con cuánta más fuerza sale esta misma idea en la frase de nuestro texto: ¡Nosotros los vivos, los que quedamos atrás para la venida del Señor! Por lo tanto, sólo debían ser un remanente, un resto; si se permitiera hablar así, un residuo, **qui residui sumus** que traducido dice algo así como: nosotros los que quedamos, según la traducción muy exacta de la Vulgata; finalmente algo así como una retaguardia que

llega al final, cuando ya ha pasado el grueso del ejército. Lo que, en otras palabras, significaba que en la idea de San Pablo los fieles vivos del último día serían sólo un número muy pequeño, un minoría muy pequeña, en comparación con la masa de cristianos dormidos en Cristo: todo lo contrario, como es obvio, de lo que implicaba la hipótesis de que el juicio llegara a los tribunales de la Era Apostólica. Así es como la exégesis modernista es despojada de sus pretensiones y pierde sus posiciones una tras otra. No hay un solo pasaje en las Epístolas de los Apóstoles sobre el cual ella pueda establecer un argumento con la más mínima base razonable. Quedaría ahora el Apocalipsis de San Juan, que requiere un examen aparte, y este examen será el tema de los dos artículos siguientes.

ARTÍCULO NOVENO

PARUSÍA EN EL APOCALIPSIS. EL VERDADERO TEMA DE LA GRAN PROFECÍA DEL NUEVO TESTAMENTO

“Una revelación de Jesucristo que Dios le dio para dar a conocer a sus siervos las cosas que van a suceder pronto, y que manifestó enviando su ángel a su siervo Juan. Da testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo al informar lo que ha visto. Bienaventurados los que leen y bienaventurados los que escuchan las palabras de esta profecía y ponen en práctica lo que en ella está escrito. Porque el tiempo está cerca”. Así comienza el Apocalipsis. (I; 1-3). Y así termina (XXII, 5-20): «El Señor, el Dios que inspira a los profetas, ha enviado a su Ángel para mostrar a sus siervos lo que va a suceder en breve. He aquí, vendré pronto y mi retribución está conmigo para pagar a cada uno según sus obras. Yo, Jesús, he enviado a mi Ángel, para daros testimonio de estas cosas sobre las Iglesias ... Sí, vendré pronto, Amén: Ven Señor Jesús”.

Como podemos ver, la declaración del fin es sólo una repetición de la que se hizo al principio. Y esta declaración, que abre y cierra el Apocalipsis, que lo enmarca en su totalidad y abarca todo su contenido, que es la primera y última palabra, el alfa y el omega, se presenta así como algo primordial en la economía del libro.

Esta no es una característica accidental que se pueda pasar por alto y dejar de lado, un detalle agregado de manera incidental, un accesorio finalmente, sin conexión con el tema principal. Al contrario, es un punto esencial entre todos los demás, que se refiere a toda la revelación que San Juan, por el ministerio del Ángel, recibió de Jesucristo: en la que, en consecuencia, nos vemos obligados a ver una indicación sobre el significado general de la profecía, una luz arrojada sobre su oscuridad y una llave que debería servir para abrir sus arcanos.

Por otro lado, conviene señalar dos afirmaciones muy claras y categóricas: la primera es que los hechos objeto de las predicciones apocalípticas debían suceder pronto, *quæ oportet fieri cito* [las cosas sucederán pronto]; el segundo es que Jesús también vendría pronto, llevándose consigo su recompensa, para devolver a cada uno según sus acciones (*excepto venio cito, et merces mecum est reddere uniuersis secundum opera sua* [vengo pronto, y hay una recompensa conmigo para dar a cada uno según sus obras]). Y estas dos afirmaciones, consideradas sobre todo como complementarias y esclarecedoras, sin duda parecerán a muchos que justifican las ideas modernistas sobre el anuncio, en los escritos del Nuevo Testamento, de una parusía muy cercana.

De hecho, no debemos pensar en discutir aquí el significado de la palabra "*pronto*" (*ταχύ, ἐν τάχει - taku, en takei*), que evidentemente debe tomarse en su sentido obvio y natural, sin que haya motivo para apelar, para salir de la dificultad, a las palabras de San Pedro, que dice que "*para el Señor, un día es como un mil años, y un año es como un día*".

Una cosa, en efecto, es la valoración del tiempo en comparación con la eternidad de Dios, y otra cosa es su valoración en comparación con nosotros, que estamos sujetos a ella. Entendemos muy bien que, cuando hablamos de Dios, decimos que ante él, y en relación a la eternidad que siempre está presente para él, todo es breve. Pero lo que seguramente ya no entenderíamos en absoluto es que Dios, hablándonos, utilizó la misma medida, una medida que, al abreviar todos los tiempos por igual, suprime también por este mismo hecho todas las diferencias entre ellos y que, para señalarnos los acontecimientos que sucederán, por ejemplo, dentro de mil, diez mil, cien mil años, debería asegurarnos que llegarán pronto y que el momento está cerca. Mucho menos se entendería su insistencia en el inminente vencimiento de los acontecimientos anunciados, con ese lujo de expresión que se advierte en los últimos versos del último capítulo, donde la proximidad se afirma, se asegura, se inculca uno tras otro, de todas las formas posibles hasta cinco veces consecutivas: *quæ oportet fieri cito [las cosas sucederán pronto]*(Apocalipsis Cap. XXII verso, 6) y *excepto venio velociter [vengo pronto]*(Apocalipsis Cap. XXII verso 7); *tempus prope est [el tiempo esta cerca]* (Apocalipsis Cap. XXII versículo 10); *excepción venio cito [vendre pronto]*(Apocalipsis Cap. XXII versículo 12); *etiam, venio cito [sí, vengo pronto]* (Apocalipsis Cap. XXII versículo 20).

¿Necesitamos algo más? Bueno, aquí hay más. De hecho, aunque se le dijo a Daniel, cuando recibió el anuncio profético de la persecución de Antíoco, que él mismo era el tipo y el bosquejo de la persecución suprema del anticristo: *Sella la profecía, porque el tiempo está lejos (Daniel VIII, 26* “Y la visión de las tardes y de las mañanas de la cual hablé es verdadera; pero sella tú la visión, porque es para muchos días.”, *compárese con Daniel XII, 4 a 9 que dice así: Tú, Daniel, encierra estas palabras, y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos buscarán y se acrecentará el conocimiento.” Y yo, Daniel, miré y vi otros dos que estaban en pie el uno aquende el río y el otro allende el río. Y dijo (uno de los dos) al varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río: “¿Cuándo será el cumplimiento de estas maravillas?” Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, cuando levantando su diestra y su izquierda hacia el cielo juró por Aquel que vive eternamente que eso será dentro de un tiempo, (dos) tiempos y la mitad (de un tiempo) y que todas estas cosas se cumplirán cuando el poder del pueblo santo sea completamente destruido. Yo oí, pero no comprendí. Dije, “Señor mío: ¿cuál será el fin de estas cosas?” Y él respondió: “Anda, Daniel; pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin.”; ahora, al contrario, se le dice a San Juan (Apoc, XII, 10): *No selles las palabras de la profecía de este libro*, como si este libro fuera a permanecer cerrado durante mucho tiempo. Y la razón de esto se le da enseguida: porque se acerca el tiempo en que debe llegar el cumplimiento de las predicciones contenidas en él... *tempus enim prope est [el tiempo esta cerca]*.*

Esto implicaba, de la manera más formal y obvia, que si las cosas reveladas a Daniel le fueran anunciadas en un futuro lejano, no lo sería para las reveladas a San Juan, que comenzarían a desarrollarse inmediatamente después de él. He aquí, pues, los dos puntos en los que se basa toda la dificultad del Apocalipsis, y que aún tenemos que aclarar en estos últimos artículos: primero, *el anuncio del próximo cumplimiento de las predicciones apocalípticas*; segundo, *el anuncio de la venida de Jesús para rendir a cada uno según sus obras*. Y dado que ambos puntos requieren una explicación separada, los examinaremos por separado, uno tras otro, comenzando por

el primero, que también es el principal, mientras que el segundo solo necesita los principios anteriormente establecidos para ser esclarecido, que, como veremos, lo encontrarán, en el Apocalipsis mismo, una nueva, formal y definitiva consagración.

Entre los prejuicios sobre los libros de la Sagrada Escritura, no hay uno más extendido que el que cree que el Apocalipsis es, o exclusivamente, o al menos en su mayor parte, la profecía del fin de los tiempos, de sus precursores, de eventos que lo precederán, de las catástrofes que lo anunciarán. De hecho, pregúntale a la mayoría de los que están interesados en temas religiosos, y que tienen algún conocimiento del mismo, y con muy pocas excepciones, te dirán que, en primer lugar, el Apocalipsis es un libro críptico que ni siquiera deberías tratar de descifrar, ya que todos los que lo han intentado han fracasado estrepitosamente; que, además, si tal vez su comprensión esté reservada para el futuro, al menos por el momento, sólo se sabe vagamente una cosa sobre él: que son predicciones sobre el Anticristo, las últimas luchas de la Iglesia, la persecución suprema, la venida de Enoc y Elías, la aparición del Juez de vivos y muertos, las reuniones generales de la humanidad, con los castigos y recompensas eternos que seguirán.

Pero qué extraño, qué increíble, qué sobre todo paradójico les parecería la opinión de quienes, apoyados también por la gran autoridad de Bossuet, tratarían tímidamente de argumentar que la parte del Apocalipsis dirigida directa e inmediatamente a los últimos días, ocupa el lugar en el libro de sólo diez versos, ¡exactamente los últimos nueve del capítulo XX!

Seguramente, como en San Pablo que pronunció la palabra de la resurrección de los muertos en el Areópago, se le hubiera dicho que regresara para ser escuchado de nuevo, tan grande y considerable es el poder del prejuicio comúnmente recibido.

Ahora, la escuela modernista no podía dejar de subrayar este prejuicio en la cuestión de la parusía y buscar en él una base muy segura de argumentación. Y efectivamente, lo es si fuera cierto que el fin del mundo es el objeto, o el único o al menos el principal, de las predicciones del Apocalipsis; si en cambio, como hemos mostrado claramente anteriormente, estas mismas predicciones fueron indiscutiblemente dadas a usted tan cerca de ser realizadas, se sigue estrictamente que, según nuestras Escrituras, el mundo, en el tiempo del mundo, en el tiempo de las visiones de Patmos, estaba en vísperas de su fin y la gran revelación de Cristo estaba a punto de tener lugar.

Entonces, toda la pregunta actual se reduce a un punto: ¿cuál es el objeto real de las predicciones apocalípticas? ¿Este es el fin del mundo? Entonces solo tenemos que inclinar la cabeza y pronunciar la oración. Es, por el contrario, ¿algo más? Luego, la dificultad se derrumba, como un edificio se derrumba cuando su base se derrumba. Por lo tanto, la pregunta merece ser examinada de cerca, y para delimitar mejor el campo en el que debe enfocarse la discusión, comencemos con una mirada rápida al plan y división de la gran profecía del Nuevo Testamento. -

Como observa Bossuet al comienzo de su admirable comentario, las funciones del ministerio profético se reducen a tres principales, la primera de las cuales fue reprochar, amonestar y exhortar; el segundo, predecir y anunciar el futuro; el tercero, consolar y animar con la promesa de recompensas.

Así que no busquemos más el plan y el orden del Apocalipsis, esta profecía incomparable, la culminación y coronación de toda la obra de los antiguos profetas. Y de hecho, después del capítulo I, que toma el lugar de un prólogo o un prefacio, encontramos advertencias y exhortaciones. Estos llenan los capítulos II y III, donde San Juan se encarga de enviar a los siete obispos de Asia los reproches o elogios que sus iglesias merecen, con recomendaciones adecuadas a las condiciones de cada uno de ellos.

Luego vienen en segundo lugar las predicciones, que constituyen con diferencia la parte más considerable de la obra, y van del capítulo IV al capítulo XX inclusive.

Todos ellos están extraídos de este libro del futuro, cerrado y sellado, que nadie podría abrir ni mirar, pero quien, una vez entregado al Cordero para que rompa sus sellos (Apocalipsis capítulo V, 1-10), deja escapar sus misteriosos secretos.

Finalmente, aquí en tercer lugar están las promesas de bienaventuranza futura, de las cuales se nos ofrece un cuadro delicioso en los dos últimos capítulos XXI y XXII, donde la Jerusalén celestial aparece "toda hermosa y toda perfecta en el recuerdo de todos los santos, y la asamblea perfecta de todo el cuerpo místico de Jesucristo.

Tal, digo, es la división muy natural del Apocalipsis, y se ve inmediatamente, por esta rápida exposición, que no es ni la primera parte ni la tercera, sino sólo la segunda, la de las predicciones, la que ahora está en cuestión.

Aún así será necesario eliminar los capítulos IV y V, que no son más que un prelude dedicado a representar el teatro de la visión, y a describir el dispositivo de la escena donde el Cordero, protagonista divino, recibe de manos de aquel que estaba sentado en el trono el libro misterioso cuyos sellos estaba a punto de abrir. De modo que al final la serie de oráculos sobre acontecimientos futuros comienza exactamente con el capítulo sexto, para cerrarse definitivamente con el vigésimo.

Por tanto, es de los quince capítulos incluidos en estos dos términos extremos que se refiere a la cuestión planteada anteriormente; me refiero a la pregunta de si es cierto, sí o no, que, según el prejuicio vulgar, las predicciones apocalípticas se dirigen directamente, ya sea en su totalidad, o en su mayor y principal parte, a la catástrofe suprema y a los acontecimientos precedentes. A esto respondemos sin dudar con una negación absoluta, que se justificará, si no nos equivocamos, por las múltiples razones que se propondrán a la consideración y reflexión del lector.

Y ante todo una observación preliminar. Si alguna vez hubo una profecía que, de acuerdo con los principios explicados al comienzo de este estudio, pueda entenderse

bien sólo a *posteriori* [por lo que viene después], es decir, a la luz de los hechos cumplidos (al menos en su totalidad y en relación con sus diversos aspectos y partes), esta debe ser, antes que todos los demás, el del Apocalipsis. Esto es evidente por la forma en que está escrito, por el estilo enigmático en el que está escrito, por los símbolos, imágenes y metáforas enteramente *sui generis* [Dicho de una cosa: De un género o especie muy singular y excepcional], y con los que se envuelve y vela de principio a fin: por todo lo que hizo decir a San Jerónimo ... que contenía tantos misterios como palabras, *tot sacramenta quot verba [tantos misterios como palabras]*.

¿Y no bastaría ya para excluir a priori la hipótesis de un Apocalipsis que tuviera como único, o al menos como principal objeto, lo que sucedería sólo cuando el mundo estuviera a punto de terminar? Pues uno inmediatamente se pregunta cuál podría haber sido la utilidad de ello, igualmente nula, parecería, si uno se sitúa antes o después del acontecimiento: si se sitúa después, porque, en la hipótesis, el tiempo después sólo sería la de la vida futura, para la cual, visiblemente, no están hechas las profecías; y si nos situamos delante, porque no parece que sin el hilo conductor de los hechos consumados, lleguemos jamás a una Interpretación, no digo conjetural y fantasiosa con la que nada tenemos que ver, sino cierta y auténtica, de tantas figuras misteriosas que forman un laberinto más complicado y oscuro que aquel del que antiguamente Ariadna dio a Teseo los medios de escape.

Además, ¿no es ésta la única razón de la idea tan difundida a la que hemos aludido anteriormente? De esta idea que toma el Apocalipsis por un logogrifo (quimera) ininteligible e indescifrable, digo, digamos la palabra, por una especie de acertijo que a lo sumo puede servir para ejercitar la imaginación de los holgazanes, que no teniendo nada que hacer en el mundo mientras tanto dura, al menos pretenden enseñarle cuándo y cómo terminará: creadores quiméricos de interpretaciones aún más quiméricas. Pero ahora pregunto a todos aquellos que creen en la inspiración de nuestras Sagradas Escrituras: ¿podría ser posible que tal fuera la verdadera y real condición de un libro del que Dios mismo sería autor, y que hubiera dado, además de todos los demás, a su Iglesia como si tuviera que servir para enseñar, convencer, corregir, instruir, según estas palabras de San Pablo a Timoteo: ***Omnis scriptura utilis ad docendum, ad argumentendum, ad erudiendum in justitia que traducido quiere decir:*** [Toda la Escritura es útil para enseñar, para convencer, para enseñar en justicia]? Por supuesto, plantear la cuestión en estos términos es ya resolverla, e imagino que aquellos que hablan de la irremediable incomprendibilidad del Apocalipsis difícilmente podrán dejar de ver aquí todo lo que la hipótesis contendría de inverosimilitud, digamos más bien, inadmisibilidad.

Que esto les sirva, pues, como una primera indicación de que muy bien podrían estar equivocados sobre el verdadero objeto de la profecía de San Juan, y que lo sitúan muy mal, en un futuro donde los hechos de la historia nunca deberían servir para encontrar el hilo de tantos oráculos tan dispares y tan oscuros en su mayor parte, sólo habría lugar para interpretaciones vacías, que no se apoyan en ningún fundamento objetivo firme y seguro.

Pero, repito, esto es solo una observación preliminar, y sólo será válida, si se quiere, contra oponentes, como pura y simple presunción. Llegamos ahora a argumentos más

actuales, y comenzamos a sentar las bases, esa base sólida que, como se acaba de decir, siempre le faltará a quien se lanza a la exégesis apocalíptica a partir del texto solo, sin importar el rumbo o información extraída de las fuentes de la historia.

Si recordamos los grandes acontecimientos de la historia desde la época de San Juan en Patmos hasta nuestros tiempos modernos, ciertamente no encontraremos ninguno que iguale el colapso del Imperio Romano en importancia y alcance, bajo los dobles golpes de los bárbaros al principio del siglo V, y de la descomposición que siguió, eventualmente condujo, contra todas las expectativas, a la formación de los diversos reinos del cristianismo, que emergieron uno tras otro de este inmenso caos.

Tanto si adoptamos el punto de vista del historiador como si volvemos con el teólogo a las razones últimas de las cosas, por ambos lados llegamos a la misma conclusión, ***la de un acontecimiento absolutamente incomparable.***

Para el historiador, será la desaparición definitiva de la civilización antigua, lo que da paso a una civilización completamente nueva, es decir, a un estado social regulado a partir de ahora según los principios y leyes del Evangelio.

Para el teólogo, será la sorprendente realización de las grandes líneas del plan divino, tanto tiempo marcadas en las antiguas profecías, y especialmente en la de Daniel, sobre la sucesión de imperios, cuando el coloso que había aparecido en un sueño a Nabucodonosor, "*se redujo al polvo fino que el viento de verano se lleva*", y "*la piedra que golpeó la estatua se convirtió en una gran montaña, y llenó toda la tierra.*"

Bueno, es este hecho, inmenso, el más grande, el más fecundo de la historia, el que, a la luz de la historia misma, encontraremos predicho en el Apocalipsis, y con tanta claridad, tanta abundancia de pruebas, tanta precisión de detalle, que será imposible que los más ciegos no lo reconozcan.

Es el evento "maestro" que ocupa el lugar principal en la profecía de San Juan, que también le da la clave, indica su significado, y desde el punto central en el que se sitúa, arroja luz sobre todo el seguimiento, suficientemente, al menos, que no puede quedar ninguna duda sobre el objeto real de las predicciones apocalípticas.

Abramos, pues, este misterioso Apocalipsis en los capítulos XVII y XVIII, que son precisamente el punto central desde el que hemos dicho que debe venir la luz, y allí vemos, en primer lugar, presentado bajo el místico nombre de Babilonia, Roma imperial, Roma diosa de la tierra y las naciones, madre de la idolatría y perseguidora de los santos.

Estamos en el punto de la visión donde siete ángeles acaban de recibir siete copas llenas de la ira de Dios, con la orden de derramarlas sobre la tierra (XVI, 1). Dios se acordó de la gran Babilonia, que hizo beber a todos los pueblos el vino del furor de su prostitución (XVI, 8), y ahora le dará a beber el vino de la indignación de su ira (XVI, 19). Es entonces cuando uno de los siete ángeles se acerca a San Juan y

le dice (XVII, 1 ss.): Ven, te mostraré la condenación de la gran ramera que se sienta sobre las grandes aguas, con la que los reyes de la tierra se han corrompido ...

*Y vi - continúa San Juan - a una mujer sentada sobre una bestia escarlata, llena de nombres blasfemos, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, adornada con oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en su mano un vaso de oro lleno de la abominación y la impureza de su fornicación. Y este nombre estaba escrito en su frente: **Misterio: la gran Babilonia, la madre de la fornicación y las abominaciones de la tierra.** Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús ... Entonces el ángel me dijo: Te revelaré el misterio de la mujer y la bestia que la lleva, que tiene siete cabezas y diez cuernos ... Las siete cabezas son siete montes (o colinas) sobre los cuales se sienta la mujer ... Y la mujer que viste es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.*

Ciertamente, aquí está lo que parecería no dar lugar a malentendidos, ya que en características tan marcadas, *¿quién no reconocería en la mística Babilonia, cuya imagen aquí se nos presenta, la Roma del paganismo?*

San Juan, observa Bossuet en su prefacio, le da dos caracteres que no nos permiten desautorizarlo. Porque en primer lugar (Apocalipsis capítulo XVII, versículo 9), es la ciudad de las siete colinas (un rasgo topográfico universalmente aceptado como rasgo de Roma); y en segundo lugar (Apocalipsis Capítulo XVII versículo 18), es la gran ciudad que manda a todos los reyes de la tierra (otro aspecto, de carácter político, que en tiempos de San Juan era aún más evidente, y más cierto [la Roma imperial]).

También se representa bajo la figura de una prostituta (Capítulo XVII versículo 1), reconocemos el estilo ordinario de la Escritura, que marca la idolatría con la prostitución. Si se dice de esta magnífica ciudad que fue la madre de las impurezas y abominaciones de la tierra (Capítulo XVII versículo 5), es el culto de sus falsos dioses, que trató de establecer con todo el poder de su imperio, para ser la causa.

La púrpura con la que aparece vestida (Capítulo XVII versículo 4) era la insignia de sus emperadores y magistrados; el oro y las joyas con que está cubierta (mismo capítulo y versículo) muestran su inmensa riqueza. La palabra *Misterio* escrito en su frente (capítulo XVII versículo 5), no señala más que los impíos misterios del paganismo, del cual ella era la protectora.

Los otros signos de la bestia y la prostituta que lleva son visiblemente de la misma naturaleza, y San Juan nos muestra muy claramente las persecuciones que hizo sufrir a la Iglesia, cuando dice que estaba ebria con la sangre de los mártires de Jesús (Capítulo XVII versículo 6). Por tanto, es un enigma muy fácil de descifrar, Roma bajo la figura de Babilonia (Capítulo XVII versículo 5).

Será mucho más fácil aún si se tiene en cuenta que desde hace algún tiempo se había asentado en la Iglesia el uso de referirse a uno como al otro, como ha demostrado

categoricamente el conocido pasaje de San Pedro en su primera Epístola: *La Iglesia que es en Babilonia, es decir, en Roma, te saluda* (1 Pedro V, 13).

Así vemos a los mismos intérpretes racionalistas, y los más inflexibles, rendirse ante tantos signos tan convergentes y tan precisos; los vemos, digo, atrapados en esta esfera, como por la garganta, y obligados a pronunciar este nombre de Roma, que, si se me permite decirlo, los estrangularía, porque equivale al reconocimiento de una de las profecías más espléndidas y sorprendentes de nuestros libros sagrados.

De hecho, en primer lugar, en la pintura de la gran Babilonia, sucede en San Juan la predicción verificada desde entonces, ante el universo, de su castigo y su caída.

Este es el tema del capítulo XVIII, donde encontramos los primeros grandes rasgos de la profecía en cuestión y esto cuando el imperio estaba en pleno florecimiento, y aún no mostraba signos de decadencia, sino por el contrario, la creencia en su perennidad estaba tan firmemente arraigada en la mente de los hombres, que tanto cristianos como paganos, como veremos más adelante, le asignaron nada menos que la duración del mundo: justo entonces, más de tres siglos antes del evento, se le reveló a San Juan, y a través de él a la Iglesia, que el coloso caería.

Luego, en Patmos, se pintó el cuadro de lo que realmente sucedió bajo Alarico, cuando, sitiada, tomada, saqueada, devastada por el hierro y el fuego, la antigua Roma recibió el golpe fatal del que nunca más se levantaría y, como leemos en todos los autores contemporáneos, San Jerónimo, San Agustín, Paolo Orose y muchos otros, el mundo entero estaba aterrizado al ver su desolación.

Después de esto - continúa San Juan - vi a otro ángel descender del cielo con gran poder. Y gritó con todas sus fuerzas, diciendo: La gran Babilonia ha caído, ha caído, y se ha convertido en morada de demonios, morada de todo espíritu inmundo, morada de toda ave inmundada y repulsiva ...

Y oí otra voz del cielo., que dijo: “ *Salid de Babilonia, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados y no seáis envueltos en su calamidad ... Y los reyes de la tierra, que se han corrompido con ella, llorarán por ella y se golpearán el pecho cuando vean el humo de su fuego.*

Se alejarán de ella diciendo: ¡Ay! ¡Desgracia! Babilonia, gran ciudad, ciudad poderosa, en este tiempo ha llegado tu condenación. Y los mercaderes de la tierra llorarán y se lamentarán por ella, porque ya nadie comprará sus mercancías: mercancías de oro y plata, piedras preciosas, perlas, lino fino, púrpura, seda, escarlata, toda clase de madera aromática y muebles de marfil, latón, hierro, mármol, canela, aromas, perfumes, incienso, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias de carga, caballos, carros, esclavos y almas de hombres...

Entonces un ángel levantó una piedra como una gran piedra de molino y la arrojó al mar, diciendo: Babilonia, esta gran ciudad, así será arrojada... Y en esta ciudad se encontró la sangre de los profetas y de los santos y de todos los que han sido asesinados en la tierra. Tal es, en definitiva, el anuncio profético del que se hicieron eco trescientos años después las palabras de San Jerónimo, quien, al recibir en Belén la devastadora noticia del inmenso desastre, escribió que "la luz del universo se apagó, la cabeza del imperio romano, Imperio cercenado, o, para hablar más exactamente, todo el universo derribado en una sola ciudad **(1)** (*Lib. 1 en Ezequiel, Proœm .1*) »

Citamos la **Referencia (1), página 281 obra original en francés** *Postquam clarissimam terrarum omnium lumen extinctum est, imo Romani imperii truncatum caput, et ut verius dicam, iu una Urbe totus orbis interiit, obmutui ai et humilia tus sum, et dolor meus renovatus est, etc.. Lib. 1 in Ezech., Proœm.*

(1) Después de que se apagó una luz muy clara de todos los mundos, de hecho, la cabeza del imperio romano fue cortada, y para hablar más verdaderamente, como si el mundo entero hubiera perecido en una sola ciudad, quedé estupefacto y humillado y mi pena se renovó, etc. Lib. 1 en Ezeq., Proœma. **Fin de la cita**

Pero aún así este no es el punto fuerte de la profecía; Tampoco es, que se note bien, el punto fuerte de nuestra manifestación. Además, no ignoramos que, por precisas que sean las características que acaban de servirnos para identificar la Babilonia apocalíptica y, por consiguiente, para reconocer, en el anuncio de su ruina, el anuncio del gran acontecimiento que marcó los inicios de la Edad Media en la historia, no faltan espíritus más exigentes, para quienes nuestros argumentos anteriores todavía no son suficientes, y que quieren ver en dicha Babilonia, más que en la Roma de los Césares, un ser colectivo y moral sin ninguna determinación particular, como lo sería la sociedad anticristiana en general, es decir, "la ciudad de los hombres opuesta a la ciudad de Dios", cuyo derrocamiento definitivo sólo debe esperarse al final de los tiempos.

Por eso ahora debemos ir más allá, y sacar a la luz el lugar de la profecía hecha para forzar la convicción de los más tercos, y quitar los restos de sus vacilaciones: el lugar, digo, donde las cosas están tan determinadas, tan particulares, tan detalladas, más que el mismo nombre de la antigua Roma, y donde en todas sus letras se veía escrito que no podía haber una indicación más clara, ni una información más certera.

Este lugar es el que se encuentra entre los dos pasajes anteriores, y que, siguiendo la descripción de la gran prostituta o *Babilonia mística*, precede y prepara el cuadro ya presentado de su derrocamiento y su caída. - Un ángel explica a San Juan (XVII, 7) el misterio de la prostituta y la bestia de siete cabezas y diez cuernos sobre la que se sienta: ambos símbolos -como aclara el contexto- de una misma cosa, que decimos es la idólatra. Roma y su imperio. Referencia de la nota (1) citada en la página 283 de la obra original en francés.

Referencia (1), página 283 obra original en francés:

1) "La bête et la femme, observe Bossuet dans le commentaire du chapitre xvii, ne sont au fond que la même chose . . . C'est pourquoi, la bête est représentée comme celle qui a sept montagnes (vers. 9), et la femme est la grande ville qui domine sur les rois de la terre (vers. 18). L'une et l'autre est donc Rome, Mais la femme est plus pro pre à marquer la prostitution, qui est dans les Ecritures le caractère de l'idolâtrie.» A cela nous pouvons ajouter que partout où paraît dans l'Apocalypse un personnage monté, la monture et le personnage figurent ensemble la même chose, comme par exemple au chapitre VI, le cheval roux, le cheval noir, et le cheval pâle, chacun avec celui qui le monte, figurent respectivement, la guerre, la famine et la peste. Et au moine chapitre VI, comme plus loin au chapitre xix, le cheval blanc avec son cavalier représente un objet unique, qui est JésusChrist vainqueur. Unique donc sera aussi l'objet du mystère de la femme et de la bête sur laquelle elle est assise.

Que traducido quiere decir: (I) "La bestia y la mujer, observa Bossuet en el comentario del capítulo xvii, son básicamente la misma cosa... Por eso la bestia es representada como la que tiene siete montañas (vers. 9), y la mujer es la gran ciudad que señorea sobre los reyes de la tierra (v. 18). Por lo tanto, ambos son Roma, pero la mujer es más propensa a marcar la prostitución, que en las Escrituras es el carácter de idolatría. A esto podemos agregar que siempre que aparece un personaje montado en el Apocalipsis, la montura y el personaje juntos representan la misma cosa, como por ejemplo en el capítulo VI, el caballo rojo, el caballo negro y el caballo pálido, cada uno con quien lo monta, representan respectivamente, la guerra, el hambre y la pestilencia. Y en el capítulo VI, como más adelante en el capítulo xix, el caballo blanco con su jinete representa un solo objeto, que es Jesucristo victorioso. Único, por tanto, será también el objeto del misterio de la mujer y del caballo sobre el que se sienta.

En la explicación que el Ángel instruye revisa sucesivamente las distintas partes de la misteriosa figura, y finalmente deteniéndose en los diez cuernos de la bestia, continúa: "Los diez cuernos que viste son diez reyes que aún no han recibido su reino, pero que recibirán como rey, el poder en la misma hora que la bestia. Estos tienen el mismo diseño y darán su fuerza y poder a la bestia. Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque Él es el Señor de señores, y los que están con Él son los llamados, los elegidos y los fieles. Y él (el Ángel) me dijo de nuevo: "Los diez cuernos que viste en la bestia, estos son los que odiará la prostituta; y lo reducirán a total desolación, lo privarán, devorarán su carne y lo quemarán en el fuego. Porque Dios ha puesto en sus corazones hacer lo que les place, dar su reinado a la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios.(XVII, 12-18)".

Aquí, una vez más, se encuentra el pasaje esencial en el que creemos que está contenido el claro epílogo de la profecía, y sobre el que, por tanto, debemos llamar la atención del lector.

Y ante todo, lo que parece a primera vista, es que los reyes en cuestión son los ejecutores de la venganza divina contra la gran Babilonia representada por la prostituta y la bestia que la lleva: ejecutores que han sido comisionados para destruirla, y que lo harán en verdad, según lo que está escrito en la segunda mitad del pasaje

citado, en los versículos 16 y 17: odiarán a la ramera, la reducirán a la última desolación, devorarán su carne, porque Dios ha puesto en su corazón hacer lo que le plazca. Por supuesto, no se puede imaginar nada más explícito, y aquí ciertamente cualquier comentario sería superfluo. - Pero observemos ahora las peculiaridades de estos reyes destructivos y los personajes con los que se nos presentan. Cabe señalar cuatro cosas. Primero, la profecía los cuenta como diez, *decem reges sunt* (versículo 12), y si ha de entenderse como un número preciso, o más bien como un número redondo y aproximado, siempre será un número considerable para los reyes, especialmente para los reyes que, aunque independientes entre sí, actúan como si estuvieran en concierto, contra el mismo enemigo y en la unidad del mismo propósito. En segundo lugar, una circunstancia aún más singular y notable: los diez son reyes sin reino, *qui regnum nondum acceperunt* [no han recibido el reino], y deben ingresar simultáneamente, y solo después de que la bestia muera, en plena posesión del poder real, *sed potestatem tamquam reges una hora accipient publicar bestiam* [pero la bestia recibirá poder como reyes en una hora](versículo 12). -

En tercer lugar, y esto se convierte en un verdadero enigma del que no se sabe cotejar los datos, tanto parecerían contradictorios; estos mismos reyes que reducirán a la bestia a la desolación final, que devorarán su carne, y son por tanto sus implacables enemigos, son sin embargo presentados como cuernos y, por consiguiente, defensas de la bestia misma; además, de acuerdo con lo expresamente marcado, como dar a la bestia, su fuerza y su poder, *et virtutem et potestatem suam bestiae tradent* [y darán su poder y autoridad a la bestia] (versículo 13). -

En cuarto y último lugar, como si todo esto fuera poco, estos reyes, ministros de las obras elevadas de Dios " *que han puesto en su corazón para hacer lo que le agrada.*" Sin embargo, se dice que tendrán que luchar contra Dios mismo, o lo que es lo mismo, contra el Cordero, que sin embargo los vencerá, porque Él es el Rey de reyes y el Señor de señores, y esos, los que están con él, son los llamados, los elegidos y los fieles; *cum Agno pugnabunt, et Agnus vincet illos, quoniam dominus dominorum est, et qui cum Me sunt, vocati, fideles et electi* [Pelearán con el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de los amos] (versículo 14).

¿Quién no ve que se intentaría en vano penetrar, con los recursos del texto solamente, el misterio de una complicación tan extraordinaria? Pero ¿quién puede dejar de ver que si la historia del pasado nos presenta en algún lugar con un grupo de eventos y cosas a las que el cuadro que acabamos de ver es aplicable punto por punto, y en toda la amplitud del cuadro, no menos que en el detalle de los detalles más característicos, ¿habría en este solo hecho, junto con la prueba del origen divino de la profecía, la pista cierta e indudable de cuál es su verdadero objeto?

¡Bien entonces! Aquí ahora, con la historia en la mano, la prueba de la plena realización de la hipótesis: aquí, digo, el cuadro que acabamos de ver, que se aplica efectivamente, punto por punto, en toda su extensión, al detalle de las peculiaridades más singulares, y con la precisión más sorprendente, a todo ese conjunto de acontecimientos y cosas que llenaron la época notable entre todas las demás, de la destrucción de la antigua Roma, del desmembramiento de su imperio, y de el establecimiento de los primeros cimientos de lo que más tarde se llamó el edificio

político del cristianismo. Para justificar esta afirmación bastará con presentar un resumen de la glosa de Bossuet sobre el pasaje que nos ocupa, que junto a todo lo que ya ha precedido, constituirá, si no nos equivocamos, la más contundente de las manifestaciones (Bossuet, *el Apocalipsis con una explicación*, cap. XVII, explicación de la segunda parte, 1 en la página 287 del original en francés).

Referencia (1), página 287 obra original en francés: Bossuet, L'Apocalypse avec une explication, chap. XVII, explication de la seconde partie. Traducido quiere decir: 1) Bossuet, L'Apocalypse con una explicación cap. XVII, Explicación de la segunda parte.

Se deja link a la obra EL APOCALIPSIS

Jacopo Benigno Bossuet Obispo de Meaux

Explicación de la Segunda Parte. Del Capítulo XVII

Los diez Reyes que destruyen Roma. Cuatro personajes de estos REYES.

Link a la obra original en francés de la Segunda Parte de la Explicación del Apocalipsis del Capítulo XVII. Se ubica en la página 252 de este libro cuyo link dejamos a continuación para el que quiera consultarlo.

<https://ia802708.us.archive.org/0/items/lapocalisseovver00boss/lapocalisseovver00boss.pdf>

Continúa diciendo el Cardenal Billot: Se trata, pues, de diez reyes, ejecutores, repitámoslo, de las grandes obras de Dios contra la gran ciudad, madre de las abominaciones de la tierra. *Decem reges sunt*. ¡Diez reyes! Esto ya es muy sugerente, porque a este considerable número de jefes de pueblos que vinieron de diversos puntos para derrocar un gran imperio y asentarse en sus tierras, el pensamiento remite a la época de la invasión de los bárbaros, y si nos gusta o no. No, pensamos de inmediato en aquellos que han arruinado Roma y derrocado su poder, especialmente en Occidente. En ese momento, de hecho, los vándalos, los hunos, los francos, los borgoñones, los suevos, los alani, los heruli, los lombardos, los alemanes, los sajones y más que todos estos, los godos aparecieron casi simultáneamente. quienes fueron los principales destructores del imperio. Además, no hay nada que nos moleste en reducirlos precisamente al número de diez, aunque puedan reducirse a ese número en relación con los reinos fijos que allí establecieron.

Pero uno de los secretos de la interpretación de los profetas es no buscar sutilezas donde no las hay, y no perderse en minucias cuando encuentras grandes personajes que llaman la atención desde el principio. Aquí, sin necesidad de más detalles, hay un carácter bastante notable, que de un solo imperio se forman tantos grandes reinos, en varias provincias de España, en África, en la Galia Celta, en Aquitania, en Sequania, en Gran Bretaña. en Italia y en otros lugares, y que el Imperio Romano es derrocado en su origen, es decir, en Occidente donde nació, no por un solo príncipe que manda en jefe, como suele ocurrir, sino por la avalancha de tantos enemigos que todos actúan independientemente unos de otros.

Pero siempre seguimos adelante. Estos reyes, que desmembraron el Imperio Romano, tienen personajes bien marcados y bien determinados en la historia. Repasemos pues

los que, por su parte, la profecía de San Juan atribuye a los diez reyes destructores de la gran Babilonia, comparémoslos y veamos si corresponden.

En primer lugar, hay un carácter para los diez reyes de San Juan, que consiste, como hemos dicho, en el hecho de que en el momento de su primera aparición *aún no habían recibido su reino, qui regnum nondum acceperunt*. Ahora abro la historia y me pregunto si hubiera sido posible caracterizar mejor la condición de estos aventureros, estos líderes bárbaros, a quienes vemos llegar en los siglos IV y V a las tierras del Imperio.

Por supuesto, cuando llegaron allí, todavía no tenían posesiones. Por lo tanto, el reino que iban a establecer allí, aún no les había sido entregado, y debía ser entregado realmente solo después de la derrota de la bestia, según lo que señalan las siguientes palabras en San Juan: *sed potestatem tanquam reges mensaje accipient besitam* [pero recibirán poder como reyes].

Pero hay más, porque no solo no tenían todavía ninguna posesión en el Imperio, sino que ni en el Imperio ni en ningún otro lugar tenían un dominio fijo. Había que conquistar las regiones donde pretendían asentarse con su gente, y Bossuet observa con gran precisión: "Los reyes en cuestión no son reyes como los demás, que buscan hacer conquistas para agrandar su reino. Todos son reyes sin reino, o al menos sin una sede específica de su dominio, que buscan establecerse en un país más barato que el que dejaron. Nunca ha habido tantos reyes de este carácter como durante la decadencia del Imperio Romano, y este ya es un personaje muy peculiar de esa época, pero los demás son mucho más sorprendentes.

"Mucho más sorprendente, de hecho, es lo que San Juan asigna en segundo lugar, *et virtutem et potentiam suam bestiæ tradent*. ¿Pero cómo? En el servicio de la bestia, ¿precisamente aquellos a quienes la profecía nos da como resucitados por Dios para despedazarla y devorarla? Entonces, ¿cuál es este misterio y quién podría reconciliar cosas tan conflictivas?

Bueno, incluso aquí no debemos preocuparnos por mirar, porque la historia nos libera de esta preocupación y nos da la clave del enigma mostrándonos los ejércitos de estos reyes, recibidos al principio a sueldo de Roma y en la alianza de sus emperadores. ... "Es el segundo personaje de estos destructivos reyes de Roma - continúa Bossuet - y el signo del inminente declive de esa ciudad, una vez tan triunfante, para finalmente verse reducida a tal punto de debilidad, que no pudo más tiempo para componer ejércitos si no de estas tropas de bárbaros, ni para apoyar a su Imperio excepto enlistando a los que vinieron a invadirlo.»

Este período de debilidad está muy bien descrito en estas palabras de Procopio: Entonces la majestad de los príncipes romanos se debilitó tanto, que después de sufrir mucho por los bárbaros, no encontró mejor manera de cubrir su vergüenza que aliarse con su enemigos, y dejarles Italia también, bajo el engañoso título de confederación y alianza ... Además de los alanos y los godos, Procopio también enumera a los hérulos y lombardos, los futuros amos de Roma e Italia, entre los aliados de los romanos. Bajo

Teodosio el Grande y sus hijos, vemos a nuestros antepasados francos teniendo un rango considerable en el ejército romano bajo su líder Arbogastus, quien podía hacer todo en el Imperio. Los alanos y los hunos sirvieron contra Radagastus en el ejército de Honorio, bajo el liderazgo de Estilicón ... Los francos, los borgoñones, los sajones, los godos están en el ejército de Aecio, un general romano, en el rango de tropas auxiliares contra Atila.

Y para unirnos a los godos a quienes pertenece la gloria o el deshonor de haber derrotado a Roma, los vemos en los ejércitos de Constantino, de Juliano el Apóstata, de Teodosio el Grande, de su hijo Arcadio ... por tanto muy cierto que Roma, en un momento señalado por Dios, tuvo que ser apoyada por quienes eventualmente la destruirían.

Y todo esto es el cumplimiento de la profecía de San Juan sobre diez reyes: en un momento determinado por Dios, tenía que ser apoyado por aquellos que eventualmente lo destruirían. Y todo esto es el cumplimiento de la profecía de San Juan sobre los diez reyes: *Et virtutem et potentiam suam bestiae tradent* que traducido quiere decir: Y darán su fuerza y poder a las bestias. .

Pero he aquí un último personaje que, claramente marcado en San Juan, es también el más evidente de la historia, y siempre en la persona de estos mismos bárbaros, enemigos jurados de Roma, que vinieron a saquear y devastar, y que acabaron estableciéndose en las tierras del imperio destruido.

Lucharán contra el cordero, pero el cordero los vencerá: cum Agno pugnabunt, et Agnus vincet eos. ¿Y cómo lucharán contra el Cordero? En que todos ellos serán primeramente idólatras; luego, en parte, infectado por el arrianismo; a menudo también crueles perseguidores.

¿Cómo, por el contrario, serán conquistados por él?

En que al final todos se harán cristianos, todos católicos, como los godos en España, los francos y los borgoñones en la Galia y Germania, los lombardos en Italia, los sajones en Inglaterra, los hunos en Hungría.

Para tales léase la hermosa, la magnífica, la espléndida victoria que convenía que el cordero obtuviera sobre ellos: muy diferente de la que se describe a continuación (capítulo XIX, versículos 11-21), donde vemos a los Fieles y a los Verdaderos montados en el caballo blanco, con ojos como llama de fuego, vestidos con un manto teñido de sangre, teniendo en la boca la espada de dos filos, armados para el juicio, la derrota y el exterminio de los impíos.

Aquí, por el contrario, es el Cordero manso, que sin duda tiene en su aljaba flechas afiladas para traspasar a sus enemigos y hacerlos caer a sus pies (Salmo 44, XLIV: verso 6), sino que con flechas de amor traconsforma a los enemigos en amigos, y los hace, como expresamente dice aquí San Juan en el (versículo 14), en “ los llamados,

de los elegidos y de los fieles”: traducción de “et qui cum eo sunt, vocati, fieles, et electi haciendo referencia a la nota (1) de la página 293 del original donde el cardenal Billot nos remite especialmente a la explicación de: “Un Comentario sobre el Apocalipsis” atribuido a San Ambrosio. Editado por Migne en *Padres Latinos*, Tomo XVII, col. 914 y 915.

Ver la cita de referencia a la Patrología Latina de Migne en el link que dejamos a continuación: <https://library.bryan.edu/bible-study-resources/migne-patrologia-graeca-and-latina>

y para leer la referencia específicamente en link:

https://books.google.com.uy/books?id=gPgUAAAAQAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Concluimos, por tanto, que no hay duda de que el oráculo de San Juan sobre la gran Babilonia realmente tuvo como objeto la caída de la antigua Roma, pagana e idólatra: de la antigua Roma, digo, que incluso después de que Constantino había erigido el estandarte de la cruz, a pesar de la grande y gloriosa Iglesia cristiana que tenía en su interior, a pesar del ejemplo y las defensas de sus últimos emperadores, la prostituta que nos presenta la profecía había permanecido sin embargo: siempre apegada a sus viejos dioses, siempre suspirando, "*detrás de estos amantes impuros*". Siempre dispuesta a entregarse a ellos a la primera oportunidad, como apareció bajo Juliano el Apóstata, siempre protestando contra el interdicto lanzado sobre los templos de sus ídolos, como se vio bajo Teodosio, por ejemplo, en las peticiones del Senado para la restauración del altar de la Victoria.

Ver la Referencia de la nota (2) de la página 293 del original en francés *sobre este tema en la carta de San Ambrosio al emperador Valentiniano recopilación de Migne, en su “Patrología Latina” Tomo XVI, col. 961 ss.,*

Y la respuesta de la misma al informe de Symmaco, prefecto de Roma, Ibid. 9 col.971 ss.),

ver en el link siguiente que dejamos en el PDF

https://books.google.com.uy/books?id=MwcRAAAAYAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Y hasta la época de Alarico, en las violentas recriminaciones de todos, difundidas y refutadas vigorosamente por San Agustín en su *Ciudad de Dios*, quien atribuyó todas las desgracias del imperio al abandono del antiguo culto, ***ver referencia de la nota (1) de la página 294 en la cita a*** (Paulus Orosius, en su *historia contra los paganos* ([latín](#) : *Historiarum Adversum Paganos Libri VII*) en el *HISTORIARUM LIBER PRIMUS*, tomo 1. capítulo VII, c. 37. y en Migne, *Patrología Latina* tomo XXXI col. 1159) .1).

Concluimos que esta caída definitiva de la Roma pagana, preludio necesario para la instauración del reino social de Jesucristo y de su Iglesia en el mundo, es el gran y memorable acontecimiento que San Juan tenía principalmente a la vista: del que se sigue, por consecuencia natural, que es también lo que debe servir como clave para todo el resto de la profecía, tanto en lo que precede como en lo que sigue.

Y ante todo en lo que precede. Porque todo lo que precede, desde el lugar donde comienzan las predicciones apocalípticas, tiene una estrecha conexión con lo que acabamos de ver respecto a la condena y ejecución de la gran Babilonia, y es por este gran hecho, según la feliz comparación de Bossuet, por lo que el cuerpo de un poema es a la catástrofe que lo termina y lo despliega. No vería otra prueba de esto, si fuera necesario, que la visión que abre el capítulo VI, y que vuelve de nuevo al final del capítulo XIX, como para encerrar en el contexto del mismo cuadro y en la unidad del mismo drama, toda la serie de visiones interpuestas.

Al comienzo del capítulo VI, a la cabeza de todas las visiones del futuro, inmediatamente después de la apertura del primer sello, *Miré*, dice San Juan (VI, 2), *y vi un caballo blanco; y el que estaba sentado sobre él tenía un arco, y se le dio una corona, y partió como un conquistador yendo a ganar victorias sobre victorias: Et exivit vincens ut, vinceret*. Este misterioso caballero es evidentemente el mismo Jesucristo, que ya venció a la muerte en su gloriosa resurrección, y que está representado aquí en el acto de partir hacia nuevas victorias, que, por supuesto, solo pueden ser victorias sobre el infierno y sus partidarios que conspiran para impedir por todos los medios a su alcance el establecimiento definitivo y universal del reino de Dios, es decir, de la Iglesia en el mundo.

¿Cuáles serán entonces las visiones que seguirán, si no tantas imágenes proféticas de los medios providenciales que se utilizarán para este establecimiento y triunfo del cristianismo, de las sangrientas persecuciones que habrá que soportar, de los formidables obstáculos que hay que superar antes de que esto pueda lograrse, de los diversos tipos de adversarios a reducir, y también de los terribles juicios que Dios ejercerá sobre sus enemigos para la ejecución de su plan?

Aquí estás, "*vae*"o problema. Aquí está la bestia que aparece en el capítulo XIII, y primero con sus siete cabezas y diez cuernos, luego (capítulos XIV, XVI) bajo el místico nombre de la gran Babilonia; más tarde aún (capítulo XVII) como uno con la prostituta opulenta y cruel, madre de las abominaciones de la tierra.

Aquí está su juicio, su condena, su castigo, su derrocamiento, que, como se ha dicho, pone en consternación al mundo entero. He aquí ahora, a modo de epílogo (XIX, 1-8), el himno de alabanza que los santos del cielo cantan a Dios por esta gran obra de su justicia, su poder y su admirable providencia sobre la Iglesia.

Y finalmente, para cerrar el conjunto de estas grandiosas y terribles escenas, la reaparición del caballero que había aparecido por primera vez al levantarse el telón: "*Entonces vi*- agrega San Juan (XIX, 11-16) - *el cielo se abrió y apareció un caballo blanco; y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero que juzga y pelea con*

justicia. Sus ojos eran como llama de fuego... Estaba vestido con una túnica teñida de sangre, y es llamado la Palabra de Dios. Y los ejércitos que están en los cielos lo seguían en caballos blancos, vestidos de lino blanco puro. Y de su boca salió una espada de doble filo para herir a las naciones ... Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y sus ejércitos reunidos para hacer guerra contra Aquel que estaba montado en el caballo y contra su ejército. Pero la bestia fue tomada ... y arrojada al lago de fuego y azufre.

Eso sí, sería superfluo preocuparse por probar por más tiempo la identidad del caballero aquí presentado con el anterior, ya que es obvio que, en ambos casos, se trata del mismo personaje, y que este personaje es Jesucristo.

Con esta diferencia, sin embargo, que en un principio se manifestó en el acto de embarcarse en la expedición, y como en la vestimenta del guerrero que va a la batalla, en cambio ahora reaparece de nuevo, siendo todavía, si se me permite expresarme así, en todo el entusiasmo de la lucha, y con las marcas sangrientas de la carnicería, pero una vez terminada la lucha y la carnicería, y en el acto de consumir la victoria.

De esta manera, toda la parte del Apocalipsis que se extiende desde el capítulo VI hasta el capítulo XIX inclusive, nos presenta una colección compacta de hechos, eventos y cosas, que finalmente culmina en la ejecución de la bestia, es decir, en el derrocamiento de la antigua Roma, como término en el que se cumple lo que San Juan tenía a la vista, es decir: Jesucristo victorioso, su Religión triunfante sobre los obstáculos humanamente insuperables que se oponían a su sólido y definitivo establecimiento, ahora es capaz de asumir la alta dirección en el mundo; en una palabra, Satanás es expropiado, expulsado y derrocado y la idolatría con el imperio que la sustentaba.

Esto - concluye Bossuet - es lo que San Juan celebra en el Apocalipsis; aquí es donde nos lleva a través de una serie de eventos que abarcan más de trescientos años, y aquí es donde finalmente termina la parte principal de su predicción: bajo Trajano y, sobre todo, bajo Adriano, sobre esos desafortunados restos de Israel que la ruina de Jerusalén bajo Tito había salvado. Ver Referencia de la nota (1) citada en la página 298 por el cardenal Billot que dice así:

Referencia (1), página 298 obra original en francés:

(1) Ainsi, la première et principale partie des prédictions apocalyptiques aurait déjà reçu, et de puis long temps, au moins quant à son sens premier et immédiat, un plein et entier accomplissement. Ce qui assurerait à l'exégète, dans les données de l'histoire du second, du troisième et du quatrième siècle, la plus sûre des règles directives d'interprétation. Pour ne signaler ici, dans leurs grandes lignes, que les choses les plus marquantes: A cette lumière de l'histoire on pourra voir en premier lieu, aux chapitres VII et VIII, la vengeance divine, s'abattant d'abord sur les Juifs, comme sur les premiers auteurs ou instigateurs des persécutions contre l'Eglise; vengeance un instant suspendue en faveur des douze mille signati de chacune des douze tribus, qu'il fallait au préalable séparer du reste de la nation, mais se déchaînant bientôt,

terrible et inexorable, sous Trajanet sur tout sous Adrien, sur ces malheureux restes d'Israël que la ruine de Jérusalem sous Titus avait épargnés. On verra ensuite au chapitre IX, dans les mystiques sauterelles sorties du puits de l'abîme, un autre genre d'ennemis infiniment plus dangereux encore, dont l'Eglise en ses commencements devait aussi triompher: à savoir, les premières hérésies issues pour la plupart des opinions judaïques, et pour cette raison rattachées, dans la prophétie, aux persécutions exercées parles Juifs eux-mêmes. Puis, voici qu'avec e chapitre XI, nous arrivons aux persécutions romaines, que saint Jean résume en celle de Dioclétien, de toutes la plus longue, la plus violente, la plus cruelle, la plus universelle, et qu'il décrit avec des caractères si précis et si particuliers, qu'une fois qu'on en a connu la clef, on croit voir se dérouler des tableaux tirés du vif des événements. Mais plus on avance, et plus se multiplient les sujets de surprise. Le chapitre XIII nous montrera la bête, c'est-à-dire l'idolâtrie romaine, blessé e à mort par la victoire de Constantin, rendue ensuite à la vie sous Julien, et dans cette sorte de résurrection admirée comme mira culeuse, recevant les services d'uue autre bête, en laquelle on reconnaît la philosophie pythagoricienne, «qui soutenue par la magie, faisait concourir à la defense de l'idolâtrie ses raisonnements les plus spécieux et ses prodiges les plus étonnants». Le reste (xiv-xix) vise directement le renversement de l'empire romain selon qu'il a été dit et expliqué plus haut.

Traducido dice: (1) Así, la primera y principal parte de las predicciones apocalípticas ya habría recibido, y hace mucho tiempo, al menos en cuanto a su primer e inmediato significado, un pleno y completo cumplimiento.

Esto aseguraría al exégeta, en los datos históricos de los siglos segundo, tercero y cuarto, las reglas de interpretación más seguras.

Para señalar aquí, a grandes rasgos, sólo las cosas más llamativas: a la luz de la historia podemos ver en primer lugar, en los capítulos VI y VII, la venganza divina, cayendo primero sobre los judíos, como sobre los primeros autores o instigadores de las persecuciones contra la Iglesia; la venganza se suspendió por un momento a favor de los doce mil SIGNADOS: *signati* de cada una de las doce tribus, que primero debían ser separadas del resto de la nación, pero pronto desatado, terrible e inexorable, bajo Trajano y sobre todo bajo Adriano, sobre esos desafortunados restos de Israel que la ruina de Jerusalén bajo Tito había salvado.

Luego veremos en el Capítulo IX, en las místicas langostas que emergen del abismo, otra clase de enemigo infinitamente más peligroso aún, sobre el cual la Iglesia en sus comienzos también debía triunfar: a saber, las primeras herejías derivadas en su mayor parte de opiniones judaicas, y por esta razón adjuntas, en profecía, a las persecuciones ejercidas por los propios judíos.

Luego, aquí que con el capítulo XI, llegamos a las persecuciones romanas, que San Juan resume en la de Diocleciano, de todas las más largas, de las más violentas, de las más crueles, de las más universales, y que describe con caracteres tan precisos y tan particular, que una vez que conocemos la clave, creemos que vemos el desarrollo de escenas tomadas del corazón de los acontecimientos.

Pero cuanto más avanzamos, más se multiplican los motivos de sorpresa.

El capítulo XII nos mostrará la bestia, es decir la idolatría romana, herida y mortalmente herida por la victoria de Constantino, luego resucitada bajo Juliano, y en esa especie de resurrección admirada como milagrosa, recibiendo los servicios de otra bestia, en el que reconocemos la filosofía pitagórica, "que apoyado por la magia, contribuyó a la defensa de la idolatría con sus razonamientos más engañosos y sus maravillas más asombrosas".

El resto (xiv-xix) apunta directamente al derrocamiento del Imperio Romano como se indicó y explicó anteriormente."Fin de las cita de Referencia de la página 298.

Y ahora, como el sentido de esta primera y principal parte está bien determinado y bien establecido, el resto ya no puede causar ninguna dificultad, porque el resto no es más que la continuación y consumación de lo que precede. El resto es el capítulo XX, donde San Juan, retomando la continuación de su profecía desde la caída del Imperio Romano, ***desenvuelve la trama hasta el final de los siglos.***

Y en efecto, era natural que, después de describir proféticamente el período temprano de la Iglesia, sus primeras luchas, sus primeras pruebas y lo que podría llamarse su primera conquista del mundo, también describiera su destino en el curso posterior de las eras.

Sin embargo, lo hace sólo de una manera sumamente sumaria y, por así decirlo, en dos o tres pinceladas. Es como un pintor que, después de haber pintado con colores vivos el tema principal de su cuadro, todavía dibuja de manera distante y confusa otras cosas más alejadas de este objeto.

Sin embargo, sea cual sea la indeterminación con la que el Espíritu de Dios se complació en dejar este último esbozo del futuro, vemos en él muy clara y claramente marcados otros dos tiempos de la Iglesia que vienen después del tiempo de sus primeros comienzos: antes, el tiempo de su reinado en la tierra (Capítulo XX: versículos 1-6), y luego el tiempo de su prueba suprema y más terrible (Capítulo XX: versículos 7-10), seguido inmediatamente por el juicio universal del que San Juan, en conclusión, nos da Ccapítulo XX: versículos 11-15), una imagen resumida.

Del reinado de la Iglesia en la tierra (que será también, como se dice en el capítulo XX: versículo 4, el reinado de los santos mártires, debido a la gloria de la que estarán rodeados, los grandes honores que se les rendirán y los milagros deslumbrantes con los que Dios autorizará su poder con él), aquí solo se nos revela una cosa, que será relativamente larga y tranquila. Relativamente larga, como se desprende de los mil años que le atribuye la profecía, ya que este número, aunque figurativo, obviamente sólo puede representar un período de duración considerable. También es relativamente silencioso, como parece del encadenamiento del dragón, es decir, de satanás "...encerrado en el abismo sin fondo, para que no engañe más a las naciones, hasta que se cumplan los mil años."

Esto, sin embargo, debe entenderse según el orden providencial vigente, que no implica una exclusión total de la acción diabólica en el mundo, y teniendo en cuenta esa forma de hablar, frecuente en la Escritura, que consiste en representar una cosa, no tanto según lo que es en sí mismo, como según lo que parece ser en comparación con otro.

Entonces ahora debemos ver en este encadenamiento de satanás un encadenamiento relativo, es decir, merecedor de este nombre sólo en comparación con la libertad que le había sido dejada en la antigüedad, y que le había permitido establecer una idolatría universalmente dominante, corrompiendo a toda la tierra, oprimiendo y persiguiendo a los cristianos en todas partes.

Respecto al *tiempo del último juicio*, que es *el tiempo del desencadenamiento de satanás y la persecución del anticristo*, se describe en menos de cuatro versos, y en términos cuyo significado quizás sería imprudente, especialmente en lo que respecta a Gog y Magog, intentar especificar ahora.

Dejemos, pues, para el futuro la tarea de levantar el velo aquí, y contentémonos con lo que san Juan indicó explícitamente, es decir, *que esta persecución suprema será breve* (capítulo XX: versículo 3), *que será una persecución aún más seductora que violenta* (versículo 7), y que *pronto será seguida por la venida del Juez de vivos y muertos* (versículo 11 y siguientes).

De todo lo dicho hasta ahora, por tanto, toda la verdad de lo que dice San Agustín en el libro XX de la Ciudad de Dios, cap. VIII, n. 1: *que el tiempo que abarca el libro de Apocalipsis va desde el primer advenimiento de Jesucristo hasta el fin del mundo, cuando tendrá lugar el segundo advenimiento.*

«Totum hoc tempus quod liber iste complectitur, un primo scilicet adventu Christi usque in sæculi finem quo erit secundus ejus adventus . »

Y de esto también se sigue, por una consecuencia necesaria, la solución completa de la primera de las dos dificultades propuestas al principio de este artículo, de la tomada de *quæ oportet fieri cito*: dado que se trataba de una larga serie de hechos se seguiría unos a otros a lo largo de las edades, el significado de *fieri cito* [hecho pronto] no podría ser que el conjunto de predicciones pronto se realizarían, sino solo, como la naturaleza de las cosas lo indica abundantemente, *que el principio llegaría pronto*. Y de hecho, las predicciones apocalípticas se referían a eventos que ocurrirían desde el final del reinado de Domiciano, la fecha de la revelación a San Juan, hasta la primera mitad del siglo V, el momento del colapso del Imperio Romano, y más tarde, como ha sido explicado, al final de los tiempos. Aquí también, por lo tanto, la exégesis modernista es derrotada en todas sus pretensiones.

ARTÍCULO DÉCIMO

LA PARUSÍA EN EL APOCALIPSIS. LAS DOS RESURRECCIONES.

Link de la OBRA completa ORIGINAL del Cardenal en su idioma original aquí:
https://ia600701.us.archive.org/13/items/LaParousie000000565/La_Parousie_000000565.pdf

Uno se pregunta tal vez, siendo las cosas tal como fueron expuestas en el artículo anterior, ¿de dónde ha podido venir la opinión tan antigua y tan generalmente difundida, que no vio y sigue sin ver, en el Apocalipsis, sólo un cuadro profético del fin del mundo y sus preludios?. A lo que yo respondería que muchas causas de varios órdenes habrán tenido aquí su cuota de influencia, pero que si queremos volver al origen, encontraremos dos razones principales, a las que se pueden reducir fácilmente las demás.

El primero sólo tenía el valor de un prejuicio. Consistía en la persuasión que tenían muchos antiguos de que los destinos del mundo estaban ligados a los de Roma; en otras palabras, que el Imperio Romano no podía tener otro fin que el del universo. Por eso, estando tan claramente apuntada la ruina del imperio en el Apocalipsis, se concluyó con toda naturalidad que los tiempos apocalípticos sólo podían ser los de la decadencia definitiva, y del fin último de las cosas (1).

Ver Referencia de la Nota (1) citada en la página 305 del original en francés:
 «Tout nous montre, écrivait Lactance, De divin, Instit., liv, VII, c. 25, que la ruine suprême n'est plus loin: si ce n'est qu'elle ne semble pas devoir être à craindre tant que Rome sera debout. Mais des que cette tête du monde sera tombée, qui pourrait douter que la fin ne soit venue? Illa illa est civitas quae adhuc sustentat omnia.» Et tel est aussi le sentiment de Tertullien, de saint Optât, de saint Jérôme, et de bien d'autres. C'est que la splendeur de Rome, leur patrie, leur en avait imposé au point de leur faire croire qu'il y avait un lien nécessaire entre le maintien de la civilisation ici-bas et la conservation de l'Empire; que la ruine de l'Empire ne pourrait être que la destruction des cadres de la société humaine et le signal de la décomposition universelle; et par suite, quel' Empire qui tenait le monde sous sa puissance, était précisément le mystérieux obstacle à la venue de l'antéchrist dont parle saint Paul à mots couverts dans la seconde aux Thessaloniens, lorsqu'il dit (II, 6): Et nunc quid detineat scitis, etc, Voir Bossuet, Préface sur l'Apocalypse, n. 22.

Que traducida dice: “Todo nos muestra”, escribió Lactancio, en Las Divinas Instituciones, libro VII, capítulo 25, esa ruina suprema no está lejos: excepto que no parece ser temible mientras Roma siga en pie. Pero una vez que haya caído esta cabeza del mundo, ¿quién podría dudar de que ha llegado el fin? Illa illa est civitas quae adhuc sustentat omnia. Que traducido quiere decir: **Esa es la ciudad que todavía lo soporta todo.**

Y tal es también el sentimiento de Tertuliano, San Optât, San Jerónimo y muchos otros. Fue porque el esplendor de Roma, su patria, los había impresionado hasta el punto de hacerles creer que existía un vínculo necesario entre el mantenimiento de la civilización aquí abajo y la preservación del Imperio; que la ruina del Imperio sólo podría ser la destrucción de los entramados de la sociedad humana y la señal de la descomposición universal; y consecuentemente, cuyo Imperio, que tenía al mundo bajo su poder, fue precisamente el misterioso obstáculo a la venida del anticristo del que habla veladamente San Pablo en la segunda a los Tesalonicenses, cuando dice en el Capítulo II, versículo 6: Et nunc quid detineat scitis CUYA TRADUCCIÓN ES: Y ahora sabes lo que lo detiene, etc. Véase Bossuet, Prefacio sobre el Apocalipsis, n. 22.

Pero a esta primera razón se añadió una segunda, que está extraída del mismo texto de la profecía, habría de sobrevivir a la negación que los acontecimientos se han encargado durante mucho tiempo de dar a la primera.

Es que, desde el principio hasta el final de las predicciones de San Juan, encontramos entrelazados con las visiones que se desarrollarán una tras otra como las diversas escenas de un mismo drama, pinturas y descripciones que parece que hay que traer de vuelta al juicio final y a la destrucción total del mundo.

Así, por ejemplo, desde el principio, inmediatamente después de la apertura de los primeros seis sellos (Apocalipsis capítulo VI, versos 12-17), las grandes calamidades, cuyos detalles se desarrollarán en los siguientes capítulos, apenas se muestran confusa y toscamente, cuando ya el sol se vuelve negro como un saco de crin de caballo, y la luna como sangre; las estrellas caen del cielo como higos verdes que caen de una higuera sacudida por un fuerte viento; el cielo desaparece como un libro enrollado, y todos los montes y las islas son sacudidos de su lugar; los reyes de la tierra, los príncipes, los oficiales de guerra se esconden en las cuevas y dicen a los montes: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero.

Más tarde en el capítulo (XI, verso 18), al sonido de la séptima trompeta, mientras que, según nosotros, San Juan sólo describiría las persecuciones romanas, la de Diocleciano en particular, que iban a traer sobre Roma los grandes castigos que hemos visto, oímos a los veinticuatro ancianos que adoraban a Dios diciendo: Te damos gracias, oh Señor Dios Todopoderoso, que eres y que eras, que te has revestido de tu gran poder. Las naciones están airadas, y ha llegado el tiempo de tu ira, el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar la recompensa a los profetas tus siervos, y a los que temen tu nombre, y de destruir a los que han corrompido la tierra.

Más lejos todavía en el capítulo (XVI, versos 18-21), cuando, con la séptima copa, llega el momento de la ejecución de la gran Babilonia, todo el pueblo huye, las montañas desaparecen, y enormes granizos del peso de un talento caen del cielo sobre los hombres.

Es pues siempre y en todas partes el mismo cataclismo integral y universal: todo perece, todo se derrumba, todo se arruina, y la imagen fúnebre del gran día de la ira que abre y cierra la perspectiva, se proyecta también de un extremo a otro, a lo largo de toda la imagen.

¿Cómo, pues, no podemos ver claramente indicado por esto el verdadero tema de las predicciones del Apocalipsis?

Esto, al menos, será fácilmente el caso de todos aquellos que, poco versados en la lectura de los profetas, poco familiarizados sobre todo con el género propio de la Escritura, quieren limitarse a la pura y simple materialidad de la letra.

Pero una exégesis informada no tendrá dificultad en reformar este juicio, y, para reducir a su justo valor los textos citados, bastarán unas breves observaciones. En primer lugar, debemos considerar que las imágenes más fuertes utilizadas aquí por San Juan provienen de los antiguos profetas, en particular de Isaías y de Oseas, en sus descripciones de las calamidades, ciertamente muy distintas de la suprema catástrofe mundial, que Dios tuvo que desatar contra los enemigos de Israel, o contra el mismo Israel.

Así, en el anuncio de la futura devastación de Babilonia por los medos y los persas, leemos en (Isaías capítulo XIII, verso 10): He aquí, el día del Señor ha llegado para convertir la tierra en un desierto y destruir a sus pecadores, porque las estrellas del cielo ya no brillarán con su luz, el sol se oscurecerá al salir, y la luna ya no alumbrará más... He aquí, yo levantaré a los medos contra ellos. . . , y Babilonia, adorno de los soberbios caldeos, será como Sodoma y Gomorra. . . » Y además, en la sentencia dictada contra los idumeos (Isaías, xxxiv, 4): “Sus muertos serán arrojados sin sepultura, y las montañas se derretirán en su sangre.

Ambos serán enrollados como un libro, y todo su ejército caerá como la hoja seca y marchita de la higuera. Se ha embriagado mi espada en el cielo; he aquí que va a caer sobre Edom a quien he dedicado al exterminio para juzgarlo.”

Y en el anuncio del castigo que Israel había atraído por sus idolatrías (Oseas, capítulo X, verso 8): "Los lugares altos del ídolo de Betel, pecado de Israel, será destruido, entonces dirán a los montes: cúbrenos, y a los collados: Caed sobre nosotros.”

Lo mismo en Ezequiel capítulo XXVI, versos 15-18, y capítulo XXXII, versos 7-8. Lo mismo de nuevo en Joel, capítulo II, versos 10-11, aunque tanto en uno como en otro siempre se trata de catástrofes particulares, como la ruina de Tiro, o el imperio de los faraones, o incluso el reino de Judá bajo Nabucodonosor.

Además, este tipo de pinturas de grandes calamidades públicas, por muy desproporcionadas que nos parezcan a su objeto, estaban en el gusto y el genio de Oriente, y cuando San Juan, el profeta del Nuevo Testamento, pintara para nosotros bajo los mismos colores los flagelos que habían de preparar o acompañar la restauración del cristianismo en el mundo, en esto no hará más que continuar el modo de su predecesores, los profetas del Antiguo.

Pero ahora aquí hay una segunda observación que debe agregarse a la anterior para completarla y aclarar mejor su significado.

Es que al decir que las descripciones antedichas miraban directa e inmediatamente a las catástrofes que la historia hace mucho tiempo ha registrados en sus anales, de ninguna manera se pretende negar que también se relacionan de alguna forma con ese gran día que pondrá fin a la existencia terrenal de la humanidad, y a todo el orden actual de la humanidad.

Y la razón de esto está en el hábito constante de la Escritura, varias veces señalado en el curso de este estudio, de unir cosas figuradas a sus figuras: de trazar, por ejemplo, bocetos del juicio futuro del mundo a través de los eventos del enrejado que, a lo largo de los siglos, iban a ser imágenes de ella; mucho más, y es algo sobre lo que no se puede insistir demasiado, ver en estos mismos hechos, como una primera ejecución del gran y terrible drama por ellos y en ellos representado.

No habrá, pues, razón para cuestionar el sentido previamente establecido sobre sólidas pruebas, de la primera y principal parte de las predicciones apocalípticas, so pretexto de que vemos mezcladas incidentalmente aquí y allá, alusiones más o menos transparentes al juicio final, incluso, en uno de los tres pasajes citados anteriormente (*Capítulo XI verso 18*), la mención formal y expresa de su venida.

Pero la única conclusión que se sacará será aquella a la que conduce de manera bastante natural el modo acostumbrado de la Escritura, y que también es confirmada por el sufragio de sus intérpretes más autorizados: “San Juan, nos dirán, une el juicio final al que habíamos de ver ejercido sobre Roma, como lo había hecho Jesucristo al predecir la ruina de Jerusalén. Es costumbre de las Escrituras unir cifras a la verdad.»

Finalmente, cabe señalar, en una tesis aún más general, que una misma profecía puede tener varios significados: uno, cercano e inmediato, ya cumplido; el otro, lejano y mediato, todavía escondido en las profundidades del futuro.

Hemos visto ejemplos de esto arriba, ya sea en la profecía de Daniel sobre la persecución de Antíoco en Daniel XI, 30 y siguientes, o en la de Nuestro Señor mismo sobre la abominación desoladora instalada en el lugar santo, citada en Mateo capítulo XXIV versículos 15 y siguientes, y nada sería más fácil que extender la lista indefinidamente.

Pero sin necesidad de gastar aquí más en erudición, quién no hubiera recordado la respuesta de Jesús a sus discípulos que le preguntaron sobre la venida de Elías,

predicha por Malaquías en la última página de los oráculos del Antiguo Testamento (IV, 5-6) “Es verdad,” les dijo, “que Elías debe venir, y él restaurará todas las cosas; pero os digo que Elías ya vino, y no le conocieron.»

Así, en cumplimiento de una y la misma profecía, Elías ya había venido, y tenía que venir. Ya había venido en la persona de San Juan Bautista: este es el primer significado ya realizado, como vemos en el Evangelio de San Lucas capítulo 1, 17: al que hace referencia la nota (1) de la página 311 del original en francés que dice: “Él (Juan el Bautista) convertirá a muchos hijos de Israel al Señor su Dios, y él mismo caminará delante de él, en el espíritu y poder de Elías. . . , a fin de preparar para el Señor un pueblo perfecto”, Se suponía que iba a venir: es el segundo un sentido del que sólo los últimos días del mundo podrán dilucidar el misterio, **ver Referencia citada en la página 311 de la obra original en francés número (2) Voir Bossuet, Prefacio sobre el Apocalipsis número 15. (Préface sur l'Apoc., n. 15).**

Si, por lo tanto, la existencia en la Escritura de profecías significativas múltiples, está tan bien probado, ¿dónde estaría el asombro de que a esta categoría perteneciera también la profecía de San Juan, y qué maravilla que, sin perjuicio del significado primordial previamente establecido, tenía otro, estrictamente escatológico, cuyo cumplimiento estaría reservado para el final de los siglos?

Ciertamente, sólo lo criticarán aquellos que no se formen una idea sólo de la capacidad comprensiva de un libro que los Padres dan como llena de admirables secretos, mucho más, como contener, según la fuerte expresión de san Jerónimo, infinitos misterios del futuro, infinita futurorum mysleria continentem (1) **Ver la referencia número (1) de la página 312 del original en francés sobre San Jérôme, L.I contr, Jorin., n, 26,.**

Por eso Bossuet, cuya forma de ver las predicciones apocalípticas conocemos, se cuida de no añadir: “Pero Dios no quiera que imaginemos que con esta explicación (la que él propone, y que nosotros mismos hemos seguido), hemos agotado todo el sentido de tan profundo libro.

No tenemos duda de que el Espíritu de Dios pudo trazar en una historia admirable (de los primeros sufrimientos de la Iglesia), otra historia aún más sorprendente (de sus últimas batallas), y, en una predicción, otra predicción aún más profunda.

Pero dejo la explicación a los que verán más de cerca el reino de Dios, o a los que Dios les dé la gracia de descubrir su misterio.

Sabia y prudente reserva, como ves, en la que nosotros a su vez haremos bien en guardarnos, sin afirmar nada de este sentido futuro, pero sin negar nada tampoco: ateniéndonos sólo a lo que importa a nuestro sujeto, a saber, en primer lugar, sentido próximo e inmediato, que puede tenerse por demostrado y adquirido, cualquiera que sea el pensamiento o conjetura de uno respecto del otro.

Y este significado nos presenta, desde el capítulo VI hasta el capítulo XIX inclusive, toda la secuencia de los juicios de Dios sobre los primeros perseguidores: judíos animados por el odio hacia Aquel a quien habían crucificado, o gentiles que defendían la idolatría por la cual Satanás tenía al mundo en sujeción a sus leyes.

Pone ante nuestros ojos el largo y doloroso nacimiento de este hijo varón del capítulo XII, que había de gobernar a todas las naciones con cetro de hierro, y no era otro que el cristianismo surgiendo vigoroso, victorioso y dominador, de tres siglos de cruentas persecuciones. Ver Referencia de la nota (1) de la página 313 que dice: “Apareció en el cielo una gran maravilla; una mujer (figura de la Iglesia). Estaba embarazada y gritaba con los dolores del parto. Otra maravilla apareció en el cielo: un gran dragón rojo (figura del diablo). para devorar a su hijo tan pronto como ella fuera liberada de él. Y ella dio a luz un hijo varón, etc.»

Finalmente, nos ofrece el cuadro de los acontecimientos a través de los cuales Dios, por una providencia admirable, condujo a su Iglesia en sus comienzos, para hacerla triunfar, después de la gran prueba del bautismo de sangre, "no sólo en el cielo, donde le dio gloria inmortal a sus mártires, pero aún en la tierra donde él la estableció con todo el esplendor que le había sido prometido por los profetas. Ver la referencia de la Nota (2) en la página 313 de la obra original en francés que cita a: Isaías capítulo 49, versículo 23; e Isaías capítulo 60, versículos 1 al 6; y a Daniel capítulo II: versículo 44, etc).

Y es de todo este conjunto de cosas que San Juan dijo muy justamente y muy exactamente que habían de suceder pronto (I:1, y XXII, 6), porque ciertamente la secuencia de eventos aquí profetizados, aunque se extendía lejos en el futuro, debía comenzar a desplegarse al día siguiente, por así decirlo, de la revelación apocalíptica: a saber, como ya se ha dicho, desde el reinado de Trajano, sucesor inmediato de Domiciano, por quien el santo apóstol había sido condenado a la caldera de aceite hirviendo, y tras su milagrosa conservación, relegado al destierro en la peña de Patmos. Ver la Referencia de la nota 1 de la página 314 del original en francés que dice: “Sobre la verdadera fecha del Apocalipsis, que los racionalistas, contra el testimonio de toda la antigüedad, sitúan en el año 69 de nuestra era, antes de la ruina de Jerusalén, véase Bossuet, Apocalipsis capítulo 1, vers. 9.”

De donde, finalmente, se sigue que el argumento que la crítica modernista pretendía sacar del **quae oportet fieri cito** (*que debe hacerse rápidamente*), se desmorona por sí mismo como partiendo de un supuesto imaginario, y engrosará así la lista de razones previamente refutadas, cuyas engañosas apariencias solo podrían resaltar mejor la verdadera estupidez.

Quedaría ahora, como última dificultad, las repetidas seguridades de una pronta venida, puestas al fin en boca de Jesús, o, lo que es lo mismo, en la del ángel que habla en nombre y en la persona de Jesús: Aquí vengo pronto (XXII, 7); sí, vengo pronto (XXII, 20); Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo para dar a cada uno según sus obras (XXII, 12).

Es verdad que después de tantas explicaciones ya dadas sobre los dos modos en que la Escritura acostumbra a concebir la parusía, bien en el juicio general de la humanidad en el último día del mundo, bien de antemano, en el juicio particular de cada uno de ellos, en cada persona en el instante inmediatamente siguiente a su muerte, la dificultad debe considerarse clarificada, resuelta y definitivamente resuelta.

Sin embargo, no nos importa traer una aclaración final, la cual, tomada prestada ésta de la doctrina del Libro del Apocalipsis, tendrá la doble ventaja de combatir la objeción desde la misma base de la que surge, y de destruir cada vez más radicalmente las falsedades de la exégesis racionalista en materia escatológica.

El lugar principal, volviendo a nuestro tema, está en este capítulo XX, donde después de la caída de la gran Babilonia, se describen sumariamente y a grandes rasgos, como se ha dicho antes, los tiempos de paz de la Iglesia, así como el reinado de sus mártires, cuya gloria celestial no deja de prolongarse en la tierra por los honores que se les rinden y los milagros que Dios obra por su intercesión.

San Juan nos acaba de mostrar un ángel que desciende del cielo, llevándose al dragón, la serpiente antigua que es el diablo y Satanás, atándolo por mil años, y encerrándolo en el abismo, para privarlo del poder de engañar a las naciones como lo había logrado en los días de la dominación universal de la idolatría.

Después de lo cual continúa (xx, 4-6): También vi tronos en los que se sentaban aquellos a quienes se les había dado el poder de juzgar; vi las almas de los que tenían la cabeza cortada por dar testimonio de Jesús y por la palabra de Dios..., y vivieron y reinaron mil años con Jesucristo. Los otros muertos no tuvieron vida hasta que se cumplieron mil años. Es la primera resurrección. Dichoso y santo el que tiene parte la primera resurrección; la segunda muerte no tendrá poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.”

Tal es el cuadro que nos presenta San Juan, de la gloria y de la bienaventuranza de los santos, aún en estado de almas separadas, durante el período actualmente en curso, intermedio entre su partida de este mundo y el juicio final. Dije, en el estado de almas separadas. De hecho, lo que es importante señalar antes que nada en esta tabla es que estos son almas que son su objeto: almas sin cuerpo, almas de gente decapitada, a quienes se atribuyen tronos, y esto para significar que desde ahora, desde los días de ahora, mientras sus restos yacen en el fondo de sus sepulcros, y por tanto, mucho antes de que llegara la consumación de los tiempos, se asocian a la bienaventuranza y gloria de Jesucristo, así como a los juicios que durante el transcurso de los siglos ejerce sobre el mundo: ***Et vidi sedes... et animas decollatorum ... et vixerunt y regnaverunt cum Cristo mille anni.*** (Y vi los asientos...y las almas de los decapitados... y vivieron y reinaron con Cristo por mil años.) (1)

Ver Referencia de la Nota (1) de la página 317 del libro original en francés:

1) Voilà, pour le dire en passant, qui suffit déjà à détruire l'erreur des millénaires, les quelss'appuyant sur ce passage de l'Apocalypse, où l'on ne voit pourtant du commencement à la fin, a régner avec Jésuschrist, que des âmes seulement, mettaient avant la résurrection générale de la chair au dernier jour du monde, une résurrection anticipée pour les martyrs, et un règne visible de Jésuschrist avec eux durant mille ans sur la terre, dans une Jérusalem rebâtie avec un nouvel éclat, qu'ils croyaient être la Jérusalem décrite par saint Jean au chapitre xxi, «Papias, très ancien auteur, mais d'un très petit esprit, ayant pris trop grossièrement certains discours des apôtres que leurs disciples lui avaient rapportés, introduisit dans l'Eglise ce règne de Jésuschrist durant mille ans dans une terrestre Jérusalem magnifiquement rebâtie, où la gloire de Dieu éclaterait d'une manière admirable, où Jésuschrist régnerait visiblement avec ses martyrs suscités, où à la fin néanmoins les saints seraient attaqués, et leurs ennemis consumés par le feu du ciel, après quoi se feraient la résurrection générale et le jugement dernier.» Ainsi parle Bossuet d'une opinion que saint Augustin de son côté, dans sa Cité de Dieu liv. XX, c, 7, traite à bon droit de contresens scripturaire, tourné ensuite en fables ridicules: De duabus resurrectionibus, dit-il, Joannes in Libro Apocalypsis, eo modo locutus est, ut earum prima a futuribusdam nos tris non iniuncta, insuper etiam in quosdam ridiculas fabulas vereretur. De fait, quiconque lira ce qu'en ont écrit les meilleurs et les plus respectables de ses tenants, comme par exemple saint Irénée (liv. V, c. 33, P. G., t. VII, col. 1213 sqq.), et Lactance (liv. VII De divin. Instit., c, 24, 25, 26, P. L., t. VI, col. 808-814) devra convenir de l'entière justesse de la censure. C'est pourquoi ladite opinion ne put résister longtemps à une critique éclairée, et elle disparut tellement «dans la grande lumière du IV siècle», qu'on n'en voit presque plus aucun vestige. Mais il était réservé aux protestants du XVII siècle de la relever de ses cendres, et ce fut la haine de l'Eglise romaine qui le détermina à le faire.

En effet, comme dans l'Apocalypse, le règne de mille ans vient après le jugement et l'exécution de la grande prostituée, qui selon eux, n'était autre que l'Eglise romaine en personne, ils crurent faire merveille en ressuscitant l'ancienne fable millénaire pour l'occasion qu'elle leur fournissait de promettre à leurs adhérents le plus brillant avenir, après la chute de la papauté, par eux annoncée comme prochaine. Que ceux donc de nos catholiques chez qui s'est réveillé de nos jours le goût des prodigieuses fantaisies de Papias, remarquent en passant, «dans quelle boutique» (on pardonnera le mot que la belle langue de Bossuet n'a pas répudié), les restes en ont été recueillis et remis en honneur. Au demeurant le millénarisme, de quelque manière qu'on l'explique, ou avec Papias ou avec Cérinthe, est une grave erreur que condamnent ouvertement les plus formelles données de l'Ecriture, Car l'Ecriture nous enseigne: premièrement, qu'il faut que le ciel contienne Jésuschrist jusqu'au jugement dernier (Hechos, III, 21); secondement, que le jour du second avènement et celui de la fin du monde sont un seul et même jour (Matth., XXII, 29-31; Marc XIII, 24-26, etc.); troisièmement, que tous les morts, et notamment tous les saints, tous les justes, tous les élus ressusciteront en même temps, à savoir in novissimo die (Juan, VI, 39, 44, 55), au son de la dernière trompette (I Corintios, XV, 51), au signal donné, à la voix de l'archange, tandis que le Seigneur lui-même descendra du ciel (1 Thess., IV, 16), De sorte qu'il serait plus que juste de laisser aux interprètes protestants, s'il en est encore, ces «restes des opinions judaïques», que la lumière de l'Eglise a entièrement dissipés de puis seize cents ans.

TRADUCCIÓN DE LO QUE VIENE DE ARRIBA: (1). Citamos la Referencia de la página 317 en su original al francés traducida aquí al español.

Esto, dicho de paso, ya es suficiente para destruir el error de los milenios, que, basándose en este pasaje del Apocalipsis, donde vemos desde el principio hasta el final, que sólo las almas reinan con Jesucristo, antepuesto a la resurrección general de la carne en el último día del mundo, resurrección anticipada de los mártires, y un reinado visible de Jesucristo con ellos durante mil años en la tierra, en una Jerusalén reconstruida con nuevo esplendor, que creían que era la Jerusalén descrita por San Juan en el capítulo xxi, “Papias, un autor muy antiguo, pero de mente muy pequeña, habiendo tomado demasiado a la ligera ciertos discursos de los apóstoles que sus discípulos le habían relatado, introdujo en la Iglesia este reinado de Jesucristo durante mil años en una Jerusalén terrenal magníficamente reconstruida, donde la gloria de Dios brillaría de manera admirable, donde Jesucristo reinaría visiblemente con sus mártires resucitados, donde al final, sin embargo, los santos serían atacados y sus enemigos consumidos por el fuego del cielo, después de lo cual tendría lugar la resurrección general y el juicio final.

Así habla Bossuet de la opinión de San Agustín, que por su parte, en su libro Ciudad de Dios libro XX, capítulo 7, trata correctamente la contradicción bíblica, que luego se convirtió en fábulas ridículas: “De duabus resurrectionibus,” dice San Juan en el Libro Apocalypsis, “eo modo locutus est, ut earum prima a quibusdam nostris non intellecta, insuper etiam. en quasdam ridiculus fabulas verleretur”, que traducido quiere decir: “De las dos resurrecciones, dijo Juan, en el libro del Apocalipsis, habló de tal manera que la primera de ellas no fue entendida por algunos de nuestro pueblo, y, además, fue convertida en algunas fábulas ridículas. Fin de la cita.

De hecho, cualquiera que lea lo que han escrito sobre él los mejores y más respetables de sus proponentes, como San Ireneo (libro. V, capítulo 33, cito en la Patristica Griega, Tomo VII, col. 1213 y ss.), el Lactancio (libro VII De las divinas Instituciones, capítulos: 24, 25, 26, de la Patristica Latina Tomo VI, col. 808-814) debe coincidir en la completa corrección de la censura. Por eso dicha opinión no pudo resistir durante mucho tiempo a las críticas ilustradas y desapareció tanto "a la gran luz del siglo IV" que apenas se ve rastro de ella. Pero estaba reservado a los protestantes del siglo XVII resucitarlo de sus cenizas, y fue el odio a la Iglesia romana lo que los determinó a hacerlo.

En efecto, como en el Apocalipsis, el reinado de mil años llega después del juicio y la ejecución de la gran prostituta, que según ellos, no era otra que la Iglesia romana en persona, pensaron que estaban haciendo maravillas al resucitar la antigua fábula

milenaria por la oportunidad que les brindaba de prometer a sus seguidores el futuro más brillante, después de la caída del papado, que anunciaban que se acercaba.

Entonces, aquellos de nuestros católicos, en quienes se ha despertado en nuestros días el gusto por las prodigiosas fantasías de Papías, digan de paso "en qué tienda" (se nos perdonará la palabra que la hermosa lengua de Bossuet no ha repudiado), los restos fueron recogidos y restaurados en honor.

Además, el milenarismo, cualquiera que sea su explicación, ya sea con Papías o con Cerinto, es un error grave que los datos más formales de las Escrituras condenan abiertamente, porque las Escrituras nos enseñan: primero, que el cielo debe contener a Jesucristo hasta el juicio final (Hechos, III, 21); en segundo lugar, que el día de la segunda venida y el del fin del mundo son un mismo día (Mateo capítulo XXIV, versículos 29-31; Marcos capítulo XIII, 24-26, etc.); en tercer lugar, que todos los muertos, y en particular todos los santos, todos los justos, todos los elegidos, resucitarán al mismo tiempo, es decir, in novissimo die (Juan, capítulo VI, versículos 39, 44, 55), al sonido de la última trompeta (I Corintios, capítulo XV, versículo 51), a la señal dada, a la voz del arcángel, mientras el Señor mismo descenderá del cielo (1 Tesalonicenses capítulo IV, versículo 16), de modo que sería más que justo dejar a Intérpretes protestantes, si es que todavía los hay, esos "restos de opiniones judaicas", que la luz de la Iglesia ha disipado por completo durante mil seiscientos años." Fin de la referencia de la nota (1) citada en la página 317 de la obra original en francés.

En consecuencia, la primera resurrección de la que se dice, *haec est resurrectio prima, Esta es la primera resurrección*, debe entenderse también como una resurrección que no puede ser sólo a las almas: es decir, de la resurrección que comienza con la justificación, según las palabras del apóstol a los Efesios: "*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te alumbrará*", se completa, perfecciona y consuma al dejar la vida presente, al entrar en la vida eterna en la visión de Dios. Vemos en la Referencia de la nota (1) citada en la página 319 que dice: "Sobre la resurrección de las almas, véase San Agustín, Ciudad de Dios, libro. XX, capítulo 10, donde muestra lo que hay que responder a los que piensan que la resurrección sólo se dice de los cuerpos, y no puede convenir a las almas."

Y dice así en la nota (1): "Y esta resurrección se llama primera, porque en verdad es necesario seguirla, pero sólo en el último día del mundo, de una segunda resurrección, la de la carne, según lo cual se marca a continuación, en el cuadro del juicio general que cierra toda la serie de predicciones apocalípticas, vemos en la referencia a la nota (2) citada en la página 319 lo siguiente: "La segunda resurrección, es decir la del cuerpo, que tendrá lugar al final de los tiempos", dice San Agustín, según Apocalipsis XX: 12-13, donde leemos: Entonces vi un gran trono resplandeciente de luz, y al que estaba sentado en él... Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Se abrieron libros; se abrió otro libro, que es el libro de la Vida; y los muertos fueron juzgados según lo que estaba escrito en estos libros, según sus obras. El mar entregó a sus muertos; La Muerte y el Infierno renunciaron a las suyas, y fueron juzgados cada

uno según sus obras.” Fin de la cita de Referencia de la nota número (2) de la página 319.

Además, no debemos tomar los mil años que debe durar este reinado de los santos, antes de la reanudación de sus cuerpos, por un número de años precisa y determinada. No, dice san Agustín, el número mil se usa aquí para expresar la totalidad del tiempo que debe transcurrir hasta el fin de los siglos, y se toma en el mismo sentido que en este lugar del salmo 104 (PSALM CIV), versículo 8, donde se dice que Dios recuerda para siempre su pacto, y la palabra que dio "por mil generaciones"; es decir, sin dificultad, para todas las generaciones que se sucederán en el futuro.

Que si finalmente, la primera resurrección se atribuye particularmente a los mártires, la razón es, observa siempre San Agustín, que los mártires que lucharon por la verdad hasta el derramamiento de su sangre, naturalmente tienen en ella la parte principal.

Pero según la figura del lenguaje consistente en tomar la parte, especialmente la más excelente y la más reconocida, por el todo, se debe indudablemente comprender en la persona de los mártires, la universalidad de los muertos que la voz que descendía del cielo designaba como un poco más alto (capítulo XIV, verso 13), como "morir en el Señor".

En verdad, todos pertenecen igualmente a Cristo; todos han llegado a ser para siempre su herencia y su reino; todos también, y por el mismo título, son segregados del *caeteri mortuorum* que traducido quiere decir: el resto de los muertos del versículo 5: quienes, excluidos de la primera resurrección, serán consecuencia de la segunda, la resurrección del último día debe ser para ellos sólo una resurrección de condenación, superponiendo la condenación del cuerpo a la del alma, y arrojando así a todo el hombre a lo que justamente se llama aquí la segunda muerte.

Ver la Referencia de la nota (1) de la página 321: cuya Traducción dice: “Así como la primera resurrección es aquella donde los santos son glorificados en su alma, y la segunda donde serán glorificados en cuerpo como en alma: así la primera muerte es aquella donde las almas son sepultadas con los ricos impíos en el infierno, y la segunda, la que seguirá a la resurrección, donde irá todo el hombre, en cuerpo y alma. como se dice en San Mateo capítulo XXV, versículo 46, al tormento eterno.”

Por eso San Juan, después de haber dicho: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección, añade inmediatamente: la segunda muerte no tendrá poder sobre ellos, dando a entender lo suficiente por eso, que se escapa a la muerte segunda, que no es otra que la muerte consumada y eterna, sólo a condición de tener parte en la primera resurrección, y que, en consecuencia, los participantes de dicha resurrección son todos los justos, todos los elegidos de Dios, ya que, terminado su camino, entran en su eternidad. Ver Referencia de la nota (2) de la página 321 cuya Traducción dice: “En esta descripción de la primera resurrección, siempre se ignoran los retrasos que pueden requerir las expiaciones del purgatorio: y esto por dos razones principales: la primera es que son los mártires a los que se dirige principalmente, y que sólo el texto de san Juan designa explícitamente; ahora, para los mártires, no se puede hablar del

purgatorio. La segunda es que la primera resurrección debe considerarse aquí, no según las condiciones accidentales, contingentes e infinitamente variables de personas particulares, sino sólo según la regla establecida por la voluntad antecedente de Dios, teniendo en cuenta que desde la consumación de nuestra redención por La pasión de Jesucristo, las almas justas son admitidas en la vida eterna inmediatamente después de dejar el cuerpo, a menos que se les impida hacerlo. Esto significa que es en este momento cuando, como tesis absoluta, es necesario relatar en el Nuevo Testamento la entrada de los santos en la bienaventuranza, cualesquiera que sean las demoras más o menos largas impuestas en los casos particulares, por faltas que no habría sido suficientemente expiado en la vida presente con frutos dignos de penitencia.

Así que esto es lo que nos enseña el Apocalipsis sobre esta fase de transición, donde los santos, y especialmente los mártires, muriendo en la tierra, van primero en estado de almas bienaventuradas, para comenzar una nueva vida en el cielo. Aquí se levanta una esquina del velo que ocultaba las misteriosas condiciones de su existencia póstuma, desde aquí hasta la última resurrección.

Nadie, pues, piense como si no hubiera otra venida de Jesús con su recompensa, que la que tendrá lugar en gloria y majestad para la consumación de los siglos, o como si fuera de esta venida allí, que la palabra objetada significa necesariamente, he aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno conforme a sus obras. Pero no.

El Apocalipsis supone una primera venida de Jesús, secreta e invisible aquella, para el juicio y la retribución de las almas según los méritos de sus obras, inmediatamente después de su salida del cuerpo.

De lo que testimonia abiertamente el cuadro que acabamos de ver, donde los santos son ya admitidos por Jesús para compartir su reino, ya recibidos para sentarse en su trono, ya puestos en posesión de la bienaventuranza celestial, salvo sólo el último complemento de la resurrección de los cuerpo y de cierta gloria accidental, reservada para el último día.

Haec es resurrectio prima cuya traducción es: Esta es la primera resurrección. Es la primera resurrección mostrada a San Juan en la famosa visión del reinado de los mil años.

Pero este no es el único lugar del Apocalipsis donde se menciona esta primera venida de Jesús con su recompensa. Desde el principio del libro, entre las advertencias que San Juan recibe ordena escribir a las iglesias, Jesús hace decir al ángel de la iglesia de Esmirna, en previsión de la persecución que vendría (capítulo II, versículo 10); Sed fieles hasta la muerte, y sin más dilación, tan pronto como venza este término de vuestro juicio, “Te daré la corona de la vida.”

Dice de nuevo, unas líneas más abajo, en el pasaje paralelo de la Epístola a la Iglesia de Tiatira (capítulo II, versículos 26 a 28): Al que guarde mis obras hasta el fin, le

daré la estrella de la mañana. ¿Y qué es la estrella de la mañana? Aparentemente felicidad de la gloria eterna, aunque todavía no en su plenitud, donde se compararía más bien con el sol del mediodía, sino en su fase inicial, es decir, de mañana, antes del juicio general y de la última resurrección.

Y esta bienaventuranza inicial antes del juicio general y de la última resurrección, propia de las almas aún separadas de sus cuerpos, San Juan no se cansa de remarcarnos y de volver a llamar nuestra atención sobre ella. Vuelve a él constantemente, y de tantas maneras diferentes, que debe ser visto como uno de los puntos más destacados de este libro divino del Apocalipsis, y una de sus peculiaridades más características.

Vuelve a él en particular en el capítulo VI, versículos 9 al 11, donde nos presenta a las almas (y lo notamos, siempre almas), las almas de los mártires, **animas interfeclorum**, a quienes, en espera de que se haga justicia por parte de sus ejecutores, se les dan túnicas blancas, símbolo de la gloria que ya disfrutaban en el cielo. Vi allí, dijo, **debajo del altar las almas** de los que se inmolaban por la palabra de Dios, y para dar testimonio de ella..., y se les dio a cada uno una túnica blanca, diciéndoles que esperaran a los demás, hasta el número de los que sirvieron a Dios como ellos, se cumpliera, y la de sus hermanos que habían de padecer la muerte como ellos. Vuelve a ello en el capítulo siguiente (VII, 9-17), donde nos muestra a estos mismos mártires. Con sus vestiduras blancas y las palmas en sus manos, de pie ante el trono de Dios, sirviéndole día y noche en su templo, sin tener más ni hambre ni sed, ni molestias de ninguna clase, porque el Cordero que está en medio del trono será su pastor, y los guiará a las fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.

Sobre esto vuelve, y más expresamente aún, en el capítulo XIV, donde nos hace oír la voz que él mismo oyó, la voz del cielo que decía: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; desde ahora dice el Espíritu: descansarán de sus trabajos, porque sus obras los siguen. *Amodo jam dicit Spiritus ut requiescant et laboribus suis.*

De ahora en adelante, dice, como para combatir formal y directamente la idea de una venida de Jesús con su recompensa, recién al final de los siglos. No, no, **amodo**: de ahora en adelante, de después de la muerte, del juicio particular: que ya justifica sobradamente el **venio cito, venio velociter, (vengo rápido, vengo pronto)** de la última página del libro, dejando, como vemos, el campo absolutamente libre a todas las hipótesis posibles acerca del tiempo de la llegada en gloria y majestad sobre las nubes del cielo, para el fin de los tiempos y la resurrección general de los muertos, para la solemnidad de los grandes juicios de la humanidad, para el juicio público del mundo, para la consumación final de las penas y premios, en suma, para la terminación y arreglo final de todas las cosas y asuntos aquí abajo. Ver Referencia de la Nota (1) de la página 326.

(1) Ceci d'ailleurs, soit dit sans préjudice d'un autre sens, où le venio cito se dirait également de la dernière venue qui amènera, avec le jugement dernier, l'universelle rénovation des cieux et de la terre dont par l e saint Pierre en sa seconde épître (III, 10-13). Mais alors le terme cito se prendrait, bien entendu, non plus relativement à la

durée des particuliers, mais à la durée totale du monde depuis ses premières origines. Età ce compte aussi, on trouvera facilement que mille ans sont comme un jour.

Cuya Traducción dice: Esto, por cierto, se dice sin perjuicio de cualquier otro significado, donde también se diría el venio cito de la última venida que traerá, con el Juicio Final, la renovación universal de los cielos y de la tierra de la que habló San Pedro en su segunda epístola (capítulo III, versículos 10 al 13). Pero entonces se tomaría el término cito, pues entendido, ya no en relación con la duración de los individuos, sino a la duración total del mundo desde sus primeros orígenes. Y en esta cuenta también, fácilmente encontraremos que mil años son como un día.

Ahí, si no nos equivocamos, mucho más de lo necesario para mostrar cuán desprovistas de fundamento, cuán contrarias a los datos más firmes de la Escritura, son las famosas posiciones de los modernistas sobre la parusía, piedra angular de todo su sistema de interpretación del Evangelio.

Esto es lo que nos propusimos demostrar. Y si, concluiremos con el autor del segundo libro de Macabeos, el desarrollo de los argumentos fue lo que se necesitó para traer convicción a la mente de las personas, habremos alcanzado la meta de nuestros esfuerzos. Si, por el contrario, ha quedado imperfecto y defectuoso, sólo habrá que culpar a la inhabilidad del demostrador.

FINAL DE LA OBRA LA PAURSÍA

APÉNDICE.

APÉNDICE

Aquí en el apéndice hay algunas observaciones sobre dos cuestiones que, deliberadamente dejadas de lado en el curso de este estudio como ajenas a su objeto directo, son sin embargo de interés ya sea para la defensa o para la confirmación de nuestra fe en cuestiones escatológicas. El primero se refiere a los datos de las ciencias naturales sobre el fin del mundo, confrontados con los del Evangelio; el segundo, a la marcha de las cosas contemporáneas frente a lo que nos ha sido revelado de los detalles (pródromos) de la parusía.

La primera pregunta surge de la siguiente manera: ¿No estarían los datos de las Escrituras sobre el fin del mundo en oposición formal a los de la ciencia?

Y lo que podría llevar a pensar es que la ciencia, aunque afirma en voz alta que nuestro mundo debe tener un fin, como tuvo un comienzo (1), hace sin embargo una descripción de este fin que no se parece en nada a la de nuestros libros sagrados.

Ver la Referencia de la Nota (1) del Apéndice en la página 328 del original en francés que dice: "Nuestro globo no siempre ha estado en el estado en que lo vemos. La geología y la geogenia han reconstituido su historia, que se vincula a la cosmogonía general. Originalmente un pequeño sol surgido de la misma nebulosa que el gran sol que hoy la ilumina, la calienta y la vivifica, la Tierra, luminosa y resplandeciente, se ha enfriado en un tiempo relativamente corto, debido a la pequeñez muy proporcional de sus dimensiones. . Durante largos siglos rodó en el cielo como una estrella extinta, pero todavía demasiado caliente para que la vida pudiera afianzarse en su superficie. Luego, tras las innumerables precipitaciones atmosféricas que poco a poco refrescaron la corteza sólida, todavía penetrada por el calor del hogar interior, la vida comenzó a establecerse en ella en forma de las primeras plantas y luego de los primeros animales, revela la ciencia hoy. . Por lo tanto, la vida tuvo un comienzo en nuestro esferoide , , , De manera similar tendrá un final.,.) Kirwan, Comentario puede terminar el universo, cap. 1.

Y continua el Cardenal Louis Billot diciendo:

Aquí está la sustancia, que tomé de uno de los astrónomos más famosos de nuestro tiempo. "El sol actual pierde continuamente su calor; su masa se condensa y se contrae; su fluidez actual debe aumentar al tiempo que disminuye. Llegará un momento en que la circulación que alimenta la fotosfera, y que regula su radiación haciendo participar de ella casi toda la enorme masa, se verá obstaculizada y comenzará a disminuir. Entonces la radiación de luz y calor disminuirá, la vida vegetal y animal se acercará cada vez más al ecuador terrestre. Cuando esta circulación haya cesado, la brillante fotosfera será reemplazada por una corteza opaca

y oscura que suprimirá inmediatamente toda radiación luminosa. Reducido en adelante a las tenues radiaciones estelares, nuestro globo será invadido por el frío y la oscuridad del espacio. Los continuos movimientos del ambiente darán paso a una calma total. La circulación aerotelúrica del agua, que todo lo vivifica, habrá desaparecido, y las últimas nubes habrán derramado sus últimas lluvias sobre la tierra; los arroyos, los ríos dejarán de llevar al mar las aguas que la radiación solar le arrebatava incesantemente. El propio mar completamente congelado dejará de obedecer a los movimientos de las mareas. La Tierra ya no tendrá otra luz propia que la de las estrellas fugaces, que seguirán penetrando en la atmósfera y encendiendo allí. Quizás las alternancias observadas en las estrellas al inicio de su fase de extinción también se produzcan en el Sol. Quizás un desarrollo accidental de calor debido a algún hundimiento de la corteza solar, devuelva por un momento a esta estrella su primer esplendor. Pero no tardará en debilitarse y volver a apagarse, como las famosas estrellas del Cisne, el Serpentario y, más recientemente, la Corona Boreal. . . Por lo tanto, debemos renunciar a esas brillantes fantasías con las que pretendemos engañarnos, para considerar el universo como el inmenso teatro donde se desarrolla espontáneamente un progreso sin fin. Por el contrario, la vida debe desaparecer aquí abajo, y las obras materiales más grandiosas de la propia humanidad serán borradas poco a poco bajo la acción de las pocas fuerzas físicas que sobrevivirán por un tiempo. No quedará nada, ni siquiera las ruinas (1). Faye, en el Origen del mundo. L'Origine du monde

Así que aquí está el fin de las cosas, tal como nos lo describe la ciencia: el fin que sólo llegaría después de millones de años, cuando nuestro sol incrustado y enfriado habría dejado de enviar a la Tierra la cantidad de calor necesaria para vivificarla. ¡Pero cuán diametralmente opuesto es todo esto a la descripción de nosotros en el Evangelio!

¡Las estrellas que caen del cielo, las virtudes de los cielos sacudidas, los elementos incendiados que se disuelven, la tierra devorada por el fuego con las obras que contiene, la ruptura imprevista y repentina de toda la máquina del mundo! ¿No deberíamos, por tanto, admitir aquí una oposición y una ruptura entre ciencia y revelación?

Pero para reducir la dificultad, si la hay, a su justo valor, bastará una observación muy sencilla. Es que, así como hay para cada uno de nosotros dos maneras posibles de morir, a saber, por muerte natural o violenta, así también hay, para nuestro mundo actual, dos maneras correspondientes de terminar. Primero está el caso en que ninguna causa accidental llegaría a perturbar el orden normal y regular de la naturaleza, y luego sería un fin del mundo similar al del hombre que muere de vejez. por simple pérdida de energía que se apaga lentamente como una vela encendida, o una lámpara cuyo aceite acaba de acabarse.

Y este es el caso al que aspiran los estudiosos con las conclusiones que acabamos de sacar: conclusiones, cabe señalar, que, si bien son muy ciertas, una vez dada la hipótesis en la que se basan, sin embargo, a sus propios ojos sólo tienen un valor puramente condicional.

Porque también reconocen, y sin dificultad, que incluso desde el punto de vista de las ciencias naturales únicamente, siempre existe la posibilidad de una catástrofe mundial, provocada por alguna causa accidental, ya sea de orden geológico o, sobre todo, de orden cósmico, de orden geológico: como la erupción del fuego subterráneo que determinó a gran escala el colapso de la corteza terrestre y, en consecuencia, el incendio de nuestro globo; de orden cósmico, como lo sería la colisión o el encuentro de la tierra o del sol con una de esas estrellas errantes que circulan en la inmensidad del cielo. Sería entonces un fin del mundo comparable al del hombre que perece en un accidente ferroviario, o en medio de un incendio, o en un maremoto, arrastrado por las olas.

Ahora bien, de lo que podría ser este fin violento y repentino de nuestro mundo, la ciencia también no deja de darnos una idea: no ocupa un punto fijo en el espacio. Como todas las estrellas, está animada por su propio movimiento, en el que arrastra toda su procesión de planetas, satélites y asteroides. De esto se sigue que, desde el origen, los planetas, incluida la Tierra, nunca, en sus revoluciones alrededor del Sol, han retrocedido por el mismo camino que describen, bajo la apariencia de curvas cerradas, una serie de vueltas de verticilos, separados entre sí todo el camino recorrido durante cada revolución del planeta, por el sol en su movimiento de traslación. Muchos encuentros, durante este viaje a través de las inmensidades del espacio y del tiempo, son posibles entre nuestro globo y tal o cual objeto sideral que circula con mayor o menor velocidad, o en diferentes direcciones. Cada uno de estos encuentros podría provocar el fin de nuestro planeta de una forma u otra. Por ejemplo, el impacto contra un globo de igual o mayor masa, si estuviera oscuro, produciría una liberación de calor suficiente para volatilizarlo. Si este globo fuera un sol incandescente, la consumiría incluso antes del contacto. El encuentro con un enjambre de uranolitos, o un gran cometa con núcleo sólido o compuesta de gases nocivos, o de una nebulosa formada por partículas signadas, bastaría para determinar en nuestra Tierra violentas conmociones capaces de aniquilarla o de destruir allí la vida revolucionando completamente su constitución física. Todo ardería, todo se consumiría; el mundo terrenal acabaría con el fuego. Además, tal fuego cósmico no dejará de tener ejemplos en las profundidades interestelares (1) Cita a Kirwan, en su estudio: *¿Cómo puede terminar el universo? "Comment peut finir l'univers"* capítulo I citado por el Cardenal Billot en la Referencia de la nota (1) de la página 334 del original en frances.

¿Seguiríamos hablando entonces de una oposición entre ciencia y evangelio?

Pero hay más, y he aquí una explicación que al menos no puede cargarse de improbabilidad, de cada uno de los fenómenos señalados en la Escritura: estrellas fugaces, quema de la atmósfera, oscurecimiento del sol, sacudimiento de las virtudes del cielo, etc. "Las estrellas temporales que aparecen repentinamente en las profundidades del firmamento, aumentan rápidamente de brillo, luego disminuyen y finalmente desaparecen, nos dan el espectáculo de fuegos siderales que no está prohibido comparar con lo que podría ser el fuego de nuestra estancia terrena según las predicciones de San Pedro.

Que nuestro globo llegue a encontrar a través del núcleo algún cometa comparable al de 1811, y en las condiciones antes indicadas, ¿qué pasará?

Será primero, por la atracción ejercida sobre las partículas más tenues, una lluvia de estos meteoros como nunca habremos visto: *Stellae cadent de coelo*.

Luego, un ruidoso hervor con evaporación, en espesas nubes, de las aguas del mar, lagos y ríos, *prae confusione sonitus manos y fluctuum*, interceptando más o menos completamente la luz del sol y la luna, *sol obscurabitur et luna non dabit lumen suum*.

Si la temperatura siguiera aumentando a consecuencia del rozamiento incesante y enérgico de nuestro globo contra la materia cornetaria o nebulosa, terminaría por incendiarse ella misma en su atmósfera y en sus continentes disecados y calcinados.

Sería entonces el día en que los cielos pasarán con gran impetuosidad, magno impetu, los elementos serán disueltos por el calor, y la tierra será abrasada con todo lo que contiene; donde los cielos llameantes, coeli ardientes, se disolverán.

Todavía se producirían efectos análogos, ya sea por el impacto de la Tierra contra algún bólido gigantesco o por una masa comparable a la suya, ya sea de la caída de un cuerpo de similar importancia en el propio sol, o del acercamiento extremo de este último con alguien que es disímil.

Y en estas diversas hipótesis, el movimiento de nuestro esferoide en su órbita, como el de los demás planetas en sus respectivas trayectorias, se vería profundamente modificado... Las fuerzas cósmicas se verían sacudidas, **virtutes coelorum commovebuntur**.

El cielo se ha plegado como un libro enrollado; los montes y las islas fueron estremecidos en sus bases, Ver Referencia citada de la Nota (1) de la página 336 en el Apéndice: Charles De Kirwan, ¿Cómo puede terminar el universo según la ciencia y según la Biblia? Capítulo 3: Comment peut finir l'univers d'après la science et d'après la Bible. chap,3»

Y digamos todo esto ad abundantemente juris, porque aquellos que dependen más que la razón quizás de las brillantes intuiciones de la ciencia, quisieran encontrar allí una especie de contraprueba de las enseñanzas de la fe, tanto sobre el fin como sobre el principio de nuestro universo.

Pero absolutamente hablando, y reclamando por derecho, para explicar o defender todo lo que la Escritura nos enseña acerca de la catástrofe suprema, la consideración de las causas secundarias que la ciencia tiene dentro de su jurisdicción, nunca puede ser de verdadera necesidad.

Y esto por la excelente razón de que por encima de todas las causas segundas está la causa primera, la causa de las causas, la causa universal, Aquel que tiene en sus manos toda la naturaleza como el trabajador su instrumento, que es el dueño absoluto,

que la mueve y la gira a su antojo, y del cual con razón dice la Escritura, que mira la tierra, y ella tiembla, que toca los montes y humean (Salmo -103- CIII, versículo 32).

Además, Cualquiera que sea el modo en que debe ocurrir el fin, ya sea por el juego de causas naturales o por una intervención inmediata del poder exclusivo de Dios, las razones dadas anteriormente muestran abundantemente que la ciencia, lejos de contradecir, aunque sea ligeramente, los datos de la fe, más bien proporcionaría, a su manera, una confirmación positiva.

Pero desde este punto de vista de la confirmación de la fe, quizás sea aún más notable el aporte que nos llega del curso de las cosas contemporáneas, mirando lo que Jesucristo y sus apóstoles nos enseñaron sobre el estado del mundo a medida que se acerca la parusía, así como los acontecimientos que serán sus precursores.

Porque si sabemos leer el presente, e interpretar lo que pasa ante nuestros ojos, lo que se va a expandir, extendiéndose y acentuándose cada día más, que evoluciona con regularidad desalentadora y desesperada desde aquel gran punto de inflexión de la historia que fue la Revolución Francesa, ¿No podemos ver en él una preparación más o menos próxima, y como un camino gradual hacia la realización de lo que nos fue marcado para el fin de los siglos: marcado, digo, en predicciones precisas, formales, auténticas, y ya con diecinueve siglos de antigüedad?

En consecuencia, lo que los oponentes triunfan como indicios inequívocos de la inevitable ruina, y en poco tiempo, de la fe cristiana, ¿no se convertirían más bien para nosotros en argumentos de credibilidad?

Y antes que nada, dos cosas caracterizan el tiempo en que vivimos: por un lado, la consumación de la predicación del evangelio hasta en los lugares más remotos del planeta, porque ya no hay isla tan lejana, ni rincón de tierra tan inaccesible, quien no tiene sus misioneros y sus apóstoles; del otro, la considerable decadencia de la fe en las antiguas naciones cristianas, la deserción de las masas cada vez más hostiles o indiferentes, finalmente la apostasía, la apostasía de ahora en adelante declarada y oficial de todas las potencias, tanto grandes como pequeñas, profesando abiertamente ya no conocer a Jesucristo, ni su religión, ni su ley.

Este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, para ser testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin (Mateo, capítulo XXIV, versículo 14). También dijo: Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿creéis que hallará fe en la tierra? (Lucas capítulo XVIII, versículo 8). Y San Pablo a su vez: Éste (el último) no vendrá hasta que antes haya sucedido la apostasía, y hasta que haya visto después aparecer aquel que será como el producto, el fruto maduro, y la personificación, el hombre de pecado, el hijo de perdición (2 Tesalonicenses capítulo II, versículo 3).

Otra cosa distingue nuestros tiempos actuales de todos los anteriores. Es el ateísmo que finalmente aparece al aire libre y se afirma con la más completa desvergüenza en el gran escenario del mundo; es la negación rotunda de los principios más fundamentales de toda religión y de toda moral, incluso los puramente naturales; es la audaz proclamación de que la civilización moderna no puede reconocer otro Dios que el dios inmanente en el universo, el dios opuesto al Dios personal y trascendente de la revelación cristiana, ni ninguna otra moral que la que tiene su fuente en la voluntad del hombre determinándose, y convirtiéndose para sí mismo en su única ley. Esto hasta ahora, al menos con esta crudeza, nunca se había visto.

Y esto, junto con el progreso espantoso del espiritismo, de la teosofía, del ocultismo en todas sus formas, con la corrupción de la educación y de la instrucción pública, con esta masa de normas de libros impíos, irreligiosos, blasfemos, obscenos, que, al amparo de las libertades modernas (libertad de conciencia, libertad de prensa), penetra impunemente en todas las clases, sin distinción de edad, condición o sexo, a este feminismo de reciente invención, hecho para derribar los últimos baluartes de la familia, la religión y la sociedad: todo esto, digo, ¿no hace pensar, a pesar de lo que tenemos, en la proximidad de aquellos días anunciados, en los que Satanás, después de los mil años de su relativa reclusión, ¿Será liberado y se presentará más irritado que nunca para ejercer su seducción por medios hasta ahora inauditos? ¡Hasta el punto, había dicho Jesús, de seducir, si es posible, a los propios elegidos! Pero debe llegar un tiempo en que la ciudad de Dios, cada vez más reducida a élites que la gracia divina habrá preparado para las últimas batallas, será rodeada y como bloqueada en todo el mundo por todas las fuerzas unidas de la ciudad contraria.

Cuando se cumplan los mil años, dice San Juan en el capítulo XX de su Apocalipsis, Satanás será desatado; será liberado de su prisión, y saldrá para engañar a las naciones que están en los cuatro extremos de la tierra, a Gog y Magog; y los reunirá en batalla, y su número será como la arena del mar, y rodearán el campamento de los santos y la ciudad amada de Dios.

Este es el pasaje que los milenaristas, esclavos de la materia de la letra, escucharon desde un asedio propiamente dicho, que los ejércitos del anticristo vendrían a poner ante la Jerusalén de sus ridículos sueños, donde Jesucristo reinaría visiblemente con sus mártires resucitados y gloriosos en cuerpo y alma.

Pero estas cosas no se refutan entre sí. No hace falta decir que “hay que entender aquí una ciudad espiritual, como es la Iglesia; una sociedad espiritual, que es la sociedad de los hijos de Dios todavía vestidos de carne mortal, y en el lugar de la tentación.

Vemos en la Referencia de la Nota en la página 341 del original en francés: que cita a Bossuet, en su obra una Explicación al Apocalipsis, capítulo XX versículos 7 a 10: que dice... por lo tanto también un asedio y bloqueo espiritual, que representa para nosotros la persecución suprema, la persecución mundial, ejercida al mismo tiempo en los cuatro rincones de la tierra, **super quartur angulos terrae que traducido dice:** sobre los cuatro rincones de la tierra, por aquellos cuyo número será como la arena del mar, *quorum numerus est sicut arena maris*, según Apocalipsis capítulo XX, versículo 7 como remite el Cardenal Billot

en su referencia de la nota (1) citada en la página 343 de la obra original, en la forma explicada en su lugar (art. 4), sobre la abominación desoladora predicha por el profeta Daniel.

Tampoco hace falta decir que esta persecución todavía está en la perspectiva del futuro. Pero lo que hay que observar es que ello supondrá necesariamente un estado del mundo en el que todo pueda obedecer al mismo orden y ceder a un solo impulso.

Porque así como en el pasado las diez grandes persecuciones romanas, en particular la de Diocleciano, que fue la más extensa de todas, tuvieron por general la unidad y la cohesión del Imperio, así, y con mayor razón, la anunciada persecución de los romanos.

El anticristo sólo será realizable con la condición de que una organización mundial permita la acción conjunta bajo el liderazgo del mismo líder, grupo o individuo, y la dirección de un alto mando que imponga de polo a polo.

¿Y quién podría haber previsto la posibilidad de tal estado de cosas hace sólo cien años?

Pero abramos los ojos ahora y veamos al mundo avanzar hacia una unidad formidable, la contraparte monstruosa y malvada de la unidad católica.

¿No se están afianzando cada día las ideas del internacionalismo y del sindicalismo en todos los niveles y en todas sus formas?

¿No se une la Masonería universal a sus esfuerzos por destruir incluso la noción de patria, por hacer desaparecer todas las divisiones de fronteras, por encerrar en las mallas de sus redes a la masa unificada de todo el proletariado?

Por otra parte, ¿qué impulso para esta unificación futura y ya iniciada, en el prodigioso progreso de la aviación, sumándose a todo lo que el siglo pasado había visto de maravillas realizadas mediante la aplicación de las fuerzas del vapor y la electricidad!

Hace apenas quince años Benson, en su novela “El Amo de la Tierra”, nos mostraba el mundo puesto, gracias a estos asombrosos inventos modernos, en manos de un solo hombre, de este hombre al que San Pablo llama el hombre de pecado, el adversario que se levantará sobre todo lo que se llama Dios o es honrado con adoración, y que nosotros, en una palabra, llamamos el anticristo.

No era más que una novela, y se podía creer que el autor, abandonándose a todos los caprichos de su imaginación, nos había pintado el cuadro de un estado social que nunca debería encontrar lugar excepto en la región de las quimeras.

Pero volvamos a leerlo hoy y digamos si aquellas quimeras de ayer no se han convertido, si no en realidad, al menos en posibilidad de mañana; y esto, para darnos razones para concluir que el mundo realmente funciona en la dirección marcada, hacia y contra toda predicción natural, por nuestros oráculos escatológicos, cerrados y sellados desde el momento de la muerte de los apóstoles.

Y he aquí finalmente un último punto que merece toda consideración. San Pablo, escribiendo a los romanos, dijo: No quiero, hermanos míos, que ignoréis este misterio, para que aprendáis a no presumir de vosotros mismos.

Es que una parte de los judíos cayó en la ceguera, hasta que la masa de los gentiles entró al redil de la Iglesia.

Y entonces, cuando haya entrado la masa de los gentiles, todo Israel será salvo, como está escrito: Saldrá de Sión un libertador que desterrará la impiedad de Jacob, y este es el pacto que haré con ellos, cuando los haya convertido de sus pecados.

Es verdad que en cuanto al Evangelio, todavía son enemigos por culpa de vosotros; pero en cuanto a la elección divina, todavía son amados por causa de sus padres, porque los dones y el llamamiento de Dios son sin arrepentimiento. Y como vosotros mismos en otro tiempo no creísteis, ahora habéis alcanzado misericordia a causa de su incredulidad.

Habiendo Dios querido elegirlos para sustituirlos: así ellos, ahora han desobedecido a causa de la misericordia que ha sido una bendición para vosotros, para que ellos a su vez obtengan misericordia, porque Dios ha encerrado todo en la incredulidad, para mostrar misericordia a todos, y así mostrar la necesidad que todos tienen de su gracia.

Para lo que el cardenal Billot nos dirige a ver la Referencia de la nota (1) de la página 345 del original en francés que cita a Romanos capítulo XI, versículos 25 al 32.

En estos términos San Pablo anunció la futura conversión del pueblo judío, conversión que toda la tradición cristiana nos presenta como uno de los pródromos más llamativos del fin del mundo, y que con razón podría pasar por algo imposible, quimérico, y en todos los aspectos increíble, si su realización no estuviera garantizada por otro milagro, quizás aún más increíble, y sin embargo ya realizada a los ojos del universo, la de la conservación de este pueblo (ejemplo único en toda la historia), a pesar de su estado de dispersión entre todas las naciones del globo desde hace casi 2000 años.

Pero ahora me pregunto si no encontraremos en el progreso de las cosas contemporáneas el indicio de un camino hacia este acontecimiento extraordinario. Y respondo sin vacilar que efectivamente lo encontramos ahí, no todavía, por supuesto, al considerar el acontecimiento en sí, sino al menos al considerarlo, en su condición preliminar y en su preludio obligatorio, que es la restauración del reino de Israel, es decir, la reconstitución de los israelitas, esparcidos ahora por toda la superficie de la

tierra, como nación. Porque está claro que su conversión masiva sólo será realizable cuando haya cesado su estado de desmoronamiento a los cuatro vientos del cielo; es obvio que este regreso, esta resiliencia, este reconocimiento común del verdadero Mesías, durante tanto tiempo desconocido, anunciado por las profecías, supondrá en ellos un cambio político que habrá restablecido su antigua unidad y cohesión.

Esto, además, es lo que expresamente señalan los antiguos profetas.

Durante largos días, leemos en Oseas III, 4-5, los hijos de Israel quedarán sin rey y sin líder, sin sacrificio y sin altar, sin efod y sin terafines.

Éste es, en efecto, el estado en el que fueron puestos desde su expulsión del país de sus antepasados, y en el que han permanecido hasta ahora.

Después de esto, post haec, por tanto, cuando haya terminado este período de destierro y dispersión en tierras extranjeras, los hijos de Israel se convertirán, y buscarán de nuevo a Jehová su Dios, y a David su rey, es decir, a los Hijo de David, el Mesías que les había sido prometido.

Volverán temblando a su Señor y a su bondad, como lo hicieron una vez los hermanos de José con aquel a quien habían negado, traicionado y vendido. Y el profeta añade: al final de los tiempos, in novissimo dierum.

Planteado esto, examinemos la historia contemporánea y tratemos de ver dónde están los asuntos de los judíos en la actualidad.

Pero no tendremos que buscar mucho. Ninguna época fue para ellos más fértil en acontecimientos felices. La Revolución Francesa los emancipó.

En menos de un siglo se convierten en los reyes de las finanzas y en los amos más o menos ocultos de la política mundial. Finalmente, en lo que respecta a la actualidad, basta reproducir, sin comentarios, una nota que apareció en el Libre Parole del jueves 9 de octubre de 1919, bajo el título: Los judíos y Palestina:

“El órgano de los sionistas holandeses, el Joodsche Wachter, acaba de dedicar un largo artículo a la búsqueda del principio de derecho que legitime la ocupación de Palestina por el pueblo judío. Descarta por inoperante el argumento que uno quisiera sacar de la presencia de numerosos judíos en Palestina; en realidad son sólo 100.000 contra 600.000 cristianos y musulmanes.

Tampoco admite la ley histórica. Uno incluso puede preguntarse si Palestina alguna vez estuvo habitada enteramente por judíos. Y El Joodsche Wachter concluye: el derecho de los israelitas es un derecho religioso.

Es la fe religiosa del pueblo judío mantenida a lo largo de veinte siglos de persecución, empapada en la sangre de innumerables mártires, la que se manifiesta hoy en el sionismo.

Palestina es la tierra prometida a Abraham y Moisés. Ha llegado el día del cumplimiento de esta promesa divina.

"En cuanto a las posibilidades de realización, el periódico se basa en la promesa hecha por el señor Balfour, en nombre de Inglaterra, cuando Inglaterra luchaba por la liberación del país judío, y en un discurso pronunciado en Londres el 20 de agosto. por el profesor Wertzmann, jefe de la organización sionista en Londres. Entre las declaraciones del profesor Wertzmann, es interesante recordar estas:

"El Gobierno británico ha dado instrucciones a sus funcionarios para que consideren como un hecho consumado la organización de Palestina como morada nacional del pueblo judío.

Por lo tanto, el sionismo mundial debe ponerse a trabajar con la mayor energía. Como actualmente la inmigración masiva es imposible y la falta de viviendas y alimentos en el país, la potencia mandataria designada por la Liga de las Naciones sólo tendrá que tolerar una Inmigración reducida, limitada además a los judíos.

Sólo serán admitidos provisionalmente los ricos y aquellos que puedan trabajar por la reconstrucción nacional importando allí las materias primas y las máquinas necesarias para los oficios que pretenden ejercer allí.

La masa de judíos que no podrá llegar a la tierra de sus antepasados tendrá que trabajar para recaudar las enormes sumas necesarias para el desarrollo de este país abandonado durante tanto tiempo. "Así Palestina sería entregada a los judíos. . .

De todo esto podemos concluir que, si el mundo avanza, y avanza a una velocidad cada vez más acelerada, va precisamente en la dirección en la que las profecías más auténticas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, nos había marcado, preciso y anunciado durante tantos siglos.

FIN.

Nota final:

La que suscribe estas páginas ha usado el traductor de google y la GRACIA DE DIOS ESPÍRITU SANTO para poder llevar a cabo esta traducción del francés al español. En principio habiendo accedido a esta obra traducida en español por primeva vez en un Blog, luego tuve que rearmarlo casi en el 99% del mismo, por errores que se fueron detectando al armar los audios para los respectivos vídeos decidí hacer prácticamente a nueva toda la traducción. Por lo que si el que la lee

habla francés y ve algún error, le ruego me lo haga saber a través del mail que se encuentra en la información personal de Youtube en mi canal personal, a fin de que pueda sumar si fuera el caso una FE DE ERRATA y corregir el error.

Como Final AGRADECER INFINITAMENTE A LA GRACIA GRATIS DADA A MI POR LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA Y EL MISMÍSIMO DIOS por haber llegado a esta magnífica obra y el haber accedido a través de sus distintas referencias y notas a otras obras tan necesarias para la Salvación en estos tiempos, Gracia inmerecida la que agradezco con toda mi alma.

Bendiciones a todos aquellos que accedan a este PDF como a los vídeos de esta obra.

FIN.

Dejo aquí los links a la Obra Original del Cardenal Louis Billot en francés.
https://ia600701.us.archive.org/13/items/LaParousie000000565/La_Parousie_000000565.pdf

Aquí el Link a la Primera Traducción al Español, aclaro, es una página de herejes cismáticos y apóstatas seguidores de un ex Obispo llamado Thuc.

<https://centro-de-estudios-sanbenito.blogspot.com/search?q=Cardenal+Louis+Billot>

Desde ya bendiciones y deseo sea de gran Beneficio espiritual para el que lo lea.